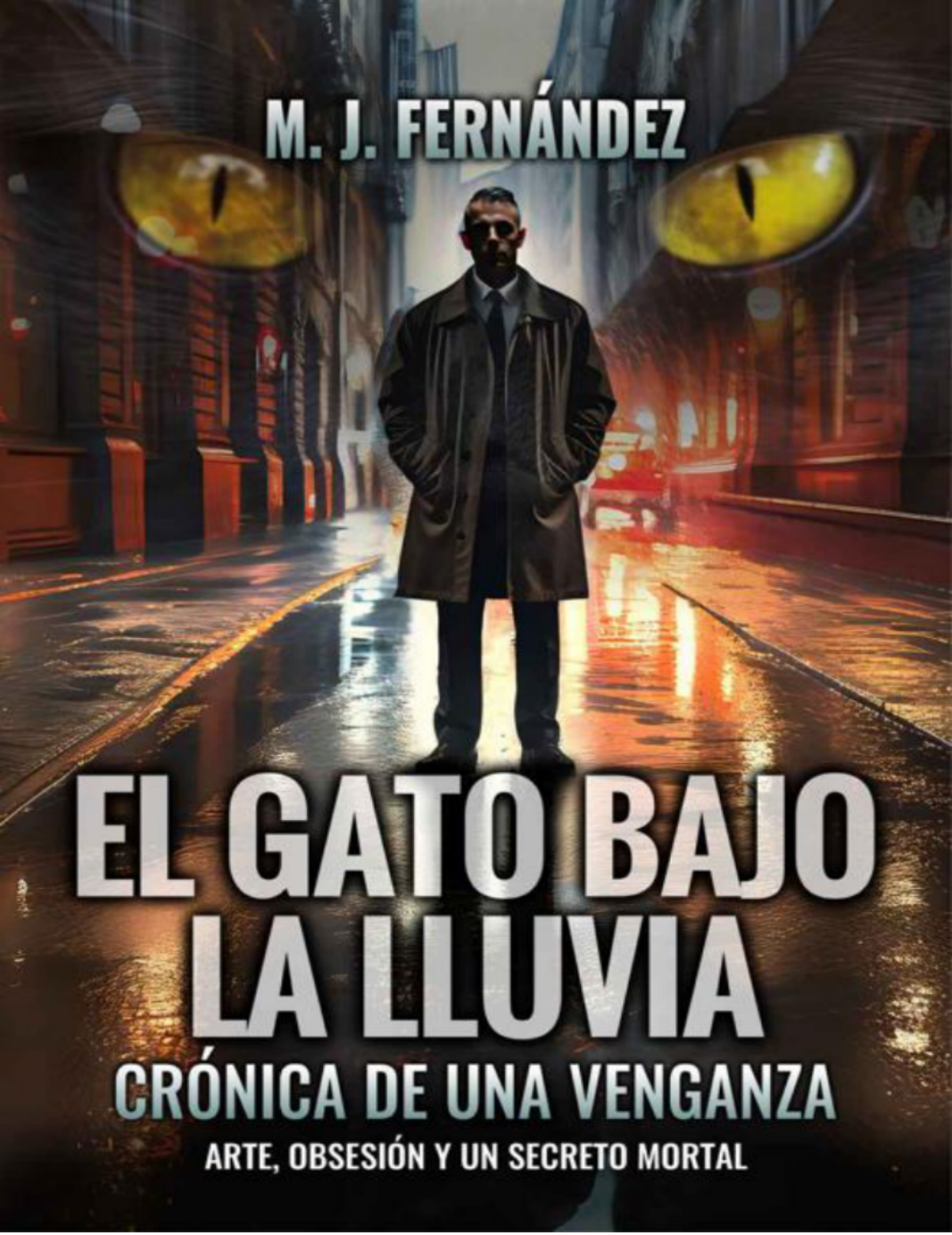
M. J. FERNÁNDEZ
EL GATO BAJO LA LLUVIA
CRÓNICA DE UNA VENGANZA
ARTE, OBSESIÓN Y UN SECRETO MORTAL

El gato bajo la lluvia:
Crónica de una venganza.

(Inspector Salazar 11)

M. J. Fernández

Capítulo 01

Un grito desgarrador rompió el sosiego de los asistentes a la vernissage de Héctor Raga Costa cuando el famoso artista se llevó una mano a la garganta, mientras, presa de la desesperación, hurgaba con la otra en el bolsillo de su chaqueta. Un par de segundos después se desplomó. El pánico se apoderó de la sala, la misma, que tan solo minutos antes había sido dominada por el alegre murmullo de los invitados, que admiraban y celebraban las últimas obras de su artista plástico favorito.

Héctor quedó tendido sin conocimiento en el centro de la estancia. En cuestión de segundos, un grupo numeroso de personas rodeó su cuerpo inerte, al mismo tiempo que se levantaba un rumor de voces desconcertadas que preguntaban al aire qué era lo que había ocurrido.

Andrés, el dueño de la galería y amigo de Raga, se abrió camino a codazos entre los curiosos, se arrodilló junto a Héctor y tragó saliva. Le presionó la muñeca con los dedos, para comprobar si tenía pulso. Entonces, sacudió la cabeza con evidente impotencia. A pesar de su esfuerzo por mantener el control, su voz salió rota.

—Qué alguien llame al 112 —gritó con desesperación—. Creo que ha tenido un infarto.

—Yo estoy llamando —respondió una voz anónima, desde el fondo del salón de exposiciones.

Uno de los clientes habituales de la galería, a quien Andrés no fue capaz de poner nombre en ese momento de confusión, se aproximó, al mismo tiempo que anunciaba a voz en grito:

—Dejen que me acerque. ¡Yo soy médico!

Andrés se apartó, para que el doctor pudiera examinar a Raga. El galeno se agachó junto al artista, y después de comprobar el pulso de su carótida, negó con la cabeza y comenzó un intento de reanimación.

Durante unos instantes que se hicieron eternos, la sala se llenó de un murmullo sordo, que acompañó a las miradas expectantes que se cruzaron alrededor del pintor. El sonido de la sirena de la ambulancia infundió ánimo en los presentes, hasta que minutos después, los técnicos sanitarios confirmaron lo que ya todos temían: Era demasiado tarde, Héctor Raga Costa, artista plástico e hijo ilustre

de Haro, ya había fallecido.

Un silencio sepulcral se apoderó de la galería, y el aire se volvió tan espeso e irrespirable, que un manto opresivo de ansiedad cubrió a todos los invitados de la *vernissage*.

Capítulo 02

Salazar permanecía con la espalda apoyada en el respaldo de la silla y jugueteaba con la corbata de aguacates que le había confiscado a su hermano, al mismo tiempo que balanceaba el pie que tenía cruzado. Esperaba con paciencia que Santiago le informara por qué le había pedido que pasara por su despacho, en cuanto regresara a la comisaría. Ortiz consultó su reloj, y comprobó que faltaban algunos minutos para las dieciséis horas, se acomodó en el asiento y centró su atención en el bolígrafo que tenía entre las manos, como si fuera el objeto más interesante que hubiera visto en su vida.

—Te hice llamar, porque quiero saber cómo se siente el personal respecto de los últimos cambios que hemos tenido en la comisaría.

—¿Te refieres a la nueva cafetera que tuviste la piedad de incluir en el último presupuesto? Creo que todos están contentos, menos Lali, que sigue insistiendo en que su café era mejor.

El comisario soltó un gruñido.

—¡No pongas mi paciencia a prueba, Néstor! Sabes muy bien de lo que te estoy hablando. Me refiero a los cambios en la plantilla.

—¡Ah, eso! —El inspector sonrió—. Pues yo diría que el equipo lo ha encajado muy bien.

—¿Y tú? ¿Te sientes a gusto con la nueva situación?

Salazar torció la boca en un gesto de picardía.

—No te hagas el tonto conmigo, Santiago, que no cuela. Sabes muy bien cómo me siento, así que no trates de disimular: Te pica la curiosidad y estás deseoso de cotillear.

Ortiz frunció el ceño. ¡Espeluznante!

—¿Tengo que recordarte que sigo siendo tu comisario y que me debes respeto?

Néstor no borró la sonrisa de su rostro.

—Vale, señor comisario, puedo reportarle que el personal se ha adaptado bien a los cambios y seguirá dando su mejor esfuerzo. Con respecto de mí, no podría sentirme más satisfecho. ¿Contento?

Ortiz asintió, se apoyó en el respaldo y relajó los hombros.

—Bastante.

—Sin embargo…

El comisario volvió a enderezar la espalda.

—¿Qué?

—Debo reconocer que echo de menos a Diji —dijo el inspector, cambiando de postura—. Y creo que el resto del equipo también.

—Os comprendo, pero no podemos tenerlo todo. Hay un número finito de plazas en la comisaría. Ya podemos considerarnos bastante afortunados con la decisión del ministerio.

—Sí, supongo que no es habitual que cambien una plaza de subinspector por una de inspector.

—Te recuerdo que solo es una prueba piloto, así que todavía no podemos cantar victoria. El ministerio podría cambiar de opinión, si los resultados no justifican el traslado.

—Lo justificarán —sentenció Néstor—. Te aseguro que Rebeca es el mejor fichaje de esta comisaría.

—Supongo que tu opinión es imparcial en este caso —dijo Santiago con sarcasmo.

—No me tires de la lengua.

El comisario levantó ambas manos en gesto defensivo.

—Vale. Lo último que quiero es un duelo dialéctico contigo.

—¿Has tenido noticias de Diji?

Santiago asintió.

—Para ser honesto, creo que el chico tomó la mejor decisión para su futuro. Diji es un buen policía y su incorporación a la Jefatura Superior le abrirá nuevas oportunidades. Cuando estuve en Logroño para acudir a la última reunión con el comisario mayor, me crucé con él. Me dijo que se siente a gusto. Montse, su chica, ya comenzó el curso en la universidad, y él está a punto de presentar las pruebas para ascender a inspector.

—Estoy seguro de que las superará sin ningún problema. Diji merece el ascenso.

—Sin duda. Tú y Rebeca habéis sido muy afortunados, y me alegra que ella consiguiera la nueva plaza de inspector que crearon en San Miguel, para sustituir a Cheick cuando solicitó el traslado. Espero que la prueba piloto tenga éxito y que Rebeca pueda seguir trabajando con nosotros.

—No tengo duda de que así será. Es una excelente policía. Te aseguro que nadie se alegra de la decisión de los mandos tanto como yo —reconoció Salazar—. Tener a Rebeca en Haro, y además en la plantilla de San Miguel es un sueño cumplido. Si te soy honesto, es más de lo que esperaba.

Santiago carraspeó y volvió a juguetear con el bolígrafo.

—Reconozco que también te llamé por eso. Te aseguro que no quiero entrometerme en tu vida personal, pero eres mi hermano y me preocupa tu felicidad…

Néstor enarcó las cejas y parpadeó. ¿Santiago entrando en un

terreno personal? El inspector vio la mano de su cuñada detrás de ese interés repentino.

—Gracias.

—Lo que quiero decir es que… Compaginar el trabajo policial y la familia no es fácil. Y puede resultar más duro si ambos comparten la profesión… y… ¿estás bien?

Néstor sonrió, ante los apuros que estaba pasando Santiago.

—Te aseguro que estoy muy bien. Rebeca es una gran mujer y nos queremos. Eso debería ser suficiente para superar cualquier dificultad que pueda presentarse.

Santiago asintió y se apoyó en el respaldo.

—Me complace escucharlo, hermanito. ¿Y qué me dices de ella? ¿Se ha adaptado a Haro?

—Por supuesto —Néstor hinchó el pecho como un pavo—. ¿Quién no lo haría?

—¿Qué me dices de San Miguel? ¿La comisaría llena sus expectativas profesionales?

Salazar se enderezó, apoyó los codos en los reposabrazos y enlazó los dedos de ambas manos entre sí.

—Para tu tranquilidad, Rebeca está muy satisfecha de estar en San Miguel y en Haro. Recuerda que no es la primera vez que trabaja con Remigio, y ambos hacen un buen equipo.

—Pues sí, reconozco que me tranquiliza, pero...

—Dispara.

Santiago se inclinó hacia adelante y cogió aire.

—De hermano a hermano, y te repito que sin querer inmiscuirme en tu vida. Es solo que a Carmela y a mí nos preocupa…

Néstor sonrió. ¡Pillado!

—Te escucho.

—La buhardilla donde estáis viviendo. No me malentiendas, para una sola persona está muy bien. En especial, porque pasabas poco tiempo en ella. Sin embargo, ahora sois dos y quizá… Carmela piensa que es posible que Rebeca pudiera sentirse más a gusto en un lugar con más espacio... tú me entiendes… Adonde quiero llegar es que si necesitas apoyo, ya sabes que puedes contar con nosotros. Tenemos algunos ahorros, así que si te hace falta completar una entrada para un piso… Para eso está la familia. Quiero que sepas que Carmela estaría de acuerdo. De hecho, ella fue quien lo propuso.

Salazar parpadeó para ocultar la humedad de sus ojos.

—Os lo agradezco de corazón, Santiago. Supongo que lo que me estás ofreciendo son los ahorros que habéis reunido para respaldar a los gemelos en sus estudios universitarios, cuando llegue el momento.

—Sí, claro, pero eso no importa. Confiamos en vosotros y

sabemos que nos lo devolveréis en cuanto podáis. Todavía faltan muchos años para…

Néstor sacudió la cabeza.

—Frena, Santiago. De verdad, os lo agradecemos mucho. Y hablo también en nombre de Rebeca, pero guarda esos ahorros para los chavales. Rebeca y yo nos sentimos muy bien en la buhardilla.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Cuando ella se mudó a Haro, a mí también me preocupó que se sintiera incómoda en un espacio tan pequeño y le sugerí buscar un piso para alquilarlo, hasta que pudiéramos comprar una vivienda. Descartó la idea de inmediato. Dice que le encanta la buhardilla. Que es acogedora y original. Así que acordamos que hará los cambios que necesite para sentirse a su gusto, y será nuestro refugio.

Santiago asintió y desplegó una sonrisa en la que mostró sus dientes de tiburón.

—Te felicito, Néstor. Creo que has tenido la fortuna de encontrar a la persona perfecta para ti, y me alegra comprobar que te hará feliz. Ya era hora y te lo merecías.

Salazar tragó saliva por la emoción, y antes de que pudiera responder, su móvil comenzó a sonar. Era Molina.

Capítulo 03

En cuanto Salazar respondió la llamada del forense, supo que tendría trabajo.

—¿Néstor? Acabamos de recibir a un paciente que falleció, y sospechamos que no se trató de una muerte natural.

El inspector intercambió una mirada con Ortiz, quien prestó atención cuando comprendió que se trataba de un asunto oficial. Salazar activó los altavoces del móvil:

—Estoy con el comisario. Te escuchamos

—Se trata de Héctor Raga, el conocido artista jarrero. Como te decía, acaba de ingresar sin signos vitales. No se pudo hacer nada por él. El doctor Enrique Ibáñez era su médico y el hospital le avisó, en cuanto recibió la notificación del técnico sanitario que atendió la llamada de emergencia. Raga estaba en medio de una *vernissage* en la galería Horizontes Creativos, cuando se desplomó sin motivo aparente. La situación le pareció muy extraña a mi colega y por eso se comunicó conmigo.

—¿Cuáles son las sospechas del doctor?

Cuando Raga perdió la conciencia, todos creyeron que había sido víctima de un infarto, pero Ibáñez examinó el cuerpo cuando ingresó y está seguro de que se trató de un choque anafiláctico. Según me informó, su paciente sufría una severa alergia a las nueces, así que era muy cuidadoso con todo lo que se llevaba a la boca, y siempre tenía a mano un autoinyector de epinefrina, para el caso de una emergencia. Ninguna de esas precauciones fue suficiente. Por eso mi colega no cree que haya sido un accidente.

—Comprendo. Solicitaremos la autopsia y vamos para allá enseguida.

Néstor terminó la llamada y esperó la reacción del comisario. Ortiz asintió.

—Adelante. Averigüemos si hay un caso detrás de esa muerte.

El inspector le avisó a su compañero de inmediato. Telmo le confirmó que estaba regresando de comer y que acababa de llegar a la comisaría. Salazar le explicó lo poco que sabía sobre la sospechosa muerte del artista y le ordenó que se comunicara con el juez. Luego tendrían que trasladarse al lugar de los hechos. Lo esperaba junto al Clío.

Minutos después, Néstor se cruzó con Telmo en la escalera.

—¿Ya cumpliste mis órdenes?

El subinspector asintió con la cabeza.

—Sí, jefe. El juez ya debe estar de camino a la galería de arte.

Los dos policías bajaron las escaleras, solo acompañados por el ruido sordo de sus pasos. Al cruzar la recepción, Néstor se detuvo frente a García.

—Tenemos un nuevo caso, Pedro. Una muerte sospechosa. Envía un coche patrulla a la galería de arte Horizontes Creativos. Que levanten un perímetro en el salón de exposiciones.

El agente asintió y de inmediato cogió la radio, para cumplir la orden. Salazar y su compañero dejaron ocupado a García y salieron de la comisaría con paso apresurado.

—¿Iremos a la galería, jefe? —preguntó Telmo, mientras se acercaban al Clío.

Salazar sacudió la cabeza.

—Antes, debemos averiguar cuáles son los motivos por los que Molina e Ibáñez sospechan que no se trató de una muerte natural.

Telmo asintió, al mismo tiempo que se ajustaba el cinturón de seguridad. En pocos minutos recorrieron la distancia que los separaba del hospital. En cuanto llegaron, se encaminaron a la morgue para buscar al forense. Lo encontraron ya preparado para hacer una autopsia.

—Te mueves rápido, Néstor. Acabo de recibir la orden del juez para la autopsia de Raga.

—¿Vas a hacerla ahora? —preguntó el inspector, esperanzado.

El forense sacudió la cabeza.

—No te emociones. La burocracia no avanza tan rápido. Esta estaba programada desde ayer. Si quieres presenciarla, estás invitado, pero no tiene nada que ver con tu caso.

—Entonces pasamos, muchas gracias.

—Eso supuse.

—Al menos, podrás decirme por qué sospecháis que la muerte de Raga no fue natural.

—Ibáñez era el médico de Raga desde que este tenía dieciséis años, y murió con cincuenta y dos, así que lo conocía bien —Salazar puso los ojos en blanco—. Vale, ya te lo explico. Según me informó Ibáñez, en el momento de su ingreso, Raga tenía hinchadas la cara, la lengua y la garganta. Además, de acuerdo con el relato de los testigos, se llevó la mano a la garganta, antes de desmayarse. Esos signos no son compatibles con un infarto, sino con una anafilaxia.

—Una ¿qué? —preguntó Telmo.

—Una anafilaxia —repitió el doctor—. Es una reacción alérgica explosiva que ocurre pocos segundos o minutos después de exponerse

a la sustancia que la provoca, y que desencadena reacciones muy graves. Lo confirmaré con la autopsia, pero todo apunta a que fue la causa de la muerte en este caso.

Los policías intercambiaron una mirada entre sí.

—Continúa —le invitó el inspector.

—Vale. Enrique conocía bien a Raga como paciente, desde que lo trató durante un ingreso en la UCI por un choque anafiláctico, cuando todavía era un chaval.

—¿A qué era alérgico Raga?

—A las nueces. Apenas unas pocas trazas habrían sido mortales para él. Y creemos que eso fue lo que pasó.

—¿Por qué descartáis un accidente? No parece descabellado.

El forense sacudió la cabeza.

—Enrique no lo considera posible, y yo confío en su criterio. Raga lo pasó muy mal cuando estuvo ingresado en la UCI siendo un chaval, así que desde entonces tenía un cuidado obsesivo por no tener contacto con nada que se pareciera a frutos secos. Ibáñez dice que es imposible que las haya ingerido por accidente. Además, Raga siempre llevaba consigo un autoinyector de epinefrina, cargado con la dosis apropiada para salvarle la vida en caso de emergencia. Según le refirieron los testigos al técnico sanitario, al mismo tiempo que el pintor luchaba por respirar, buscaba algo en su bolsillo con desesperación.

—La medicina que le podía salvar la vida.

Molina asintió.

—Es lo que Ibáñez y yo creemos.

—De acuerdo. Lo investigaremos. Necesitaremos toda la información que puedas proporcionarnos.

Molina reunió todas las pruebas e informes médicos sobre Raga y se los entregó a los policías. Solo entonces, Néstor y Telmo salieron del hospital en dirección a la galería. El subinspector expuso su escepticismo, en cuanto Salazar incorporó el *Clio* a la vía.

—Usted perdone, jefe, pero creo que estamos perdiendo el tiempo. Por muy cuidadoso que fuera Raga, es muy fácil que ingiriera las trazas de nueces por accidente. Si están por todas partes. Dudo mucho que aquí haya un caso que investigar.

—¿Y qué me dices de la medicina que esperaba encontrar en su bolsillo y que nunca apareció?

Telmo se encogió de hombros.

—Quizá creyó que la tenía en el bolsillo y la había dejado en otro traje… Es algo que puede pasar… En especial, si tenía grandes expectativas con respecto del evento que iba a protagonizar esa tarde. Pudo estar distraído mientras se preparaba para salir de casa.

—Es posible que tengas razón, Telmo, pero habiendo una

denuncia por medio, que además proviene del médico de la víctima, nuestro deber es asegurarnos de que no existe un responsable. Por otro lado, quizá no estemos buscando a un asesino, sino alguien que cometió un error que le costó la vida al artista. Y en ese caso, nuestra obligación es establecer responsabilidades. No todos nuestros casos pueden ser espectaculares. ¿No crees?

—Si usted lo dice.

—Por otro lado, tendremos que ser muy cuidadosos con los pasos que damos. El fallecido era una famosa figura pública, de la cual la ciudad se sentía orgullosa. Eso significa que tendremos encima a la prensa, la comunidad y las autoridades. Y que todos van a presionarnos.

Capítulo 04

Cuando llegaron a la galería, Salazar y su compañero entraron en la sala de exposiciones, observando cada detalle con meticulosidad. Era evidente que la vernissage había sido un gran éxito y que la galería estuvo repleta de gente durante el acontecimiento. La frialdad y asepsia de la amplia superficie le recordaron a Néstor el ambiente de un hospital. Los colores vivos de las pinturas y esculturas no eran suficientes para contrarrestar la neutralidad de paredes y suelos o la excesiva iluminación. Un aroma a perfume y vino se mezclaba con el olor del óleo que inundaba todo el salón, creando una atmósfera de lujo y sofisticación. Algunas de las obras del artista eran impresionantes, mientras que otras resultaban desconcertantes y extrañas.

La tensión dominaba los rostros de los presentes, en quienes eran evidentes el desconcierto y la angustia. El silencio llenaba la sala, al punto que Néstor escuchaba el rechinar de sus propios zapatos con cada paso que daba.

El juez ya había llegado. Aristigueta permanecía aislado y aparentaba desinterés por lo que ocurría a su alrededor, mientras contemplaba una pintura de gran tamaño que representaba a una mujer desnuda en tonos rojizos y amarillos. La figura era voluptuosa y sensual, y el artista había hecho gala de un dominio impresionante de la técnica. Salazar se unió al juez y admiró la obra durante algunos segundos.

—Inspector, me alegra verlo. Lo estaba esperando. Por supuesto que confío en usted y sé que si considera que estamos frente a un caso criminal, es porque tiene motivos firmes para hacerlo. Sin embargo…

—No lo comprende.

—Espero que usted pueda explicármelo.

Salazar le informó a Aristigueta acerca de las sospechas de los médicos y los motivos que los habían llevado hasta allí.

—Muy bien, tiene mi respaldo. Siga adelante y asegurémonos de que se haga justicia, si descubre que existe un responsable de esta muerte. El señor Raga era un ciudadano muy apreciado por la comunidad y un orgullo para Haro, así que le daremos prioridad a este asunto. Manténgame informado. Yo me ocuparé de facilitar su trabajo.

Después de agradecer al juez por su colaboración y despedirse,

Néstor observó cómo Aristigueta abandonaba la galería. Entonces, buscó a su compañero con la mirada. Telmo ya había comenzado a interrogar a los testigos, con la ayuda de los agentes de la comisaría que habían levantado el perímetro de seguridad. Para Salazar, fue evidente que sus colegas estaban poniendo en tensión al grupo de personas que se reunían alrededor de ellos. Bien.

El inspector indagó quién era el responsable de la *vernissage* y una dama mayor que no le había quitado la vista de encima a Salazar desde que llegó, le señaló a un hombre con bigote que rondaba los sesenta años, con el cabello gris peinado hacia atrás y un elegante pañuelo en lugar de corbata, único adorno de su vistoso traje blanco.

—Él es don Andrés Ríos, el dueño de la galería y quien organizó la exposición.

Después de darle las gracias a su inesperada aliada, el inspector se acercó a Ríos y se identificó. Andrés lo miró de arriba abajo con evidente desconcierto. Antes de que el policía tuviera oportunidad de hacerle ninguna pregunta, el dueño de la galería se le adelantó, con una voz cargada de tensión:

—¿Usted es policía?

—Sorpresas de la vida —respondió Néstor con una media sonrisa y la cabeza ladeada.

—Pero ¿qué está haciendo la Policía aquí? ¿Quién los llamó?

Salazar desvió la mirada y se comportó como si no hubiera escuchado las preguntas.

—¿Podría decirme quién estuvo a cargo de la comida y bebida esta noche?

Ríos parpadeó, antes de responder.

—El cáterin lo proporcionó una empresa llamada Sabores de Haro. Ellos se encargaron de todo lo relacionado con la comida y la bebida. ¿Qué puede importar eso? ¿Héctor murió intoxicado? ¿Corremos algún peligro?

El inspector sacudió la cabeza.

—Puede estar tranquilo, señor Ríos. Hasta donde tengo noticia, ningún asistente a la exposición corre peligro. No se aleje mucho, por favor. Voy a necesitar hacerle algunas preguntas.

Ríos frunció el ceño, pero obedeció y permaneció en la sala. Néstor comenzó a recorrer la galería a paso lento, detallando cada rincón. Telmo y los agentes seguían interrogando a los testigos en el otro lado del salón. El inspector se detuvo frente a una mesa en la que había varios platos con canapés, un jamón pata negra de considerable tamaño y unas cuantas botellas de vino a medio acabar.

Los peritos de Científica llegaron en ese momento y Néstor se acercó a Garrido, que era quien los encabezaba. Salazar le preguntó por Casi.

—El jefe Barros se está ocupando de otra escena en Logroño. Le envió un mensaje, pero...

—Puede decírmelo.

Garrido se encogió de hombros.

—Me pidió que le dijera que es más molesto que un pelo en la boca, y que no hace sino darle trabajo.

Néstor sonrió.

—Vale. Eso significa que hará su mejor esfuerzo con este caso.

Garrido enarcó las cejas y guardó silencio. El inspector le informó la situación al perito y le mostró la documentación que le había proporcionado Molina, acerca de la víctima.

—… Así que buscamos cualquier medio por el que pudieron llegar trazas de nueces a los alimentos del señor Raga —concluyó Salazar.

—Pues no pide poco, inspector. Ya no le digo una aguja en un pajar…

—Confío en ustedes, y en Casi. Si hay algo, estoy seguro de que lo encontrarán.

Néstor permitió que los peritos se ocuparan de la búsqueda de evidencias y centró su atención en Andrés Ríos. Le anunció que grabaría la entrevista con su móvil, al mismo tiempo que manipulaba el dispositivo.

—Todavía no me ha dicho qué significa todo esto, inspector.

—Lo que significa es que sospechamos que el señor Raga no murió por causas naturales.

Ríos palideció.

—Eso no es posible. Todos lo vimos. Estaba bien y cayó al suelo de repente. No había nadie cerca de él en ese momento. Debió tratarse de un infarto.

—De acuerdo con los informes del hospital, murió por un choque anafiláctico. Y en su historia médica hay constancia de que padecía de una severa alergia a las nueces. Sospechamos que las ingirió durante la exposición.

—¡Eso es terrible! ¿Quiere decir que alguien cometió un error y que los alimentos que se sirvieron estaban contaminados con nueces?

—Es una de las hipótesis que estamos considerando.

—Pero, eso no es posible... Quiero decir… todos sabíamos lo peligrosas que eran las nueces para él. Por eso tomábamos precauciones extremas al respecto. Además, Héctor siempre llevaba un dispositivo de autoinyección en el bolsillo por si se le presentaba una emergencia. Si ustedes están en lo cierto, ¿por qué no lo usó?

—Tal vez lo olvidó en casa —sugirió Salazar.

Ríos sacudió la cabeza.

—¿Olvidaría usted un objeto que le puede salvar la vida?

—Es un argumento interesante, señor Ríos —reconoció el inspector, pensativo—. En especial, porque todavía no podemos descartar que no se haya tratado de un accidente.

—¿Quiere decir que alguien habría contaminado sus alimentos con los frutos secos de forma intencional? —Néstor asintió— Pero eso sería un asesinato. ¿Quién podría querer hacer algo así?

—Si se demuestra que eso fue lo que ocurrió, lo averiguaremos. Por el momento, quiero que responda algunas preguntas.

Andrés parpadeó con desconcierto.

—Yo… por supuesto, inspector. Pregunte lo que quiera.

—¿Qué tipo de persona era Héctor Raga?

—Él… era un poco excéntrico. Ya sabe, cuando estaba inspirado se encerraba en su estudio y no quería hablar con nadie, pero ya lo conocíamos y eso no nos molestaba.

—¿Tenía enemigos?

Ríos negó con la cabeza, despacio.

—No. Ninguno que yo supiera. Héctor era un hombre introvertido y poco sociable, pero en general, amable.

—¿Qué me dice de su familia? ¿Era casado, tenía hijos?

—Era divorciado y tenía un hijo adolescente. Según él mismo decía, mantenía una relación cordial tanto con su exmujer como con su hijo.

—¿Hermanos, sobrinos?

—No. Era hijo único y sus padres ya habían fallecido. Provenía de una familia adinerada y heredó una fortuna hace siete años más o menos. Habría podido vivir de las rentas, pero la pintura era su pasión y era bueno en ello.

—¿Quién elaboró la lista de invitados?

—Yo me ocupé, de común acuerdo con Héctor. En esta *vernissage* en particular, él me hizo una exigencia.

El inspector tensó los músculos de la mandíbula.

—¿Qué tipo de exigencia?

—Quería expandir su obra, así que me pidió que solo invitara clientes de la galería que estuvieran interesados en sus cuadros, pero que nunca hubieran comprado ninguno.

Néstor frunció el ceño.

—¿Eso no es muy extraño?

—No es habitual y desde el punto de vista comercial podría verse como un error, pero Héctor era un artista, así que lo consideré una excentricidad.

Salazar tomó nota mental, le dio las gracias a Ríos por su colaboración y le pidió que acudiera a la comisaría, para firmar su declaración. Néstor buscó a su compañero con la mirada. El subinspector ya se acercaba en dirección a él.

—¿Conseguiste averiguar algo, Telmo?

—Me temo que nada, jefe. Ya interrogamos a los testigos de la exposición. Les preguntamos acerca del momento en que el artista cayó desplomado. Todos los asistentes negaron haber visto algo extraño o sospechoso en ningún momento.

Capítulo 05

Antes de abandonar la galería, Salazar y Telmo repasaron las notas del subinspector, pero no encontraron ninguna pista que los orientara acerca de cómo resolver el misterio.

—¿Alguna idea, jefe?

Néstor cogió aire, mientras volvía sobre la lista que le había presentado Telmo. Después de meditar la situación por algunos segundos, señaló un nombre.

—Este.

—¿Eduardo Sánchez? Ya imaginaba que querría hablar con él. Siendo el maestro de ceremonias contratado para la *vernissage*, tiene que dar muchas explicaciones.

Néstor asintió.

—Llévame con él.

Telmo abrió la marcha y lo condujo hasta un hombre que rondaba la cincuentena, con rostro anguloso y expresión formal. Usaba un traje oscuro y sus ademanes rezumaban sofisticación. Conservaba bien la serenidad, salvo por un temblor involuntario y casi imperceptible en su labio superior. El subinspector se ocupó de presentar a su jefe con el testigo. Salazar fue directo al grano.

—Señor Sánchez, ¿usted estaba al tanto de la alergia severa que Raga tenía hacia las nueces?

—Sí, por supuesto.

—¿Quién era el responsable de comprobar que no ocurriera un accidente por este motivo?

—Somos una empresa de cáterin prestigiosa, inspector. Nos ocupamos de todo tipo de eventos en La Rioja. Hemos trabajado para esta galería durante los últimos tres años. Como comprenderá, esta no era la primera vez que nos encargaban una *vernissage* del señor Raga, y nunca se nos había presentado ningún problema…

—Hasta ahora —puntualizó Néstor.

Eduardo parpadeó y paseó la mirada por ambos policías.

—Por supuesto que sabíamos que el señor Raga sufría alergia a los frutos secos y lo fatal que podía resultar un error. Lo tenemos resaltado en la ficha de cliente de la galería. Le aseguro que siempre nos hemos tomado muy en serio esa circunstancia y extremábamos las precauciones, para evitar el contacto con nueces de cualquier plato

que se sirviera en sus exposiciones. No entiendo qué pudo haber ocurrido.

Néstor cambió de postura y guardó silencio por algunos segundos, antes de volver a preguntar.

—¿Quién tenía el encargo directo de comprobar que no había rastros de nueces en lo que servían?

—No queríamos correr ningún riesgo, así que nuestro jefe de compras, Carlos González, revisaba cada ingrediente de la lista que le pasaba el chef. Comprobaba las etiquetas una a una, y si era necesario se comunicaba con los fabricantes o distribuidores. Ante la menor duda, el ingrediente era descartado.

Néstor asintió.

—Lo felicito por su prudencia. ¿Qué más?

Muñoz cogió aire y sacudió la cabeza.

—Nunca elaborábamos el menú de la galería junto con otros encargos. Les reservábamos un día y limpiábamos bien todos los utensilios, antes de comenzar a usarlos. Superada esta comprobación, nuestro chef volvía a revisar la lista de ingredientes y se aseguraba de que no hubiera ningún rastro de nueces, que pudiera contaminar los alimentos durante el proceso de preparación.

—¿Eso no significaba un costo mayor del servicio?

—Sí, pero la galería estaba dispuesta a cubrirlo, además de que siempre lo consideramos nuestro deber. Se trataba de proteger la vida de una persona.

El inspector intercambió una mirada con su compañero.

—Me complace su sentido de la responsabilidad. ¿Tomaban alguna otra precaución?

Muñoz asintió.

—Por supuesto. Antes de servir cualquier plato, yo mismo me aseguraba de que estuviera todo bien controlado. No sé cómo pudieron llegar las nueces hasta el señor Raga. No me lo explico. Tal vez provinieron de otro lugar. Le puedo asegurar que no estaban en ninguno de los platillos que servimos durante la *vernissage*.

—¿Qué está sugiriendo, señor Sánchez? ¿De qué otra forma pudo llegar a ingerirlas el señor Raga?

—No lo sé. ¿Tienen la certeza de que la reacción que lo mató fue por nueces? Quizá era alérgico a algún otro alimento y no lo sabía. O tal vez comió algo que él mismo llevó en un bolsillo o que alguien más le dio a probar.

El inspector lo pensó por un momento, antes de negar con la cabeza,

—Teniendo en cuenta todos los testimonios, acerca de lo cuidadoso que era el señor Raga con todo lo que comía, semejante situación resulta poco probable.

El maestro de ceremonias se encogió de hombros.

—Tal vez lo hizo, sabiendo las consecuencias.

—¿Está sugiriendo que Raga se suicidó? —preguntó Telmo.

Muñoz llenó sus pulmones de aire.

—No lo sé, subinspector. Para serle honesto, nunca llegué a conversar con el señor Héctor Raga. Solo lo conocía por referencia. La persona con la que llevamos a cabo los contratos es el señor Ríos. Sin embargo, supongo que para una persona con una sensibilidad tan severa hacia las nueces, estas habrían sido un recurso para quitarse la vida, tan eficiente como cualquier otro. Y además, de muy fácil acceso.

El inspector se quedó pensativo por algunos instantes. Antes de que pudiera responder al testigo, la vibración de su móvil captó su atención. Después de hacer un gesto a Muñoz para indicarle que habían terminado, esperó a que el maestro de ceremonias se alejara para responder, mientras Telmo se mantenía atento a las palabras de su jefe.

—Javier. ¿Tienes algo más que decirnos?

—¡Qué tienes más suerte que un zorro caído en un gallinero! Antes de comenzar la autopsia que tenía programada desde ayer, recibí una notificación del juez para darle prioridad a la de Raga, así que acabo de terminarla.

—¿Qué encontraste?

—Encontré edema pulmonar y…

—Cuéntamelo en nivel persona normal.

Néstor escuchó un suspiro de resignación del otro lado de la línea.

—Vale. Tenía líquido en los pulmones. Sus arterias estaban dilatadas y eso causó un fuerte descenso de la presión arterial…

—Te sigo.

—También encontré inflamación aguda generalizada, que ocasionó un fallo multiorgánico.

—¿En cristiano?

—Que ya puedo confirmarte que murió por un choque anafiláctico.

—Vale. Habríamos comenzado por ahí.

—¿Y perderme la diversión?

—Muy gracioso. Dime algo, ¿la causa de ese choque fueron las nueces?

—Debo reconocer que no puedo tener la certeza, hasta que reciba los resultados de laboratorio, que confirmen la presencia de trazas de frutos secos en la saliva de la víctima.

—¿Existe la posibilidad de que se tratara de un envenenamiento?

Molina guardó silencio por algunos segundos, antes de responder.

—Toxicología tendrá la última palabra, pero no lo creo. Todas las evidencias de la autopsia y los antecedentes médicos son consistentes con una reacción alérgica brutal.

—¿Quizá Raga era alérgico a algo más y no lo sabía?

—En general, es poco probable que ocurra un choque anafiláctico durante la primera exposición a la sustancia causante de la alergia. Aunque no te niego que sí existen casos documentados. En especial, si la persona tiene antecedentes de predisposición a las alergias.

—Que era la situación de la víctima.

—Aun así, lo más probable es que la persona haya estado expuesta a la sustancia que causó la alergia con anterioridad, pero sin haber sido consciente de ello.

—El cual podría ser el caso de Raga —murmuró el inspector, más para sí mismo que para el forense—. Pudo estar tan centrado en su alergia a las nueces, que pasó por alto la reacción a otra sustancia.

—No tendremos la seguridad de qué fue lo que causó la muerte de la víctima, hasta que recibamos los resultados del laboratorio —opinó Molina—. Sin embargo, creo que te resultará útil entrevistarte con el doctor Enrique Ibáñez. Él conoce la historia medica de Raga mejor que nadie, y puede darte detalles acerca de su predisposición a las alergias. Además, te recuerdo que él fue quien sugirió que la muerte de su paciente era sospechosa.

—Tienes razón, Javier. ¿Sabes dónde podemos encontrar al doctor Ibáñez en este momento?

—Está aquí en el hospital. Hoy pasa consulta. Puedo comunicarme con él, para que os espere.

—De acuerdo. Te agradecemos la ayuda. Vamos para allá.

Capítulo 06

Siguiendo el consejo de Molina, Salazar y su compañero regresaron al hospital y una vez allí, subieron hasta el tercer piso, donde se encontraba el doctor Ibáñez. En la sala de espera solo había una paciente, que frunció el ceño cuando Néstor golpeó la puerta del consultorio, para anunciar su llegada. El inspector le dirigió su mejor sonrisa de inocencia, lo cual desencadenó un fruncimiento de ceño inmediato. La puerta se entreabrió y Néstor centró su atención en la enfermera que se asomó, a quien le mostró su identificación.

—El doctor Molina nos avisó de que vendría, inspector. El doctor Ibáñez lo está esperando.

La enfermera se volvió hacia la paciente que aguardaba, sentada con la espalda muy recta y atenta a lo que ocurría.

—Señora Paz. El doctor la atenderá en algunos minutos.

Las cejas de la señora ya se juntaban y sus orejas comenzaron a adquirir un curioso color gamba cocida. La mirada que le dedicó a los policías habría aterrorizado al más valiente. Néstor y Telmo se apresuraron a entrar al consultorio, antes de que la dama tuviera oportunidad de responder.

Una vez adentro, la enfermera los presentó al doctor Ibáñez, quien los invitó a sentarse con un gesto.

—Gracias por venir, caballeros. Me tranquiliza que hayan tenido en cuenta mi preocupación y que abrieran una investigación sobre lo que ocurrió. Hay algunos detalles de la forma en que se desarrollaron los hechos que me parecen bastante turbios.

—Estamos aquí para escucharlo, doctor.

Ibáñez asintió, antes de continuar su explicación:

—Supongo que Molina ya les habrá informado que Héctor era consciente de su alergia a los frutos secos desde hacía mucho tiempo —Néstor asintió—. Yo lo conocí cuando era un chaval. En su adolescencia sufrió un grave choque anafiláctico, por el que fue necesario ingresarlo en la UCI. Yo me ocupé de su caso desde entonces, y les puedo asegurar que él era muy cuidadoso. No solo evitaba que las nueces contaminaran sus alimentos, sino que se aseguraba de no tener ningún contacto con ellas. Era casi una fobia. Además, él sabía muy bien lo que tenía que hacer si comenzaba a sentir los primeros síntomas. Yo mismo lo entrené en el uso del

autoinyector de epinefrina. De ahí mi sorpresa cuando me llamaron de Urgencias.

—Tal vez el señor Raga confió demasiado en las precauciones de las personas que lo rodeaban —sugirió Telmo.

Ibáñez lo pensó por un momento y luego negó con la cabeza despacio.

—Es posible, pero no lo veo probable, subinspector. Por referencia del propio Héctor, sé que él mismo se aseguraba de que cada alimento que probaba en esas celebraciones, hubiera pasado por todos los filtros necesarios. Ante la menor duda, se abstenía de consumirlo.

—¿Existe la posibilidad de que el señor Raga tuviera la misma sensibilidad alérgica para algún otro alimento o sustancia?

Ibáñez centró la mirada en el documento que reposaba sobre el escritorio.

—Tengo aquí la historia médica de Héctor. Si bien la teoría que usted propone es posible, no la creo probable. En vista de los antecedentes de Raga, realizábamos una prueba alérgica cutánea cada año, para asegurarnos de que no se presentaba una situación como la que usted describe. No le niego que pudiera existir alguna sustancia que se nos escapara en la comprobación, pero no lo creo.

Salazar asintió.

—Muchas gracias, doctor. Toda la información que nos está proporcionando, será de mucha utilidad para descubrir lo que ocurrió.

Ibáñez suspiró, cogió la carpeta y se la entregó a Salazar.

—Por lo que me ha comentado Molina, estoy seguro de que pronto lo sabremos, inspector. Ya recibí la orden del juez, así que puede llevarse la historia médica de Héctor. Si necesita alguna aclaración, no dude en llamarme.

Néstor volvió a agradecer al médico por su colaboración y salieron de su despacho a paso apresurado, pretendiendo no haber visto la expresión asesina de Paz.

Una vez en el Clío, Telmo clavó la mirada en Salazar como si estuviera ante el oráculo.

—¿Qué opina, jefe?

—Todo apunta a que la causa del choque fueron las nueces, pero teniendo en cuenta todas las medidas de seguridad que siempre se tomaban alrededor de ellas, además de lo cuidadoso que era el artista con respecto de su consumo y la extraña ausencia de la medicina salvadora, dudo que se tratara de un accidente.

—Entonces, ¿coincide con el doctor Ibáñez en que Raga murió asesinado?

Salazar se quedó pensativo por un momento, antes de asentir.

—Conforme avanzamos en las indagaciones, estoy cada vez más

convencido.

—¿Tiene alguna idea de cómo consiguieron que la víctima consumiera las nueces mortales?

El inspector encendió el motor.

—Espero que Científica nos ayude a resolver esa incógnita, Telmo. Y mientras recibimos los resultados, tendremos que centrarnos en quién pudo hacerlo y por qué.

Los policías regresaron a la comisaría con el objetivo de investigar a la víctima y averiguar quién podía quererlo muerto. Una vez en San Miguel, Néstor se reunió con el comisario, para ponerlo al día acerca de las novedades del caso. En la medida en que Santiago lo escuchaba, su ceño se iba frunciendo. Néstor tuvo que recordarse a sí mismo que solo se trataba de Goliat. Solo así pudo controlar el impulso de marcharse con cualquier excusa. ¡Cómo impresionaba el tío! Cuando el inspector terminó su exposición, el comisario se inclinó hacia adelante.

—¡Esto no fue un accidente, Néstor!

—Soy de la misma opinión. Alguien aprovechó la sensibilidad del artista hacia las nueces, para convertirlas en un veneno mortal.

—Héctor Raga Costa era una figura ilustre en Haro, así que los mandos ya comenzaron a presionarme.

Salazar suspiró.

—Sí, ya lo suponía.

—Por suerte, la ciudadanía y la prensa todavía creen que se trató de un accidente. Aun así, ya comienzan a pedir responsabilidades. Tendrás todo el apoyo que necesites. Confío en ti para resolver esta investigación lo antes posible.

Néstor se puso de pie y asintió con la cabeza.

—Cuenta con ello.

La jornada ya había llegado a su fin. Salazar le envió saludos a Carmela y un abrazo a los gemelos. Cuando salió del despacho de Ortiz, el inspector subió al segundo piso para reunirse con su compañero en la sala común, que ya estaba vacía.

—Jefe, ¿cómo le fue con el comisario?

—Tenemos vía libre, Telmo, pero será mejor que nos demos prisa con este asunto.

—Estuve investigando el entorno de la víctima y encontré algunas personas interesantes.

Salazar se sentó frente a su compañero y apoyó los codos en su escritorio.

—Te escucho.

—El que más resalta como sospechoso es Pedro De Lima Veloz. Se trata de un artista rival que expone en la misma galería, pero con muy poco éxito. Sus obras apenas se venden. Según lo que averigüé,

habla muy mal de Raga y de su trabajo.

Néstor asintió.

—Cuando se trata de asesinato, la envidia siempre es un motivo para tener en cuenta.

—También me interesó un sujeto llamado Ernesto Herrero Gómez. Es el propietario de otra galería en la que Raga trabajó. La relación no terminó en buenos términos.

—¿Raga se fue de su galería?

—Herrero lo echó.

Salazar frunció el ceño.

—Interesante. ¿Por qué echar a un artista reconocido como Héctor Raga?

Telmo se encogió de hombros.

—El señor Ríos fue quien me proporcionó la información, pero no pudo o no quiso responder a esa pregunta. Insistió en que sería mejor que me lo explicara el propio Herrero, pues lo que él sabía al respecto solo eran habladurías.

—¿Raga nunca le dio una justificación?

El subinspector negó con la cabeza.

—Al parecer, evitaba el tema.

—Bien, ya tenemos dos sospechosos. ¿Averiguaste algo sobre la familia de la víctima?

—Raga se divorció hace siete años. Más o menos por la fecha en que perdió el apoyo de Herrero. El nombre de su exmujer es Carlota Mora. Es diseñadora gráfica, y trabaja en el departamento de publicidad de una cadena de supermercados. Con respecto del hijo, su nombre es Daniel, tiene trece años y está cursando segundo de la ESO.

—Bien. Por lo visto ya tenemos trabajo —Salazar consultó su reloj—. ¿A quién le corresponde la guardia de hoy?

—A Ángela. Debe llegar en un par de horas.

—Muy bien. Hiciste un buen trabajo, Telmo. Puedes irte a casa. Mañana comenzaremos más temprano. Haremos lo posible por avanzar antes de la reunión.

Capítulo 07

Miguel y Ángela se encontraban en casa con Juan. Mientras conversaban, antes de que ella regresara a la comisaría para cumplir su guardia, el chiquillo se presentó de repente y los interrumpió. Mantenía la mirada en la punta de sus zapatos y se mordía los labios.

—¿Qué ocurre, Juan? —le preguntó Miguel.

—Yo… Estaba ordenando mi habitación como me pidió Ángela y… saqué mis pertenencias de la maleta…

La preocupación hizo que Miguel frunciera el ceño.

—¿Cuál es el problema? ¿Eso te entristeció?

El chico sacudió la cabeza con energía.

—No es eso. Es que entre esas pertenencias había un libro, que era el favorito de mi padre —El chaval levantó la mirada hacia los policías—. Cuando lo saqué de la maleta, esta carta se cayó de entre sus páginas.

Ángela lo miró a los ojos.

—¿El contenido de esa carta te incomodó?

Juan suspiró.

—No, esa no es la razón por la que os interrumpí. Es qué… No entiendo qué significa lo que dice o por qué mi padre la guardó entre las páginas del libro, pero creo que es importante.

Miguel cogió la misiva y la leyó en voz alta:

«Querido Alfonso,

Aunque no firmaré esta carta, sabes muy bien quién soy. O al menos, lo sospechas. No tengo nada personal contra ti. De hecho, me simpatizas, pero se trata de mis intereses y mi seguridad, y ten la certeza de que no escatimaré esfuerzos para defenderlos.

En los últimos días, he notado tu interés en ciertas áreas de la empresa que, en teoría, no deberían ser de tu incumbencia. Comprendo que la curiosidad es un rasgo muy humano, pero hay ocasiones en las que es mejor no preguntar demasiado.

En el mundo de las finanzas, no todo es lo que parece. A veces, para alcanzar el éxito, es necesario coger atajos y hacer cosas que no todos comprenden. Te ruego que no sigas hurgando en asuntos que no te conciernen.

No pienses que esta es una amenaza, pero sí quiero ser claro: si continúas por este camino, no podré garantizar la seguridad y bienestar

tuyos y de tu familia. Por el bien de todos, te invito a que dejes de investigar y te centres en tus propios asuntos.

Espero que, como hombre sabio que eres, tomes la decisión correcta.»

Las palabras que leyó Miguel envolvieron la habitación como una bruma espesa y enigmática.

—¿Tú tenías noticias acerca de esta amenaza, Juan? ¿Sabes quién la escribió?

El chico negó con la cabeza.

—No, mi padre nunca lo mencionó.

Miguel sintió un escalofrío en la espalda y buscó los ojos de Ángela, quien le devolvió una mirada de preocupación.

—Tenemos que averiguar qué significa esto, por Juan —murmuró ella con voz decidida.

Miguel asintió, al mismo tiempo que la tensión se apoderaba de la habitación y el ambiente se espesaba, hasta hacerse casi irrespirable.

Mientras ambos policías asumían que una amenaza desconocida pesaba sobre su vida familiar, en el otro lado de la ciudad, Salazar se preparaba para terminar la jornada. Antes de abandonar la comisaría, se comunicó con Rebeca a través del móvil.

—¿Rebeca? Voy camino a casa, ¿estás bien?

—Llegué a la buhardilla hace unos minutos y estoy preparando la cena. No será necesario que pases por La Callecita.

—No deberías molestarte.

—Preparar la cena me relaja. No te preocupes, después de cenar serás tú quien friegue los platos.

—A cambio de cenar contigo, lo haré encantado.

—Adulador.

—¿Yo? Incapaz. ¿Cómo se ha portado Paca desde que llegaste?

—En cuanto entré, se escondió debajo de la cama y no ha vuelto a asomar el hocico.

—Vaya, parece que no le está resultando fácil adaptarse.

—No la culpo, es que no quiere compartirte. ¿Podrías pasar por el supermercado antes de subir? No nos queda pimienta.

—Por supuesto.

Después de un corto desvío para cumplir el encargo, Salazar regresó a casa. El olor a pescado en salsa invadía la buhardilla y llegaba hasta el pasillo. El estómago de Néstor le recordó su existencia con un rugido. En cuanto abrió la puerta, Rebeca lo recibió con un beso. De inmediato, Paca salió de su escondite y se acercó a su humano corriendo, sin dejar de maullar todas las injusticias que había sufrido en su ausencia, desde un punto de vista muy felino, claro. Néstor y Rebeca intercambiaron una sonrisa. Él acarició la cabeza de

la gata.

—Vamos, Paca. No seas calumniadora.

—Mau.

Salazar le dio una galleta con sabor a sardinas, que ella devoró de inmediato.

Rebeca también intentó acariciarla, pero Paca la apartó con un «miau» de indignación.

—Me detesta —se quejó Rebeca.

—Solo dale un poco de tiempo. Estoy seguro de que terminarás ganándote su afecto como hiciste con el mío.

El aroma de la comida recién hecha llenaba la buhardilla y le daba un toque hogareño, que Salazar no recordaba haber experimentado desde que era un niño.

Rebeca y Néstor se sentaron uno al lado del otro, con los ojos brillantes y los rostros iluminados por una sonrisa. Los problemas se desvanecieron al calor de la compañía. Hablaron en susurros, intercambiando sonrisas tímidas. Se preguntaron por su día, pero Néstor no tenía deseos de hablar del trabajo durante la cena.

—Pareces preocupado —insistió Rebeca—. Cuéntame qué te pasa.

Él negó con la cabeza.

—Ahora no. Este momento es nuestro y no quiero que nada lo arruine.

Las manos de los dos se encontraron sobre la mesa, sus dedos entrelazados, cálidos y reconfortantes. El tiempo pareció detenerse, hasta que Paca rompió el hechizo con un maullido airado.

Rebeca volvió a intentar congraciarse con la pequeña felina, ofreciéndole un trocito de merluza de su plato, pero ella no lo aceptó. Solo comió los que le dio su humano. ¡Faltaría más!

Después de cenar, Salazar lavó los platos y Rebeca los secó y regresó a su lugar. Luego, ambos se sentaron en el sofá. Paca subió al respaldo y apoyó la pata en el hombro de Néstor en gesto posesivo. Cuando Rebeca se acercó a él y trató de acariciarle la mejilla, Paca le apartó la mano con indudable expresión de gata ofendida. Rebeca lo intentó varias veces con el mismo resultado.

—Es peor que una suegra celosa —comentó Rebeca, riendo entre dientes.

Salazar sonrió y puso a la pequeña felina en su regazo.

—Nunca hubiera imaginado que llegaría el día en que dos chicas se iban a pelear por mí.

—Miaaaauuu —argumentó Paca, exigiendo sus derechos.

Haciendo caso omiso a la rabieta de la gata, Néstor y Rebeca se fundieron en un abrazo, y juntaron sus labios en un largo beso. Con una mirada de complicidad, la pareja abandonó el sofá, para irse a la

cama. Paca los siguió sin dudarlo. ¡Que esa era su cama! Después de una noche inolvidable, ambos se sumieron en un profundo sueño.

Antes del amanecer, Paca despertó a Salazar lamiéndole la oreja, para reclamar su desayuno tempranero. Algunas cosas no cambiaban nunca.

Capítulo 08

Cuando Salazar terminó de ducharse, el vaho del agua caliente ya formaba una ligera neblina en el interior del cuarto de baño. Encontró a Rebeca esperándole, despierta y lista para comenzar el día juntos. El brillo de los ojos de ella atravesó la densidad del vapor y lo alcanzó como una caricia. Rebeca lo recibió con un abrazo de oso, que él correspondió con entusiasmo. Néstor se inclinó y le robó un beso húmedo en los labios.

El deber apremiaba, así que él terminó de vestirse, mientras ella preparaba café. Paca los ignoró por completo, centrada en su desayuno. ¡Que una gata tenía sus prioridades! Después de que Néstor rescató su gabán de la cesta, él y Rebeca salieron de la buhardilla. Recorrieron la distancia que los separaba de San Miguel a buen paso y en silencio. Las palabras ya no eran necesarias entre ellos.

Una vez en la comisaría, Salazar relevó a Ángela de su guardia, para que pudiera ir a desayunar. Entonces, comenzó a organizar la pizarra con la escasa información que tenían hasta ese momento, mientras Rebeca se centraba en su ordenador, ocupándose de su propia investigación. Minutos después llegó Telmo. El inspector lo recibió con una palmada en el hombro.

—Espero que hayas descansado bien, compañero, porque hoy nos espera un día de trabajo bastante denso. Lo primero será citar a Herrero para que declare aquí, en comisaría. Mientras tanto, tú y yo visitaremos a la familia de Raga y a De Lima. Quiero sacar todo el provecho posible al tiempo que tenemos disponible, antes de que comience la reunión de la mañana.

—De acuerdo, jefe.

Después de hablar con Lali, para que pusiera en marcha la citación, Néstor y Telmo salieron de la comisaría y llegaron a la calle Almendora. El cielo estaba despejado y la mañana era luminosa. Cuando bajaron del Clío, se encontraron frente a un chalé pequeño en comparación con sus vecinos. Lo rodeaba un muro de ladrillos rosáceos y una reja pintada de blanco servía de puerta de entrada. Un aire de tranquilidad rodeaba la casa, tan solo roto por el suave zumbido de los grillos. El olor de la hierba recién cortada se mezclaba con el aroma de las flores que adornaban uno de los jardines vecinos.

Salazar llamó al interfono y le respondió la voz de una mujer.

En cuanto se identificó como policía, se escuchó el pitido que anunciaba la apertura de la cerradura eléctrica. Los detectives entraron. La señora Mora los esperaba en la puerta. Tenía los ojos hinchados y hundidos en profundas ojeras. Salazar se identificó y presentó a su compañero. Ella echó una ojeada a la credencial de Néstor y suspiró.

—Andrés ya me había comentado que la Policía estaba haciendo preguntas acerca de la muerte repentina de Héctor, pero nunca esperé que llamaran a mi puerta. ¿Qué es lo que ocurre, inspector?

—¿Podemos hablar adentro, señora Mora? Necesitaremos hacerle algunas preguntas.

—Sí, por supuesto, pasen.

Carlota se hizo a un lado y permitió que los policías entraran. El vestíbulo era muy pequeño. Apenas suficiente para contener un paragüero y un perchero. Se abría a un salón bastante amplio, ordenado y minimalista. Rebosaba buen gusto y sofisticación. La señora Mora los invitó a sentarse.

—¿Quién es, madre?

Los policías desviaron su atención hacia la voz. Pertenecía a un chico desgarbado con gafas redondas y acné, que había formulado la pregunta desde el pie de la escalera.

—Daniel, son policías. Vienen por tu padre. Prepárate para ir al instituto. Yo los atenderé.

—Si no le importa, señora Mora, también queremos hablar con su hijo.

—Pero si es solo un chiquillo —protestó Carlota—. Además, ya bastante disgusto tiene con haber perdido a su padre de ese modo. No creo que sea prudente permitir que la Policía lo someta a un interrogatorio.

Néstor ladeó la cabeza y puso su mejor cara de mandado sin autonomía. Era una de las favoritas de Paca, y por parte de Rebeca recibió la confirmación de que era convincente… en cuanto ella pudo dejar de reírse.

—Comprendo su preocupación, señora Mora, pero lo mejor para todos será que este asunto se resuelva lo antes posible. Y su hijo podría proporcionarnos información importante sobre su padre. Telmo, ¿por qué no vas con el chaval a la cocina y tenéis una conversación amigable sobre el tema? Seguro que a Daniel le hará bien desahogarse.

Carlota apretó los dientes, pero no contradijo al inspector. El chico miró a su madre en busca de una orientación, y ella hizo un leve asentimiento con la cabeza. Entonces, Daniel se encogió de hombros y se dirigió a Telmo.

—Es por aquí.

El chaval condujo al subinspector a través de un pasillo que terminaba en una puerta, por la que ambos desaparecieron.

Salazar entró en la sala, esperó a que su testigo ocupara el sofá y se sentó en un sillón frente a ella.

—Espero que no le importe que grabe nuestra conversación, señora Mora —le anunció, al mismo tiempo que manipulaba el móvil sin esperar respuesta—. Por favor dígame, ¿cuándo se divorció del señor Raga?

—Fue hace siete años. Para entonces, Daniel solo tenía seis.

—¿Cuál fue el motivo del divorcio?

La señora Mora suspiró y bajó la mirada.

—Cuando Héctor y yo nos separamos, todavía nos unían fuertes lazos de afecto. No puedo creer que ya no esté aquí con nosotros —Carlota levantó la mirada hacia el policía, con los ojos anegados en lágrimas—. Aunque la relación entre nosotros ya no era la misma después del divorcio, nunca dejé de quererlo.

—Entonces, ¿por qué decidió terminar su matrimonio? ¿O fue él quien tomó la decisión?

Carlota negó con la cabeza y cerró los ojos.

—Yo fui quien le pidió el divorcio, inspector. Y sí, lo hice aun cuando todavía lo amaba. Verá, Héctor provenía de una familia adinerada y siempre tuvo una vida privilegiada, en la que no necesitaba esforzarse por nada. Sin embargo, era un buen hombre. El problema surgió cuando su padre murió y él heredó toda su fortuna. La situación cambió y fue a peor.

—¿Podría explicarme a qué se refiere en concreto?

Carlota clavó la mirada en sus propias manos.

—Por aquellos días, mi marido se rodeó de personas inapropiadas, ya sabe, gente que se acercó a él por su dinero como moscas atraídas por la miel…

—Lo comprendo. Continúe, por favor.

—Héctor comenzó a gastar sin control en fiestas y caprichos.

—¿Qué tipo de caprichos?

—Por darle un ejemplo: compró un coche deportivo nuevo que le costó una fortuna. A los pocos días, se aburrió y se deshizo de él. Ni para comprarlo ni para venderlo tuvo en cuenta mi opinión. Sin embargo, ese no fue el verdadero problema: Él nunca había sido bebedor ni vicioso, pero comenzó a consumir grandes cantidades de alcohol y yo siempre he sospechado que también de drogas.

—Por eso usted le pidió el divorcio —concluyó Salazar.

Carlota respiró profundo, antes de seguir hablando.

—Fue muy doloroso, pero no podía permitir que mi hijo creciera con ese ejemplo, de manera que sí, por eso le pedí el divorcio.

Néstor asintió.

—Es comprensible. Sin embargo, lo que usted me está revelando no es la imagen que teníamos de Héctor Raga. Hasta ahora, nadie había mencionado ese tipo de conducta en relación con su exmarido.

Carlota negó con la cabeza.

—Lamento haber sido yo quien salpicara la reputación de Héctor, pero esa es la verdad. Supongo que la mayoría de sus conocidos ya lo han olvidado, si es que llegaron a saberlo. El comportamiento descarrilado de Héctor y su desviación hacia el hedonismo fueron temporales. Debo reconocer que no duró mucho tiempo. Recapacitó a las pocas semanas y entró en una clínica de rehabilitación por voluntad propia. Recuperó su autoestima y su amor por el arte…

—Pero usted no lo perdonó.

—No se trataba de perdón, inspector. Nuestra relación ya estaba rota sin remedio. Sin embargo, le confieso que su muerte repentina ha sido un golpe muy duro. Al fin y al cabo, se trataba del padre de mi hijo —respondió Carlota con la voz rota de dolor.

Salazar tomó nota mental del tono empleado por la señora Mora cuando mencionó la pérdida de su exmarido. Le resultó más revelador que cualquiera de sus respuestas.

Capítulo 09

Cuando Néstor salió del chalé, encontró a Telmo apoyado en el Clio y cruzado de brazos.

—¿Cómo te fue con el chaval? —preguntó Salazar.

El subinspector encogió un hombro sin descruzar los brazos.

—Se mostró bastante colaborador. Cree que la muerte de su padre fue un accidente y que la estamos investigando para determinar responsabilidades. Que alguien cometió un error fatídico por el que las nueces llegaron hasta alguno de los platillos que se sirvieron en la *vernissage*.

Néstor llenó sus pulmones de aire.

—Reconozco que esa es una posibilidad que todavía no hemos descartado por completo, aunque cada vez me parece más lejana.

—¿Su entrevista con la señora Mora arrojó algún indicio, jefe?

Salazar le mostró su móvil a Telmo.

—Está grabada, así que podrás escucharla en el camino hacia nuestro siguiente destino. ¿Qué más te dijo el chico?

—Según su declaración, mantenía una buena relación con su padre. Estaba orgulloso de él por todos los halagos que recibía como artista, y lo visitaba con frecuencia. Me comentó que su padre le había pintado un retrato que él tiene en su habitación.

—¿Sus declaraciones se correspondieron con su actitud?

Telmo asintió.

—Sí, coincidieron. Estuve atento, pero no encontré ninguna señal de que estuviera mintiendo. Durante la entrevista, al chaval se le quebró la voz en más de una ocasión cuando mencionó a su padre y tomó conciencia de que está muerto.

—¿Qué opina Daniel del divorcio?

—Dice que apenas recuerda cuando Raga vivía en casa. Era muy pequeño. Por otro lado, la separación fue amistosa y eso contribuyó a que él la aceptara con mayor naturalidad. Aunque reconoce que le habría gustado que hubieran permanecido juntos.

Néstor asintió pensativo.

—¿Culpa a alguno de sus padres del divorcio?

Telmo descruzó los brazos.

—El propio Raga le reconoció a su hijo que todo había sido su culpa. Según Daniel, su padre siempre le decía que estaba arrepentido

de su conducta y que su madre era una gran mujer. Lo que no supo decirme el chaval fueron los errores que rompieron la relación de sus padres. Al parecer, nunca se lo quisieron contar. ¿Usted lo averiguó?

Salazar asintió y manipuló su móvil. Un corto pitido anunció la entrada de un mensaje en el teléfono de Telmo.

—Lo sabrás cuando escuches la grabación. Acabo de enviártela. En cuanto regresemos a San Miguel, quiero que investigues a Daniel Raga. Me gustaría saber si ha sido fichado por alguna falta o delito, cómo es su desempeño escolar y si tiene problemas de conducta.

—Muy bien, jefe.

El inspector consultó su reloj.

—Vamos. Si nos damos prisa, todavía tenemos tiempo de avanzar un poco, antes de regresar a la comisaría.

—¿De Lima?

Néstor asintió.

—Me interesa conocer al artista rival de la víctima.

Ambos policías subieron al coche, y mientras Salazar se incorporaba a la vía, Telmo escuchó la grabación de la entrevista de la exmujer de Raga.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? —le preguntó Salazar.

—No lo sé, jefe. Podría estar mintiendo con respecto de sus sentimientos hacia la víctima. Quizá sí le guardaba rencor, pero si dice la verdad, no habría mucho que rascar por ahí. ¿Cuál fue su percepción?

El inspector se quedó pensativo por algunos segundos.

—Me pareció sincera. Aunque…

—¿Aunque?

Néstor soltó todo el aire de sus pulmones en un suspiro.

—Aunque no es necesario que sintiera rencor hacia su exmarido, para que ella y su hijo sean sospechosos. No debemos olvidar que Daniel heredará la fortuna de su padre.

—Incluyendo los cuadros que pintó.

—¡Tienes razón! No tengo muchos conocimientos sobre arte, pero sí los suficientes para saber que los cuadros de Raga se cotizan muy bien. Y ahora que está muerto…

—Su valor acaba de aumentar —sentenció el subinspector. Néstor parpadeó.

—Telmo, no podemos perder de vista esa circunstancia. Debemos investigar a todas las personas que compraron un Raga Costa. Alguno podría haber intentado multiplicar su inversión. Cuando regresemos a San Miguel, además de indagar a los sospechosos, quiero que le pidas una orden al juez, para que Herrero nos dé una lista de esos compradores.

—De acuerdo, jefe, pero sabe que eso será como buscar un

mosquito en un bosque, ¿no es cierto?

—Aun así, debemos intentarlo. No podemos dejar ningún cabo suelto en este asunto. Ya llegamos.

Los policías aparcaron en la calle Conde de Haro y se encaminaron a la calle Menéndez Pelayo. El número 75 era una casa estrecha y comprimida entre sus vecinas. Sus paredes de color mostaza deslucido estaban cubiertas por manchas de suciedad, humedad y desconchones. Las rejas negras de las ventanas tenían tantas capas de pintura, que los barrotes casi se tocaban entre sí. No había timbre, y cuando Salazar golpeó la madera medio podrida de la puerta, temió que su puño la atravesara como si fuera de papel. Tuvo que insistir para que alguien respondiera del otro lado.

—¡Ya voy! ¿Quién diablos molesta a esta hora? ¡No dejan dormir, maldición!

El inspector consultó su reloj y enarcó las cejas. Las diez. Él y Telmo intercambiaron una mirada, pero antes de que pudieran hacer ningún comentario, la puerta se abrió.

Pedro de Lima tenía un rostro anguloso, con grandes orejas de soplillo, ojos pequeños y el ceño fruncido en una expresión de perpetuo reproche. Por debajo de su camiseta asomaba la punta de un colorido tatuaje que serpenteaba hasta su cuello. Miró a la pareja de policías de arriba abajo.

—¿Qué quieren?

Salazar levantó la credencial que ya tenía en la mano.

—Policía. Queremos hacerle algunas preguntas acerca de Raga Costa.

—Está muerto. Es lo único que sé, y solo porque lo vi en el noticiero de anoche.

—No parece usted muy afectado por el deceso de su colega —observó Telmo.

—¿Por qué tendría que estarlo? No éramos amigos. Desde que el tío comenzó a exponer en la galería, parecía que no existía otro artista. Es fácil triunfar cuando tienes enchufe y te lo dan todo hecho. Yo, en cambio, tengo que trabajar duro y luchar por cada pequeño avance en mi carrera.

—Por sus palabras, deduzco que no solo no eran amigos sino que usted tampoco le tenía mucho aprecio.

De Lima rechinó los dientes, antes de volver a hablar. Cuando lo hizo, su voz rezumaba resentimiento.

—Todos decían que era un genio, pero no lo era.

—Ah, ¿no?

—Por supuesto que no. En la crítica de su último cuadro: La Dama Danzante, dijeron que era una obra pletórica de talento y originalidad, que redefinía las fronteras de la expresión artística. Los

críticos alabaron su uso del color y en sus reseñas escribieron que era audaz y emocionante. ¡Basura! Cualquiera de mis cuadros es mucho mejor que ese.

Telmo entrecerró los ojos.

—Entonces, usted considera que ha recibido un trato injusto —sugirió el subinspector.

—Por supuesto. A Raga siempre lo sobreestimaron, y no dudo que su fortuna tuviera relación con semejantes críticas. Era un pintor del montón.

Salazar frunció el ceño, antes de hablar.

—De manera que usted consideraba al señor Raga como un obstáculo en su carrera artística… Un obstáculo que quedó removido con su muerte.

Pedro parpadeó.

—Espere… ¿Adónde quiere llegar? Usted dijo que eran policías…

El inspector enarcó las cejas.

—Vaya, Telmo, parece que el señor De Lima por fin se despertó.

—No lo comprendo. Raga murió por una reacción alérgica. ¿Qué hace la Policía metiendo las narices en este asunto?

Néstor ladeó la cabeza con expresión de alelado con sueño.

—Es que tenemos unas narices muy sensibles, colega. Y todo este asunto huele muy mal.

—Tenemos buenos motivos para creer que la muerte del señor Raga Costa no fue un accidente —sentenció Telmo con expresión de empleado de tanatorio—. Que las nueces no llegaron a su plato por mala suerte.

Salazar se encogió de hombros.

—En otras palabras, Pedrito. Estamos bastante convencidos de que alguien las puso ahí, con toda su mala leche.

De Lima sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, esperen un momento. Yo no tengo nada que ver con eso. Reconozco que Raga no me simpatizaba, y que nunca lo vi como un genio, pero… ¡les juro que no tengo nada que ver con su muerte! Yo… yo estaba aquí.

—Ah, claro, la coartada —dijo Salazar, como si hubiera olvidado el detalle—. ¿Y había alguien aquí contigo a la hora de la *vernissage*?

—Eh… sí, claro. Fue ayer por la tarde, ¿no es así?

Telmo asintió.

—A las quince horas comenzó la exposición. El señor Raga falleció a las 15:30, cuando se sirvieron los primeros canapés.

—Yo… yo estaba con Adriana, mi novia. Ella es mi modelo. La

estuve pintando. Terminamos a las dieciocho y nos fuimos a beber unas cañas.

—Nos darás sus datos para comprobarlo.

De Lima les dio un número telefónico y Telmo se apartó para llamarla. Al cabo de pocos minutos regresó y asintió en dirección a su jefe.

Salazar hizo un gesto de conformidad y se volvió hacia el pintor.

—Muy bien, Pedrito, parece que te has librado por el momento. Mantente localizable. Quizá queramos volver a hablar contigo.

Más pálido que la máscara de un mimo, De Lima les cerró la puerta en las narices. Los policías avanzaron en dirección al Clío.

—¿Qué opina, jefe? ¿No le parece que este tío es demasiado primitivo para planificar un homicidio tan sofisticado como el de Héctor Raga? —preguntó Telmo.

El inspector se paró junto al coche, cruzó los brazos y fijó la mirada en la calle de la cual venían.

—No te confíes, Telmo. Quizá tengas razón, pero también es posible que sea más astuto de lo que parece. Todo podría ser una charada muy bien montada.

—Usted sabe de eso más que yo, jefe. Lo único que sí dejó claro fue su resentimiento contra la víctima.

—Por eso creo que no debemos descartarlo como sospechoso. La envidia es hermana del crimen.

Capítulo 10

Los policías regresaron a San Miguel, y al pasar por la recepción, García les anunció que Ernesto Herrero, el dueño de la antigua galería de la víctima, ya estaba esperándolos. Él propio testigo había manifestado su deseo de salir pronto del trámite.

Salazar consultó su reloj y se quedó pensativo por un momento.

—Creo que tenemos tiempo, antes de la reunión. Cuanta más información hayamos conseguido, mejor. Telmo, indaga todo lo que puedas acerca de cada uno de los sospechosos que tenemos hasta ahora. Mientras tanto, yo interrogaré a Herrero en mi despacho.

—De acuerdo, jefe.

El inspector subió al primer piso y se sentó detrás de su escritorio. Mientras esperaba la llegada del dueño de la primera galería con la que trabajó Raga, Néstor torció el nudo de la corbata de aguacates, ya incorporada a su atuendo regular, y se alborotó el cabello.

Apenas habían transcurrido algunos segundos cuando llamaron a la puerta, y después de ser autorizado, García la abrió.

—Adelante, señor Herrero —dijo el agente—. El inspector lo está esperando.

Ernesto Herrero era un hombre mayor, con porte elegante y mirada astuta. Tenía el cabello blanco por completo y usaba barba de candado. Parpadeó cuando vio a Salazar y lanzó una mirada fugaz de sorpresa a García. Al ver que el agente mantenía la seriedad en su expresión, el testigo siguió las indicaciones de Salazar y ocupó la silla frente a él.

Herrero clavó la mirada en el inspector con los músculos en tensión, a la espera de que el policía comenzara la entrevista, pero los segundos pasaban y el despacho se mantenía en silencio. Néstor fue consciente del aroma cítrico del desinfectante, insuficiente para ocultar el olor a humedad, a polvo y a papel viejo. Una nube muy oportuna ocultó la luz que entraba por la ventana, creando un ambiente sombrío. La habitación permanecía quieta y el único sonido que se escuchaba era el tictac del viejo reloj de la pared.

El dueño de la galería «La Luz del Arte» se removió en el asiento. Después de un par de minutos interminables, Salazar desplegó una sonrisa de falsa inocencia. Abrió la carpeta que tenía frente a él y

examinó con detalle un par de folios. Solo entonces, prestó atención a su visitante.

—Señor Herrero. ¿Sabe por qué está aquí?

—Reconozco que no tengo la menor idea, inspector. Recibí una citación urgente para declarar en relación con el fallecimiento de Héctor Raga. Sin embargo, para serle honesto, no comprendo por qué.

Salazar asintió.

—Tenemos motivos para sospechar que la muerte del señor Raga no fue natural.

Las cejas de Herrero se dispararon hacia la raíz de su cabello.

—En el noticiero dijeron que había sido un fatídico accidente. Que tuvo un choque anafiláctico, después de ingerir algún alimento contaminado con nueces. Todos sabíamos acerca de su alergia.

—Ah, ¿sí? —El inspector se inclinó hacia adelante con interés.

Por reflejo, Herrero se echó hacia atrás.

—Eh… sí, claro. No era ningún secreto. Solía ser lo primero que advertía a todo el que lo conocía. Lo hacía por seguridad, para que los demás también fueran cuidadosos al respecto.

Néstor asintió y tomó nota.

—Ya veo. Interesante.

—Entonces, ¿Héctor no murió por su alergia a las nueces?

—En realidad, sí —reconoció el inspector—, pero tenemos motivos para creer que no fue un accidente.

El color huyó del rostro de Ernesto.

—¿Se refiere a que alguien…?

Salazar asintió.

—Es justo lo que estamos investigando.

—Pero ¿quién podría…?

—Buena pregunta, señor Herrero. Usted conoció bien a la víctima. ¿Alguna idea?

El galerista cogió aire y lo retuvo durante algunos instantes.

—No, inspector, no tengo idea de quién podría haber hecho algo así —El testigo frunció el ceño—. No comprendo por qué me lo pregunta a mí. No he tenido ninguna relación con Héctor Raga desde hace siete años, al menos. Debería hacerle esa pregunta a las personas que lo rodeaban al momento de su muerte.

Néstor ladeó la cabeza.

—Estamos en ello, señor Herrero, no tenga la menor duda. Sin embargo, en este momento me interesa lo que usted pueda decirme acerca del señor Raga Costa y su relación laboral con usted. Además de expositor y artista, ¿llegaron a ser amigos?

Ernesto se quedó en silencio por un momento y luego asintió.

—Por supuesto. Yo fui quien descubrió el indudable talento de Héctor y expuse sus primeros trabajos, cuando todavía era un

desconocido.

—¿Por qué dejó de apoyarlo? ¿Qué pasó entre ustedes que rompió una sociedad tan conveniente para ambos?

Herrero se encogió de hombros.

—Todo iba bien, hasta que él heredó los bienes de su padre.

Salazar entornó los ojos.

—Continúe.

—Cuando Héctor tomó posesión de la herencia, todo se fue al traste. De la nada aparecieron «amigos» que lo llenaron de lisonjas que inflaron su ego. Se podría decir que se rodeó de malas compañías.

—Comprendo, pero ¿por qué eso ocasionó conflictos entre ustedes? Era un hombre adulto con capacidad de decisión.

—Porque Héctor no solo cambió en su ámbito social. Su trabajo artístico también se vio comprometido. Su conducta se descontroló por completo. Consumía grandes cantidades de alcohol y siempre he sospechado que también de droga. Dejó de pintar con regularidad. Ya no entregaba sus trabajos a tiempo y tuvimos que suspender dos exposiciones, con las consecuentes pérdidas para la galería.

—Entonces, perdió el control por completo.

—El cambio fue desconcertante. Era como si hubiera estado esperando toda su vida por ese momento, en el que toda la fortuna de su familia pasó a sus manos…

—Espere, ¿no hubo otros herederos?

El galerista negó con la cabeza.

—Héctor era hijo único y su padre era viudo, así que cuando falleció, él lo heredó todo. Un capital considerable que le nubló el juicio. Solo por darle un ejemplo: Por esos días compró un coche deportivo de alta gama, y se deshizo de él un par de semanas después.

Néstor frunció el ceño. La mujer de Raga también había mencionado ese coche, así que en su momento debió causar desconcierto en el entorno del artista.

—¿Recuerda qué tipo de coche era?

—Un *Maserati*.

—¿Por qué causó tanta extrañeza? Un coche de lujo es una adquisición habitual en una persona que recibe una gran cantidad de dinero de forma repentina.

Herrero asintió.

—Supongo que tiene razón, inspector. Y también es cierto que el dinero en exceso irrumpiendo en la vida en forma tan repentina, puede cambiar a las personas. En ocasiones, para mal. Sin embargo, en este caso lo desconcertante no fue que se comprara el coche, sino que se cansara de él a las pocas semanas. Esa inconsistencia no era propia de Héctor.

Salazar se acomodó en el asiento para adoptar una postura más

atenta.

—¿Usted sabe por qué el señor Raga se deshizo del Maserati?

Ernesto negó con la cabeza.

—Quién sabe. Por esos días, la conducta de Héctor no era coherente. Quizá se aburrió o tal vez entró en razón y comprendió que un coche como ese no tenía ningún sentido. No dio ninguna explicación al respecto. Al menos, no a mí.

—¿Qué hizo con él? ¿Lo vendió?

Herrero se encogió de hombros.

—Eso supongo, aunque la verdad es que no tengo idea. Supe lo del coche por comentarios de terceros. Para entonces, ya habíamos dejado de trabajar juntos.

Salazar asintió.

—Volvamos sobre ese detalle, señor Herrero. Hábleme de la ruptura de su relación laboral.

Ernesto suspiró.

—Muy bien. La razón ya se la dije, Héctor dejó de ser confiable y se convirtió en un problema que solo causaba pérdidas a la galería. De manera que le di un ultimátum. O abandonaba esa vida licenciosa e irresponsable o yo dejaría de apoyarlo como artista.

—¿Qué le respondió?

—Lo que yo temía. Que se trataba de su vida y que tenía derecho a vivirla como quisiera. Con semejante actitud, comprendí que lo único que podía hacer era romper todos nuestros acuerdos.

—¿Cómo reaccionó él?

—Recibió la decisión con indiferencia. Durante algunas semanas, no pareció importarle. Luego entró en razón.

Néstor entornó los ojos.

—Su comportamiento volvió a cambiar, ¿no fue así? —sugirió el inspector.

—No se equivoca. Un par de meses después de que rompimos nuestros acuerdos, Héctor se presentó en la galería sin previo aviso. Me dijo que además de su trabajo, había perdido su matrimonio y que comprendió que si seguía comportándose de ese modo, iba a terminar mal. Que había tomado la decisión de recomponer su vida. Me aseguró que iba a ingresar en una clínica de rehabilitación y que me rogaba que le diera una segunda oportunidad.

—Pero usted no se la dio —Ernesto sacudió la cabeza—. ¿Por qué no?

—Entre nosotros ya se habían cruzado insultos muy graves. Nos habíamos perdido el respeto. Ya era demasiado tarde y no había forma de volver atrás. Aunque lo lamenté, yo ya había decidido no volver a trabajar con él, así que le desee suerte y lo invité a marcharse.

Capítulo 11

Una vez terminada la entrevista, y después de comunicarse con García, para que Herrero hiciera su declaración, Salazar se reunió con Telmo en el segundo piso. En la sala común también encontró a Rebeca, todavía centrada en su ordenador. El subinspector había actualizado la pizarra con la información que tenían del caso hasta ese momento. Néstor se plantó frente a la exposición de evidencias y después de mirarla durante algunos segundos, asintió con satisfacción.

—Muy bien, Telmo. ¿Qué averiguaste sobre los principales sospechosos?

El subinspector señaló el nombre del galerista que Salazar acababa de entrevistar.

—Herrero está limpio. Es un erudito en arte muy respetado en su ambiente. ¿Usted descubrió algo durante la entrevista?

El inspector puso al día a su compañero acerca de su conversación con el testigo. Telmo lo escuchó con atención y al final negó con la cabeza.

—No parece que haya mucho que avanzar por ese lado, jefe. No creo que una discusión que ocurrió hace siete años haya desencadenado un homicidio a sangre fría, tanto tiempo después. No tendría sentido.

—La discusión, quizá no —opinó Rebeca, que en ese momento apartó la atención de su ordenador—, pero ¿habéis considerado que podría existir rivalidad entre las dos galerías y quizá Herrero se beneficia con la muerte de Raga?

Néstor frunció el ceño.

—¿Te refieres a que Ríos acaba de perder a su artista estrella?

La inspectora se encogió de hombros.

—Se han cometido homicidios por mucho menos.

Salazar se quedó pensativo por un momento.

—Es un buen punto. Mantendremos a Herrero como sospechoso. Aunque tengo que reconocer que no tenemos ninguna evidencia contra él. Sería interesante indagar el estado de las finanzas de ambas galerías.

—Tomo nota, jefe.

El inspector señaló otro nombre en la pizarra.

—¿Qué puedes decirme sobre Daniel Raga?

—No tiene antecedentes criminales —reconoció Telmo con un suspiro—. Es un chaval normal. Hablé con el director del instituto donde estudia. Sus calificaciones están en el promedio y no tiene problemas de conducta.

—¿Y su madre?

—Carlota trabaja en el departamento de publicidad de una cadena de supermercados. No tiene antecedentes criminales y es muy respetada por todos sus compañeros.

—¿Qué me dices de los propietarios de cuadros de Raga? ¿Conseguiste alguna información sobre ellos?

—Me comuniqué con el juez y le pedí una orden para solicitarle a la galería una lista de todos los propietarios de un Raga Costa.

Salazar asintió.

—De acuerdo. Eso nos deja a De Lima como sospechoso, de momento.

—Un sospechoso muy interesante, jefe. Tiene antecedentes: lo arrestaron en varias oportunidades, por participar en fiestas donde hubo consumo masivo de estupefacientes. También por haber intervenido en peleas con navajas. En una de esas disputas hirió de gravedad a un chico y pasó dos años en prisión, por intento de homicidio.

—Así que es agresivo. Pedrito me parece cada vez más interesante. Aunque cualquiera de los sospechosos tuvo motivos para cometer el homicidio, semejante historial pone al artista rival de Raga a la cabeza de la lista.

Telmo miró la pizarra y luego a su jefe. Rebeca se había olvidado de su ordenador y se mantenía atenta a la discusión de sus compañeros.

—Estoy de acuerdo con usted, jefe, pero… ¿cómo consiguió De Lima que Raga consumiera las nueces? Ni siquiera estuvo presente en la *vernissage*.

Salazar se quedó pensativo, tratando de encontrar una respuesta lógica a la pregunta de su compañero. Después de algunos segundos, cogió aire y lo dejó escapar despacio.

—Reconozco que no lo sé, Telmo. Y esa es la clave de este caso. ¿Cómo narices se las arregló el asesino, para que Raga consumiera las nueces que tanto se cuidaba de evitar? ¿Y cómo supo que el pintor no llevaba encima el autoinyector de epinefrina?

—Tened en cuenta que no era necesario que el homicida estuviera presente para cometer el crimen —les señaló Rebeca. El inspector se volvió hacia ella—. Lo que quiero decir es que pudo contaminar los alimentos en cualquier momento, antes de que comenzara la exposición.

—Sí, me temo que tienes razón —reconoció Néstor—. Y eso

significa que las coartadas no nos servirán para descartar a los sospechosos.

—Necesitamos averiguar cómo llegaron los frutos secos a Raga, jefe.

Salazar asintió y sacó su móvil. Usó el teclado rápido para llamar. Del otro lado le respondió una voz ronca y airada.

—Ya estamos. Habías tardado mucho en comenzar a molestar. Eres más pesado que una vaca en brazos. ¿Qué quieres?

—Hola, Casi. A mí también me alegra saludarte.

—Pues a mí no. Mira que tener que comenzar el día hablando con un feróstico como tú. ¡Y sin desayuno!

—Ahora estoy muy liado, Casi, pero…

—Muy liado, muy liado. ¡Excusas! Que para dirigirte la palabra a ti hay que tener un incentivo. Estoy seguro de que aprendiste a andar antes del año, porque tenías que ir tú mismo a buscar el biberón. Que ni tu madre querría ver tu fea cara. Dime de una vez para qué me llamas, que yo sí soy una persona ocupada.

Néstor cogió aire y se dio un par de segundos, para reunir el valor necesario que le permitiera responder.

—De acuerdo. Se trata de los alimentos que se sirvieron en la *vernissage*.

—Donde murió el pintor.

—Esa.

—Aquí tenemos muestras de todos los alimentos y bebidas que se sirvieron en la exposición. Comenzamos a analizar las que pudieron estar contaminadas por accidente, pero todavía no encontramos nada y son demasiadas. Estamos esperando que nos proporcionéis más información, para ser más eficientes y conseguir una respuesta pronto.

—Por eso te estoy llamando, Casi. Para avanzar en este caso, necesitamos saber cómo el asesino consiguió cometer el crimen.

—Espera, ¿me estás pidiendo lo que creo?

—Eh… Sí. Es urgente que analicéis todas las muestras, sin excepción. De ser posible, hoy mismo.

—Pero tú… tú tienes menos luces que un barco pirata. ¿Tienes idea de cuántas muestras estamos hablando? ¿Es que quieres que ponga todo el laboratorio a tu servicio? ¡Qué tenemos otros casos que atender, joder!

—Ya lo sé, Casi, pero también sé que vuestra eficiencia y dedicación al deber…

—Corta el rollo, que ya me empezó a dar sueño. ¿Tú crees que lo que me pides es fácil?

—Sé que es un gran esfuerzo, pero ayudaréis a resolver el crimen de un hombre inocente, un padre que dejó huérfano a un chico preadolescente. Un artista, hijo ilustre de Haro, cuyo trabajo

enorgullecía a toda La Rioja, y…

—¡Qué cortes el rollo, joder! Eres más parlanchín que un loro con insomnio. Mira, no debería ni dirigirte la palabra. No sé por qué te respondo el teléfono, si ya sé que siempre me lías. Haremos lo que podamos.

Néstor dibujó una amplia sonrisa en su rostro y levantó el pulgar para sus compañeros, que se mantenían pendientes de su conversación.

—Gracias Casi, sabía que podía contar contigo.

—A ver si te enteras de una puñetera vez. ¡Que no cuentes conmigo! Que te olvides de mí. Que eres más incómodo que una suegra en la luna de miel. Te avisaré cuando tenga algo.

Casimiro terminó la llamada, sin darle oportunidad al inspector de responder. Antes de que Salazar pudiera confirmar a sus colegas que había conseguido convencer al jefe Barros de que le diera prioridad a su caso, vio a García asomado a la puerta. La palidez y la preocupación reflejadas en el rostro del agente desencadenaron un escalofrío en la espalda de Salazar.

—¿Qué ocurre, García?

—Lamento interrumpirlos, inspector jefe. ¿Puede usted bajar un momento, por favor?

El corazón de Néstor dio un salto. García no solía ser tan formal.

—Sí, por supuesto.

El agente abrió la marcha hacia la recepción. El inspector lo siguió, y detrás de él, Telmo y Rebeca se sumaron a la comitiva.

Cuando llegaron a la puerta de la comisaría, García les hizo un gesto para que se detuvieran y señaló hacia el *Clio* con la cabeza.

—Allí, señor. ¿Puede verlo?

Salazar vio que se había levantado un perímetro alrededor del Clío. Entonces, entornó los ojos para enfocarlos y comprendió a qué se refería el agente y cuál era su preocupación. En el parabrisas, sujeto por una de las escobillas había un sobre.

—¿Desde cuándo está ahí?

García sacudió la cabeza.

—No lo sé, señor. Una pareja de agentes que regresaban de su ronda para el cambio de turno fue quien lo vio y me advirtió.

—Ellos…

—No se acercaron, señor. De inmediato ordené levantar el perímetro alrededor del coche y llamé al Grupo de Desactivación de Explosivos. Vienen en camino.

Salazar asintió.

—Hiciste lo correcto, García. ¿El comisario lo sabe?

—Sí, señor. Tuvo una reunión a primera hora en la Jefatura

Superior, pero lo llamé por teléfono y debe estar por llegar.

Capítulo 12

Salazar felicitó a García por las precauciones que había tomado, le ordenó que cerrara la calle, que organizara la evacuación de los edificios cercanos y que llamara también a Científica. Minutos después, la voz de alarma rompió la paz de los vecinos, quienes, conducidos por los agentes, abandonaron la zona de peligro. El comisario llegó en medio de toda aquella movilización, coincidiendo con la aparición del grupo de expertos en explosivos. García le informó todos los detalles de lo que había ocurrido, desde que descubrieron el sobre.

Santiago miró a su hermano, que no le quitaba la vista de encima al Clío.

—Néstor, ¿tú tienes idea de quién pudo dejar ese sobre en vuestro coche?

Por toda respuesta, el inspector jefe negó con la cabeza y se encogió de hombros, con la preocupación pintada en el rostro. Una furgoneta negra identificada con el logo del GDE aparcó casi en la puerta de la comisaría, y los hombres que la ocupaban comenzaron a apearse. Uno de ellos, de mediana estatura y hombros más anchos que los de un oso, bajó del asiento del acompañante y su mirada se centró de inmediato en Santiago.

Después de acercarse a los detectives, preguntó quién estaba al mando. En cuanto Ortiz se presentó como el comisario a cargo de San Miguel, el agente del GDE se identificó como el inspector Mario Alarcón, jefe del equipo antiexplosivos, y estrechó la mano de Santiago.

—Comenzaremos el procedimiento de inmediato, comisario. Hicieron lo correcto al no acercarse al coche. En estos casos, cualquier precaución es poca.

—Seguiremos sus instrucciones, inspector —confirmó Ortiz.

Cuatro hombres más comenzaron a descargar y preparar sus herramientas con soltura y seguridad. Minutos después, el *Clio* estaba rodeado por un anillo de agentes, vestidos con trajes ignífugos negros, con los rostros ocultos tras cascos balísticos. Llevaban armas largas, chalecos antibalas, escáneres y otros equipos. Fuera del cordón, los agentes de San Miguel mantenían la calle cerrada a los transeúntes. Solo permitieron el paso de la furgoneta y el coche de Científica,

cuando llegaron en medio del procedimiento. Los peritos bajaron en silencio de ambos vehículos y se sumaron a los detectives, quienes observaban el trabajo de los expertos, desde el umbral de la comisaría.

Las órdenes que se cruzaban entre los miembros del equipo del GDE era lo único que rompía el penetrante silencio, y perturbaba el tranquilo ambiente de la mañana jarrera. Las voces de los artificieros mientras hacían su trabajo, solo eran interrumpidas por el sonido de sus pesadas botas sobre la calzada y el golpeteo de metal contra metal. Los detectives observaban el despliegue en silencio, y esperaban el visto bueno de los expertos, para poder regresar a sus tranquilizantes rutinas.

El GDE comenzó su tarea, ocupado en revisar el vehículo y los alrededores, hasta comprobar que no existía una amenaza inminente. Mientras los expertos en explosivos trabajaban, los demás detectives de San Miguel fueron llegando a la comisaría y reuniéndose con Ortiz, Rebeca, Salazar y Telmo, sumándose a la expectativa, acerca de lo que estaba ocurriendo.

A pesar de que la temperatura era suave para un día otoñal, la tensión se podía sentir como una capa de hielo que los congelaba. Salazar tenía la impresión de que una cámara lenta se había apoderado de San Miguel. Los movimientos se volvieron cautelosos, las voces bajas, y cada suspiro iba cargado de incertidumbre. Todos los presentes en el suceso permanecían suspendidos en la expectativa.

Los minutos pasaban con lentitud, y más de una hora después de la llegada de los artificieros, Alarcón se acercó a paso rápido hacia los policías. Santiago lo esperaba con el ceño fruncido y los músculos tensos.

—¿Encontraron algo, inspector?

—No, comisario. Me complace informarle que no hay explosivos en el sobre. Solo encontramos un mensaje escrito en una hoja. Al parecer, se trata de un anónimo. Aun así, nadie debe tocarlo, hasta que el laboratorio compruebe que hacerlo no implica riesgos.

Ortiz asintió.

—Comprendo su preocupación. No cometeremos ninguna imprudencia. Nada es más importante que la seguridad de mi equipo.

Todas las miradas se volvieron hacia los agentes del laboratorio, quienes, armados de paciencia, esperaban su turno para actuar. Protegido con guantes de butilo, el inspector Alarcón guardó con cuidado el sobre en una bolsa plástica y la selló. Solo entonces, se acercó al jefe del equipo de Científica, para entregárselo. Los peritos lo colocaron en un contenedor especial para sustancias peligrosas.

La furgoneta de Científica fue la primera en marcharse, llevándose el sobre. Algunos analistas de la escena del crimen se quedaron en San Miguel, para revisar el *Clio* y sus alrededores. El

comisario estrechó la mano de Alarcón y le agradeció por su pronta respuesta y su excelente trabajo. El inspector del GDE se despidió de los policías y se reunió con su grupo.

Salazar se encontraba a pocos metros del Clío, un poco apartado de los demás, con los brazos cruzados y una expresión pensativa. Los miembros del GDE recogieron sus equipos y subieron a su furgoneta. Cuando todos empezaron a moverse, Néstor salvó la distancia que lo separaba del comisario, hasta detenerse junto a él.

—Han venido a tocarnos las narices en nuestra propia casa, Santiago. Sea cual sea el contenido del sobre, tendremos que darle prioridad.

—No podría estar más de acuerdo contigo. Estoy deseando saber lo que dice ese anónimo —Ortiz hizo un escaneo con la mirada y levantó la voz para involucrar a todo el equipo en sus palabras—. Mientras descubrimos que hay detrás de todo esto, tendremos que extremar las precauciones de seguridad. ¡Y eso vale para todos!

En cuanto el equipo del GDE se marchó, Santiago ordenó el comienzo de la reunión de la mañana, que ya se había retrasado por el incidente del sobre. El comisario no se veía muy contento.

Todo el equipo de San Miguel se reunió en la sala común en silencio, y cada uno ocupó su silla. El ambiente se sentía tan opresivo, que casi se podía tocar el miedo en el aire. Con la mandíbula tensa, Néstor se plantó junto a la pizarra que mostraba la información sobre su caso, pero le dio la espalda. Toda su concentración estaba centrada en los acontecimientos de las últimas horas. El comisario se quedó de pie junto a la puerta, dominando la sala con su presencia. Casi nadie permanecía quieto y se escuchó algún que otro carraspeo.

Ortiz rompió el silencio.

—No podremos avanzar en este asunto hasta que conozcamos el contenido de ese anónimo, pero quiero saber si alguno de vosotros considera que podría estar relacionado con el caso que investiga. Escucho vuestras opiniones.

Todos se miraron entre sí, pero fue Remigio quien respondió.

—Teniendo en cuenta que el sobre lo dejaron en el Clío, yo creo que lo más probable es que se relacione con la investigación de Salazar y Álvarez.

Néstor lo pensó por un momento y luego asintió.

—Es posible que tengas razón, Remigio. Aunque apenas estamos haciendo las primeras indagaciones. También pudieron dejar el sobre en el Clío, porque lo identificaron como un vehículo de la comisaría. Aunque Telmo y yo somos quienes más lo usamos, sigue siendo el coche de San Miguel.

—¿Y qué me dices de vosotros? —preguntó Santiago, dirigiéndose a Toro—. ¿Creéis posible que los responsables del robo de

los sellos pudieran llegar a amenazaros?

Después de mirar a Rebeca, Remigio se encogió de hombros.

—No es imposible, pero no creo que todavía estemos lo bastante cerca de resolver el crimen como para que alguien pudiera sentirse amenazado.

Esta vez fue Salazar quien hizo la pregunta.

—¿Qué hay de ti y de Ángela, Miguel? Vosotros sí estabais a punto de cerrar el caso.

—Y lo cerramos —confirmó Pedrera—. Ayer le entregamos el informe final al comisario. Ya los tíos están en prisión, y tienen suficientes problemas como para buscarse más, enviando un anónimo.

Salazar negó con la cabeza.

—Estamos perdiendo el tiempo. Si bien es cierto que debemos darle prioridad a lo que ocurrió, no avanzaremos hasta que no tengamos idea de quién es el destinatario de la nota o con cuál de las investigaciones abiertas se relaciona. Me temo que nos guste o no, tendremos que esperar la llamada de Científica.

Ángela intervino.

—¿Y si ese sobre que dejaron en el coche de la comisaría solo tiene el objetivo de distraernos?

—¿A qué te refieres? —preguntó Ortiz con el ceño fruncido.

¡Espeluznante! La subinspectora retrocedió un poco en su asiento. Aun así, reunió el coraje para responder.

—A que tal vez no se trata de una amenaza real, señor. Quizá el objetivo es que perdamos el tiempo indagando sobre el incidente, y nos desviemos de las investigaciones en curso.

Salazar lo pensó por un momento y sacudió la cabeza.

—No, sería un movimiento muy arriesgado con muy poco beneficio para quien dejó el sobre. Sin importar cuál es el contenido de ese anónimo, debemos tomarlo muy en serio.

Capítulo 13

Antes de que Ortiz pudiera volver a encauzar la reunión, Miguel pidió la palabra. Entre él y Ángela explicaron el hallazgo de la amenaza al padre de Juan, que el chico había encontrado por coincidencia.

Ortiz escuchó con el ceño fruncido.

—¿Cuánto tiempo llevaba esa carta oculta entre las páginas del libro?

Ángela buscó apoyo en los ojos de Miguel, antes de responder.

—Al menos tres años, señor. Es el tiempo que ha transcurrido desde el accidente de coche en el que murieron los padres de Juan. Creemos que es importante averiguar qué fue lo que sucedió…

Después de llenar sus pulmones de aire, Miguel cogió el relevo con un leve asentimiento y sostuvo la mirada penetrante de Ortiz, mientras sus palabras completaban la idea que había comenzado a trazar su compañera.

—Ángela y yo creemos que el accidente de coche no fue tal, comisario. Que encubrió un doble homicidio.

—Reconozco que la carta es inquietante, pero el accidente debió pasar por una investigación en su momento. ¿Qué os hace pensar que los peritos se equivocaron?

Miguel tensó los músculos de la espalda y se inclinó hacia adelante.

—Si los agentes del Equipo de Reconstrucción de Accidentes de Tráfico no tenían motivos para sospechar el crimen, y si el homicida hizo bien su trabajo, no me parece difícil que el asesinato hubiese pasado desapercibido, señor. La carta era una amenaza directa contra el padre de Juan con la intención de intimidarlo. También es evidente que el remitente quería encubrir algún delito. Ángela y yo estamos convencidos de que debió relacionarse con la empresa financiera donde trabajaba el señor Saavedra. Si nuestras conclusiones son correctas, no podemos permitir que el asesino quede impune.

El comisario negó con la cabeza.

—Es posible que tengáis razón, pero aun cuando se haya tratado de un crimen, ocurrió hace tres años y no nos compete. No pasaremos por alto vuestras sospechas, pero nuestro deber en este caso es informar a la Jefatura Superior, para que el departamento de

Casos Sin Resolver tome cartas en el asunto. No podemos desviar recursos de la comisaría, hacia una investigación que no nos corresponde. Además, Salazar necesitará apoyo para resolver la muerte del artista.

Ángela tensó los músculos de la mandíbula y su mirada se endureció. A Néstor le recordó una leona defendiendo a sus cachorros.

—Comprendemos su punto de vista y respetamos su autoridad, comisario. Sin embargo, tenga en cuenta que no sabemos si Juan todavía corre algún peligro. La amenaza involucraba a toda la familia.

Ortiz parpadeó con desconcierto, poco acostumbrado a que alguien le llevara la contraria con tanta firmeza. Una leve sonrisa apareció en el rostro de Salazar, que intervino sin que nadie lo esperara.

—Creo que Pedrera y López tienen razón, Santiago. Siempre les puedo pedir ayuda si es necesario, pero hay una amenaza clara en esa carta y los padres de Juan están muertos. El chaval podría estar en peligro. No me parece prudente correr el riesgo de dejar caer la investigación en las fauces de la burocracia.

El comisario clavó la mirada en su inspector jefe y Salazar se la sostuvo. Entonces, Ortiz soltó un bufido.

—Muy bien. Será un montón de papeleo, pero supongo que es lo correcto. No me perdonaría que le pasara algo al chaval. Adelante, averiguad quién escribió esa carta, por qué, y si tuvo algo que ver con el fatídico accidente.

Miguel y Ángela cruzaron una mirada y una sonrisa. Luego, Pedrera se volvió hacia el inspector jefe y asintió, en gesto de agradecimiento. Ortiz también centró su atención en Salazar.

—Sé que todavía no podemos saberlo, pero lo que quiero es tu opinión, Néstor. ¿Qué tan probable consideras que el incidente de hoy pueda estar relacionado con vuestra investigación?

—Reconozco que es posible. Cada vez estamos más convencidos de que Raga no murió por accidente, pero es evidente que el crimen del artista fue planificado para que pasara desapercibido. El simple hecho de que nos hayamos presentado en la galería, para abrir una investigación sin que nadie nos llamara, pudo levantar ampollas. Aun así, todavía estamos muy lejos de tener un sospechoso y me sorprendería que hubieran reaccionado con tanta rapidez.

—Quizá tus preguntas pusieron a alguien de los nervios —sugirió Remigio.

Salazar se encogió de hombros.

—Quizá, pero me parecería una reacción desproporcionada por parte del presunto asesino.

—Ten en cuenta que no sabemos qué hay detrás de ese crimen, si es que se trata de un homicidio —señaló Rebeca—. Tal vez es

mucho más de lo que parece a primera vista.

—Para comenzar, será mejor que nos pongas al día sobre lo que tenéis hasta ahora —ordenó el comisario.

Salazar se volvió hacia la pizarra y explicó al equipo lo poco que sabían, acerca de la extraña muerte de Raga.

Miguel movió la cabeza despacio, en un leve gesto de negación.

—Todo eso es muy extraño. Ni siquiera está claro si hubo un crimen. Quizá la muerte del pintor solo fue un accidente fatal.

Rebeca intervino para protestar.

—¿Un accidente? ¿Qué sentido tendría entonces el anónimo?

Miguel se encogió de hombros, al mismo tiempo que defendía su punto.

—Debéis admitir que todavía no tenemos claro cuál es el contenido del sobre. Es posible que no tenga nada que ver con la muerte de Raga, sino con cualquier otra investigación, que incluso podría estar abierta o llevar mucho tiempo cerrada. Lo único claro es que se relaciona con alguien de la comisaría. Con mucha probabilidad con Salazar o Álvarez, pues ellos son quienes más utilizan el Clío.

Néstor dejó escapar un suspiro.

—No me gusta reconocérselo, pero Miguel podría tener razón.

El comentario del inspector jefe hizo que Pedrera se irguiera en su silla y continuara adelante con sus argumentos, cada vez con mayor ímpetu.

—¡Demonios! Seamos sensatos. Ni siquiera estamos seguros de cuál fue la causa de la muerte del artista —Telmo trató de interrumpirlo, pero Miguel iba sin frenos, así que le hizo un gesto con la palma y continuó su argumentación—. Quizá el tío tuvo una reacción alérgica a cualquier otra sustancia con la que no era tan cuidadoso. ¿Lo habéis considerado?

—¿Ya sabéis si se medicaba? —preguntó Remigio.

Salazar sacudió la cabeza.

—No es lo que opina su médico tratante. Y él está al tanto de todo lo que tomaba Raga.

—¿Y si se automedicó? —insistió Miguel—. Tal vez no le contaba todo a su terapeuta.

—¿Y cómo explicas que no llevara encima el dispositivo que le habría salvado la vida? —insistió Néstor.

—Quizá lo olvidó en casa. En otro bolsillo.

—O tal vez no lo quiso llevar —sugirió Remigio.

—¿Te refieres a que pudo tratarse de un suicidio?

—¿Por qué no?

Néstor frunció el ceño pensativo, comenzando a considerar las palabras de sus colegas. En ese momento entró un mensaje en su móvil. El inspector jefe lo consultó y cuando vio quién lo enviaba, lo

abrió de inmediato. Entonces, se dirigió a sus compañeros:

—Es del forense. Acaba de recibir los resultados del laboratorio. Comprobaron la presencia de trazas de frutos secos en la saliva del cadáver de Raga.

Durante algunos segundos, el silencio se apoderó de la sala, mientras los policías razonaban acerca de cómo influiría esa evidencia sobre la investigación.

—Creo que eso despeja cualquier duda, acerca de cuál fue la causa de la muerte del pintor —sentenció el comisario.

Salazar asintió.

—La muerte de Héctor Raga fue un homicidio —confirmó el inspector jefe—. Ahora tenemos que averiguar cómo terminó expuesto a las nueces, que para él eran mortales.

—Quizá la contaminación de los alimentos fue accidental —sugirió Ángela.

—Es posible —reconoció Salazar—, pero intencional o no, tendremos que establecer responsabilidades.

Capítulo 14

El mensaje del forense ya no dejaba margen a la especulación. El médico de la víctima tenía razón: Debían establecer responsabilidades con respecto de la muerte del artista. Miguel fue el primero en reaccionar.

—Estoy de acuerdo con Ángela. Es muy probable que se tratara de un accidente.

—Un homicidio culposo por negligencia —lo respaldó su compañera—. Alguien cometió un error fatal y las nueces llegaron al plato del pintor.

Después de considerar la opción por un momento, Salazar hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—No lo creo. Teniendo en cuenta lo cuidadosa que era la víctima al respecto, todos los controles que se llevaban a cabo y la extraña ausencia del autoinyector, me parece poco probable que se haya tratado de un accidente. Creo que alguien aprovechó la sensibilidad extrema de Héctor Raga hacia los frutos secos y convirtió algo tan inocente como unas nueces, en un arma homicida. El asesino habría burlado todas las barreras de seguridad que Raga había levantado para protegerse, y al hacerlo consiguió alcanzar su objetivo.

—Estoy de acuerdo contigo —intervino Remigio con un asentimiento—, pero ¿quién? Y, ¿por qué?

—Yo creo que debes comenzar por la familia —dijo Santiago, cruzando los brazos—. Con el fallecimiento de Raga, el hijo heredará una fortuna y eso también beneficiará a su madre. Tenían el motivo. Por otro lado, habrían estado al tanto de lo peligrosas que resultaban las nueces para la víctima. Contaron con los medios.

—Me temo que cualquiera contaba con los medios, Santiago —argumentó Néstor—. El propio Raga se ocupó de hacer pública su condición alérgica. Él lo consideraba una forma de protegerse de un accidente, aunque todo apunta a que la difusión de esa información se volvió en su contra.

—Tienes razón en cuanto a la facilidad de acceso al «arma homicida», Salazar —intervino Remigio—. Sin embargo, ten en cuenta que para conseguir que las nueces llegaran hasta los alimentos de Raga, el asesino debió tener acceso a la *vernissage*. Y eso ya reduce la lista en forma considerable.

—¿La familia estuvo presente en el evento? —preguntó el comisario.

Telmo fue quien respondió.

—Ninguno de ellos asistió, señor. Aunque no podemos descartar la posibilidad de que tuvieran un cómplice en la lista de invitados.

—O de empleados —puntualizó Rebeca.

—Lo cual nos deja de vuelta en el punto de salida —reconoció Salazar—. Además de que debemos considerar que las nueces eran inocuas para el resto de los asistentes, así que no tenemos garantía de que la contaminación no se hiciera antes de que los platos que se sirvieron llegaran a la galería.

—¿Te refieres a que estuvieran contaminados…?

—En cualquier fase del proceso de elaboración, desde que se adquirieron los ingredientes en los mercados, bien por accidente o con intención —explicó Néstor.

Miguel entornó los ojos.

—Será muy importante determinar con precisión cuál fue el alimento que se contaminó. ¿Sabéis qué fue lo que Raga comió durante el evento?

Telmo asintió.

—Según los testigos, picoteó de todo un poco. También bebió vino y cava.

—¿Qué fue lo último que se llevó a la boca? —preguntó Remigio.

—Un trozo de jamón, que acompañó con un sorbo de vino —respondió Telmo—. Ya lo notificamos a Científica para que lo tengan en cuenta.

Rebeca agitó el bolígrafo para llamar la atención.

—Volviendo a los sospechosos. Yo considero que Pedro De Lima es un sujeto de interés para este caso. En sus declaraciones, deja claro el antagonismo que existía entre él y la víctima, y la envidia que sentía hacia su colega. Es probable que estuviera convencido de que Raga le hacía sombra como artista, así que decidió que sus posibilidades mejorarían si su rival desaparecía.

Néstor le sonrió a Rebeca para mostrar su aprobación.

—¿Y si el homicida fue el dueño de alguno de los cuadros del pintor? —sugirió Miguel—. Una vez muerto el artista, toda su obra será más valiosa.

Salazar asintió en dirección a Pedrera.

—Es una de las opciones que todavía estamos indagando. Sin embargo, al igual que en el caso de la familia, sin la ayuda de un cómplice, ninguno de ellos habría podido contaminar la comida de la víctima en la *vernissage*. Según el propio dueño de «Horizontes

Creativos», Raga ordenó excluir del evento a todos los que ya habían comprado sus cuadros, pues quería expandir su obra y darse a conocer en un público más amplio. Ningún dueño de un Raga Costa estuvo presente en la sala. Ni siquiera cerca.

—Jefe, ¿Eso significa que tenemos que centrarnos en buscar un cómplice?

—O tener en cuenta que puede existir, Telmo. Sin embargo, necesitamos más evidencias para llegar a esa conclusión.

—Creo que no debemos olvidar al mentor original de Raga —opinó Ángela—. Quizá Herrero sentía resentimiento, porque el éxito del artista que él descubrió estaba beneficiando a otra galería.

Salazar miró a cada uno de sus compañeros, desconcertado ante todas las opciones que le estaban planteando a la vez. Cada una de ellas era viable. El inspector respiró profundo y se tomó algunos segundos para organizar sus ideas.

—De acuerdo, todas las teorías que habéis expuesto son interesantes y deben ser tenidas en cuenta. Creo que lo primero que tenemos que hacer, es enfocarnos en quién se beneficiaba con la muerte de Raga Costa.

Antes de que Salazar pudiera continuar, Remigio planteó una nueva hipótesis:

—¿Estáis seguros de que lo que ocurrió no está relacionado con los extraños cambios de comportamiento de la víctima hace siete años?

Néstor recibió la propuesta con un parpadeo. Tenía que confesarse a sí mismo, que no estaban teniendo en cuenta si la extraña conducta de la víctima alrededor de la fecha de su divorcio, podría tener relación con su muerte.

Rebeca tomó partido a favor de la sugerencia de su compañero.

—No lo descartéis. Debemos reconocer que no es algo extraño que Raga se descarrilara con la herencia de su familia. Muchas personas pierden el norte cuando reciben una cantidad considerable de dinero en forma tan repentina. Lo que me parece inusual en esta historia es que volviera a encauzar su vida por decisión propia, tan solo unas pocas semanas después.

—¿Decisión propia? —intervino Miguel con una sacudida de la cabeza—. Perdió su matrimonio y también el apoyo de su mentor. Eso pudo hacerle reflexionar acerca de su conducta.

—Aun así —insistió Rebeca—. Sería recomendable investigarlo más a fondo.

Antes de que Néstor pudiera dar su opinión, su móvil volvió a retumbar en la sala. Cuando Salazar vio de quién se trataba, activó los altavoces y le advirtió a Casimiro que todos estaban escuchando.

Barros balbució como si se hubiera quedado sin palabras.

Salazar adivinó algún insulto creativo detrás de su confusión, lo cual le hizo esbozar una sonrisa sarcástica. El jefe de Científica adoptó un tono de voz profesional.

—Lo primero es que seguimos revisando el Clío. Hasta ahora no hemos encontrado nada digno de mención, pero si hallamos algo, te llamaré de inmediato. En cuanto al sobre, no tiene huellas ni evidencias de ninguna sustancia tóxica. Lo único que contenía era una carta amenazadora. Acabo de enviar una copia de su contenido al correo de la comisaría.

—¿Podrías adelantarnos algo, Casi?

—Eh… Sí, sí, un momento.

Después de algunos segundos de silencio sobrecogedor, Casimiro les reveló el contenido del anónimo.

—Está dirigida a Salazar y Álvarez. Señala algunos detalles sobre sus rutinas y menciona a Rebeca y Aintza. Os lo leo: *«Inspector Néstor Salazar, subinspector, Telmo Álvarez.*

Estáis metiendo las narices donde no os han llamado. Si no queréis lamentaros el resto de vuestras vidas, dejad en paz a los muertos. Héctor Raga sufrió una fatídica reacción alérgica y su muerte fue natural. No tenéis nada que indagar. Si seguís buscándole las tres patas al gato, vuestros cariñitos, la inspectora Rebeca Araujo y la chica, Aintza Echevarría, sufrirán las consecuencias. Tú, Salazar, no tendrás que volver a hacer ninguna compra más para tu mujer, y Telmo, no volverás a tomarte una caña con tu chica. Cerrad el caso ya o ellas sufrirán. Y protegerlas no será suficiente. Tenéis muchas personas a vuestro alrededor con las que podríamos entretenernos.»

Los policías se quedaron inmóviles y las miradas se centraron en Salazar. Los músculos tirantes de todos los presentes dieron la impresión de que se estuvieran preparando para saltar de un momento a otro. La tensión enrareció el aire y se cargó con el olor ácido del miedo y con un silencio tan profundo, que resonó en las paredes de la sala como un clamor atronador. Telmo estaba pálido y sus manos se agitaban con un ligero temblor. Néstor le dio las gracias al jefe Barros y terminó la llamada. Remigio fue el primero en romper el silencio.

—Bien, creo que esto aclara la duda sobre si la muerte del pintor se trató de un accidente o de un homicidio.

El comisario tenía el ceño tan fruncido, que sus cejas casi se tocaban.

—Esto me gusta cada vez menos. Esta gente ha tenido el atrevimiento de amenazarnos en nuestra propia comisaría. No creo que se trate de un chaval que quiere heredar antes de tiempo. ¿A qué nos enfrentamos?

Entonces, Néstor dio voz a la pregunta que todos se estaban haciendo en ese momento.

—Lo que más me preocupa es cómo el autor del anónimo conoce nuestras rutinas. ¿Será posible que se trate de alguien de la comisaría?

Remigio sacudió la cabeza.

—Seamos sensatos: Está claro que sea quien sea el autor del homicidio, no se esperaba una investigación policial. Se tomó demasiadas molestias para hacer pasar la muerte del pintor como un accidente fatal. Además, el crimen se cometió hace menos de veinticuatro horas. Eso significa, que no ha tenido tiempo de infiltrar a nadie en San Miguel.

Salazar suspiró.

—Tienes razón, Remigio. Necesitamos pensar con la cabeza fría.

—Teniendo en consideración el razonamiento de Remigio, solo hay una respuesta posible para tu pregunta —intervino Rebeca—. Es evidente que os siguieron al salir de la galería.

—Nos siguieron a los dos a la vez —precisó Telmo con el ceño fruncido y una arruga de preocupación en la frente—. Ayer, Aintza y yo dimos un paseo y nos tomamos una caña en una terraza.

El inspector jefe rechinó los dientes.

—Lo que significa que el asesino de Raga y autor del anónimo tiene al menos un cómplice. O quizá más de uno.

Un silencio profundo y sobrecogedor se apoderó de la sala, hasta que Santiago lo rompió con un carraspeo.

—En cualquier caso, debemos tomarnos en serio esas amenazas —sentenció Ortiz—. El autor del anónimo ya ha cometido un homicidio. Y si se atrevió a dejar semejante nota en la puerta de la comisaría, es porque considera que tiene suficiente poder para desafiarnos.

Salazar se quedó pensativo por un momento y usó la centralita para llamar a Lali y a García. Ambos se presentaron en la sala común casi de inmediato. Después de ponerlos al día con la situación, comenzó a impartir las órdenes.

—Estad atentos a las medidas de emergencia que será necesario emprender a partir de ahora. García, lo primero será que un coche patrulla con dos agentes, se ocupe de proporcionarle protección a la joven Echevarría las veinticuatro horas, hasta nuevo aviso.

—¿Cree que será suficiente, jefe?

—No te preocupes, Telmo. No permitiremos que a Aintza le ocurra nada que lamentar. La protegeremos a toda costa.

El subinspector dejó escapar un suspiro, pero su rostro no recuperó el color.

—Me aseguraré de que sus órdenes se cumplan, inspector jefe —sentenció García.

—Y yo de que cuenten con los recursos necesarios y de organizar los turnos —confirmó la secretaria de Ortiz.

Lali y el agente se volvieron hacia Santiago, esperando la autorización para retirarse. El comisario les hizo un gesto para que permanecieran en la sala. No habían terminado. Entonces, el inspector jefe se dirigió a sus compañeros.

—Todos nosotros tendremos que cambiar nuestras rutinas hasta nueva orden. A partir de ahora, no nos podemos dejar sorprender.

Capítulo 15

García y Lali permanecieron en silencio y atentos al desarrollo de la reunión. Salazar se removió inquieto junto a la pizarra, pero todavía sin prestarle atención. Desde que Casimiro les había revelado el contenido del anónimo, Néstor sentía la boca seca, un nudo helado en el estómago y una opresión que le atenazaba el corazón. Reconoció el miedo como un viejo adversario que regresaba del pasado, para burlarse de él. La desagradable sensación se fue incrementando conforme la convicción de que Rebeca estaba en peligro se asentaba en su cabeza. Su vida afectiva volvía a tener sentido por primera vez desde que tenía doce años. Y ahora, un malnacido amenazaba con destruirla. Buscó con los ojos a la mujer que había cambiado su vida, y en ellos vio una determinación feroz. Salazar hizo un esfuerzo por controlar sus emociones, sin quitarle la mirada de encima a su pareja. Ella se la sostuvo, al mismo tiempo que cruzaba los brazos y fruncía el ceño.

—Espero que no estés considerando ceder a una extorsión tan vil.

Salazar parpadeó como si despertara. Cogió aire para hacer acopio de fuerzas.

—Aintza no es la única que está en peligro, Rebeca. Tú también estás bajo amenaza. El asesino te mencionó en el anónimo. y no podemos permitir que llegue hasta ti.

La inspectora desvió la mirada de Néstor, pero su voz se mantuvo firme.

—Estoy de acuerdo con la escolta para Aintza, pero yo no la necesito. Te aseguro que sé defenderme sola. Los riesgos son parte de mi trabajo.

Salazar sintió que el suelo se abría bajo sus pies. ¿Cómo podía proteger a la mujer que amaba si ella no estaba dispuesta a colaborar? Aunque en el fondo no podía enfadarse, porque la comprendía. Él también había reaccionado así, cuando un asesino profesional lo marcó como su objetivo. Para un policía no era fácil reconocer la vulnerabilidad derivada de su condición humana. El olor del miedo flotaba en el aire. Un espeso miasma de emociones, que parecía aferrarse a las paredes como un sudario. Salazar lo identificó en el rostro de cada uno de sus colegas. Si el asesino se había atrevido a

dejarles un anónimo amenazante en su puerta, nadie podía sentirse a salvo.

Como último recurso, Salazar buscó a Remigio con la mirada. Su colega le guiñó el ojo de forma casi imperceptible. El gesto fue como un bálsamo para el preocupado inspector. Toro no iba a permitir que le ocurriera nada malo a su compañera, y eso era una garantía. Santiago no fue ajeno al intercambio de muecas. El comisario se dirigió a García.

—El primer turno para custodiar a Aintza lo cumplirán Rodríguez y Parada, pero también quiero que su hermano Ander permanezca con ella el tiempo que sea necesario. Puedes relevarlo del resto de sus obligaciones, hasta que tengamos la certeza de que la chica está a salvo.

—Sí, señor. ¿Alguna otra orden?

Santiago se volvió hacia Salazar, quien respondió con un leve asentimiento.

—Aguardad un momento —dijo el comisario—. La seguridad de la señorita Echevarría solo es una de las medidas que debemos tomar. Te escuchamos, Néstor.

El inspector jefe cambió de postura, preparándose para tomar la palabra, pero fue Miguel quien rompió el silencio y se dirigió a él.

—¿Cuál será vuestro siguiente paso, ahora que no queda ninguna duda acerca de que la muerte de Raga se debió a un homicidio? Después de esa amenaza, es urgente identificar a ese tío y detenerlo.

Sin darle oportunidad de responder, Remigio intervino. Era evidente que la inquietud se había apoderado de la sala.

—Antes de que decidas el siguiente paso, ten en cuenta que el asesino se siente lo bastante seguro como para amenazar a la Policía.

Salazar llenó sus pulmones de aire y consiguió encoger el miedo que sentía en un rincón de sus entrañas, para sustituirlo por la planificación de medidas concretas. Desvió su atención hacia Santiago, quien lo respaldó con un asentimiento.

—De acuerdo —dijo por fin el inspector jefe—. Con la protección de Aintza en marcha, Rebeca tendrá que comprometerse a no exponerse a ningún riesgo innecesario.

Néstor clavó la mirada en la inspectora y esperó. Ella aceptó con un encogimiento de hombros y un suspiro. En esta ocasión, fue el propio Ortiz quien lo interrumpió.

—Estoy contigo en que lo más importante es proteger a Rebeca y Aintza, porque ellas recibieron una amenaza directa en el anónimo, pero no pierdas de vista que el peligro se extiende a todo el personal de San Miguel. El asesino podría reaccionar atentando contra cualquiera de nosotros o nuestras familias, en cuanto comprenda que

se le ha dificultado el acceso a las víctimas que había escogido. Todavía no sabemos a quién nos enfrentamos ni de qué puede ser capaz.

Salazar percibió el temor en el temblor casi imperceptible que acompañó las palabras de Santiago. Comprendió que la sombra del recuerdo del secuestro de Lucas se había asentado en el ánimo de su hermano. Hizo un esfuerzo para que su propia voz transmitiera firmeza y confianza, y que ocultara la angustia que se aferraba a su garganta como un nudo de serpientes que se enroscaban en ella y la constreñían. Se centró en García y Lali.

—Organizad a los agentes en equipos especiales, con el propósito de proteger la comisaría y brindar apoyo con mayor celeridad a cualquiera de nosotros que lo solicite. Si es preciso, solicitad refuerzos y recursos a la Jefatura Superior.

García asintió.

—Muy bien, inspector. ¿Cómo organizamos el operativo?

—Asigna parejas de agentes para que recorran el barrio y envía un coche patrulla a proteger a la familia de cada uno. Proporciónales equipos de comunicación. También instala cámaras de vigilancia que cubran las calles en los alrededores de San Miguel —Salazar escaneó la sala con la mirada, para involucrar a todos los presentes—. Con respecto a nosotros, también nos mantendremos en contacto permanente.

—Sí, señor —dijo García.

Ortiz meditó por un momento y luego asintió. Se veía un poco más tranquilo.

—Parece un buen plan —reconoció, antes de dirigirse al agente y a Lali —Haceros cargo, y avisadme si necesitáis algún recurso adicional.

—Sí, comisario —respondieron ambos a coro.

—Podéis retiraros.

García y Lali salieron de la sala, dispuestos a cumplir las órdenes de inmediato. Aunque la preocupación seguía dominando a cada uno de los asistentes a la reunión, al menos habían dado los primeros pasos para protegerse y lo que era más importante, proporcionar seguridad a sus familias. El peso de la responsabilidad cayó sobre los hombros de cada uno de ellos. Era una carga física y emocional, y todos sabían que tendrían que soportarla, hasta que encontraran las respuestas correctas.

Ángela señaló la pizarra con gesto pensativo.

—Ninguno de los sospechosos parece ser capaz de redactar un anónimo como el que dejaron en el coche.

Miguel sacudió la cabeza.

—No te engañes, Angi. Cualquiera puede escribir una amenaza

y colocarla en el parabrisas de un coche.

—¿Aunque ese coche se encuentre aparcado frente a una comisaría? —protestó ella.

—Quién lo hizo, contó con el factor sorpresa —argumentó Pedrera—. Aunque reconozco que es un movimiento torpe. En especial si se trata de alguien que no está en capacidad de cumplir sus amenazas.

Telmo frunció el ceño y rechinó los dientes.

—Con todo respeto, inspector. Sería temerario asumir que el asesino no está en condiciones de representar un peligro cierto.

Néstor asintió en apoyo a su compañero.

—Tienes razón, Telmo. Sin embargo, Miguel acaba de plantear un punto interesante: el culpable debió sentirse acorralado, para dar un paso tan estúpido.

Remigio se apoyó en el respaldo de la silla y negó con la cabeza.

—No perdáis de vista un detalle: el asesino nunca pensó que corría el riesgo de afrontar una investigación por parte de la Policía. Es evidente que centró todo su esfuerzo en hacer pasar la muerte de Raga como un accidente fatídico, así que nuestra intervención debió desestabilizarlo.

Santiago se limitó a escuchar a cada uno de sus subalternos en silencio, pero sin dar ningún indicio acerca de lo que pensaba. Rebeca sacudió el bolígrafo para llamar la atención de sus colegas.

—También es posible que la nota solo sea una distracción para desviar nuestra atención del homicidio del pintor.

Salazar dejó escapar el aire con desaliento.

—Por lo visto, conocer el contenido del anónimo solo ha servido para confundirnos, y aumentar la presión sobre la necesidad de resolver la investigación con urgencia. Una amenaza como esa representa un peligro que no es desdeñable.

Capítulo 16

El silencio se apoderó de la sala común. La experiencia les había demostrado el peligro real que representaban ese tipo de anónimos. El recuerdo del Asesino de la Rosa planeaba sobre la habitación como un fantasma burlón. Rebeca se aclaró la garganta y rompió el embrujo.

—Quiero volver al punto del comportamiento de la víctima hace siete años. Es desconcertante y creo que no debéis pasarlo por alto.

—Estamos hablando de hace una más de un lustro —protestó Miguel—. Es poco probable que tenga relación con su homicidio.

—Quizá tengas razón, Miguel —reconoció Salazar—, pero estoy de acuerdo con Rebeca. Indagar un poco más sobre ese asunto podría proporcionarnos información interesante acerca de la víctima, que nos ayude a comprender lo que pasó. Adelante, Rebeca. ¿Cuál es tu punto?

—Lo que no me explico es por qué una persona gasta decenas de miles de euros en un coche deportivo nuevo de lujo y se deshace de él al cabo de pocas semanas. Eso es muy extraño, y las explicaciones de la exmujer sobre aburrimiento, no tienen sentido.

Salazar lo pensó por un momento y asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Debió existir una buena razón para que Raga se deshiciera del *Maserati* de la forma en que lo hizo. Tenemos que averiguar qué pasó con ese coche, y si es posible, localizarlo.

El comisario intervino.

—Es evidente que la muerte del artista esconde mucho más de lo que parece. Y si quedaba alguna duda, el anónimo la despejó. Tú y Telmo tendréis que encontrar el hilo del cual tirar para deshacer la madeja. Llegad hasta el fondo de este asunto y mantenedme informado —Santiago paseó la mirada por Remigio y Rebeca—. ¿Cómo va vuestra investigación? ¿Tenéis alguna pista sobre el robo de los sellos?

El inspector Toro suspiró con resignación.

—Ese asunto está resultando más complicado de lo que parecía en un principio.

—Ángela y yo os agradeceríamos que nos pusierais al día —dijo Miguel con un fruncimiento de ceño—. Recordad que no pudimos estar presentes en la reunión de ayer, porque estuvimos ocupados

cerrando nuestro último caso.

Remigio asintió.

—De acuerdo. Lo que robaron fue una colección de sellos muy valiosa llamada «Las Joyas de la Corona». Pertenece a Michel Beaumont, un rico empresario francés, que la prestó a la Sociedad Filatélica de Haro con la condición de que la mantuvieran en un lugar seguro y protegido, mientras estuviera en exhibición. La exposición debía comenzar hace dos días en el Hotel El Alba, que se encuentra situado frente a la organización filatélica, y con el que la Sociedad suele contratar sus eventos —Miguel asintió, para indicar que lo seguía. Toro continuó—. El director de la Sociedad y un empleado del hotel dejaron todo preparado para inaugurarla al público al día siguiente. Revisaron la sala a las 23:30 y todo estaba en orden. Pasada la noche, cuando abrieron las puertas, los sellos habían desaparecido.

—¿Qué medidas de seguridad habían instalado? —preguntó Pedrera.

—Había cámaras de vigilancia, alarmas, y las vitrinas estaban provistas con cerraduras magnéticas.

—¿Qué tan seguras son esas cerraduras? —quiso saber Ángela.

Remigio se apoyó en el respaldo de su silla y comenzó a juguetear con el bolígrafo.

—Las cerraduras magnéticas no tienen partes móviles como cilindros o pestillos, que puedan desgastarse o manipularse. Esto las hace menos susceptibles al uso de ganzúas u otras herramientas...

—Así que no buscáis a un ladrón común y corriente —señaló Salazar.

Rebeca sacudió la cabeza y relevó a su compañero en la exposición del caso.

—Ni las cámaras de vigilancia ni la alarma funcionaron.

—¿Cómo es posible? —preguntó Miguel.

—A las cero quince, alguien cortó la electricidad de ambos sistemas —respondió Rebeca.

—¿No tenían fuentes de energía de respaldo para el caso de un apagón?

—Por supuesto —intervino Remigio—, contaban con una fuente de energía de emergencia. El hotel tenía instalada una batería externa de respaldo, que se activaba en forma automática en caso de un corte de electricidad.

—¿Y por qué no funcionó? —preguntó Ángela.

—Los ladrones consiguieron cortar los cables que conectaban la batería con las cámaras de vigilancia y la alarma, dejándolas inoperables, en el momento en que se interrumpió el suministro eléctrico que las alimentaba.

—Es evidente que se trató de un robo bien planificado —

comentó Telmo.

—Y con complicidad interna —señaló Néstor—. Solo alguien que conociera bien el hotel y sus sistemas de seguridad podría haber ejecutado el golpe.

—Esperad, que todavía hay más —les advirtió Rebeca.

Remigio se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en su escritorio, antes de continuar.

—Además de todas estas medidas, dos agentes de seguridad vigilaban la puerta principal, y el salón de exposiciones no tiene puertas traseras ni ventanas.

—¿En la sala existe algún lugar que pudiera servir de escondite? —preguntó Salazar.

Remigio negó con la cabeza.

—Hay un pequeño cuarto de limpieza, pero los guardias lo revisaron antes de cerrar las puertas. También fue lo primero que comprobaron cuándo descubrieron el robo. Nunca hubo nadie allí. La seguridad del salón era el motivo por el que se solía destinar a las exposiciones. Se consideraba blindado.

—¿Cuándo cometieron el robo? —preguntó Ángela.

—El lunes 17. Hace dos días.

—¿Habéis investigado al director y al empleado? —preguntó Santiago.

—A ambos. Ninguno tiene antecedentes criminales —confirmó Rebeca.

Remigio continuó.

—El empleado, Hernán Lazlo, lleva diez años trabajando en el hotel, y según el gerente es de plena confianza. No es la primera vez que colabora en la preparación de una de esas exposiciones.

—¿Ambos tienen coartada? —preguntó Néstor.

—Soria, el director de la Sociedad, estuvo en la celebración de un cumpleaños casi toda la noche y luego regresó a casa con su mujer. Con respecto de Lazlo, esa noche tuvo guardia en la recepción del hotel.

—¿Lazlo no se ausentó en ningún momento?

Remigio hizo un gesto de negación.

—La recepción era visible desde la puerta de la sala de conferencias. Según los guardias que la vigilaban, Hernán permaneció en su silla toda la noche, salvo por un par de minutos en los que acudió al servicio a las cero diez. Sin embargo, su ausencia no fue lo bastante prolongada como para que pudiera ejecutar el robo.

—¿Qué evidencias habéis encontrado hasta el momento? —preguntó el comisario.

—Ninguna. El salón estaba intacto, pero con las vitrinas abiertas y vacías. La única señal de que allí hubo una colección de

sellos en algún momento fueron unas marcas en la superficie de la vitrina, que según el perito de Científica, solo demostraban que se utilizó fuerza para hacer palanca y separar la placa de anclaje del electroimán.

—Yo diría que los sospechosos más probables son los vigilantes —opinó Miguel.

Remigio se encogió de hombros.

—Estuvieron toda la noche en la puerta, y a la vista de los empleados del hotel. Hay cuatro testigos que aseguran que no se movieron de allí en ningún momento.

—¿No escucharon ningún ruido?

—Ninguno.

Néstor frunció el ceño con desconcierto.

—¿Científica ha averiguado cómo abrieron las vitrinas?

—Todavía no, pero están trabajando en ello.

—¿Cuál será vuestro próximo paso? —preguntó Salazar.

Remigio reconoció que ya habían entrevistado a todos los empleados del hotel, y que también hicieron indagaciones con sus informantes. Tanto con los de él en Haro como con los de Rebeca en Logroño. Nadie sabía nada acerca del golpe.

Esta vez fue el comisario quien intervino.

—¿Tenéis algún sospechoso? ¿Alguno con antecedentes?

Rebeca echó hacia atrás el respaldo de la silla y cruzó los brazos.

—Nos hemos centrado en el personal del hotel y en los huéspedes de esa noche. También hemos investigado al director de la Sociedad Filatélica. Ninguno tiene antecedentes, aunque eso no garantiza que no puedan estar relacionados con el robo.

—Yo indagaría a fondo a las personas que organizaron el salón para la exposición: el director de la Sociedad y el empleado del hotel —sugirió Miguel—. Eran quienes mejor informados estaban acerca de la seguridad del salón.

—Es un buen consejo —reconoció Remigio con un asentimiento.

—De acuerdo, seguid adelante y revisaremos vuestros avances en la próxima reunión —ordenó el comisario.

Antes de que Santiago diera por terminada la discusión del día, Lali se asomó en el umbral.

—Me disculpo por la interrupción, pero acaban de avisar de que apareció un cuerpo en un descampado.

El comisario intercambió una mirada con Salazar y parpadeó.

—Miguel, Ángela, ocupaos vosotros.

Capítulo 17

Miguel y Ángela salieron de la sala común, para cumplir la orden del comisario. Ortiz también se marchó a su despacho, después de insistir en que lo mantuvieran informado de cualquier novedad. El teléfono de Remigio reclamó su atención, antes de que pudiera elaborar una estrategia con Rebeca, acerca de su siguiente paso.

—Es del laboratorio de Científica.

La inspectora se mantuvo a la expectativa, mientras su compañero respondía. Después de una breve conversación, Toro terminó la llamada. Entonces, les informó a sus colegas que los peritos habían descubierto cómo los ladrones consiguieron abrir las vitrinas.

—Usaron un imán de neodimio para desactivar las cerraduras. Científica identificó los residuos magnéticos que dejaron.

—¿Dónde encontraron los ladrones un imán con semejantes características? —preguntó Telmo, después de pensarlo por algunos instantes.

—Estoy seguro de que no está disponible en cualquier ferretería —Remigio guardó el móvil en el bolsillo y su voz adoptó un tono profesional—. Rebeca, ocúpate de investigar en las tiendas especializadas en materiales y equipos industriales. Yo indagaré en el mercado negro. Esta es la mejor pista que hemos tenido hasta el momento.

—No estarás tratando de que permanezca en la comisaría, ¿verdad?

La mirada de Toro se desvió por un instante hacia el lugar donde Salazar se mantenía atento a la conversación, y regresó de inmediato a su compañera.

—Por supuesto que no. Solo estoy siguiendo la estrategia que me parece que puede brindarnos los mejores resultados, para resolver el caso.

Rebeca entornó los ojos con cierta desconfianza, tratando de adivinar las intenciones de su compañero, pero él fue capaz de sostenerle la mirada con expresión de inocencia. La inspectora sospechó que después de años trabajando codo a codo con Néstor, Remigio había aprendido algunos trucos. Sin embargo, fiel a su disciplina profesional, ella obedeció la orden y aceptó permanecer en su escritorio. El inspector Toro soltó un suspiro de alivio y salió a la

calle en busca de sus informantes.

Mientras su colega lidiaba con la perspicacia de su pareja, Salazar ya había ocupado la mesa de trabajo de Toro. Él y Telmo se centraron cada uno en un ordenador, para investigar la lista que les había enviado el dueño de la galería por correo y que incluía a todos los clientes que habían comprado un Raga Costa, en cualquier momento de la carrera artística del pintor.

Un par de horas después, Néstor se recostó en su silla con los ojos cerrados, apoyó la cabeza en el respaldo y dejó escapar un suspiro de frustración.

—Ninguno de los compradores de mi lista tiene antecedentes o cualquier relación directa con Raga, que les permitiera estar al tanto de su alergia. Además de que ya sabemos que no estuvieron presentes en la *vernissage*. ¿Tú encontraste algo que resulte de interés, Telmo?

El subinspector hizo una mueca de decepción y sacudió la cabeza.

—Nada, jefe. En mi lista tampoco encontré ningún sospechoso probable.

Salazar se quedó pensando por un momento.

—Muy bien, no descartaremos a los compradores ni a los dueños de las galerías por completo, pero daremos prioridad a otra línea de investigación, que sea más acorde con las evidencias.

—¿En qué está pensando, jefe?

Salazar se inclinó hacia adelante, recuperando el ánimo.

—Te confieso que desde que lo hablamos en la reunión, no me puedo quitar de la cabeza el asunto del coche.

Telmo centró la mirada en el inspector jefe y frunció el ceño con interés, al mismo tiempo que Néstor descolgaba el teléfono del escritorio de Remigio y hacía una llamada.

—¿Señora Mora?, soy el inspector Salazar. Estoy interesado en conseguir información sobre el *Maserati* que compró su exmarido hace siete años.

—Eso pasó hace demasiado tiempo, inspector. No sé mucho sobre ese asunto. Para él, ese coche fue como un juguete nuevo y lo compró sin contar con mi opinión. Yo le reñí porque me pareció un gasto excesivo e innecesario, pero en esos días, Héctor no atendía a razones.

—¿Lo compró de agencia?

—Sí, era nuevo.

—¿Cuánto tiempo conservó el coche?

—Se cansó de él, después de unas tres semanas.

—Me parece muy poco tiempo para haberse cansado del coche. ¿Sabe si le dio algún problema?

—Si lo hizo, no me lo comentó. Aunque en aquel momento,

habría hecho cualquier cosa para no reconocer que yo tenía razón.

—Comprendo. ¿Héctor le dijo por qué tomó esa decisión?

—No. Todo fue muy repentino. Recuerdo que pasó toda la noche fuera de casa, aunque eso no era extraño en esos días. Regresó al día siguiente, ya avanzada la tarde, sin el coche. Cuando le pregunté por su juguete, se negó a darme explicaciones. ¿No era eso lo que quería? Pues ya estaba.

—¿A quién le vendió el deportivo?

—Lo lamento, inspector, pero no tengo idea. Ni siquiera estoy segura de que lo haya vendido. Tan solo desapareció.

—¿Qué otra cosa pudo haberle ocurrido al coche, para que desapareciera de esa forma?

—Quién sabe. Quizá se lo regaló a alguien.

—¿Lo considera posible?

—En esos días, Héctor no era él mismo. Rechazaba cualquier consejo que proviniera de su familia o sus verdaderos amigos, pero se dejaba manipular con facilidad por la corte de aduladores que surgieron a su alrededor como champiñones, cuando el dinero de su familia pasó a ser suyo. En cualquier caso, no quiso darme ninguna explicación acerca del coche.

—¿Usted se la pidió?

—Por supuesto. Cuando le pregunté qué había hecho con el *Maserati*, él me respondió que me olvidara de ese coche y que no quería que lo volviera a mencionar.

—¿No volvió a hablar sobre ese asunto?

—Nunca. Pocos días después de la desaparición del deportivo, se compró un *Renault Megane*, y a la semana siguiente, él mismo tomó la decisión de ingresarse en una clínica de rehabilitación. Cuando salió, volvió a ser el Héctor de siempre, pero ya era demasiado tarde para recuperar nuestro matrimonio.

—Comprendo. Muchas gracias, señora Mora. Ha sido de mucha ayuda.

Salazar terminó la llamada y le informó a Telmo, quien había permanecido atento a su jefe.

—¿Por qué alguien haría algo tan estúpido como deshacerse de un *Maserati*, tres semanas después de sacarlo de la agencia, para comprarse un turismo de uso común? —preguntó el subinspector.

—Porque estuvo involucrado en un accidente, se dio a la fuga y no quería que lo relacionaran con el coche —sugirió Rebeca, que había dejado de prestar atención a su ordenador por unos momentos, para incorporarse a la conversación.

Salazar parpadeó como si despertara.

—¡Eso es! ¡Es lo único que explica un comportamiento tan extraño! Rebeca, eres genial.

Capítulo 18

Siguiendo una pista que le había proporcionado Suricato, Remigio llegó hasta el bar «Los amigos del Vino», donde encontró a Romualdo Marín, alias Comadreja. Era un viejo ladrón que ya no se movía con la agilidad de antes, pero que había salido adelante, vendiendo herramientas a otros ladrones. Un emprendedor.

El bar estaba oscuro y a Remigio le dio la sensación de que entraba en un agujero. Apenas unos pocos rayos de sol se colaban por las rendijas de las ventanas, que estaban cubiertas con gruesas cortinas, creando un ambiente mohoso como el de una cueva. Las paredes mostraban manchas de humedad y tenían una sospechosa pátina amarillenta. En cuanto el policía puso un pie en el interior del local, lo alcanzó un olor desagradable que era una mezcla de sudor, cerveza rancia y fritangas. Todo estaba tan silencioso, que Remigio podía escuchar sus propios zapatos rechinar con cada paso. El tabernero era un hombre de mediana edad, que le clavó la mirada en cuanto entró. Lo esperó con las manos apoyadas en la barra.

—¿Qué le sirvo?

Remigio se acercó a él despacio y se inclinó sobre la barra con la intención de apoyarse, pero cambió de opinión cuando vio las migas y los pequeños charcos en la superficie. Así que se mantuvo a una distancia prudente y sacó su identificación.

—¡Policía! Busco a Romualdo Marín.

El cantinero frunció el ceño y su mirada se desvió por un instante a la mesa del rincón, antes de volver de inmediato al detective.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Me dijeron que podía encontrarlo en este bar.

El tabernero se encogió de hombros.

—Es posible, pero los clientes no me muestran su DNI para consumir en el local.

Remigio sonrió.

—Ya. Comprendo. Supongo que entonces no le importará que les pregunte a sus clientes.

El inspector Toro no esperó una respuesta. De inmediato comenzó a avanzar en dirección a la mesa del fondo.

—Oiga, espere... No quiero que moleste a mis... ¡Oiga!

Sin detenerse ni dejar de darle la espalda al tabernero, Remigio levantó la mano para hacerle saber que le había escuchado, pero no le hizo ni puñetero caso. El policía llegó hasta la mesa de la esquina. El hombre que la ocupaba rondaba los setenta años, y mientras el inspector se acercaba, él lo observó con unos ojos pequeños y astutos. De vez en cuando, daba un sorbo a la cerveza que sostenía en la mano. Después de solicitar su conformidad con un gesto, Remigio se sentó a su lado.

—Hola, Romualdo. ¿O prefieres que te llame Comadreja? Me han hablado mucho de ti.

—No hablo con policías.

Remigio suspiró, y sacudió la cabeza con un gesto de decepción.

—Ya, pero creo que vas a tener que hacer una excepción esta vez. Hace algunas semanas, vendiste un imán con una potencia muy especial...

—Ya se lo dije. No hablo con policías.

—Supongo que es malo para el negocio, ¿no es así?

Comadreja dio un sorbo a su cerveza.

—Usted lo ha dicho.

Toro se apoyó en el respaldo y la silla crujió bajo su peso.

—Verás, Comadreja. Soy un policía que prefiere el trabajo de calle. Me incomoda la burocracia, ya sabes, llenar formularios, escribir informes. Vamos, que si me obligas a solicitarle una orden al juez para hacer un registro de tu casa, me enfadaré. Y te aseguro que tardarás bastante en volver al negocio, si es que vuelves.

Romualdo parpadeó.

—¿Por qué yo? Solo soy un viejo que trata de sobrevivir como puede.

—No sigas, que me vas a hacer llorar. ¿Vendiste ese imán? —Remigio se inclinó hacia adelante y señaló a Romualdo con el índice —. Y no me mientas.

Comadreja miró a ambos lados como si buscara una escapatoria. Entonces, volvió a centrarse en el policía y suspiró.

—De acuerdo, usted gana. Sí… vendí un imán muy potente a un chico que venía recomendado por un cliente.

—Dime el nombre de ese chico.

—No lo sé.

—Comadreja...

—Le juro que no lo sé. No se lo pregunté. ¿Qué cree? ¿Qué le hice una factura? Me dijo lo que necesitaba, pagó en efectivo, la mitad por adelantado, la otra mitad cuando le entregué el imán.

Remigio pensó en las palabras de Romualdo y balanceó la cabeza de arriba abajo varias veces con suavidad.

—Está bien. Dime el nombre de tu cliente. Ese sí lo sabes, ¿no es así?

Romualdo torció el gesto y sacudió la cabeza.

—Conseguirá arruinarme.

—El nombre.

—Al chico del imán lo envió un cliente habitual. Su nombre es Arístides Brito, y en la calle lo conocen como Rumiante.

—¿Dónde lo encuentro?

Comadreja dejó escapar un suspiro y respondió en un murmullo.

—Vive en la calle Taranco. Número 125.

Remigio palmeó la mesa con suavidad y salió del bar. Una vez en la calle, llenó sus pulmones con aire limpio. Tenía la impresión de que las desagradables emanaciones que desprendía el local se habían pegado a sus fosas nasales y a sus pulmones. Con el olor impregnado en su ropa no podría hacer nada hasta que regresara a casa, pero en fin...

El policía sacó su móvil y llamó a su compañera, para informarle acerca de sus avances.

—¿Tú has averiguado algo? —le preguntó el inspector, cuando terminó su explicación.

—Creo que tu pista es la correcta, Remigio. Me comuniqué con todas las tiendas que distribuyen materiales industriales en La Rioja y sus alrededores, pero ninguna ha vendido un imán lo bastante potente como para vencer una cerradura magnética. Nuestra mejor apuesta es interrogar a Rumiante.

—De acuerdo. Reúnete conmigo en la calle Taranco. Le haremos una visita a Brito. Toma las precauciones necesarias para protegerte. Recuerda la amenaza.

—Vale, tú eres el más antiguo, así que tú mandas.

—Nunca me habían llamado viejo con tanta elegancia —comentó el inspector con una carcajada, antes de terminar la llamada.

Quince minutos después, Rebeca llegó en un coche patrulla. La acompañaban dos agentes, que se mantuvieron a la espera a prudente distancia, por si la inspectora necesitaba su apoyo. Ella se reunió con Remigio, quien abrió la marcha hacia el callejón. Era un pasadizo estrecho, que apenas daba cabida a un coche. Mientras lo recorrían, los pies de los policías crujieron sobre cristales rotos, piedrecillas y escombros. El edificio en el que vivía Rumiante parecía querer desmoronarse de un momento a otro. Sus paredes se veían húmedas, descascarilladas y verdosas. Las ventanas estaban tan sucias que no dejaban pasar la luz, y la pintura de su fachada, hacía mucho tiempo que había perdido su color. De la construcción salía un olor a coles hervidas, a humo de cigarrillo y a sudor, que pugnaba por dominar los

aromas que despedían la humedad y el moho.

Los policías golpearon la puerta y les abrió un chico en la treintena, cuyo rostro adquirió un tinte ceniciento en cuanto se identificaron.

—¿Eres Arístides Brito, alias Rumiante?

—Yo, eh... Sí, soy yo, pero les juro que estoy limpio. No he hecho nada.

Remigio y Rebeca sacudieron la cabeza a la vez, como si estuvieran participando en una coreografía. Él sonrió. Ella frunció el ceño.

—Sabemos que eres un buen chico, Rumiante. Que no te metes en líos con la Policía, pagas tus impuestos y cumples con tus deberes ciudadanos —dijo el inspector, empleando un tono sarcástico.

—¿Qué quieren?

—Que nos cuentes lo que sabes sobre los sellos.

—¿Qué sellos?

—Los que robaste de la exposición en el hotel El Alba, el lunes pasado por la noche —sentenció Rebeca con tono seco.

—¡Oigan, no! ¡Yo no tuve nada que ver con eso! El lunes por la noche estuve en el bar de la esquina, jugando billar. Tengo testigos.

—¿Qué testigos son esos, Rumiante? —preguntó Remigio con voz suave.

—Mis colegas y el dueño del bar. También un tío que vive tres edificios más allá, al que le gané veinte euros en una partida.

Toro se encogió de hombros.

—Así que eres un crac en la mesa de billar. Dinos entonces, ¿para qué querías el imán de neodimio?

Brito negó con la cabeza.

—Yo no quería ningún imán. No sé de qué hablan.

—Del imán que le compraste a Comadreja a través de tu amigo. ¿O era tu cómplice? —lo presionó Rebeca.

Rumiante llamó a la calma moviendo las manos.

—A ver. Yo no mandé a nadie a que le comprara a Comadreja en mi nombre. Eso habría sido una estupidez. Yo... solo quise ayudar a un amigo.

El inspector enarcó las cejas.

—Esto comienza a sonar interesante. ¿Quién es tu amigo y en qué querías ayudarle?

Brito cerró los ojos y suspiró.

—¡Mierda!

—Perdón, ¿decías?

—Está bien, ustedes ganan. Es un colega. Crecimos juntos en el barrio donde vivía con mis padres. Él es legal. Ya saben, tiene empleo, mujer, un bebé. No se mete en problemas.

—Entonces, ¿para qué quería el imán? —preguntó Rebeca.

—Está pasando por una mala situación. Me pidió ayuda, y no pude negarme. Lo envié con Comadreja.

—Mira qué buen amigo —dijo Remigio con una sonrisa, cargada de ironía—. ¿Cómo se llama tu colega?

Rumiante desvió la mirada a uno y otro lado, luego la fijó en el suelo.

—Su nombre —insistió Rebeca.

—Hernán... Hernán Lazlo. ¿Contentos?

El móvil de Toro los interrumpió. Después de comprobar quién llamaba, el inspector respondió.

—¿Qué ocurre, Miguel? Estamos en medio de un interrogatorio.

—Lamento interrumpiros, Remigio, pero esto os interesa. El cadáver que apareció en el descampado...

—¿Sí?

—Creo que se relaciona con vuestro caso. Era un empleado del hotel El Alba, y su nombre era Hernán Lazlo.

Capítulo 19

En San Miguel, Néstor se encontraba frente a la pizarra de la sala común, tratando de atar cabos y descifrar un hilo de acontecimientos coherentes a partir de las evidencias, mientras Telmo seguía investigando las finanzas de las galerías de arte con las que Héctor Raga había tenido relación.

Los dedos del subinspector recorrían el teclado, buscando la información. La luz del monitor iluminaba su rostro serio y concentrado. El tiempo transcurrió con lentitud, hasta que por fin, después de un exhaustivo análisis en el que Telmo tuvo la oportunidad de revisar balances, transferencias y registros de ventas, el subinspector apartó la mirada de su ordenador, se apoyó en el respaldo de su silla y negó con la cabeza.

—Lo siento, jefe. No encuentro ningún indicio que pudiera explicar la vinculación de ninguna de las galerías, con la muerte del artista por motivos financieros. Los números están en orden y no encontré ninguna transacción sospechosa.

Salazar asintió despacio.

—No te preocupes, Telmo. Si no existe una conexión, tampoco debemos forzarla. Descartar ese motivo también es un avance. Siendo así, tendremos que buscar otras explicaciones que nos permitan resolver este enigma.

El inspector volvió a fijar su atención en la cartelera y después de algunos minutos de concentración, una teoría comenzó a formarse en su cabeza. Las piezas se fueron ajustando como un engranaje perfecto. Abstraído, Salazar entornó los ojos y trazó un plan de acción. Le habló a su compañero sin apartar la vista del tablero, que parecía haberlo hipnotizado.

—Telmo, revisa los registros de compraventa de coches de hace siete años. Necesitamos rastrear el *Maserati* y hablar con el nuevo propietario.

—De acuerdo, jefe.

Telmo centró de nuevo su atención en el ordenador y comenzó a teclear. El reloj se movía con lentitud, mientras Salazar hacía anotaciones en la pizarra, relacionadas con su teoría. Algunos minutos después, Álvarez dejó escapar un suspiro que retumbó en el silencio de la sala.

—Lo siento, jefe. No hay ningún registro de esa venta.

Néstor frunció el ceño y se volvió hacia su compañero.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Revisé desde dos años antes, hasta dos años después de la fecha en que Raga ingresó en la clínica de rehabilitación, pero ningún particular vendió un *Maserati* en La Rioja por esas fechas.

El inspector asintió.

—Interesante. Extiende la búsqueda a todo el país. Es posible que Raga vendiera el coche en otra provincia.

—Muy bien, jefe.

Después de algunos minutos en los que el silencio dominó la sala, Telmo volvió a centrar su atención en el inspector y negó con la cabeza.

—Nada.

Salazar entornó los ojos.

—Seamos lógicos. El *Maserati* no pudo haber desaparecido

El inspector cruzó los brazos, miró la pizarra y luego se volvió hacia su compañero.

—Telmo, revisa en los registros de bajas de coches de aquella época. Sospecho que estamos comenzando a transitar el camino correcto.

De inmediato, Álvarez se comunicó con sus colegas de la DGT y les preguntó acerca de la información que necesitaban. Al cabo de algunos minutos, consiguió la respuesta que estaban buscando: existía el registro de la baja de un coche a nombre de Héctor Raga, con fecha de hacía siete años. Se había llevado a cabo en un Centro Autorizado de Tratamiento del Camino Nro. 4. Se trataba de un *Maserati* amarillo.

Con el *Clio* todavía en manos de Científica, Salazar y Telmo recogieron el Seat Ibiza que el inspector guardaba en un garaje cercano, y se desplazaron hasta el Camino Número 4. Aparcaron al frente y entraron en el Centro Autorizado de Tratamiento. Como era de esperarse, el lugar estaba repleto de coches de todas las marcas y tamaños, algunos enteros y otros en piezas, esperando su turno para ser convertidos en un amasijo de metal. En el interior, el aire estaba cargado de los olores a gasolina, aceite de motor y goma quemada. Bajo los pies de los policías, el suelo estaba cubierto por una capa de aceite mugriento. Había trozos sueltos de metal y cristales rotos por todas partes. Néstor y Telmo entraron y miraron a un lado y otro, en busca de alguien que les proporcionara respuestas. Entonces, las máquinas se apagaron y el silencio se apoderó de la nave. El guardia de seguridad se acercó a los detectives. Una vez que se identificaron y le explicaron el motivo por el que estaban allí, fue a buscar a uno de los empleados que trabajaba en el centro alrededor de la fecha

señalada por los policías.

El vigilante regresó con un hombre robusto de baja estatura que se presentó como Carlos Alcalá, y que después de escuchar a los policías, asintió despacio.

—Sí, lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. ¡Como para olvidar algo así! Llevo todos estos años contando esa anécdota, aunque reconozco que pocos me creen.

—¿No les sorprendió que el dueño de un *Maserati* nuevo quisiera destruirlo? —preguntó Telmo.

—Por supuesto, pero el sujeto tenía toda la documentación en regla. Argumentó que se trataba del coche de su mujer y que había descubierto que ella se lo prestaba a un amante, para que lo condujera a gusto... Por eso, el tío había decidido hacerlo pedazos.

Salazar se quedó pensativo por un instante.

—¿No les pareció una decisión extraña? Era un coche deportivo nuevo, que pudo haber vendido por decenas de miles de euros.

El empleado soltó una carcajada.

—Supongo que le resultaba una venganza mucho más satisfactoria reducir el flamante coche a piezas de metal retorcido. En cualquier caso, mi jefe se solidarizó con el cliente y accedió a darlo de baja. Lo que sí reconozco es que cuando accioné la maquinaria para destrozarlo, tuve la sensación de que aplastaba a un ser vivo.

Néstor desvió su atención al móvil por un momento cuando recibió un mensaje que le hizo sonreír. Ignoró la mirada interrogante de su compañero.

—Le agradecemos mucho su colaboración, señor Alcalá —le dijo el inspector al empleado—. Necesitaremos que pase por la comisaría para declarar.

—¿Después de tantos años? No sabía que dar de baja un coche nuevo fuera un delito. Aunque en el caso de un *Maserati,* debería serlo.

Salazar sonrió y se despidió del empleado. Después de comprobar que iban bien encaminados, los policías decidieron regresar a la comisaría. Por el camino, Néstor le explicó su teoría a su compañero. El subinspector recibió la información con un parpadeo de desconcierto.

—Su hipótesis tiene mucha lógica, jefe, pero hay algunos detalles que...

—Lo sé, Telmo. Y ahora debemos centrarnos en resolver esos detalles sin lugar a duda, si queremos tener alguna oportunidad con el juez.

—Pero ¿por qué esperar tantos años?

—Es posible que lo descubramos cuando sepamos qué fue lo que ocurrió en realidad, hace siete años. Debo reconocer que el asesino de Raga elaboró un plan brillante. Sin embargo, no contaba

con la perspicacia del médico de la víctima, que comprendió que había algo extraño en su muerte.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso?

—Debemos investigar todos los accidentes de coche que ocurrieron en la fecha señalada, que tuvieran un saldo de víctimas fallecidas o con heridas graves, y en los cuales el responsable se haya dado a la fuga.

Capítulo 20

Rebeca y Remigio se desplazaron hasta el descampado donde había aparecido el cuerpo del empleado del hotel. El sol ya estaba alto en un cielo sin nubes, y sus rayos arrancaban un resplandor dorado a aquella hierba que todavía estaba reseca. El aire se sentía pesado a causa del polvo y el polen, que servían de cortina al inconfundible olor a muerte que flotaba en el aire. El cadáver de Lazlo yacía en el centro del descampado, en una posición poco natural. El doctor Faríñas estaba inclinado sobre la víctima, concentrado en su tarea. Los rayos del sol se reflejaban en su cabello rojizo y resaltaban las pecas de sus mejillas.

Aristigueta observaba trabajar al forense en silencio, mientras se mantenía atento a cualquier dato que mencionaba, para anotarlo en su libreta. El juez saludó a los recién llegados y volvió a concentrarse en sus notas.

En cuanto los vio, Miguel se volvió hacia sus compañeros y les explicó la situación.

—Os llamamos en cuanto supimos que la víctima estaba relacionada con el hotel donde se cometió el robo que investigáis. De acuerdo con el doctor, movieron el cuerpo. A Lazlo lo asesinaron con un cuchillo en otro lugar y luego lo trasladaron hasta este descampado. Tendremos que esperar la autopsia para más detalles, pero Fariñas nos dice que murió anoche por una puñalada.

—Tiene una herida punzo cortante en el abdomen, que involucró varios órganos —precisó el forense.

—¿Pudo tratarse de una pelea? —le preguntó Remigio.

Fariñas sacudió la cabeza.

—No tiene heridas defensivas. Tampoco señales de haber sido atado o inmovilizado.

Rebeca observó el cuerpo y frunció el ceño.

—Era un hombre joven y fuerte. ¿Cómo pudieron matarlo con un cuchillo, sin que intentara defenderse?

Miguel se encogió de hombros

—Solo veo dos explicaciones posibles: se encontraba bajo el efecto de sedantes o el asesino lo cogió por sorpresa, porque confiaba en él.

—Su cómplice en el robo —murmuró Rebeca.

Remigio mostró su conformidad con su compañera con un

asentimiento, y se volvió hacia el forense.

—¿Puede precisar la hora de la muerte?

—Para una respuesta definitiva tendrán que esperar la autopsia, pero puedo darles una aproximación. Por la temperatura y el estado del cadáver, yo diría que murió entre las diecinueve y las veintiuna de anoche.

El inspector Toro asintió.

—¿En cuánto tiempo cree que podremos tener los resultados de los análisis toxicológicos?

Fariñas dejó escapar un suspiro.

—Estas cosas llevan su tiempo, inspector, pero haré lo que pueda para que sea lo antes posible.

—Gracias, doctor.

Rebeca cambió de postura y centró su atención en Miguel.

—¿Habéis averiguado algo más sobre la víctima?

—Me temo que todavía no mucho. No llevaba documentos encima. Tampoco encontramos ningún móvil, pero gracias a un número de teléfono que guardaba en su billetera, Ángela consiguió hablar con una de sus compañeras en el hotel y ella lo identificó, en una fotografía que le enviamos. Así fue como conseguimos saber quién era.

Miguel asintió en dirección a Ángela, para cederle la palabra. Rebeca y Remigio centraron su atención en la subinspectora.

—La persona que respondió a ese teléfono, lo reconoció de inmediato.

—¿Por qué Lazlo tenía anotado su número telefónico?

—La chica me dijo que él tenía problemas familiares, que en ocasiones lo obligaban a llegar tarde. Sus jefes estaban al tanto y sus compañeros solían cubrirlo en esos casos. Ella es nueva en el hotel, así que le había dado el número de teléfono de su móvil a Hernán, para que se comunicara si lo necesitaba.

—¿Por qué anotó el número en un papel y no lo grabó en el móvil? —preguntó Rebeca.

Ángela se encogió de hombros.

—Se lo pregunté a la chica. Me dijo que cuando le dio el número, el teléfono de Lazlo se había quedado sin batería y por eso tuvo que apuntarlo. Tenía la intención de grabarlo más tarde. Quizá se le olvidó hacerlo o lo hizo, pero aun así conservó el papel. No hemos encontrado su móvil, así que no podemos saberlo.

—Suena razonable —reconoció Remigio—, pero ¿por qué llegaba tarde y sus colegas tenían que cubrirlo? Supongo que para que se lo permitieran en su trabajo y sus compañeros lo aceptaran, debía tener una buena justificación.

—Tenía que ver con la hija de Lazlo —les informó la

subinspectora—. La testigo me dijo que la chiquilla sufre una enfermedad, que en ocasiones le dificultaba a su padre cumplir con todos sus horarios laborales. Sin embargo, tanto sus compañeros como sus jefes eran solidarios con la situación.

—Así que la víctima tenía una hija —dijo Rebeca, pensativa.

Ángela asintió.

—Estaba casado y tenía una hija pequeña.

Rebeca miró a su compañero. El inspector se encogió de hombros.

—Creo que lo mejor será comenzar la investigación hablando con la viuda. Además, alguien tendrá que darle la mala noticia.

Rebeca gruñó, pero no protestó. Era una tarea ingrata, pero alguien tenía que hacerla. Miguel y Ángela respiraron aliviados, cuando comprendieron que sus compañeros se iban a ocupar del homicidio, así que ellos tendrían las manos libres para investigar el accidente de los padres de Juan y la inquietante carta amenazante. Pedrera palmeó el hombro de su colega a modo de despedida.

—Muy bien, Remigio. Os deseamos suerte. Avisadnos si necesitáis apoyo.

Pedrera y su compañera se alejaron del descampado en dirección a su coche. Antes de subir, Ángela suspiró.

—No puedo quitarme de la cabeza la carta que encontró Juan. Tenemos que averiguar qué fue lo que pasó, cuanto antes. El chiquillo podría estar en peligro.

Miguel asintió.

—No te preocupes. No permitiremos que al chaval le pase nada malo.

—¿Cuál será nuestro primer paso? —insistió ella.

Ambos subieron al coche y se ajustaron los cinturones. Solo entonces, Pedrera respondió.

—La carta mencionaba un fraude financiero. Creo que debemos comenzar por ahí. Yo trataré de contactar a antiguos conocidos del padre de Juan.

—¿Y qué haré yo?

—Te llevaré de regreso a la comisaría. Reúne toda la información que puedas, en relación con la empresa financiera.

La subinspectora llenó sus pulmones de aire, lo retuvo y asintió.

—Muy bien.

Miguel buscó la mano de su compañera y la apretó con fuerza.

—No te preocupes. Vamos a resolver este asunto, y nos aseguraremos de que Juan esté a salvo.

Ángela dibujó una sonrisa, aunque fue un poco forzada. Solo entonces, Miguel encendió el motor y se incorporó a la vía.

Capítulo 21

Néstor y Telmo regresaron a la comisaría con el ánimo renovado y un brillo de entusiasmo pintado en el rostro. La pista que significaba un Maserati nuevo aplastado bajo las fauces de la maquinaria del Centro Autorizado de Tratamiento, sumado a la mentira de Raga para convencer al personal de que llevara a cabo semejante desatino, les proporcionó a los policías el entusiasmo para avanzar en la solución del enigma que representaba ese caso. Durante el trayecto, cada uno se sumió en sus pensamientos. El cerebro de Salazar se esforzaba en trazar estrategias que les permitieran encontrar las respuestas correctas a la extraña muerte del artista.

Subieron al segundo piso, en cuanto llegaron a San Miguel. A los pocos minutos llegó Ángela. A Néstor no se le escapó la sorpresa de la joven subinspectora cuando los encontró allí. La misma que experimentó él cuando la vio regresar sola.

—Inspector Salazar, Telmo. Yo... —balbució Ángela.

Néstor entornó los ojos.

—¿No estabais investigando la aparición de un cadáver en un descampado?

—Sí, señor. Se trató de un homicidio, pero Remigio y Rebeca van a ocuparse... —El inspector jefe enarcó las cejas— Es que... el cadáver pertenece a un empleado del hotel donde se cometió el robo de los sellos. Todo parece indicar que está relacionado con su caso.

—¿Ellos ya están al tanto?

Ángela asintió.

—Sí, señor. Les avisamos de inmediato y ya estuvieron en la escena del crimen.

—Muy bien. ¿Dónde está Miguel?

La subinspectora tragó saliva, antes de responder.

—Miguel va camino de la financiera donde trabajó el padre de Juan. Él… está tratando de averiguar el motivo de la carta que el chiquillo encontró ayer, señor. Estamos convencidos de que hubo algún fraude o estafa que desencadenó los acontecimientos, y que detrás de esa nota se esconde un doble homicidio.

Salazar se quedó pensativo por un par de segundos.

—Supongo que Miguel y tú quisierais ocuparos de esa investigación en forma oficial.

La subinspectora le devolvió una mirada esperanzada.

—Sí, señor. Regresé para indagar todo lo relacionado con el accidente de los Saavedra. Miguel y yo decidimos averiguar si hubo algún delito detrás de la muerte de los padres de Juan. También, si se relaciona con la carta que él encontró… A menos que usted ordene lo contrario.

Néstor negó con la cabeza y soltó el aire en un largo suspiro.

—No voy a oponerme. Seguid adelante con esas averiguaciones. Os comprendo y a mí también me preocupa la seguridad del chaval. Si el comisario pregunta, decidle que en vista de que el cuerpo que se encontró en el descampado forma parte de otro caso, que ya está bajo investigación, yo os ordené llevar a cabo las indagaciones sobre la carta.

Ángela sonrió y relajó los músculos de los hombros.

—Muchas gracias, inspector.

—Avisadme si necesitáis ayuda o apoyo.

—Sí, señor.

Salazar se volvió hacia su compañero.

—Muy bien, Telmo. Nosotros a lo nuestro. Comenzaremos por revisar los archivos de la DGT. Nos centraremos alrededor de la fecha en la que Raga dio de baja el *Maserati*.

—De acuerdo, jefe. ¿Nos limitaremos a los accidentes que involucren coches deportivos?

—No —respondió el inspector de inmediato—. Si el supuesto accidente ocurrió, todavía no sabemos cuáles serán las circunstancias que encontraremos. Es posible que hubiera testigos o quizá no. En el caso de que los hubiera, nada nos garantiza que habrían sido capaces de identificar el coche de Raga. Tenemos que basarnos en los datos concretos: La fecha y el lugar.

El subinspector asintió.

—Seguiré sus instrucciones, jefe.

—Por otro lado, si la señora Mora dijo la verdad —continuó Salazar—, y no encuentro razones para que mienta en este asunto, Héctor salió por la noche y regresó al día siguiente por la tarde, sin el coche. De manera que...

—El accidente debió ocurrir durante la noche y Raga se deshizo del *Maserati* al día siguiente —terminó la idea Telmo.

—¡Exacto! Y tenemos esa fecha, gracias al registro de la baja del coche.

El subinspector se encogió de hombros.

—Entonces, debemos buscar todos los reportes de accidentes mortales o con heridos graves, que ocurrieron en la semana anterior a la fecha de destrucción del deportivo. Lo tengo, jefe.

Telmo se acomodó frente al ordenador y sus dedos volaron

sobre el teclado. Salazar estaba a punto de seguir su ejemplo, cuando su teléfono rompió el silencio. El inspector murmuró un taco en voz baja, sacó el móvil del bolsillo y después de comprobar de quién era la llamada, sonrió y respondió de inmediato.

—Y va él y responde a la primera. Con la esperanza que yo albergaba de que se perdiera la llamada, y tener la excusa para no verme obligado a escuchar tu horrible voz. Si es que eres un aguafiestas.

—Si no quieres hablar conmigo, ¿por qué me llamas, Casi?

—Porque tengo que darte un reporte, chisgarabís. Que nos das más trabajo que un niño con un bote de pintura, y luego te olvidas de nuestra existencia, hasta el punto de que no recibimos ni un mísero café de tu parte.

Salazar enderezó la espalda.

—¿Un reporte? ¿Encontrasteis alguna pista en el Clío?

—Pues, no —lo decepcionó el jefe Barros—. Estás más perdido que una monja en una fiesta «*rave*». Hasta ahora, el *Clio* está limpio como un quirófano. El motivo por el que me veo forzado a echar a perder mi día hablando contigo, es que ya terminamos de analizar todos los alimentos que se sirvieron en la *vernissage*.

Néstor sintió un ligero cosquilleo en el estómago como si alguien estuviera frotando una pluma en su piel.

—¿Y qué encontrasteis? ¿Cuál fue el ingrediente que usaron para cometer el crimen?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—No solo eres un burro, sino que además, tienes las orejotas tapadas. Te puedo asegurar sin lugar a duda, que ninguno de los platos que se sirvió en la *vernissage* tenía la menor traza de nueces.

—¿Estás seguro?

—¡Qué si estoy seguro, dice! Después de que he tenido a todo el personal haciéndole pruebas a gambas y canapés. ¡Serás soplaguindas! Si no hay trazas, no las hay. Te jodes y usas lo poco que tienes de materia gris. Si es que quieres que todo te lo den hecho. Eres más vago que un gato en una hamaca.

—¿Qué me dices del jamón y del vino? Fue lo último que Raga comió.

—Y también lo primero que analizamos. ¿Qué crees? ¿Qué no sabemos hacer bien nuestro trabajo? ¡Qué no hay trazas de nueces, joder! Ni en el jamón ni en el vino, ni en la madre que lo parió.

—Vale, Casi. Entendido —Néstor dejó escapar un suspiro, cargado de decepción—. No hay trazas. No sé cómo, pero supongo que eso también es un dato valioso. Te lo agradezco mucho.

—Gracias, las que hace el mono. A ver cuándo rula un

desayuno decente.

—En cuanto pueda, te lo llevo, Casi. Es que estoy muy liado y...

—Muy liado, muy liado. Todo son excusas. ¡Explotador!

Casimiro terminó la llamada y dejó a Salazar parpadeando, con el teléfono en la mano. Entonces, el inspector asomó una leve sonrisa. Si no fuera por esos ratos y los de cantar en la ducha con el cepillo de micrófono, su vida habría sido muy aburrida. Una vez que devolvió su móvil al bolsillo, Néstor le informó a Telmo acerca del resultado de Científica.

Después de escuchar a su compañero, el subinspector entornó los ojos.

—Pero entonces, jefe, ¿cómo demonios se las arregló el asesino para que Raga consumiera las nueces mortales?

—Sospecho que si conseguimos responder a esa pregunta, habremos resuelto el caso, Telmo —Salazar negó con la cabeza—, pero de momento me parece un misterio más críptico que un laberinto sin salida, así que volvamos a lo concreto: el *Maserati* y el posible accidente en el que Raga estuvo involucrado.

Capítulo 22

Después de averiguar los datos más importantes relacionados con la víctima, Remigio y Rebeca se trasladaron a la dirección de Hernán Lazlo, en la calle Alemania. Aparcaron frente al edificio donde había vivido el empleado, cuyo cuerpo fue encontrado en el descampado esa misma mañana. Se trataba de una construcción sencilla de cuatro pisos sin balcones, con una fachada de color marrón y ventanas cuadradas y grandes. Al bajar del coche, una brisa fresca con un ligero olor a humedad les acarició el rostro. Cuando cruzaron el portal vieron un viejo ascensor al fondo, pero después de intercambiar una mirada, los policías se encaminaron hacia las escaleras que estaban situadas a la derecha y que les condujeron a la primera planta.

Llamaron a la puerta del piso de Lazlo, y les abrió una mujer joven con un bebé en brazos. Los policías se identificaron, y la chica se quedó inmóvil. El miedo se reflejó en su rostro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Le ha pasado algo a Hernán?

—¿Por qué preguntas por Hernán? —quiso saber Rebeca—. ¿Qué te hace sospechar que estamos aquí por él?

La joven madre cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, haciendo lo posible por no molestar al bebé que dormía sobre su hombro. Su piel perdió el poco color que tenía.

—Él... no vino a dormir anoche y no responde el teléfono. Sus compañeros no saben dónde está. Es extraño que Hernán actúe así. Y ahora ustedes, llamando a nuestra puerta… Debe haberle ocurrido algo. ¿Sufrió un accidente?

Con un leve asentimiento, Remigio le cedió la palabra a su compañera. Rebeca empleó un tono de voz amable.

—María... Te llamas María, ¿verdad? —La chica asintió—. Me temo que somos portadores de malas noticias.

La joven parpadeó como si no hubiera comprendido las palabras de Rebeca. Un silencio sepulcral llenó el aire como una espesa capa de niebla y las lágrimas inundaron sus ojos.

—Entren —les pidió con un hilo de voz—. Aguarden un momento, por favor, acostaré a Clarisa.

La viuda de Hernán desapareció en el interior del piso por algunos instantes. Después de dejar al bebé en su cuna, regresó con ellos. María les invitó a que la acompañaran a la sala. Ella ocupó uno

de los asientos del sofá, Rebeca se sentó a su lado y Remigio escogió el sillón frente las dos mujeres.

En cuanto María recuperó la compostura lo suficiente para volver a hablar, se secó las lágrimas y pasó la mirada de uno a otro policía.

—¿Qué le ocurrió a Hernán? ¿Dónde está?

Rebeca y Remigio bajaron la mirada. El inspector le informó acerca del homicidio y María volvió a romper en llanto.

—¿Cómo pudo pasar algo así? ¿Lo asaltaron?

Rebeca negó con la cabeza.

—No creemos que se haya tratado de un asalto, María. Todavía no sabemos lo que pasó, pero ninguno de los indicios apunta a que fuera víctima de un robo. ¿Hernán se había metido en algún problema o solía rodearse de malas compañías?

La chica los miró con desconcierto y sacudió la cabeza.

—¿Hernán? ¿De qué están hablando? —Los policías se miraron entre sí—. Mi marido acaba de morir asesinado y mi hija ha quedado huérfana de padre. Tengo derecho a saber…

Después de soltar el aire en un suspiro, Remigio le habló de las sospechas que tenían, sobre la participación de Hernán en el robo de la colección de sellos. María sacudió la cabeza.

—¡Es absurdo! Hernán era un buen hombre, preocupado por su familia, trabajador y confiable. ¿Cómo se atreven a difamarlo de ese modo?

Entonces, Rebeca le explicó la evidencia que les había conducido a esas conclusiones. En la medida en que escuchaba, María palidecía cada vez más. Cuando la inspectora terminó su exposición, la joven cerró los ojos y asintió.

—Sabía que Hernán me ocultaba algo —murmuró con pesar—. Durante los últimos días, estuvo actuando de modo muy extraño. Deben entender: Hernán era un buen hombre, pero estaba dispuesto a todo por salvar a nuestra hija.

Remigio frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Clarisa nació con una enfermedad muy rara, para la que no hay tratamiento —explicó María—. Nuestra única oportunidad habría sido llevarla a Estados Unidos, donde están trabajando en un fármaco experimental, que significaría una esperanza de alivio, pero algo así estaba fuera de nuestro alcance.

—¿Por qué no pidieron ayuda? —preguntó Rebeca.

María sacudió la cabeza.

—La ayuda nos habría permitido viajar hasta Estados Unidos y solicitar su admisión al programa, pero ¿cómo nos íbamos a mantener allí, hasta que alguno de nosotros pudiera trabajar? Semejante plan

estaba fuera de nuestro alcance.

Remigio carraspeó, antes de intervenir.

—¿Cree que su marido hubiera sido capaz de involucrarse en algo ilegal para poder realizar ese viaje?

María lo pensó por un momento y cerró los ojos.

—Hernán estaba desesperado por conseguir suficiente dinero, para llevar a Clarisa al programa sin tener que preocuparnos por los gastos de permanencia, hasta que consiguiéramos recibir la documentación y trabajar.

Rebeca intervino:

—María, ¿sabes si tu marido tuvo algo que ver con el robo de la colección de sellos?

La viuda de Lazlo sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Nunca habría estado de acuerdo con semejante locura.

Rebeca asintió.

—¿Tienes alguna idea acerca de quién pudo involucrarlo en una aventura como esa? ¿Te comentó algo al respecto?

María llenó los pulmones de aire y lo retuvo por un momento, antes de responder:

—Lo lamento, no tengo ni idea. Hernán jamás llegó a mencionar nada sobre ese asunto.

Después de terminar la entrevista, ambos policías regresaron al coche. Antes de subir, Rebeca fijó la mirada en su compañero.

—¿Qué piensas sobre la historia de María? ¿Crees que es cierto que no sabía nada sobre la participación de su marido en el robo?

—Tú no pareces muy convencida.

La inspectora lo pensó por un momento.

—No estoy segura. La chica parecía sincera, pero es una madre y estamos hablando de la vida de su bebé. Es posible que considerara que el robo de unos sellos estaba justificado en su situación.

Remigio se encogió de hombros.

—En cualquier caso, la participación de Hernán en el robo lo convertía en un delincuente, lo cual significaba más problemas a los muchos que ya tenía la pareja. No lo sé... también es posible que diga la verdad, que Lazlo la mantuviera al margen y que ella no supiera nada de lo que estaba ocurriendo. Aun así, tendremos que estar atentos a cualquier prueba que pueda incriminarla. Incluso, por su propia seguridad.

Los detectives subieron al coche y se ajustaron los cinturones. Antes de que Remigio pudiera encender el motor, su móvil comenzó a sonar. Él consultó la pantalla.

—Es Fariñas, el forense.

El inspector respondió la llamada y activó los altavoces. Rebeca

prestó atención.

—Doctor Fariñas. Lo escuchamos —le confirmó Toro.

—Inspector, me complace haber podido localizarlo tan pronto. Acabo de terminar la autopsia del señor Lazlo.

—¿Encontró algo importante? —preguntó Rebeca.

—Puedo confirmarles lo que les dije en la escena del crimen. El cuerpo fue trasladado al descampado después del fallecimiento. La víctima murió por la herida en el abdomen, que involucró el estómago y ocasionó una hemorragia fatal. No encontré heridas defensivas.

—¿Es todo lo que puede decirnos? —preguntó Remigio, sin ocultar su decepción.

—Solo un detalle más. Quizá sea importante: se trata de la trayectoria de la herida. El ángulo con el que le clavaron el cuchillo fue muy peculiar. Hice algunas fotos, escribí un informe detallado y ya lo envié todo al laboratorio de Científica. Es posible que sus peritos puedan llegar a alguna conclusión con ese material.

—Gracias, doctor. Si tenemos suerte, esa información podría resultar de utilidad. ¿Encontró alguna otra pista que pueda señalar al culpable?

—Me temo que no. El asesino fue muy cuidadoso y no dejó evidencias físicas en el cuerpo. Tal vez Científica tenga mejor suerte en el descampado, pero lo dudo.

Cuando Remigio terminó la llamada, se volvió hacia su compañera.

—Ya lo escuchaste. ¿Qué opinas?

—Es evidente que hubo al menos dos personas implicadas en el robo —respondió Rebeca.

Remigio asintió.

—Hernán y su asesino, quien debe estar en posesión de la colección de sellos. ¿Crees que Lazlo le dijo algo a Rumiante sobre el robo?

La inspectora se encogió de hombros.

—Solo hay una forma de saberlo.

Toro encendió el motor y se preparó para incorporarse a la vía.

—De acuerdo. Hagámosle otra visita a Rumiante.

Capítulo 23

El tiempo transcurría con lentitud en la comisaría. Mientras Telmo revisaba los archivos de la DGT en su mesa de trabajo de la sala común, Salazar estaba sentado en su despacho con el ceño fruncido por la concentración, revisando los archivos del caso, sin dejar escapar ningún detalle. Mantenía sujeto el bolígrafo con fuerza, como si intentara encontrar un ancla en el mar de documentos que tenía frente a él. A pesar de que el ambiente estaba a una temperatura agradable, una fina capa de sudor cubría su frente. Él estaba convencido de que el peligro para Rebeca y Aintza aumentaba con cada minuto que pasaba sin encontrar al asesino de Raga. Un sujeto capaz de dejar un anónimo amenazante en el coche de la comisaría, que además estaba aparcado frente a su puerta, no se detendría ante nada. Néstor se esforzaba en mantener la compostura frente a sus compañeros, pero en su interior luchaba contra el miedo a no poder resolver el caso y a las consecuencias que ello podría acarrear. Tenía que conseguirlo o ese mismo miedo podía ser lo que lo condujera al fracaso. No habría cambiado su actual situación sentimental por nada, y disfrutaba cada momento en compañía de Rebeca, pero también era consciente de que haber roto su soledad, lo volvía más vulnerable con respecto de los riesgos relacionados con su trabajo.

El inspector se obligó a sí mismo a apartar sus emociones y conservar su actitud profesional. Sería imprescindible para poder avanzar. Reconocía que después de releer todos los informes varias veces, todavía no le encontraba ningún sentido a lo que había ocurrido. ¿Cómo consiguió el asesino hacer llegar las nueces mortales a la víctima, si Científica no había encontrado rastros en ninguno de los alimentos? ¿Cuál fue el motivo por el que Raga no llevó consigo a la *vernissage,* el inyector que podía salvarle la vida en una urgencia? ¿Por qué el asesino se tomó tanto trabajo para alcanzar su objetivo? El inspector revisó de nuevo todas las fotografías de la escena del crimen, en busca de aquel detalle crucial que les permitiría avanzar. ¿Qué se le estaba escapando?

Néstor estaba sumido en estas reflexiones cuando llamaron a su puerta.

—¡Adelante!

Telmo entró en el despacho con una sonrisa pintada en el rostro

y una expresión de felicidad que desconcertó al inspector. Salazar parpadeó. ¿Telmo sonriendo con optimismo? ¡Cómo había cambiado ese chico!

—¡Lo encontré, jefe! Tiene que ser esto —El subinspector llevaba un folio en la mano y lo agitó con gesto triunfal.

Salazar tensó los músculos de la espalda. Luego, lo invitó a ocupar la silla frente a él con un gesto.

—Pasa, Telmo. Dame una alegría.

Álvarez se sentó y le entregó el documento, al mismo tiempo que le revelaba su hallazgo.

—Estoy seguro de que este es el suceso que estamos buscando, en relación con el caso. Un accidente de coche que explicaría la extraña conducta de Raga y por qué destruyó el *Maserati*.

Salazar dejó de lado los papeles, apoyó los antebrazos en el escritorio y asintió para animar a su compañero.

—Dame detalles.

—El suceso ocurrió el viernes 15 de marzo del 2015 en la calle Ventilla. Se trató de un arrollamiento.

El inspector frunció el ceño.

—Ese fue el día anterior a la fecha en que Raga dio de baja el *Maserati*. ¿No es así?

Telmo asintió con seriedad.

—Sí, jefe. El nombre de la víctima era Valeria Salcedo, de 12 años. Regresaba de la papelería del frente de su casa, donde había ido a comprar unos materiales para hacer los deberes, cuando un coche perdió el control, subió a la acera y la arrolló.

—¿Alguien pudo identificar al conductor?

El subinspector sacudió la cabeza.

—No fue posible. El tío se dio a la fuga y por desgracia, no hubo ningún testigo.

Salazar meditó por algunos instantes, mientras procesaba la nueva información.

—Continúa.

—Bien, según los peritajes de la Unidad de Atestados e Informes de Tráfico, el coche debió circular a velocidad excesiva. Además, es probable que el conductor estuviera bajo el efecto de alcohol o drogas.

Néstor apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Esto comienza a tener sentido. Aunque debo reconocer que hasta ahora, la posible relación de este accidente con Raga es demasiado débil… Solo la coincidencia de fechas entre el arrollamiento y la destrucción del *Maserati* —Telmo asomó una sonrisa—. Hay más. ¿No es así?

El subinspector asintió.

—Sí, jefe. Hay más indicios que apuntan a que estamos en la pista correcta. En las ropas de Valeria se encontraron trazas de pintura amarilla.

Néstor se inclinó hacia adelante.

—El coche de Raga era amarillo.

Telmo extendió su sonrisa.

—Así es, jefe. Sin embargo, en aquel momento, las evidencias fueron insuficientes y nunca encontraron al conductor. Por supuesto, no había ningún motivo para que alguien sospechara de Raga.

Salazar se quedó pensativo por un momento, entonces, entrelazó sus manos y asintió.

—Si no hubo testigos, se comprende. Un coche deportivo involucrado en un accidente siempre llamará la atención, pero si el único indicio que tenían los investigadores del suceso era el color del vehículo… Imposible resolverlo. Por otro lado, este lamentable acontecimiento explicaría muchas cosas que hasta ahora no tienen sentido…

—Es lo mismo que yo pensé, jefe. Se comprendería por qué Raga dio de baja un coche deportivo nuevo. Tenía que deshacerse de él, para que no lo relacionaran con el homicidio de la niña.

Néstor asintió.

—También explica por qué pocas semanas después, se ingresó por voluntad propia en una clínica de rehabilitación. El accidente debió ser un duro golpe a su conciencia. Lo más probable es que estuviera borracho o drogado cuando conducía…

—Debió comprender que su conducta disoluta lo había convertido en el responsable directo de la muerte de una niña inocente —sentenció el subinspector.

—Y por lo visto, no fue el único que llegó a esa conclusión. Alguien más debió enterarse —murmuró Salazar.

—El asesino, pero ¿cómo lo supo, jefe? Si nunca se establecieron responsables del accidente.

Néstor frunció el ceño.

—Sospecho que lo sabremos cuando descubramos quién acabó con la vida del pintor. Quizá el propio Raga se lo confesó a alguien o el asesino se enteró de la destrucción del *Maserati* y llegó a conclusiones… Estoy seguro de que estamos bien encaminados, Telmo, ¿investigaste a la víctima?

Álvarez asintió.

—Por supuesto, jefe. Todo está en el informe —El subinspector cogió el papel que estaba sobre el escritorio y comenzó a leerlo—. «Valeria Salcedo, de doce años, hija de Luis Salcedo y Sandra Domínguez. Quedó huérfana de madre cuando solo tenía cinco años.» En el momento de su muerte, vivía con su padre. Creo que podemos

afirmar que tenemos un nuevo sospechoso.

El inspector suspiró, al mismo tiempo que ladeaba la cabeza y se encogía de hombros.

—Buen trabajo, Telmo. Sin duda, llegó la hora de investigar al señor Salcedo.

Antes de que el subinspector tuviera oportunidad de responder, la atención de Salazar se desvió hacia un mensaje que entró en su móvil. En cuanto comprobó su procedencia, su pulgar se movió sobre el teclado para abrirlo. Al verlo, sus labios asomaron una sonrisa, al mismo tiempo que un suspiro de alivio se escapaba de sus pulmones.

Capítulo 24

Mientras Salazar y su compañero comenzaban a ver una posible vía de investigación, Miguel entró en ValorServ, la financiera donde había trabajado Alfonso Saavedra, el padre de Juan. Gracias a la información que le había proporcionado Ángela a través del móvil, Pedrera supo que Alfonso había sido el jefe de Auditoría Interna de la Financiera.

ValorServ ocupaba todo un edificio de aspecto minimalista en la esquina de la Avenida La Rioja. En cuanto entró, el inspector sintió un escalofrío y se lo atribuyó al aire acondicionado demasiado bajo. Avanzó con paso apresurado hacia el mostrador de información, sacó su identificación y se la mostró al joven recepcionista. El chico abrió los ojos con sorpresa y arqueó las cejas.

—¿En qué podemos ayudarle, inspector? ¿Ha ocurrido algo?

—Quiero hablar con el jefe de Auditoría. ¿Quién es?

—Eh… Es la señora Amalia Cordero. Tercer piso, al final del pasillo. Le avisaré a su secretaria.

Miguel siguió las instrucciones del empleado para llegar hasta el ascensor y avanzó con paso firme. En su cabeza iba elaborando las preguntas que le haría a quien ocupaba la plaza del padre de Juan. El aroma a cera para pulir suelos impregnaba todo el edificio. El policía recorrió los pasillos decorados con colores neutros. El piso de baldosas blancas relucientes y las luces tenues creaban una sensación fría e impersonal. Le pareció que el corredor no terminaba nunca, hasta que por fin llegó frente a una puerta de vidrio templado con un marco de acero inoxidable brillante. Sobre ella, una placa metálica grabada anunciaba que se trataba de la Oficina de Auditoría. Miguel abrió la puerta con un empujón. Era evidente que el chico de la recepción había cumplido su palabra, porque la secretaria ya lo esperaba.

—Inspector. En este momento, la señora Cordero sostiene una conferencia con la oficina matriz en Madrid. Lo recibirá en algunos minutos. Tome asiento, por favor.

Después de darle las gracias a la chica, el detective siguió sus instrucciones y ocupó una silla frente a ella. Le resultó imposible mantenerse tranquilo durante la espera. Las palabras de la carta parecían desfilar delante de sus ojos una y otra vez, como una cinta que se reproducía en bucle en su mente. Su corazón se apretaba con

cada frase y el miedo por Juan le hacía difícil concentrarse. Era evidente que el padre del chico había molestado a gente peligrosa. Miguel no descartaba que esa hubiera sido la verdadera causa de su muerte. La nota mencionaba una investigación, así que era posible que Saavedra hubiera reunido evidencias acerca de aquello que buscaba, casi seguro, un fraude. Aunque Juan era solo un chiquillo, los delincuentes podían temer que su padre le hubiera dado instrucciones o que el chaval tuviera información, acerca de la existencia de documentos que los delataran. Y ahora, el hijo de Saavedra vivía con una pareja de policías. Sin duda alguna, Juan corría peligro. Miguel se movía en el asiento como si le hubieran cosido un calcetín con una colonia de pulgas en los calzoncillos.

El teléfono que reposaba sobre la mesa de la secretaria dio dos pitidos cortos, ella respondió y asintió. En cuanto colgó, se dirigió al policía.

—Puede pasar, inspector. La señora Cordero lo atenderá de inmediato.

Pedrera se levantó de la silla como si todas las pulgas del calcetín le hubieran picado al mismo tiempo, y apuró los pasos en dirección al despacho. La secretaria ya estaba abriendo la puerta. El policía se encontró frente a una mujer de mediana edad y rostro serio, que ni siquiera le dio la oportunidad de identificarse.

—Inspector, comprenderá que su visita nos sorprende y nos preocupa. ¿Ha ocurrido algo?

Miguel cogió aire y frunció el ceño.

—Hemos abierto una investigación sobre el accidente en el que murieron el señor Alfonso Saavedra y su mujer. Necesitaré su colaboración.

Amalia parpadeó.

—¿El señor Saavedra? Yo, no… —Entonces, Cordero asintió— Ah, claro. Usted se refiere al caballero a quien reemplacé en esta plaza, y que falleció en un accidente de coche. Disculpe, inspector. Yo no lo conocí. Después del suceso, a mí me trasladaron desde la oficina de Vitoria para que lo sustituyera. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo es que lo investigan ahora?

—Han surgido nuevas evidencias que sugieren que no fue un accidente.

Las cejas de Amalia se enarcaron, su boca se crispó y un jadeo silencioso escapó de sus labios.

—¡Eso es terrible! Y, ¿en qué podemos ayudarlo, inspector?

—Necesito hablar con alguien que conociera bien al señor Saavedra. Un compañero con el que se hubiera sincerado. Un amigo, de ser posible.

La señora Cordero se quedó pensativa por algunos segundos, y

de inmediato levantó el auricular del teléfono de su escritorio.

—En vista de que nunca llegué a tratar con mi predecesor, yo no soy la persona más apropiada para ayudarlo, pero es posible que mi asistente pueda identificar a ese amigo que usted busca.

Antes de que Pedrera tuviera tiempo de responder, Amalia se comunicó con su secretaria. Enseguida, la joven se presentó en el despacho.

—Rosana, ¿tú conociste al señor Saavedra, el anterior jefe de este departamento?

—Sí, señora Cordero, pero me temo que no por mucho tiempo. Yo fui su secretaria solo por tres meses. Hasta que… ya sabe. Fue muy triste. Era una buena persona.

El policía cambió de postura y se volvió hacia Rosana.

—¿Llegaron a tener confianza?

La secretaria frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—¿Alguna vez le habló de su trabajo? ¿Le hizo algún comentario acerca de la Financiera?

La joven negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Él era muy discreto, y nuestra relación siempre se limitó al ámbito profesional.

—¿El señor Saavedra tenía algún amigo en esta empresa? ¿Alguien a quien pudiera considerar su confidente?

—¿Busca algo en concreto, inspector? —intervino la señora Cordero.

Miguel le lanzó una ojeada, pero ignoró la pregunta y volvió a centrar su atención en la chica.

—¿Rosana?

—Eh… No estoy segura. Quiero decir, en vista del trabajo que desempeñaba, el señor Saavedra siempre mantuvo un trato profesional con todos. Al menos hasta donde sé. Aunque…

—¿Qué? —la apremió Miguel.

—En algunas ocasiones lo vi compartir un café en la máquina del pasillo, con uno de los ejecutivos del departamento de Finanzas.

—¿Su nombre?

—Antonio Pousa.

—Debo hablar con él. ¿Se encuentra en el edificio?

—Debe estar en su oficina —respondió la señora Cordero—. Rosana, acompaña al inspector…

La joven parpadeó y obedeció de inmediato. Ella y Pedrera recorrieron los fríos pasillos. Solo los acompañó el crujido de sus pasos sobre las baldosas. Bajaron al segundo piso, hasta una amplia oficina con una docena de escritorios, separados por mamparas de plástico. Los empleados estaban vestidos con formalidad, pulcritud y elegancia.

El inspector vio un mar de cabezas inclinadas sobre sus trabajos. Estaban tan ocupados con sus tareas, que ninguno advirtió la presencia de los recién llegados. Rosana acompañó al policía hacia la mesa que ocupaba un hombre de mediana edad con entradas pronunciadas, gafas de montura metálica y aire distraído. Su mirada permaneció centrada en la pantalla del ordenador, hasta que la secretaria llamó su atención.

—Señor Pousa. El señor es el inspector Pedrera y desea hablar con usted.

El aludido dio un respingo en la silla cuando escuchó las palabras de la joven. Entonces, apartó la vista del ordenador y la centró en el detective. Abrió la boca, pero tardó un par de segundos en pronunciar palabra.

—Yo… inspector. ¿En qué puedo ayudarlo? No comprendo.

Miguel entró a saco.

—Estamos investigando el accidente donde murieron el señor Saavedra y su familia. Tengo entendido que usted era amigo del finado. Debo hacerle algunas preguntas.

El color huyó del rostro de Antonio y su mandíbula comenzó a sacudirse en un ligero temblor. Entonces, el ejecutivo llenó sus pulmones de aire y tragó.

—Yo, no… No sé mucho sobre el accidente. Fue una tragedia que nos dejó a todos desconcertados. ¿Quiere sentarse, inspector?

—Gracias, pero estoy bien de pie. No tardaré mucho. Mis preguntas no se refieren al accidente, señor Pousa. En este momento, estoy más interesado en otro aspecto de la investigación.

—¿En qué aspecto?

—¿En alguna ocasión, el señor Saavedra le hizo algún comentario acerca de un fraude que había descubierto en esta empresa?

—¿Un fraude? —Antonio negó con la cabeza—. Por supuesto que no. Nunca me mencionó nada al respecto.

—¿Ustedes eran amigos?

—Tanto como amigos… Algunas veces conversábamos cuando nos encontrábamos en la máquina de café del tercer piso. Alfonso era una persona amable, pero también muy reservado. Era un rasgo imprescindible para su trabajo.

—¿Por qué subía usted a la tercera planta a tomar café? ¿No hay una máquina en este piso?

—Eh… Sí, la hay, pero durante una temporada estuvo averiada. No recuerdo las fechas con precisión y ha pasado mucho tiempo, pero… por eso subía a la tercera planta.

—¿Existe alguien más con quien el señor Saavedra pudo haberse sincerado sobre un asunto como ese?

Pousa pensó la respuesta por un par de segundos y sacudió la cabeza.

—No lo creo, inspector. Alfonso evitaba mantener relaciones personales dentro de ValorServ. Supongo que para evitar conflictos con su trabajo. Sin embargo, en caso de haber detectado un fraude, lo lógico habría sido elaborar un informe y denunciarlo. Eso nunca ocurrió.

—Así que usted descarta la posibilidad del fraude.

—Por completo. Alfonso nunca habría pasado por alto algo así. Estoy seguro de que si hubiera detectado cualquier desbalance en las cuentas, todavía hoy estaríamos hablando de ello.

Miguel recordó las amenazas y asintió sin convicción.

—¿El señor Saavedra tenía enemigos?

Antonio se encogió de hombros.

—Supongo que todos los tenemos, pero no tengo noticia de que nadie le tuviera mala voluntad.

El policía miró a su alrededor, como si pudiera adivinar de una ojeada quién estaba relacionado con el presunto doble homicidio. Entonces, suspiró.

—Muchas gracias, señor Pousa. Si llega a recordar algo importante, por favor comuníquese con la comisaría de San Miguel.

El empleado asintió.

—No se preocupe, inspector. Así lo haré.

En cuanto Miguel abandonó la oficina y desapareció de la vista del ejecutivo, Antonio sacó su móvil y esperó un par de minutos. Lo suficiente para asegurarse de que el policía no tenía intenciones de regresar. Entonces, con las manos temblorosas marcó uno de los números guardados. Al segundo timbrazo, le respondió una voz que ya casi no recordaba y que había albergado la esperanza de no tener que volver a escuchar jamás.

El inspector regresó a la Oficina de Auditoría para interrogar a los antiguos compañeros del padre de Juan. Solo consiguió la misma versión que le había dado Rosana, aunque relatada con diferentes palabras: Alfonso era una persona amable, pero reservada, y nunca hizo mención de ningún fraude. Todos habían lamentado su muerte.

Ya de vuelta en el coche, Miguel se comunicó con Ángela y le anunció su fracaso en la entrevista.

—Pues yo tampoco tengo buenas noticias —le dijo ella, acompañando sus palabras con un suspiro—. Me comuniqué con la oficina matriz de ValorServ y la información que me proporcionaron coincide con la de tu testigo. Nunca tuvieron noticia de ninguna estafa ni fraude. Ni siquiera de un pequeño desbalance en las cuentas.

El inspector se quedó pensativo por un momento, mientras encajaba las piezas en su cabeza. Entonces, le dio una orden a su

compañera.

—De acuerdo, cariño. Vamos a intentar otro enfoque. Investiga cualquier otro cambio en la plantilla que haya ocurrido cerca de la fecha del accidente. Luego, reúnete conmigo en la Jefatura de Tráfico de Logroño. Solicitaremos el informe pericial que debió elaborarse en el momento del suceso. A partir de ahí, podremos trazar un plan.

Miguel terminó la llamada y encendió el motor. Una hora después, esperaba aparcado en la avenida Pío XII de Logroño cuando llegó un coche patrulla. Ángela se bajó y le dio las gracias a los agentes que la habían llevado hasta allí. Entonces, se acercó a su marido. Ambos policías se saludaron con un ligero toque de sus labios.

—¿Qué encontraste? —le preguntó el inspector, ansioso.

—Con respecto de los cambios en la plantilla de personal de ValorServ, solo hubo uno notorio —Miguel prestó atención—. Uno de los ejecutivos, llamado Jaime Rendón, renunció seis meses después del accidente de los Saavedra.

—¿Cuál era su trabajo en la financiera?

—Ocupaba la plaza de director general de Finanzas.

El inspector asintió.

—Interesante. No lo perdamos de vista. Vamos, averigüemos lo que podamos sobre lo que les ocurrió a los padres de Juan.

Los policías entraron en la Jefatura, se identificaron y solicitaron revisar la documentación sobre el caso. Uno de los agentes los acompañó al archivo y buscó el informe pericial que querían revisar.

—Si necesitan algo más, solo háganmelo saber.

El inspector le dio las gracias y sentados uno junto al otro, los policías leyeron los folios que contenía la carpeta. Estudiaron todos los detalles de los informes en un proceso lento, debido a que el lenguaje técnico de la redacción dificultaba su comprensión para un par de legos en accidentes y mecánica de coches, como eran ellos. Un largo rato después, Miguel suspiró y se apoyó en el respaldo.

—Está claro que la causa del accidente fue una falla en el sistema de frenos del vehículo.

—¿Qué tipo de falla? —preguntó Ángela— Me temo que no he comprendido algunas de las explicaciones técnicas.

—De acuerdo con los peritos, los componentes internos del sistema mostraban signos de corrosión, lo cual ocasionó que no funcionaran bien cuando fue necesario.

—¿Y después de llegar a esa conclusión, no sospecharon sabotaje?

Miguel negó con la cabeza.

—No tenían ningún motivo para pensar que había sido intencional. Le atribuyeron el fallo a un posible defecto de fábrica o a

un error de mantenimiento.

Ángela miró a su compañero a los ojos.

—Tú no crees eso, ¿verdad?

—Yo no tengo ninguna duda de que estamos frente un doble homicidio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ángela, cambiando de postura y con un ligero temblor en la voz.

—Tendremos que encontrar las evidencias que lo demuestren y averiguar quién estuvo detrás. Estoy muy interesado en ese sujeto que mencionaste…

—Jaime Rendón —le recordó ella.

Miguel asintió.

—Tenemos que localizarlo. Quiero hablar con él.

Ángela bajó la mirada y suspiró.

—Sí, es lo más conveniente, pero no será fácil…

—¿Por qué?

—También despertó mi interés, así que antes de salir de la comisaría, lo investigué. Después de renunciar, Rendón abandonó España y ahora vive en Bayona.

Miguel asintió.

—Eso significa que ya tenemos un sospechoso.

Capítulo 25

El sol se filtraba por las persianas de la sala de archivos de la Jefatura de Tráfico, proyectando una luz dorada sobre las carpetas que llenaban las estanterías y sobre los rostros tensos de los policías. Miguel sentía crecer la inquietud en su interior, en la medida en que avanzaban en las indagaciones sobre la muerte de los padres de Juan. Dio un respingo cuando el móvil de Ángela comenzó a sonar, rompiendo el silencio de la sala. Ella palideció en cuanto miró la pantalla y comprobó quién la llamaba.

—Es de la escuela de Juan —murmuró, al mismo tiempo que levantaba la mirada hacia su compañero, con la ansiedad reflejada en sus ojos.

El inspector frunció el ceño, y esperó que respondiera. Ángela activó los altavoces y aceptó la llamada. Se trataba de la maestra de Juan y su nerviosismo era evidente. Atropellaba las palabras y casi no se le entendía. Sin embargo, lo que consiguieron captar los policías fue suficiente para angustiarlos: «Juan», «desconocido», «se lo llevaron»

Miguel sintió que su corazón se detenía por un instante, antes de comenzar a bombear sangre a un ritmo frenético. Vio cómo Ángela tragaba saliva, y su rostro se petrificaba por el miedo. El inspector reunió la suficiente entereza para hablar. Trató de imprimirle a su voz una seguridad que no sentía.

—Señora Rojas, soy el padre de Juan. No se le entiende bien. Por favor, respire profundo, trate de calmarse y díganos qué fue lo que ocurrió. ¿Dónde está Juan?

La mujer hizo una pausa y reinició sus explicaciones con voz temblorosa, pero más coherente:

—Lo lamento mucho, inspector. No comprendo cómo pudo suceder algo así… Un hombre que no hemos podido identificar convenció a Juan de que se fuera con él. Lo supimos de inmediato, gracias a uno de sus compañeros, que fue testigo de lo que pasó. El chiquillo comprendió que Juan corría peligro y corrió donde estaban sus maestros, para avisarles.

Un nudo apretó el estómago de Miguel, amenazando con asfixiarlo. Ángela parecía en estado de choque. Él buscó la mano de ella y la apretó con fuerza.

—Continúe —le pidió a la maestra.

—Fue durante el recreo. Juan estaba jugando con sus amigos. Aprovechando el momento en que el cuidador de la escuela se ausentó por algunos minutos para ir al servicio, un desconocido que iba vestido con un traje elegante y porte de autoridad se acercó al patio y llamó al chiquillo. Él se mantuvo a una distancia prudencial. El hombre se presentó como el inspector García y le dijo que era un colega de ustedes. Le pidió que se acercara, porque tenía que hablar con él sobre un asunto urgente. Juan se acercó, pero se mantuvo a cierta distancia. Entonces, el hombre le dijo que tenía un mensaje urgente para sus padres, pero que su teléfono se había quedado sin batería, así que le pidió a Juan que le prestara el suyo. Él lo hizo, el hombre lo usó para hacer una llamada y mantuvo una conversación corta. Le dijo a Juan que había hablado con sus padres y que le pidieron que lo llevara con ellos de inmediato. Que era urgente, porque Ángela corría peligro. Entonces, Juan salió del patio y se fue con ese sujeto.

Miguel sintió que el mundo se abría bajo sus pies. Notó la mano de Ángela sudorosa y fría bajo la suya. La mirada de su compañera se volvió ausente y sus ojos se humedecieron. La información proporcionada por la maestra era lo bastante detallada, para no dejar lugar a ninguna duda sobre el peligro que corría Juan. Después de interrogarla a ella y al cuidador que falló en su tarea, comprendieron que el personal de la escuela no podía proporcionarles más pistas.

Cuando terminaron la llamada, Miguel rodeó a Ángela con sus brazos y la apretó con fuerza. Sintió su cuerpo temblando bajo su abrazo, como un pajarillo en una ventisca. Él hizo un esfuerzo enorme para darle firmeza a su voz.

—Te prometo que lo encontraremos y lo rescataremos sano y salvo, cariño. Todo va a estar bien.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —preguntó Ángela, con la voz temblorosa y los ojos anegados en lágrimas—. Fue nuestra culpa. ¡Teníamos que haberlo protegido mejor!

Sin soltarla, Miguel negó con la cabeza.

—No es momento de buscar culpables. Lo único que importa ahora es encontrar a Juan y traerlo de vuelta a casa. Estaremos juntos en esto, como siempre.

Ángela llenó sus pulmones de aire y asintió. Miguel la liberó del abrazo, al mismo tiempo que ella se secaba las lágrimas y hacía esfuerzos por recomponerse.

—Está bien, tienes razón. Enfrentaremos lo que sea necesario para encontrarlo. ¿Cuál será nuestro primer paso?

Miguel cerró los ojos y se quedó pensando por un instante. Antes de que pudiera responder, su móvil anunció la entrada de un mensaje. Pedrera lo revisó de inmediato, y un ligero vértigo se

apoderó de su cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su compañera.

—Es de los secuestradores —respondió el inspector en un murmullo.

Miguel le mostró a su mujer la pantalla del móvil. En ella se veía la fotografía de dos pequeñas manos, con una fuerte cinta adhesiva rodeando las muñecas.

—Juan —musitó Ángela, apenas con un hilo de voz.

De inmediato entró un segundo mensaje. Esta vez era un texto.

«Tenemos a Juan. Abandona la investigación o él sufrirá las consecuencias».

Miguel y Ángela intercambiaron una mirada de preocupación.

—Nos están dando un *ultimátum* —murmuró ella, con voz llorosa—. ¿Qué vamos a hacer?

Miguel respiró profundo y apretó los puños.

—Debemos considerar nuestras opciones: Si continuamos investigando, correrá peligro la vida de Juan. Aunque nada nos garantiza su seguridad, en cualquier caso. Por otro lado, si abandonamos la investigación, estaríamos dejando a un peligroso asesino en libertad.

—Deduzco por tus palabras que quieres seguir adelante.

—¿Tú no?

—Por supuesto, pero no puedo soportar la idea de que le hagan daño a Juan —confesó Ángela, con las lágrimas asomando de nuevo a sus ojos.

Miguel frunció el ceño y su voz salió ronca.

—Yo tampoco. Te juro que haré todo lo posible para traerlo de vuelta a casa, sano y salvo.

Ángela asintió, cerró los ojos y suspiró.

—Estoy contigo. ¿Qué tengo que hacer? ¿Quieres que llame a la comisaría para informar del secuestro?

Miguel sacudió la cabeza.

—No. Encontraremos a Juan nosotros mismos.

Ángela parpadeó.

—¿Qué? Miguel… Nosotros solos no podemos…

Pedrera sujetó a su mujer por ambos brazos y la miró a los ojos.

—Ángela. ¿No lo comprendes? No podemos permitirnos dejar este asunto en manos de otros.

Ella sacudió la cabeza.

—Sé razonable, Miguel. Nuestro deber es informar a la comisaría —Ángela liberó sus brazos de las manos de él, al mismo tiempo que lo sujetaba con el mismo gesto. El miedo se reflejó en su voz—. Si seguimos el protocolo, nuestros compañeros podrán ayudarnos a encontrar a Juan con más rapidez y seguridad. ¿Es que no

confías en ellos?

—Por supuesto que confío, pero ten en cuenta que en el momento que involucremos a nuestros jefes, perderemos el control sobre las decisiones que afectan a Juan. A nuestro hijo. Y todavía no sabemos si nuestras prioridades serán las mismas.

—Miguel, estamos hablando del comisario Ortiz y del inspector Salazar. Sabes que su único objetivo será salvarle la vida a Juan. Nada superará esa prioridad.

—¿Y si salvar la vida de nuestro hijo pasa por ceder a las demandas de los secuestradores? ¿Si tenemos que abandonar la investigación de la muerte de los padres biológicos del chico y el posible fraude? Sabes tan bien como yo, que ellos no podrían tomar una decisión como esa.

Ángela parpadeó.

—¿Crees que…?

El inspector llenó sus pulmones de aire.

—Ya te lo dije antes, cariño. Estoy dispuesto a cualquier cosa para proteger la vida de Juan. Y cuando digo cualquier cosa, hablo en serio.

—¿Aunque ponga en riesgo tu carrera?

—Aunque implique perder mi carrera y hasta mi vida. Lo único a lo que no estoy dispuesto a renunciar es a Juan y a ti.

Capítulo 26

En San Miguel, Salazar anotó el nombre de Luis Salcedo en la pizarra de pruebas. Por primera vez desde que había comenzado aquel extraño caso, encontraba un sentido lógico a los acontecimientos. La muerte por arrollamiento de una niña inocente, un conductor temerario dado a la fuga, y un padre deseoso de vengar a su hija. Salcedo era el sospechoso más prometedor hasta el momento. El inspector hizo lo posible por centrar sus pensamientos en la investigación, haciendo a un lado la preocupación que sentía por la amenaza contra Rebeca y Aintza. No podía dejar que sus temores se convirtieran en una distracción.

Mientras tanto, Telmo permanecía sumergido en su ordenador, tratando de averiguar más información acerca del padre de la niña arrollada. Al cabo de algunos minutos, el subinspector soltó un silbido que consiguió que Néstor girara la cabeza.

—¿Qué ocurre, Telmo?

—Son los antecedentes criminales de Luis Salcedo, jefe.

El inspector enarcó las cejas.

—¿El padre de la niña arrollada tiene antecedentes? —Telmo asintió—. Eso merece atención.

Álvarez le mostró la pantalla a Salazar, quien estudió el rostro del sospechoso con el ceño fruncido. Le resultaba familiar, pero no fue capaz de precisar a quién le recordaba. Entonces, sacudió la cabeza.

—No lo conozco.

El subinspector apoyó la espalda en el respaldo y cogió aire.

—Fue una figura relevante en el mundo criminal durante mucho tiempo. Comenzó como carterista a los 12 años. Ascendió en la escala a los 15 años, cuando robó una gasolinera a mano armada. A partir de entonces, se involucró en extorsión, asaltos, falsedad documental y otros delitos. Un tío peligroso, jefe.

Néstor apoyó las manos en el escritorio de Telmo y se inclinó hacia adelante.

—Me parece muy interesante —murmuró el inspector—. A un sujeto así, no es difícil imaginarlo tomándose la justicia por su propia mano. Es el tipo de persona capaz de asesinar por venganza.

—Eso no es todo, jefe. Además, Salcedo lideraba una organización criminal, por lo cual se libró una orden de busca y

captura en su contra —le informó Telmo con un encogimiento de hombros.

Néstor frunció el ceño.

—¿Cómo es que nunca he escuchado hablar de él?

Su compañero dejó escapar un suspiro.

—Es lo que quería advertirle, jefe. Salcedo falleció en el año dos mil dieciséis. Solo algunos meses después del arrollamiento.

Salazar frunció el ceño y enderezó la espalda.

—Eso lo explica. Murió antes de que yo regresara a Haro, pero entonces, no puede ser la persona que buscamos.

—Es otro callejón sin salida, jefe.

Frustrado, Néstor echó una ojeada a la pizarra y negó despacio con la cabeza.

—Encaja demasiado bien. A menos que… Entre sus delitos, ¿mencionaste la falsedad documental?

Telmo asintió. El inspector se quedó pensativo por un momento, antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿En qué condiciones falleció Salcedo?

Telmo volvió a consultar el ordenador,

—Fue un accidente de tráfico, jefe. Conducía por una vía interurbana, se salió de la calzada, el coche se incendió y el cuerpo quedó calcinado.

Salazar entornó los ojos con un atisbo de esperanza.

—¿Cómo lo identificaron?

—En vista de sus antecedentes y de que era prófugo de la justicia, hicieron una doble comprobación: a través de odontología forense y del ADN. Ambos reconocimientos resultaron positivos. No hubo ninguna duda de que se trataba de Luis Salcedo.

Salazar bajó la mirada y resopló con frustración, pero se negó a darse por vencido. En su cabeza comenzaron a bullir varias teorías, a cual más descabellada. La voz de Telmo lo sacó de sus pensamientos.

—¿Y si alguno de sus «amigos» decidió completar la venganza pendiente?

Salazar lo consideró por un momento y movió la cabeza de un lado al otro, muy despacio.

—No lo veo. Semejante lealtad es posible, Telmo, pero si ya Salcedo está muerto, la venganza por el arrollamiento de su hija perdería sentido.

—A menos que alguno de los socios de Salcedo conociera a la niña y le tuviera afecto —argumentó el subinspector. Néstor frunció el ceño y su compañero se encogió de hombros —Los delincuentes también pueden tener debilidades humanas, jefe. ¿No le parece?

Salazar cambió de postura y asintió.

—Te auguro una carrera policial brillante, Telmo. Tienes razón.

¿Quién se ocupa de la organización en este momento?

El subinspector volvió a consultar los archivos.

—No está claro. Al parecer, después de la desaparición de su líder, sus hombres se dispersaron en grupos más pequeños, cada uno con su propio cabecilla —Con la mirada centrada en la pizarra, Néstor asintió pensativo. Telmo se removió en su silla —Jefe, ¿usted cree que una organización criminal está detrás de la muerte de Raga y del anónimo?

—Debo confesarte que no tengo muy claro lo que está ocurriendo. Hay algunos detalles que no terminan de encajar en esta historia. Debemos ir más a fondo. Necesitaremos comprobar toda la información posible, para conseguir aclarar la situación.

—¿Por dónde empezamos?

—Salcedo parece un buen punto de partida. Trataremos de averiguar todo lo posible acerca de ese hombre.

—De acuerdo, jefe. ¿En qué está pensando?

—Considero que nos hemos tropezado con una línea de investigación muy prometedora. Como bien señalaste, si Salcedo no pudo cometer el homicidio, todavía no hemos descartado la posibilidad de que lo hiciera alguien de su entorno.

—¿Por venganza?

—Quizá, para vengar la muerte de la chiquilla, porque el asesino pudiera haber tenido lazos afectivos con ella, o tal vez para satisfacer un deseo no cumplido del difunto. Tu observación es muy apropiada. Es cierto que en ocasiones, en el mundo criminal se forjan lazos de lealtad muy fuertes.

—Así que usted cree que alguno de sus amigos o socios podría estar involucrado en la muerte del pintor.

—Es posible —reconoció el inspector—, pero sin evidencias concretas, solo se trata de teorías sin fundamento. Así que vamos a buscar esas pruebas, bien para confirmar nuestra hipótesis o para descartarla, de una vez.

Telmo asintió. Salazar dio una palmada en el hombro de su compañero, cogió su gabán y se lo puso.

—Veré qué puedo averiguar en la calle. Cuando termines la investigación, escribe un informe. Luego puedes irte a casa. Yo lo leeré por la mañana. Es probable que para entonces, tengamos un panorama más amplio de lo que está ocurriendo.

—Muy bien, jefe.

Mientras Néstor abandonaba la sala, Telmo se sumergió en su ordenador como un nadador en una piscina.

Los zapatos de Salazar rozaron el pavimento cuando salió por la puerta de la comisaría. Lo recibió una fría ráfaga de viento que le golpeó el rostro, y que venía acompañada por un aroma terroso a

lluvia y barro, mezclado con el olor de las hojas en descomposición de la plaza de la iglesia. Era una combinación peculiar, que él siempre relacionaba con San Miguel. Levantó el cuello del gabán para protegerse del viento, mientras sentía que la humedad se metía en sus huesos y alcanzaba sus pensamientos. Una vez en la acera, su mente comenzó a trabajar con rapidez, en un intento por encontrar una solución a los enigmas del complicado caso que tenía entre manos. La aparición del nombre del difunto padre de la niña arrollada y el resto de los datos de la investigación, se mezclaban en la cabeza del inspector como si se tratara del ingrediente de una mariscada en un postre. Aquello lo cambiaba todo. Él se esforzaba en que las piezas del rompecabezas ocuparan una posición, que le diera coherencia a todas las evidencias que tenían. Sin lugar a duda, necesitaban más información.

Sus pasos lo llevaron a La Callecita, donde encontró a Gyula ocupado en preparar el bar para la llegada de sus clientes más juerguistas. Su amigo sonrió en cuanto cruzó el umbral y antes de que Salazar pronunciara palabra, comenzó a prepararle un café.

—Néstor, ¿qué te trae por aquí tan temprano?

El inspector se acercó a la barra, dispuesto a disfrutar su infusión.

—Estoy buscando información sobre un sujeto llamado Luis Salcedo y su organización criminal.

—¿Salcedo? Hacía mucho tiempo que no escuchaba ese nombre.

—Hasta donde sabemos, falleció en un accidente de coche en el año 2016 —le informó el inspector.

Gyula enarcó las cejas.

—¿Falleció? —Salazar asintió, al mismo tiempo que le daba un sorbo a su café—. ¿Qué buscas en concreto, Néstor? ¿Investigas su muerte?

El inspector dejó la taza sobre el platillo y sacudió la cabeza.

—No, Gyula. Se trata del caso de Héctor Raga, el artista. Necesito averiguar si alguno de los socios o amigos de Salcedo podría estar involucrado en el asesinato del pintor. También me interesa saber quién lo sustituyó en el liderazgo de la organización.

—De acuerdo. Preguntaré por ahí y te avisaré lo que descubra. Necesitaré algunas horas.

—Hazlo con cuidado, Gyula. Es gente peligrosa.

—Descuida, colega. Sé a quién preguntarle sin correr ningún riesgo. Tú, déjalo de mi cuenta.

—Te lo agradezco —Néstor desplegó una sonrisa pícara—. Y hablando de otra cosa, ¿cómo está mi ahijado?

—¿Tu ahijado? Él no podría estar mejor. Los que vamos a

necesitar terapia somos Dika y yo. ¿Sabes cuál fue su última ocurrencia? —Néstor dio un sorbo a su taza y esperó las explicaciones de su amigo—. Ayer, Quino decidió que quería ayudar a su madre, porque trabaja mucho…

—Eso es admirable en un niño tan pequeño. ¡No te quejarás del chaval!

—Espera, que ahora viene lo mejor. Mientras Dika y yo conversábamos en la sala, él se suponía que jugaba en su habitación. Nos comenzamos a alarmar cuando pasaron unos cinco minutos sin que lo escucháramos. Fuimos a la habitación y no lo encontramos…

—Esto se pone interesante.

—¿Interesante? Cada vez me convenzo más de que va a ser hijo único.

—¿Dónde lo encontrasteis?

—En la cocina. Había decidido preparar la cena, para que Dika no tuviera que hacerlo.

—¿Y te quejas? —le preguntó Salazar con una carcajada—. Si es una joya.

—Ya verás la joya… Quino decidió hacer una «sopa», así que mezcló leche, cereales, jamón, zumo de naranja, y todos los ingredientes que encontró por el camino, en la olla más grande de la casa. Entramos en la cocina, justo para evitar que también añadiera las croquetas de la gata a la mezcla. Te imaginarás en qué estado encontramos la cocina. Pasamos hora y media fregando platos y limpiando.

Néstor se echó a reír.

—Pero no me negarás que su intención era buena. Es que no lo comprendéis.

Gyula refunfuñó un insulto contra su amigo. Un mensaje que entró en el teléfono de Salazar interrumpió la conversación. Al comprobar su procedencia, el inspector lo abrió de inmediato. Solo era un pulgar hacia arriba que le enviaba Remigio, pero el significado estaba muy claro y le permitió relajarse. Néstor dio una palmadita en la barra a modo de despedida y salió del bar.

Entonces, se encaminó a buscar su coche, con la intención de dirigirse a la calle Conde de Haro. Además de Gyula, si alguien podía conseguir información sobre Salcedo, ese era don Braulio.

Capítulo 27

Remigio y Rebeca llegaron a la vieja casa donde vivía Rumiante. Recorrieron a buen paso el estrecho pasadizo y llamaron a la desvencijada puerta. El ladrón no disimuló su disgusto cuando vio a los policías frente a él.

—Ya le dije todo lo que sabía, inspector.

—Supongo que te enteraste de lo que le pasó a tu amigo Lazlo.

Brito bajó la mirada.

—Sí, su mujer me llamó hace algunos minutos para contármelo. Ella sabe que éramos amigos de infancia.

—¿Podemos hablar adentro? —preguntó Rebeca.

Brito se encogió de hombros y se hizo a un lado, dándole paso a los detectives. Luego los condujo hasta una habitación, cuya ventana daba a la fachada y cumplía la función de sala, pero en realidad, apenas alcanzaba las dimensiones para merecer semejante nombre.

El sol del atardecer se filtraba a través de las cortinas, tiñendo el salón con un tono anaranjado, que se reflejaba en los ruinosos muebles. Remigio observó cada detalle con ojo crítico. El sofá verde sucio con lamparones, la mesita de centro llena de papeles y revistas viejas, una caja de herramientas abierta en un rincón, y el olor a humedad habitual de una habitación cerrada y con poca ventilación.

—¿Por qué ha vuelto, inspector? ¿Por qué tiene tanto interés en mí? —preguntó Rumiante, sacando a Remigio de sus pensamientos. Su voz era rasposa y poco firme.

Toro miró a su compañera, antes de responder.

—Vamos, Rumiante. ¿Qué esperabas? Sabemos que ayudaste a Lazlo a conseguir el imán de neodimio. Eso te involucra en el robo de los sellos. Ahora, tu colega aparece asesinado. Tienes mucho que explicar.

Brito palideció, en cuanto comprendió por dónde iban las sospechas de los policías.

—¡Esperen un momento! ¡Yo no tuve nada que ver con eso!

—¿Te refieres al robo o al homicidio? —preguntó el inspector, dando un tirón a su chaqueta, para que cayera mejor sobre sus hombros.

—Me refiero a ambos. Lamento mucho lo que le pasó a Hernán, pero yo no participé en el golpe ni sé nada sobre su muerte.

Rebeca frunció el ceño e intervino.

—Entonces, ¿por qué tu proveedor de herramientas nos dio tu nombre?

—¡Eso no prueba nada! —Rumiante se pasó la palma de la mano por la frente, para secarse el sudor que la cubría—. Reconozco que puse a Hernán en contacto con Comadreja para que consiguiera el imán, pero solo quería ayudarlo.

Remigio entornó los ojos.

—¿Por qué no deberíamos pensar que fuiste el cómplice de Lazlo en el robo, y que luego lo asesinaste para cubrir tus huellas y quedarte con el botín?

—A mí me parece una teoría bastante razonable —opinó Rebeca.

Rumiante sacudió la cabeza con energía.

—¡No es lo que pasó! —su voz salió quebrada y llorosa—. ¡Tienen que creerme, yo no tengo ninguna relación con ese asunto!

—Tranquilo, amigo —intervino Remigio—. Solo queremos descubrir la verdad. Si eres inocente, no tienes nada que temer.

Brito se pasó las manos por el cabello y luego centró su mirada en el policía, con los ojos humedecidos.

—Se lo juro, inspector. Yo mismo le hablé de Comadreja. ¿Cree que lo habría hecho en el caso de estar involucrado?

Los detectives se quedaron pensativos por un momento. Remigio se encogió de hombros.

—Muy bien. Aceptaremos tus argumentos, de momento. Sin embargo, queremos que nos cuentes toda la historia. Todavía podemos acusarte de colaboración en el robo. Después de todo, tú facilitaste el acceso al imán de neodimio.

Rumiante desvió los ojos hacia la ventana por un momento, y luego los cerró.

—Colaboraré. ¿Qué más quieren saber?

—Dinos tu versión de los hechos —le ordenó Remigio.

—Cuéntanos todo lo relacionado con Hernán y tu contacto con él, sin omitir ningún detalle —intervino Rebeca.

Rumiante suspiró con resignación.

—De acuerdo. Ustedes ganan… Todo comenzó hace algunas semanas. Hernán vino a visitarme. No lo veía desde que dejamos la escuela, pero siempre sabíamos uno del otro, porque nuestras madres se hicieron amigas en nuestra infancia. Tan solo… cada uno de nosotros cogió un camino diferente en la vida…

Brito hizo una pausa y se mordió los labios.

—Continúa —lo apremió Remigio.

El ladrón levantó la mirada hacia el policía y retomó su discurso.

—Hernán me contó acerca de su bebé y su enfermedad. También me habló del golpe que quería dar. Sería muy fácil. Entrar en la sala de exposiciones del hotel, su socio ya sabía cómo hacerlo, coger los sellos y salir, antes de que abrieran las puertas al público. Limpio, sin víctimas. Nadie saldría perjudicado…

—Salvo el dueño de los sellos —lo interrumpió Rebeca—, el prestigio de la Sociedad Filatélica, y la ciudad de Haro…

—Y no olvides al propio Lazlo —intervino Remigio—, que acabó muerto. Romper la Ley nunca es gratis.

Rumiante bajó la mirada y se encogió de hombros.

—Decidí ayudarlo, porque lo vi desesperado, y estaba la chiquilla…

—Tu buen corazón va a conseguir que me salten las lágrimas, Rumiante —lo interrumpió Remigio—. ¿Qué más pasó?

—Eso fue todo. Les doy mi palabra. Le di a Hernán la dirección de Comadreja y me aseguré de que lo aceptara como cliente. No volví a saber nada sobre ese asunto, hasta que usted llamó a mi puerta.

La lluvia caía en diagonal, y azotaba las ventanas de la casa de Rumiante. El ambiente se había vuelto denso, como si las nubes grises que cubrían el cielo hubieran decidido imponer su presencia en el interior de la improvisada sala. Rebeca rompió el silencio.

—Según tus propias palabras, era un golpe limpio y fácil. Gracias a ti consiguieron el imán para abrir las vitrinas. ¿Quieres que creamos que no te interesaba recibir tu parte del botín por colaborar con ellos?

Brito negó con la cabeza.

—No es mi estilo. Nunca trabajo con novatos, y tampoco me habría involucrado en un asunto tan oscuro como un homicidio.

—¿Quién fue el cómplice de Hernán en el robo? —preguntó Rebeca, con el ceño fruncido.

Rumiante se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Si en verdad no tienes nada que ver con el crimen, te conviene colaborar, chaval —le dijo el inspector Toro.

Brito se levantó de la silla y comenzó a pasearse por la habitación, como un león enjaulado.

—¿Es que no me escuchan? No sé quién fue su cómplice. Hernán nunca me lo dijo.

Rebeca negó con la cabeza.

—Algo debió decirte para convencerte de que su plan tenía alguna oportunidad.

—Solo me contó que el hombre con el que iba a dar el golpe sabía mucho sobre sellos y tenía contactos para venderlos —explicó Rumiante, con un resoplido—. Estaba seguro de eso.

Una vez que se convencieron de que no podrían conseguir más información por parte del ladrón, los policías dieron por terminado el interrogatorio, después de advertirle a Brito que estarían vigilantes y que no debía salir de Haro sin avisarles.

La lluvia se había convertido en una ligera llovizna calabobos. En cuanto pisaron la calle, sintieron el alivio de un aire limpio y renovado, con el estimulante aroma del petricor impregnando cada rincón de la ciudad. Remigio y Rebeca cruzaron la calle empedrada, alejándose del callejón en busca del coche. Antes de llegar, el inspector rompió el silencio.

—Es posible que Rumiante nos haya dado la clave de este asunto. El cómplice de Lazlo tendría que ser alguien con conocimientos especializados en filatelia. Una persona capaz de convertir el robo de sellos en un golpe lucrativo. Es lo único que tendría sentido.

Rebeca reflexionó por un momento y luego asintió.

—Deberíamos centrar nuestros esfuerzos en sospechosos con ese perfil, que tengan suficientes contactos en el mundo de la filatelia. Y el lugar más lógico por el que se me ocurre comenzar es la propia Sociedad Filatélica.

La lluvia cesó, mientras recorrían la distancia que los separaba de su destino. Minutos después, llegaron a la antigua casona que albergaba a la Sociedad Filatélica de Haro. Una brisa alcanzó sus rostros como una suave caricia, que era a la vez calmante y vigorizante. Traía el aroma de la hierba recién cortada y la piedra húmeda. Sus pasos resonaron en el silencio de la calle desierta, cuya quietud solo era rota por el movimiento de algunas gotas de agua, que todavía caían desde los aleros de los tejados.

—Necesitaremos la colaboración del director de la Sociedad en este asunto —reconoció Remigio, al mismo tiempo que empujaba la pesada puerta de madera.

—Esperemos que esté dispuesto —señaló Rebeca—. Todavía no sabemos si tiene relación con el robo. Podría tratarse del cómplice que estamos buscando.

Avanzaron por una antesala oscura, con pesadas sillas de madera que lucían bastante incómodas. Los murmullos de los coleccionistas se filtraban a través de las puertas cerradas, creando un ruido de fondo, similar a un suave zumbido incesante, que les demostró que no estaban solos.

Rebeca se acercó a la mujer de la recepción y le preguntó por el señor Soria.

—En este momento se encuentra en su despacho, inspectores. Le anunciaré su llegada.

La recepcionista se comunicó con el director de la Sociedad y

después de una corta conversación, hizo un gesto con la cabeza, en dirección al despacho de su jefe.

—Adelante. Los recibirá de inmediato.

Los policías recorrieron el corto pasillo que los separaba de la dirección. En cuanto llamaron a la puerta, una voz rasposa por años de tabaco los invitó a entrar. Cuando cruzaron el umbral, encontraron al director de la Sociedad sentado detrás de un amplio escritorio, rodeado de estanterías repletas de libros y catálogos sobre filatelia. Con el rostro enmarcado por unas gafas de montura dorada, Soria levantó la vista de los documentos que estaba revisando y los invitó a sentarse frente a él, con un gesto de la mano.

—Inspectores. Ya esperaba su visita. Acabo de enterarme por las redes sociales de lo que le ocurrió al pobre señor Lazlo. Es triste. Se dice que estuvo involucrado en el robo y que lo hizo por su hijita.

—En esta ocasión, la información de las redes es correcta —respondió Remigio, sin dejar de escrutar el rostro de Soria—. También estamos seguros de que el señor Lazlo tenía un cómplice, con mucha probabilidad, relacionado con el mundo de la filatelia. Sospechamos que fue quien lo asesinó.

—¡Es espantoso!

Rebeca se removió en la silla con impaciencia.

—El homicidio de Hernán Lazlo se cometió anoche entre las diecinueve y las veintiuna horas, señor Soria. ¿Tiene usted coartada?

El director parpadeó.

—No estará insinuando que yo…

—Responda la pregunta, por favor —lo presionó Remigio—. Me temo que su coartada para la noche del robo ya no es suficiente.

Soria tensó los músculos de la espalda y asintió.

—Comprendo. Sí, tengo una coartada. Anoche estuve aquí, en la Sociedad. Di una conferencia sobre la historia de la filatelia en España, que comenzó a las diecinueve y terminó a las veinte treinta. Después, tuvimos una ronda de preguntas y me fui a casa a las veintiuna treinta. Pueden preguntarle a cualquiera de los asistentes.

—Lo haremos —le confirmó Remigio, al mismo tiempo que anotaba la información en su libreta.

—Necesitamos identificar al cómplice de Lazlo que tiene relación con el mundo de la filatelia —dijo Rebeca—. Queremos saber si usted dispone de alguna información que pueda resultar útil para resolver el caso, o si tiene alguna sospecha sobre quién puede ser esta persona.

Soria suspiró con tristeza y negó con la cabeza.

—No. Hasta donde sé, yo era el único que conocía a Lazlo. Y solo porque coincidíamos en la organización de las exposiciones.

—¿Cuántas personas trabajan en esta institución, señor Soria?

—Somos pocos: la recepcionista, el conserje, el guardia de seguridad, el curador de nuestra biblioteca filatélica y yo mismo.

Los policías asintieron. Ya habían comprobado sus coartadas para la noche del robo, pero tendrían que averiguar dónde estuvieron todos los empleados a la hora del homicidio.

—¿Quién más visita esta sede? —preguntó Rebeca.

—Tenemos muchos visitantes, pero solo son eso, visitantes. Vienen de paso a ver las colecciones.

Remigio cambió de postura, aparentando estar relajado. Bajo ese criterio, la lista de sospechosos podía ser interminable. ¡Odiaba las listas!

—¿Esos visitantes siempre son desconocidos?

Soria bajó la mirada y se removió en la silla.

— No siempre.

—Si sabe algo, es mejor que lo diga ahora —lo apremió Rebeca.

Con un suspiro, Soria asintió y comenzó a hablar:

—De acuerdo. Un par de días antes de la exposición, tuve una amarga discusión con un coleccionista de sellos. Su nombre es Javier Suárez, y es uno de los visitantes asiduos a nuestra institución…

Los policías intercambiaron una mirada.

—Continúe. ¿Qué puede decirnos sobre este hombre?

—Es dueño de una empresa de seguridad en Logroño, y mostró un interés muy especial en la colección «Las Joyas de la Corona». Sostuvimos una acalorada discusión…

—¿Qué tipo de discusión?

—Javier trató de impedir la exposición, argumentando que era el legítimo propietario de los sellos. Según él, la colección había pertenecido a su abuelo, y se la robaron durante la Guerra Civil.

—¿Presentó pruebas?

—Algunas fotografías antiguas en las que aparecían los sellos, y un par de documentos, pero tan viejos y deteriorados, que no eran legibles.

—¿Qué hizo usted?

—Como comprenderán, semejante situación me preocupó. Estaba en juego el prestigio de la institución, así que decidí consultarle a un viejo amigo, que por suerte se encuentra realizando una investigación histórica en nuestra biblioteca. Además de experto en filatelia es abogado. Él examinó los papeles que traía el señor Suárez, y llegó a la conclusión de que no eran válidos como prueba de propiedad.

—¿Cuál es el nombre de su amigo? —preguntó Remigio.

—Marcos Roncesvalles.

—¿Cómo reaccionó Suárez?

—Fue una experiencia bastante desagradable. Suárez se enfadó.

Dijo que aquello no se iba a quedar así.

Rebeca frunció el ceño.

—¿Por qué usted no nos había mencionado lo que ocurrió con este sujeto?

El director cambió de postura y torció el gesto.

—En verdad lo lamento, inspectora. Temí que la reputación de la Sociedad se viera comprometida por la controversia que se había desatado, acerca de la verdadera propiedad de la colección, y me convencí a mí mismo de que el robo lo había cometido alguien ajeno al mundo de la filatelia. Que solo les interesaba su valor monetario. Sin embargo, ahora comprendo que me equivoqué.

—¿Sabe que podríamos acusarlo de obstrucción?

Soria sacó su pañuelo y se secó la frente.

—Sé que cometí un error. Lo lamento mucho.

Remigio sacudió la cabeza.

—Será mejor que a partir de ahora sea más proclive a colaborar y no nos vuelva a ocultar nada —Soria asintió con el miedo pintado en el rostro—. ¿Sabe dónde podemos encontrar a Roncesvalles en este momento? Nos interesa escuchar su versión acerca de lo que ocurrió con Javier Suárez.

—Por supuesto. Ahora mismo debe estar en nuestra biblioteca.

Toro cerró su libreta y se levantó de la silla. Su compañera lo imitó. El alivio del director fue evidente cuando anunciaron que habían terminado la entrevista. En cuanto llegaron al pasillo, Remigio centró su atención en su compañera.

—¿Qué opinas?

—Este sujeto, Javier Suárez, me parece un sospechoso con muchas probabilidades.

—De acuerdo. Creo que debemos hablar con Roncesvalles.

Después de averiguar cómo llegar hasta la biblioteca de la Sociedad, los detectives se encaminaron hacia allí. Encontraron a Roncesvalles ocupado en consultar libros y documentos. Era un hombre de mediana edad, con una arruga en el entrecejo que demostraba su tendencia a la sobriedad. Su primera reacción fue fruncir aún más el ceño, ante la interrupción. Estudió las identificaciones de los policías con los ojos entornados.

—¿Están aquí por el robo de los sellos?

—En parte.

—Me temo que no sé nada sobre ese asunto. No creo que pueda ayudarlos.

—¿Sabía usted acerca de la exposición? —preguntó Rebeca.

—Por supuesto.

—¿Dónde estuvo la noche en que desaparecieron los sellos?

—En mi casa —respondió el experto con una profunda

hendidura en el ceño—. ¿Por qué? ¿Soy sospechoso?

—Rutina. ¿Alguien puede corroborar su coartada? —insistió Remigio.

Roncesvalles se encogió de hombros.

—Mi mujer se los puede confirmar. Esa noche llegué a casa temprano.

El inspector asintió.

—De acuerdo. Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre la discusión que sostuvo con Javier Suárez.

—¿Con quién?... Ah, sí… Ya lo recuerdo.

—¿Podría decirnos qué ocurrió ese día? —preguntó Rebeca.

Roncesvalles les contó los detalles acerca de su encuentro con Suárez y las supuestas evidencias, que había presentado sobre la propiedad de la colección de sellos. La historia del experto no era diferente de la que les había relatado Soria.

—Quería demostrar su propiedad con fotografías viejas y documentos ilegibles. Nada que pudiera impresionar a un juez. Aunque Suárez estaba convencido de sus derechos sobre la colección y es posible que su historia fuera cierta, me temo que sus pruebas eran humo.

Capítulo 28

Miguel y Ángela regresaron a la comisaría en cuanto recibieron la amenaza de los secuestradores. Consiguieron llegar en treinta y cinco minutos. Ya la jornada había finalizado y la guardia le correspondía a él, así que no encontraron a nadie en la sala. Ambos se sentaron frente a sus escritorios y encendieron los ordenadores, dispuestos a hacer lo que fuera necesario para encontrar a Juan, lo antes posible. El ambiente estaba cargado con e-l olor del miedo, y el silencio de la sala solo era roto por el golpeteo de los dedos en los teclados, como si fueran los latidos de un corazón en espera. Ángela se comunicó con sus colegas de la Sûreté, para que entrevistaran a Jaime Rendón, el ejecutivo que renunció poco tiempo después de la muerte de los Saavedra. Sin embargo, los agentes no lo encontraron en su casa. Una rápida indagación les permitió descubrir que el coche de Rendón había cruzado la frontera con Francia esa misma mañana.

—Desde Bayona, solo habría necesitado dos horas y media para llegar hasta La Rioja —señaló Pedrera—. Estoy seguro de que no fue una coincidencia.

—Yo también, pero necesitaremos algo más que una corazonada. Tenemos que encontrar la conexión de Rendón con el accidente de los Saavedra o relacionarlo con el fraude. Y averiguar dónde puede estar reteniendo a Juan.

Miguel se quedó pensativo por algunos momentos.

—Es evidente que Rendón cubrió muy bien sus huellas con respecto del fraude. Si pasó desapercibido entonces, no será fácil rastrearlo después de tantos años. Y tenemos el tiempo en contra. Juan está en peligro. Esto es lo que haremos: tú investiga a Jaime y su pasado. Averigua todo lo que puedas acerca de él, incluyendo quiénes son sus familiares y amigos. Yo me ocuparé de indagar todo lo que se relacione con el accidente. Quizá eso nos dé una pista que nos ayude a identificar a un cómplice o a averiguar dónde podemos encontrarlo.

—De acuerdo.

De inmediato, Ángela centró su atención en la pantalla del ordenador, mientras Miguel se ocupaba de buscar información en los registros y de entrevistar a los investigadores del accidente, para establecer una teoría razonable acerca de las verdaderas causas del daño de los frenos del coche. Había llegado el momento de

investigarlo a fondo y de dejar de considerarlo una fatalidad. En cuanto consiguió lo que buscaba, el inspector redactó un informe y se comunicó con Aristigueta. El juez aceptó firmar una orden que le permitiera a la DGT recopilar las evidencias, recogidas en el momento del accidente, para enviárselas a Científica. Miguel también habló con el jefe Barros, quien le prometió que le daría prioridad al peritaje. Aun así, llevaría tiempo. Y tiempo era lo que no tenían.

Pedrera se levantó de la silla, se pasó la mano por la frente y se acercó al dispensador, para coger un vaso de agua. Le preguntó a Ángela si quería. Ella negó con la cabeza.

—Creo que tengo algo —afirmó la subinspectora.

—¿Qué encontraste?

Miguel se acercó al escritorio de Ángela y ella le mostró una fotografía. En la imagen se veía la plantilla completa de ValorServ y estaba fechada hacía cuatro años. Ángela señaló a uno de los ejecutivos. Era un hombre alto, de mirada seria, que se encontraba en la última fila de la foto de familia de la empresa.

—Este es Alfonso, el padre de Juan. Y mira este.

El dedo de Ángela se posó sobre un sujeto de mediana edad en la primera fila. Estaba sonriente, sostenía un vaso en la mano y pasaba el otro sobre los hombros de un tercero, en un claro gesto de camaradería.

—Este es Jaime Rendón. Lo sé, por sus redes sociales. Tenemos que averiguar quién es este que parece tan cercano a Rendón.

Miguel frunció el ceño.

—Yo conozco a este hombre —Ángela apartó la mirada de la pantalla, para fijarla en su compañero—. Es Antonio Pousa. De acuerdo con las referencias que me dieron en la financiera, era el mejor amigo del padre de Juan.

—No es lo que parece en esta foto.

Miguel se quedó pensativo por un momento.

—Quizá su acercamiento a Alfonso fuera un papel que jugó, a instancias de Rendón…

—Debido al trabajo de auditor que ejercía el padre de Juan —concluyó Ángela, al comprender el sentido de los pensamientos de Miguel.

Pedrera asintió.

—Le pusieron una celada. Rendón y Pousa conspiraron desde el principio. ¿Qué sabemos de Pousa?

Ángela se puso manos a la obra y comenzó a teclear. Pocos minutos después, apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Aquí está. Pousa está empadronado en un chalé en la LR-202, cerca de Anguciana.

Miguel abrió los ojos como si fueran las ventanas a su alma.

—Conozco la zona. Es lo bastante apartada. ¡Ahí deben tener a Juan!

Ángela bajó los hombros como si se desinflara.

—Es posible que tengas razón, pero necesitaremos una orden y no tenemos evidencias suficientes para solicitarla.

—No permitiremos que eso nos detenga —protestó Miguel, con los músculos tensos y el ceño fruncido—. ¿Lo comprendes ahora? Esta es la razón por la que no quise implicar a nuestros compañeros en el rescate de Juan. La responsabilidad acerca de lo que decidamos a partir de este momento es solo nuestra.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Ángela, con el temor reflejado en su voz—. Recuerda que si no tenemos cuidado, podrían lastimar a Juan…

—No tengas miedo. Sé que soy muy impulsivo, pero nunca pondría en peligro al chaval. Solo me acercaré al chalé de Pousa y montaré una vigilancia. Si tienen a Juan retenido en su casa, tal vez consiga algún indicio que los delate y que nos permita rescatarlo.

Ángela lo pensó por un momento y asintió.

—Voy contigo.

Miguel negó con la cabeza.

—No. Te necesito en la comisaría, para que me respaldes desde aquí.

—No estarás tratando de protegerme, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Solo quiero que actuemos con sangre fría, por el bien de Juan.

Ángela se removió en el asiento y se frotó los brazos como si la hubiera alcanzado una ráfaga de aire helado.

—¿Estás seguro de que es una buena idea seguir adelante solos? Quizá deberíamos informar al comisario, al inspector jefe y a nuestros compañeros.

Miguel se agachó y la sostuvo por los brazos con cariño, pero con firmeza.

—Escúchame, Ángela, por favor. No tenemos ninguna prueba concreta y no podemos perder el tiempo en resolver detalles de procedimiento. Prefiero no tener que desobedecer, si el comisario o Salazar deciden que no existen suficientes evidencias para actuar.

Después de soltar un suspiro, Ángela asintió.

—De acuerdo, pero ten cuidado. Llévate apoyo.

—Seré muy cuidadoso y prudente. Te lo prometo.

Miguel salió de la sala común sin mirar atrás, decidido a no regresar hasta que hubiera rescatado a Juan. Se dirigió a la recepción, donde encontró a García, le informó acerca de los aspectos más elementales de la misión y le explicó lo que necesitaba. El agente lo escuchó con atención y asintió.

—Comprendido, inspector. De inmediato organizo el apoyo que necesita.

A través de la radio, el agente llamó al coche patrulla más cercano y le ordenó regresar a San Miguel. Cinco minutos después, un vehículo con una pareja de agentes apareció en la puerta de la comisaría. Sin perder tiempo, Miguel subió a su propio coche y emprendieron el trayecto hacia Anguciana en caravana. Apagaron las sirenas a una distancia prudente del chalé.

Cuando llegaron a su destino, ya la oscuridad había ganado terreno. Aparcaron a suficiente distancia de la vivienda de Pousa como para que no los detectaran a simple vista. Miguel se preparó para llevar a cabo la vigilancia más importante de su carrera. Su futuro profesional y personal, así como la vida de sus seres más queridos, dependía de lo que ocurriera aquella noche.

Capítulo 29

Mientras Miguel y Ángela estaban trabajando para descubrir su paradero, Juan se encontraba encerrado en lo que él creía que era un armario de limpieza. La oscuridad lo envolvía casi por completo. Solo una tenue luz se filtraba a través de una diminuta ventana batiente de plexiglás, junto al techo. El chiquillo respiró profundo con el miedo atenazando su pecho y las lágrimas asomaron a sus ojos. Habría querido secárselos, pero sus movimientos estaban limitados por las cintas adhesivas que le ataban las manos y los pies. Hacía lo posible por ignorar el fuerte olor a productos químicos, que provenía de las estanterías llenas de escobas y otros utensilios de limpieza. Apretó los puños y mordió el pañuelo que tenía por mordaza, furioso consigo mismo. Estaba enfadado por haberse dejado engañar de una forma tan estúpida, pero cuando su secuestrador le dijo que Ángela estaba en peligro, su juicio se había nublado.

No sabía dónde estaba ni quiénes eran los hombres que lo mantenían cautivo, pero desde su encierro, Juan había escuchado fragmentos de conversaciones que mencionaban a su padre y a unos documentos, que había escondido y que los delincuentes querían recuperar a toda costa. También hablaron sobre los policías y discutieron acerca de si cederían a la extorsión. Sin embargo, lo que más preocupaba a Juan era que en esas conversaciones se llamaban por sus propios nombres, y nunca habían ocultado sus rostros. Así supo que el tío que lo secuestró se llamaba Jaime, y su cómplice, Antonio. Juan era lo bastante listo para comprender que si no les importaba que pudiera identificarlos, era porque en ningún caso tenían la intención de permitirle marcharse. El chiquillo estaba aterrorizado, y decidió que tenía que salir de allí, por sus padres adoptivos y por sí mismo.

También entendió que su propio padre había sido víctima de estos hombres, por tratar de revelar algún tipo de verdad oculta. Y ahora, Juan estaba en peligro por la única razón de ser su hijo.

Con renovada urgencia y el miedo corroyendo su pecho, Juan tomó la decisión de escapar. Tenía que salir de allí, para reunirse con Miguel y Ángela y que lo ayudaran a conseguir que esos hombres pagaran por lo que les habían hecho. Además, no podía permitir que sus padres adoptivos sufrieran por su culpa.

Juan hizo un esfuerzo por tranquilizarse y analizó cada detalle de su prisión, esforzándose en encontrar la forma de liberar sus manos y salir de allí. La luz que entraba por la ventana de plexiglás era escasa. Apenas revelaba las sombras de las escobas y los utensilios de limpieza que las rodeaban. El chiquillo se concentró en las estanterías, en busca de cualquier objeto que pudiera utilizar como herramienta, para romper las ataduras que lo mantenían prisionero.

Aguzando los oídos y con el corazón acelerado, prestó atención a cada paso y murmullo que provenía de la puerta del armario. No podía permitir que sus secuestradores sospecharan sus intenciones. Sabía que tenía que ser rápido y astuto, si quería tener alguna oportunidad de escapar

Entonces, lo vio. Una de las escobas tenía un mango de madera con un extremo roto y puntiagudo. Una rendija de esperanza se abrió en su ánimo. Juan trató de acercarse a la escoba, pero las ataduras le impedían los movimientos. No se dio por vencido. Había demasiado en juego. Desafiando el miedo que lo atenazaba y las dificultades que tenía que enfrentar, Juan comenzó a arrastrarse con lentitud por el estrecho espacio del armario. Su corazón latía con fuerza, y una capa de sudor cubrió su frente. El tiempo corría y no sabía cuánto le quedaba, antes de que sus secuestradores regresaran.

Los minutos transcurrieron con lentitud, mientras él desesperaba por alcanzar el filo que sus captores habían dejado a su alcance. El miedo envolvió a Juan en un abrazo asfixiante, pero la esperanza que lo mantenía firme en su propósito crecía con cada centímetro que conseguía acercarse a su objetivo.

Después de interminables minutos de angustia, cuando por fin alcanzó el filo salvador, el chaval esbozó una sonrisa, pese a la mordaza que le cubría la boca. Sus dedos rozaron la madera del palo, hasta que por fin consiguió aferrarse a él.

Con el ceño fruncido y los dientes apretados sobre la mordaza, el chico maniobró con cuidado, para que el filo quedara entre las cintas adhesivas y su cuerpo. Entonces, comenzó a frotarlo sobre sus ataduras. El sudor corría por su frente y cada movimiento requería un gran esfuerzo, pero Juan estaba decidido a salir de aquel armario, para poder librarse de las manos de los hombres que habían asesinado a su familia.

Lo animaba sentir el borde áspero del palo de la escoba, raspando contra las cintas. Con mucha lentitud, las fibras comenzaron a ceder. Juan continuó moviendo el filo hacia adelante y hacia atrás, como si estuviera serruchando madera.

La luz que entraba por la pequeña ventana ya comenzaba a apagarse, así que el pequeño cuarto pronto quedaría sumido en la oscuridad. Necesitaría la luz para encontrar la forma de salir de allí,

así que no tenía otra alternativa que darse prisa. Juan redobló sus esfuerzos, hasta que comenzó a notar que las cintas se aflojaban cada vez más. Cobró nuevos ánimos, sin dejar de prestar atención a la puerta y la posible aparición de sus secuestradores.

Las ligaduras por fin cedieron por completo y Juan pudo liberar sus manos, después de lo que le parecieron horas, aunque la luz que todavía entraba por la ventana le reveló que en realidad solo habían transcurrido minutos. Exhausto pero triunfante, el chico se deshizo de los restos de la cinta y flexionó sus muñecas doloridas. Entonces, usó el filo del mango para cortar las ataduras que sujetaban sus tobillos. Con las manos libres le resultó mucho más fácil. Luego, se quitó la mordaza de la boca y la tiró al suelo. ¡Por fin! Juan llenó sus pulmones con el aire enrarecido del armario. Aun así, librarse de sus sujeciones le proporcionó energía adicional para continuar con su plan de escape. Había conseguido dar el primer paso, pero todavía tenía mucho que hacer para alcanzar la libertad y reunirse con su familia. No podía perder el tiempo. Ahora tenía que vencer el próximo obstáculo en su camino de vuelta a casa: la puerta del armario.

El chiquillo aprovechó la escasa luz que todavía entraba por el ventanuco, para examinar la cerradura con atención. Era bastante simple, antigua y estaba un poco oxidada. De alguna manera, tenía que franquearla. No podía permitirse fallar. Juan recordó con cariño a su abuelo, que en un gesto de complicidad le había enseñado a forzar cerraduras simples con una horquilla, para que pudiera acceder al armario donde su madre guardaba los chocolates. La luz menguaba con demasiada rapidez, así que tendría que darse prisa si quería salir de allí. Cuidando no hacer ruido, el chiquillo buscó algo que pudiera servirle. Pese a su determinación, las piernas le temblaron un poco, mientras recorría el estrecho espacio en busca de algún objeto que le permitiera forzar la cerradura. Entonces, encontró un clip metálico y lo dobló hasta darle la forma que necesitaba. «Vamos, Juan. Solo tienes que seguir adelante. ¡Tú puedes hacerlo!». Después de darse ánimos a sí mismo, el chaval dobló con cuidado la punta del clip, para darle la forma adecuada que le permitiera forzar la cerradura.

El corazón le palpitaba en la garganta, mientras introducía el clip en el cerrojo y trataba de recordar las instrucciones de su abuelo. Juan apretó los dientes y comenzó a mover la improvisada herramienta hacia arriba y hacia abajo, en un esfuerzo por encontrar el punto exacto donde cederían los pestillos. Los segundos transcurrieron con una lentitud exasperante y el sudor comenzó a correr por su espalda, mientras se esforzaba en abrir la puerta. Cada intento fallido de vencer la vieja cerradura aumentaba su ansiedad y temor, hasta que por fin escuchó el dulce sonido del clic que le confirmó que lo había conseguido.

Con el corazón golpeando sus costillas, el chico empujó la puerta del armario y se asomó a la oscuridad del pasillo con precaución. Justo en ese momento, vio que Jaime se acercaba con una bandeja en las manos. Juan regresó al armario y se escondió detrás de la puerta, conteniendo la respiración. La oscuridad ya invadía el pequeño cuarto. Cuando Rendón quiso entrar, Juan aprovechó para sorprenderlo, abriendo la puerta desde su lado. Entonces, empujó a Jaime con todas sus fuerzas, le puso la zancadilla y salió corriendo de allí, dejándolo tendido en el suelo con el desconcierto pintado en el rostro, sin comprender del todo qué había pasado.

—¡Antonio! ¡El crío se escapa!

Sin mirar atrás, Juan corrió por los pasillos de la casa, escuchando los pasos de sus perseguidores a sus espaldas. Jaime le gritaba amenazas de lo que le harían cuando lo atraparan. Por suerte, el chaval era mucho más rápido y sacó una considerable ventaja a los dos hombres. En su huida, Juan pasó por el comedor y vio una botella de aceite de oliva que cogió al paso. Vertió el aceite en el suelo, justo en la entrada de la cocina, y siguió corriendo hacia la salida trasera. Lo invadió una ola de euforia cuando la puerta se abrió sin dificultad al girar el picaporte, pero comprendió que había cantado victoria demasiado pronto, cuando se dio cuenta de que solo le había dado paso a un garaje.

—¡Maldito mocoso! Lo vas a pagar caro.

Cuando escuchó la voz de Jaime tan cerca, Juan comprendió que ya sus secuestradores habían alcanzado la cocina. Por fortuna, el aceite los hizo resbalar y retrasó su carrera. No le quedaba mucho tiempo. El chico se ocultó entre las sombras del garaje, sabiendo que todavía corría peligro. Jaime y Antonio entrarían a buscarlo allí de un momento a otro.

Juan se apoyó en la fría pared del garaje, respirando con dificultad. «Piensa Juan, piensa». El corazón no le daba tregua y cada uno de los músculos de su cuerpo temblaba por el esfuerzo y el miedo. Mirando a su alrededor en busca de una vía de escape, el chico alcanzó a ver una pequeña ventana cerca del techo del garaje y se permitió tener un atisbo de esperanza. Era su única oportunidad de salir de allí con vida, pero ¿cómo podría subir hasta la ventana, antes de que lo alcanzaran sus perseguidores? Tenía que moverse rápido.

Sin perder el tiempo y haciendo un enorme esfuerzo por mantener la calma, Juan cogió algunas cajas de madera que estaban apiladas en un rincón. Se dio prisa en colocarlas debajo de la ventana y consiguió improvisar una escalera. Entonces, comenzó a trepar por ella. Se dio prisa en subir al escuchar pasos a su espalda. Su estómago se encogió cuando una potente luz inundó todo el garaje.

—¡Ahí está! ¡Cógelo, que no escape!

En una rápida ojeada, el chaval pudo ver a los dos hombres cruzando el garaje, pero él ya había alcanzado el borde de la ventana. Su endeble escalera de cajones comenzó a temblar, cuando Jaime intentó trepar por ella. Juan miró a través de la ventana y comprendió que sería una imprudencia saltar desde allí. Podía romperse una pierna con mucha facilidad y entonces, todo habría terminado. Una mano atenazó su tobillo.

—¡Te tengo!

Juan sacudió la pierna, hasta que consiguió zafarse de la presión y patear la mano de Javier. Entonces, vio la rama de un haya a pocos metros y sin pensarlo dos veces, se escurrió por la ventana y saltó hacia ella. Consiguió asirse por poco y durante algunos instantes angustiosos, el peso de su cuerpo tiró de él hacia abajo, mientras sus manos, todavía doloridas por las ataduras, resbalaban en la rama. El chaval se balanceó y consiguió pasar el antebrazo sobre la rama para engancharse con el codo doblado. A partir de ese punto de anclaje, trepó por la rama y consiguió sentarse sobre ella. La puerta del garaje comenzaba a abrirse con lentitud. Comprendió que Jaime y Antonio no habían podido seguirlo por la ventana, porque era demasiado pequeña y los cajones no hubieran soportado su peso. Así que tuvieron que retroceder en el garaje y abrir la lenta puerta automática.

El chaval supo que tenía que darse prisa, cuando vio asomarse la punta del zapato entre la rendija que dejaba la puerta al comenzar a subir. Juan bajó por el árbol con cuidado, pero sin pausa, hasta que sus pies tocaron la reconfortante hierba del jardín. El viento frío le azotó el rostro y pequeñas gotas de lluvia se le clavaron en la piel como si fueran agujas. Le llegó el olor del césped mojado por la lluvia reciente y le pareció que así debía oler la libertad.

Jaime y Antonio ya se estaban deslizando por debajo de la puerta del garaje, así que Juan comenzó a correr con todas sus fuerzas. El frío aire de la noche golpeó su rostro, y sus piernas protestaron por el esfuerzo, pero no podía detenerse. Esa era su única oportunidad de escapar y ponerse a salvo.

Mientras corría sin mirar atrás, escuchó los gritos de sus secuestradores, cada vez más distantes.

Capítulo 30

La noche oscura y lluviosa era el telón de fondo de la vigilancia que llevaban a cabo Miguel y los agentes, que había llevado consigo de respaldo. Las nubes se arremolinaban amenazantes en el cielo, y ocultaban la luna y las estrellas, mientras chubascos intermitentes azotaban con fuerza los campos y las carreteras, separados entre sí por cortos períodos de calma. El viento aullaba con intensidad, golpeando árboles y construcciones como si quisiera arrancarlos de cuajo.

Miguel sentía que el corazón le saltaba en el pecho como un conejo asustado. No podía dejar de pensar en Juan, y en el peligro que corría.

—Que hayamos llegado a tiempo, por favor —murmuró para sí mismo, mientras cerraba los puños sobre los prismáticos y observaba la imponente fachada de la casa, como si quisiera atravesar sus paredes con la mirada.

Pérez y Mendoza se encontraban junto a él y escrutaban la oscuridad, sin quitar la vista del terreno y del chalé.

—¿Es ahí donde tienen cautivo al niño, inspector? —preguntó uno de los agentes.

—Es lo que sospecho, Mendoza.

—¿Y qué esperamos para entrar? —preguntó Pérez.

Pedrera levantó una mano para pedir calma. Si bien estaba tan ansioso o más que los agentes, sabía que un paso en falso aumentaría los riesgos y podía resultar en un desastre. Por desgracia, no contaban con las evidencias suficientes para justificar un registro sin una orden judicial. A su pesar, echó de menos a Salazar. ¿Por qué no le había avisado lo que estaba ocurriendo? Tenía que admitir que el inspector jefe, siempre tenía algún plan brillante para ese tipo de situaciones. Aunque no sería él quien se lo reconocería. ¿Qué podía hacer?

Pedrera se sorprendió a sí mismo, al comprobar que no le importaba lo que le ocurriera a su carrera, siempre que pudiera salvar a Juan. Sin embargo, ese no era el problema. No se atrevía a seguir sus impulsos y entrar a saco, pues estaría arriesgando la vida del chaval. Tampoco podía quedarse de brazos cruzados, cuando su hijo estaba en peligro. Tenía indicios suficientes para sospechar que Juan estaba allí adentro, retenido contra su voluntad. ¿Cómo podía rescatarlo sin ponerlo en un peligro mayor? Entonces, algo llamó su

atención en el chalé que vigilaba.

—Hay movimientos en la casa —les advirtió a los agentes.

Miguel enfocó los prismáticos en la dirección en la que una sombra en movimiento le había llamado la atención. Sintió que el corazón se le desbocaba y sus latidos le golpeaban la garganta, cuando vio una pequeña figura que se alejaba de la construcción y corría hacia ellos.

—¡Es Juan! ¡Vamos!

Con el corazón acelerado y la adrenalina fluyendo por sus venas, Miguel condujo a sus compañeros en dirección al chalé de Pousa, al mismo tiempo que se preparaba para proteger al chaval. Atrás había quedado la incertidumbre y por primera vez desde que se llevaron a Juan, comenzó a sentir que pisaba un terreno firme. La lluvia arreció, pero él ni siquiera notó la humedad que empapaba sus ropas. Toda su atención estaba centrada en su hijo.

—¡Cubridme! —les dijo Miguel a sus subalternos, al mismo tiempo que corría al encuentro de Juan. Lo único que importaba era que su hijo parecía estar bien y él tenía que mantenerlo a salvo.

Miguel llamó la atención del chiquillo, y en su voz liberó toda la tensión que había acumulado en las últimas horas.

—¡Juan, aquí!

El chaval tenía el miedo pintado en el rostro, pero sus facciones se relajaron cuando advirtió la presencia de Miguel. Con una sonrisa y los ojos anegados en lágrimas, Juan corrió hacia su padre. El duro inspector apretó al niño contra su pecho. Sus ojos se humedecieron por el alivio de tener a Juan, a salvo entre sus brazos. Miguel lo retuvo por algunos segundos, mientras le murmuraba al oído palabras tranquilizadoras.

—Ya todo ha pasado. Nadie podrá lastimarte.

El chiquillo todavía temblaba como una hoja sacudida por el viento. Miguel no aflojó el abrazo hasta que sintió que el chaval comenzaba a calmarse. Entonces, lo bajó al suelo y lo cubrió con su chaqueta, para protegerlo del viento, la lluvia y el frío.

—¿Estás bien, Juan? ¿Te hicieron algo esos cabrones?

—Estoy bien. No me pasó nada. Perdóname, Miguel. Me dejé engañar como un pringado.

—No te preocupes por eso ahora.

—¡Inspector, alguien se acerca! —le advirtió Pérez.

Miguel enfocó la mirada en la dirección que le señalaba el agente. Dos sombras se movían hacia ellos con rapidez. Pedrera reaccionó de inmediato.

—¡Pérez! Lleva al niño al coche patrulla, quédate con él y pide refuerzos.

—Sí, señor.

Miguel esperó a que Juan se alejara con el agente. Entonces, rodeó la culata de su arma con la mano y apretó el puño como si quisiera comprobar que seguía allí. Desenfundó.

—¡Mendoza, ven conmigo!

Los secuestradores corrían hacia ellos, todavía demasiado lejos. Solo eran dos sombras en movimiento.

El inspector murmuró sus instrucciones al agente.

—Debemos desplazarnos despacio para que no nos detecten, Mendoza. La sorpresa es nuestra mejor baza.

Ambos avanzaron con lentitud y se agacharon detrás de unos matorrales, para esperar a los hombres que habían salido en persecución de Juan. Pedrera le hizo un gesto al agente, indicándole que esperara. Segundos después, los sujetos se detuvieron a pocos metros de ellos, para recuperar el aire. La tensión era casi palpable. Los policías se mantuvieron firmes y en silencio, sus miradas fijas en los secuestradores, mientras la lluvia caía sin descanso, como una trágica metáfora del momento que estaban viviendo.

Aún sosteniendo el arma con la mano derecha, el inspector sacó su móvil del bolsillo con la izquierda. Mendoza escrutó el rostro de su superior y enarcó las cejas. Miguel hizo un leve movimiento con la cabeza, que era una clara señal de que todavía no había llegado el momento de actuar. La atención de Pedrera volvió a centrarse en los secuestradores, que ya se encontraban a pocos metros. Después de recuperar el aire, Jaime rechinó los dientes y apretó los puños.

—Ese cabroncete no puede estar lejos.

—Pues yo lo he perdido de vista —reconoció Antonio.

—Si la maldita puerta no se hubiera atascado, ya lo habríamos cogido. No regresaremos hasta que lo encontremos. Será mejor que nos separemos para cubrir más terreno. Yo iré por la izquierda y tú por la derecha.

—¿Y si consigue escapar? —preguntó Antonio con la voz quebrada por el miedo—. Vio nuestras caras, escuchó nuestros nombres. ¡Puede reconocernos!

Jaime sacudió la cabeza.

—Deja de lloriquear. No lo hará. Esta casa está demasiado lejos de cualquier ayuda, y es solo un crío. Nos reuniremos aquí en una hora. Si no lo hemos encontrado, saldremos a buscarlo con el coche. Y te juro que ese mocoso me va a pagar cada gota de sudor que me ha hecho transpirar.

Antonio respiró profundo para recuperar la calma.

—Vale.

—¡Policía! ¡Quietos! —gritó Miguel, saliendo de su escondite, detrás del matorral, al mismo tiempo que Mendoza les apuntaba con su pistola—. Ya hemos escuchado suficiente.

Rendón parpadeó y su quijada se descolgó.

—¿Qué?

Las pupilas de ambos secuestradores se dilataron, cuando vieron a los policías. El inspector les dejó ver el arma que tenía en la mano.

—¡Al suelo! — les ordenó Pedrera con voz atronadora—. Las manos sobre la cabeza, donde yo pueda verlas.

Ambos hombres obedecieron las órdenes de Miguel despacio y con desgana, hasta quedar tendidos en la posición que les había ordenado el policía. Sus ropas y sus rostros, ya empapados, se impregnaron del barro del terreno anegado. Mendoza les puso los grilletes, mientras el inspector les apuntaba, para evitar que se les ocurriera intentar escapar.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó Antonio con voz temblorosa.

—De momento, os estamos arrestando por el secuestro de Juan Saavedra. Estoy seguro de que pronto descubriremos otros delitos para sumar a los cargos —respondió el inspector con voz firme.

Jaime levantó un poco la cabeza para mirar al policía a los ojos.

—¿Secuestro? No sabemos de qué habla. No tenemos nada que ver con ningún secuestro. Salimos a dar un paseo y nos sorprendió el chaparrón. Solo queríamos regresar a casa.

Miguel desvió la mirada hacia Mendoza, quien puso los ojos en blanco. El inspector manipuló su móvil y reprodujo la conversación entre Jaime y Antonio, que acababa de grabar.

—Creo que el juez va a estar muy interesado en esto —sentenció, en cuanto la grabación terminó de reproducirse.

Jaime rechinó los dientes.

—¡Maldita sea!

Antonio rompió a llorar.

Las sirenas y las luces anunciaron la llegada de los refuerzos. El inspector buscó la tecla de llamada rápida y la presionó.

—Ángela… Todo está bien, cariño. Rescatamos a Juan y arrestamos a los cabrones que se lo llevaron. No te preocupes más, él está bien y a salvo.

Capítulo 31

Salazar cerró la puerta de su turismo, y el sonido se mezcló con el murmullo del paso de un par de coches sobre la calzada mojada. En la medida en que el sol descendía en el horizonte con lentitud, iba tiñendo los edificios de tonos rojizos y dorados. Ignorando la belleza del atardecer, el inspector se acomodó el gabán y avanzó por la calle Conde de Haro, en dirección al despacho de don Braulio. Llamó al interfono y como siempre, Evelia le abrió sin preguntar quién era.

Cuando cruzó el umbral de la oficina, la secretaria de don Braulio lo recibió con la mueca de decepción acostumbrada. Néstor sabía que no era nada personal contra él. Tan solo que no era un cliente y había cuentas por pagar. La sala de espera estaba tan desolada como siempre. Don Braulio abrió la puerta de su despacho de par en par.

—¿Quién es, Evelia? Ah, eres tú, chaval. Pasa, pasa, me vienes como anillo al dedo, que estoy más aburrido que un acuario de almejas.

—Ya lo escuchó —murmuró Evelia, haciéndole un gesto para que entrara—. Supongo que no quiere café, ¿no?

—No, gracias.

—Eso imaginé.

Néstor se apresuró a cruzar la recepción, para entrar en el despacho de Quintero. Una vez que estuvieron sentados uno frente al otro, don Braulio rompió el silencio.

—Pues tú dirás, chaval. ¿Qué traes para mí?

—Estoy trabajando en un caso complicado, don Braulio.

—¿Hay alguno que no lo sea? Si parece que tu comisario te tuviera ojeriza. ¿Estás seguro de que no le has hecho nada que lo haya enfadado?

Néstor carraspeó y puso su cara de inocente vilipendiado.

—¿Yo, don Braulio? Si estoy para que me canonicen.

—Ya, algo he escuchado al respecto. Dime lo que te preocupa, para ver si puedo ayudarte.

Salazar se inclinó hacia adelante.

—Sabía que podría contar con usted, don Braulio. Verá, necesito su ayuda para encontrar información sobre la organización criminal de Luis Salcedo.

Quintero entornó los ojos.

—Salcedo… Salcedo… Hace muchos años que no escuchaba ese nombre, pero sí lo recuerdo. Ese hombre dejó un rastro de violencia y corrupción allá por donde pasó, pero si no me equivoco, murió en un accidente hace algunos años, aunque creo que los que descansamos en paz después de su fallecimiento, fuimos los policías y la ciudad de Haro. ¿Qué es lo que estás buscando, al cabo de tanto tiempo?

—Creemos que alguien de su organización podría estar involucrado en el asesinato de Héctor Raga. Necesitamos saber quién está al mando de su banda ahora, y si existe alguna conexión con el homicidio.

Don Braulio sonrió.

—Es el tipo de investigación que me hace sentir en plenitud de nuevo. Lo indagaré y te avisaré cualquier cosa que averigüe. Tú, déjalo en mis manos.

—Gracias, don Braulio. Sabía que podía contar con usted.

Salazar se despidió del detective con un apretón de manos y salió del despacho. Cuando pasó junto a Evelia le dijo adiós y ella le respondió con un gruñido. El inspector sintió la mirada de la secretaria en la nuca, hasta que abandonó la oficina.

Cuando Néstor alcanzó la calle, la oscuridad ya envolvía la ciudad, tan solo iluminada por el resplandor de las farolas y la luz que salía de las ventanas en medio de la penumbra. Los adoquines brillaban bajo las escasas luces. La ciudad olía a piedra mojada y madera, como si acabara de pasar una tormenta. La calma de la noche solo era interrumpida por el sonido de las pisadas de Néstor sobre los adoquines mojados y el ocasional retumbar de un trueno en la distancia. Una leve llovizna se negaba a ceder su espacio, así que el inspector se levantó el cuello del gabán, protegiéndose de la humedad y el frío, mientras avanzaba con cautela por encima de los charcos, en busca de su coche.

La llamada que recibió de la comisaría antes de llegar al Ibiza, lo dejó de piedra. García le soltó una retahíla de explicaciones poco coherentes, pero las palabras «secuestro», «chiquillo» y «rescate», captaron toda su atención. Regresó a San Miguel cagando leches y en cuanto entró en la comisaría, le pidió a García que le aclarara la información.

—Creo que será mejor que hable con el inspector Pedrera, señor. Él podrá contárselo con más detalle.

—¿Miguel está detrás de todo esto?

—Yo… Eh… Estoy seguro de que él le dará una explicación satisfactoria —El agente forzó una sonrisa—. Por cierto, inspector, le complacerá saber que ya Científica trajo de vuelta el Clío.

Néstor frunció el ceño y rechinó los dientes, pero dejó en paz a

García y subió las escaleras hasta el tercer piso a toda prisa, entre curioso y cabreado. Lo único que había entendido de todo aquel batiburrillo era que habían secuestrado a un niño, y que sus subalternos llevaron a cabo el procedimiento del rescate, sin informar a nadie de lo que estaba ocurriendo. ¡Cómo hubieran puesto a un chaval en peligro por lucirse, lo iban a oír hasta en la Estación Espacial Internacional!

En la sala común encontró a un Miguel eufórico, que le relató su aventura en detalle con los ojos brillantes y agitando los brazos al hablar. Mientras escuchaba el relato, los ojos de Salazar miraban a Pedrera con la misma estética que los de un besugo al horno. Cuando Miguel terminó, Néstor parpadeó.

—¿Pudisteis rescatar al chico sano y salvo?

Pedrera asintió.

—Juan está bien. Solo tiene el susto metido en el cuerpo, lo cual era de esperarse por la situación que ha vivido. También le quedaron las marcas de las ataduras en las muñecas, pero no está herido. En cualquier caso, lo llevamos al hospital para asegurarnos. Ángela está con él ahora.

Las cejas de Salazar se alzaron en un arco perfecto. Se debatió entre felicitar a Miguel por haber rescatado al chiquillo sano y salvo, o sancionarlo por afrontar él solo un asunto tan delicado. Al final, recordó su experiencia con Lucas y cómo Santiago y él, les habían ocultado el secuestro a todos, hasta el último momento. Miguel esperaba su veredicto, pero su alegría era tan exultante, que no parecía preocupado por las consecuencias que podían acarrearle sus decisiones.

Salazar suspiró.

—Vale. Supongo que lo hecho, hecho está, y lo más importante es que el chaval está bien y a salvo. Comprendo la situación que tuvisteis que afrontar. De modo que a partir de ahora, para cualquiera que pregunte, tú me informaste de lo que estaba ocurriendo desde que recibiste el mensaje de los secuestradores. Así que todo el operativo fue supervisado por tu inspector jefe. Ocúpate de avisarle a Ángela y a los agentes involucrados, para que no haya ninguna metida de pezuña. Que como se entere Santiago, os cruje.

—¿Eso no te traerá problemas con el comisario?

—No le va a gustar, pero sabré torearlo.

Pedrera sonrió, aliviado.

—Gracias, colega. No olvidaré esto.

En un gesto impulsivo, Miguel abrazó a Salazar, lo que dejó desconcertado al inspector jefe. Quedó tan sorprendido como García, que en ese momento se asomaba a la sala.

—Eh… Inspector Salazar… Yo… El comisario… Este…

Néstor se volvió hacia el agente.

—Dime, García. ¿Qué ocurre? ¿Ya le avisaste a Ortiz sobre lo que ha pasado?

—Eh, sí señor. Lo llamé al mismo tiempo que a usted. Acaba de llegar y no está muy contento. Me dijo que quiere que baje a su oficina de inmediato y que el inspector Pedrera no se mueva de aquí, hasta nueva orden.

Miguel palideció. Néstor le dio una palmada en el hombro.

—Cumple el encargo que te hice y no te preocupes, que yo tranquilizaré al comisario.

Salazar bajó al primer piso y se preparó para un duelo verbal, que le permitiera sacarles los pies del barro a sus compañeros. Tanto Miguel como Ángela podían sufrir graves sanciones, si no conseguía convencer a Santiago de que no habían actuado fuera del reglamento.

Lali se había marchado a casa hacía varias horas, así que Salazar llamó a la puerta del despacho del comisario con decisión. La voz atronadora de su hermano le ordenó entrar. Néstor encontró a Santiago de pie, con las manos sujetas a su espalda, el ceño fruncido y las orejas enrojecidas. Era una imagen aterradora. Incluso él, tuvo el impulso de volver sobre sus pasos y poner tierra de por medio. Sin embargo, se contuvo. Tragó saliva y dibujó una sonrisa. Trató de imprimirle seguridad y hasta alegría a su voz.

—¿Ya supiste las novedades? El chico está bien y a salvo.

—¡Tienes la cara más dura que una ensalada de piedras! Estaba cenando en casa, cuando García me llamó para contarme que el chico secuestrado había sido rescatado con éxito. ¡Y yo no tenía la menor idea de qué me estaba hablando! ¿Tú sabías algo de esto?

Néstor parpadeó.

—Eh… Sí.

Las cejas de Ortiz se juntaron tanto, que formaron una sola. Su mandíbula se tensó, al mismo tiempo que bajaba la cabeza hacia el inspector como si fuera un toro listo para embestir. Néstor dio un paso atrás. Santiago habló entre dientes.

—¡El secuestro de un niño en mi jurisdicción y yo me entero cuando está resuelto! ¿Por qué demonios no me informaste en cuanto lo supiste? Y será mejor que tengas una buena excusa.

Salazar cogió aire y se acordó de todos los muertos de Miguel. Su cerebro trabajaba a marchas forzadas, para encontrar una salida airosa de la situación.

—Fue… por… la reunión. ¡La reunión!

Ortiz enarcó las cejas sin dejar de fruncirlas. Una cosa rara.

—¿Te refieres a la reunión que tuve esta tarde con el comisario mayor, en la que recibimos al director general de la Policía?

Néstor soltó el aire en un suspiro.

—Por supuesto. No consideré prudente interrumpirte en una entrevista tan importante. Teníamos todo bajo control. De haber sido necesario, te habría mandado a llamar, pero pudimos resolverlo sin interrumpir un evento tan vital para la comisaría, y para Haro.

—¿Cómo te enteraste de que estaba en esa reunión, si era confidencial?

Los ojos de Néstor miraron a un lado y otro, para volver a centrarse en el comisario.

—Yo… Eh… Se filtró. Sí. Ya sabes cómo somos los policías de cotillas. Hubo filtraciones.

Santiago entornó los ojos y Néstor puso su cara de querubín en funciones.

—No sé si creerte. No me estarás liando, ¿verdad?

Salazar se llevó la mano derecha al pecho.

—¿Yo? Me ofendes. Sería incapaz.

—¿El chico está bien?

—Sano y salvo. Un poco asustado, eso sí, pero ya se encuentra en el hospital y Ángela está con él. Todo bajo control.

Néstor dibujó una sonrisa forzada. Santiago echó la cabeza hacia atrás y se quedó pensativo por un momento. Entonces, asintió.

—Muy bien. Sé que tienes la preparación y la suficiente experiencia en este tipo de situaciones, para llevar a cabo un operativo como este. Y el resultado habla por sí mismo. Sin embargo, no hay ninguna justificación para que no me hayáis avisado. Sin importar con quién estuviera reunido. ¿Entendido?

Néstor tragó saliva, asintió y levantó la mano derecha en plan juramento.

—Entendido. No volverá a pasar. Tienes mi palabra —Santiago lo miró con los ojos entornados, tratando de adivinar una trampa detrás de las palabras de su hermano—. Puedes creerme. Serás el primero en enterarte de cualquier follón en el que me meta.

—¡Qué Dios me proteja!

Capítulo 32

La discusión con Santiago dejó a Néstor más cansado que el cartero de los corintios. Después de enviarle saludos y abrazos a su cuñada y sus sobrinos, Salazar se despidió de su hermano y consiguió salir de su despacho en una sola pieza. Toda una proeza. El inspector subió a la sala común, para informarle a Miguel que su culo estaba a salvo. Lo dejó cerrando los detalles del arresto y decidió que era hora de regresar a casa.

El día había sido agotador, así que sus pasos lo llevaron hasta la buhardilla sin distracciones. Rebeca todavía no había regresado, y Paca salió a recibirlo con maullidos desesperados de gata abandonada a su suerte. Después de compensarla con una galleta para gatos con sabor a sardinas y una ligera caricia bajo su barbilla, Néstor se sentó en el sofá.

Paca lo imitó de inmediato, acomodándose a su lado.

—Maauuu.

—Me alegra que tengamos la oportunidad de sostener una conversación privada hombre gata, Paca. Hay algunos pequeños asuntos que debemos discutir.

—Meu.

—Sabes muy bien sobre qué. Tu actitud hacia Rebeca deja mucho que desear.

—Miaaaauuuu.

—¡Cuidado con lo que maúllas, que estamos hablando de la mujer de mi vida!

—Mreww.

—No me importan tus opiniones felinas. Te guste o no, se trata de mi chica y se queda.

Paca se tendió sobre su lomo y frotó su cabeza contra la pierna de Néstor.

—Meeeuuu.

—Sí, ya sé que te sientes celosa, pero no tienes motivos. Tú sigues siendo mi gata favorita…

—Fzzzz.

Néstor acarició la cabecita de la pequeña felina.

—Está bien. Eres la única gata que quiero en mi vida, ¿contenta?

—Maaauuuu.

—Pero mi relación con Rebeca no está en discusión, así que tendrás que ser amable con ella.

Por toda respuesta, Paca soltó un gruñido. El sonido de la llave girando en la cerradura interrumpió la curiosa conversación. Rebeca entró en la buhardilla con el cansancio pintado en el rostro. Néstor se levantó del sofá y la recibió con un abrazo y un ligero beso en los labios, mientras su gata maullaba una protesta desde el sofá.

—¿Cómo estuvo tu día, cariño? —preguntó Néstor.

—Tú primero —respondió ella, llevándolo de vuelta al sofá, bajo la mirada reprobadora de Paca—. Pareces agotado. ¿Un día difícil?

Rebeca comenzó a darle un masaje en el cuello y los hombros, que consiguió liberarlo de las tensiones. Néstor le contó todas las peripecias de su día, mientras sentía que los nudos de sus músculos cedían bajo los hábiles dedos de su chica. Cerró los ojos con satisfacción, hasta que ella soltó una pequeña queja y retiró la mano.

Néstor abrió los ojos y vio cómo Rebeca se frotaba la mano y reía con picardía.

—¿Qué pasó?

—Paca me mordió.

Salazar clavó la mirada en su felina, que soltó un maullido desafiante. El tono de Néstor era de enfado.

—¡Paca…!

La furiosa felina se bajó del sofá para refugiarse en su cesta, al mismo tiempo que Rebeca apoyaba una mano en el hombro de Néstor.

—Tenle paciencia. Se comprende. Tú eres el centro de su vida y yo he venido a robarle tu atención. Es lógico que me vea como una amenaza. Sobre todo, cuando me acerco a ti. Danos un poco de tiempo. Estoy segura de que podré ganármela. Sígueme contando sobre el secuestro. ¿El chiquillo está bien?

Salazar suspiró y asintió. Concluyó su historia y se encogió de hombros.

—Así que a pesar de todo, terminó bien. ¿Cómo os fue a Remigio y a ti?

Rebeca le contó lo que su compañero y ella habían averiguado en las últimas horas.

—… Al salir de la Sociedad Filatélica fuimos a ver a Suárez. Insistió en que la colección había pertenecido a su abuelo, pero niega tener ninguna relación con el robo. Además, afirma que no conocía a Lazlo.

—¿Tiene coartada?

—No. Asegura que tanto la noche del robo como a la hora del homicidio, estuvo solo en casa.

—Ese tío es un sospechoso muy prometedor.

—Eso mismo pensamos Remigio y yo, pero de momento, todo lo que existe contra él es circunstancial. Necesitamos evidencias más concretas, pero el día no dio más de sí. La noche se nos vino encima, así que Remigio y yo decidimos reanudar las investigaciones mañana, temprano.

Salazar se quedó pensativo por un momento y asintió.

—Creo que estáis bien encaminados. Suárez es vuestra mejor apuesta como sospechoso. Es posible que quisiera recuperar los sellos a los que cree tener derecho, por las malas.

—Hay algo más que he observado y sobre lo que quería preguntarte.

—¿De qué se trata?

—Remigio no se ha despegado de mí en ningún momento, hasta el punto de que insistió en acompañarme hasta aquí. Tú no tendrás nada que ver con eso, ¿verdad? No le habrás pedido que me proteja.

Néstor se puso la mano derecha en el pecho y se echó hacia atrás.

—Yo sería incapaz de algo así.

—Maaaauuuuu —maulló la gata desde su cesta.

—Tienes razón, Paca. Yo tampoco le creo.

Salazar pasó la mirada de Rebeca a Paca ida y vuelta y parpadeó.

—¿Intuición femenina por partida doble? Estoy perdido. ¿Qué vamos a cenar?

Después de soltar una carcajada, Rebeca resolvió la cena con un par de huevos fritos para cada uno. En cuanto terminaron de lavar los platos, ambos se fueron a la cama, sin mucha energía para nada más. Paca los siguió a la habitación y se acostó entre ambos, empujando a Rebeca con las patas de atrás, para alejarla todo lo posible de su humano.

Pasadas algunas horas, la penumbra de la madrugada se filtraba por las cortinas de la habitación y cubría las paredes de sombras. El silencio casi se podía tocar y solo lo interrumpían los suaves ronquidos de Paca y la respiración pausada de Rebeca. Néstor estaba acurrucado junto a su compañera y mantenía un reconfortante contacto con su cuerpo. Su sueño era ligero y su mente se mantenía en un duermevela, mientras los pensamientos acerca del anónimo amenazante saltaban en su cabeza como bailarines de una danza tribal. El gusanillo de la inquietud mordisqueaba su estómago.

Desafiando a su cerebro, Salazar se esforzó en dejar a un lado las divagaciones de su mente, consciente de que necesitaba descansar para poder enfrentar los desafíos que le esperaban al amanecer.

Teniendo cuidado de no despertarla, Néstor abrazó a Rebeca. El calor del cuerpo de su chica lo reconfortó y por fin pudo entregarse a un sueño reparador.

Cuando Néstor ya había recuperado el hilo del sueño, su móvil comenzó a sonar, rompiendo la tranquilidad de la habitación. Rebeca también se despertó y lo miró con preocupación, mientras él respondía la llamada.

—¿Qué ocurre, Telmo? —preguntó el inspector.

Del otro lado de la línea escuchó un suspiro. La voz de su compañero estaba cargada de angustia.

—Lamento despertarlo, jefe, pero tenemos un problema… Estoy en casa de Aintza. Esta noche sufrió un atentado… Tiraron una piedra, rompieron la ventana y…

Néstor frunció el ceño y miró a Rebeca, que no le quitaba la vista de encima.

—Tranquilízate, Telmo. ¿De qué tipo de atentado me hablas? ¿Aintza está bien?

Hubo una pausa, en la que Salazar adivinó el tiempo que su compañero se tomó para calmarse a sí mismo. Cuando volvió a hablar, su voz era un poco más firme.

—Ella está bien, aunque muy asustada. Tiraron una piedra a su habitación mientras dormía. No sabemos desde dónde, pero rompió la ventana y cayó sobre su cama.

Salazar apretó los dientes, sin desviar su mirada de Rebeca. El miedo se le anudó detrás del esternón.

—¿Había algún mensaje con la piedra?

—No, jefe. Ya avisé a la comisaría, y le ordené a García que llame a Científica. Los estamos esperando.

—De acuerdo. ¿Dónde está Ander?

—Está aquí. No se ha separado de su hermana, desde que ella le avisó.

—¿Los agentes que protegían a Aintza no vieron nada?

—Es lo que más me preocupa, jefe. Consiguieron burlarlos.

—Muy bien, Telmo. Que los agentes mantengan los ojos abiertos. Ander y tú debéis quedaros con Aintza y protegerla. Iré para allá de inmediato. Llegaremos al fondo de esta situación. No podemos permitir que nadie amenace a nuestras familias.

Salazar escuchó el suspiro de Telmo a través del teléfono. Su voz había recuperado el aplomo.

—De acuerdo, jefe. Seguiré sus instrucciones y lo esperaré aquí.

Néstor terminó la llamada y clavó sus ojos en Rebeca con preocupación. ¿Estaría en peligro?

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Salazar se tomó un momento para serenarse, antes de ponerla

al día sobre la llamada de Telmo.

—Esto me preocupa mucho —confesó el inspector.

Rebeca lo abrazó para reconfortarlo.

—Ni Telmo ni Ander dejarán que nada malo le ocurra a Aintza.

Después de corresponder al abrazo, Néstor dio un paso atrás, acarició el cabello de Rebeca y asintió.

—Lo sé, pero Aintza no es la única que corre peligro. Tú también estás bajo amenaza.

Ella cogió aire.

—No voy a negarte que la situación me preocupa, cariño, pero no podemos permitir que eso nos descentre.

—Lo sé, pero no soportaría que te ocurriera nada malo. Me sentiré más tranquilo si estás bajo protección.

Rebeca se quedó pensativa por un momento.

—Te comprendo, Néstor, pero recuerda que yo también soy policía y sé cómo defenderme. No puedo quedarme aquí sentada, esperando.

Néstor cerró los ojos y asintió. La determinación en la mirada de su chica no dejaba espacio a dudas. Rebeca no se iba a dejar intimidar.

—Muy bien —aceptó él, por fin—. Vamos a la comisaría. Te quedarás en San Miguel y me respaldarás desde allí. Al menos, hasta que estemos seguros de qué es lo que está ocurriendo. Quiero que me prometas que no correrás riesgos innecesarios.

—Te lo prometo —le dijo Rebeca, antes de darle un abrazo reconfortante.

Ambos estuvieron de acuerdo en que debían tomar precauciones en el recorrido hacia la comisaría, así que el inspector llamó a García y le ordenó que enviara una pareja de agentes, para que los acompañara en el trayecto. Cuando terminaron de vestirse y bajaron al portal, ya los estaban esperando en la calle.

El frío aire de la madrugada los rodeó en un abrazo helado, y un escalofrío recorrió la columna vertebral de Salazar. La adrenalina se disparó en su sangre y su corazón comenzó a latir con ferocidad, mientras salvaban la distancia que los separaba de San Miguel. El viento nocturno cortaba la piel, y las respiraciones del pequeño grupo se mezclaban con el aire frío, mientras avanzaban con rapidez hacia la comisaría. Uno de los agentes abría la marcha y el otro se encontraba a pocos pasos detrás de ellos, escudriñando cada balcón y ventana, en busca de cualquier amenaza que acechara a sus superiores. Néstor y Rebeca también permanecían atentos a las sombras y los rincones que salían al paso del grupo, y que podían servir para ocultar un peligro. Aun así, avanzaron sin detenerse, conscientes de que con cada minuto que pasaban al descubierto, el peligro al que se exponían era mayor.

Durante todo el recorrido y mientras avanzaban por las calles vacías, les acompañaron el sonido de la lluvia golpeando contra los tejados, y el tenue resplandor de las farolas que iluminaban el camino. El ambiente desapacible contribuyó a aumentar su desasosiego. Cuando llegaron a la comisaría, el agente que los precedía abrió las puertas con decisión y todos entraron. Ya en San Miguel, Néstor suspiró con alivio, aunque sabía que todavía era demasiado pronto para poder sentirse a salvo.

Capítulo 33

Después de dejar a Rebeca en San Miguel, Néstor cogió el Clio y se dirigió a la calle de la Vega, donde Aintza vivía con su hermano y Maritza, la novia de él. El amanecer lo alcanzó en el camino, tiñendo el cielo de un naranja intenso. La tensión se acumulaba en los hombros del inspector. Los Echevarría vivían en el primer piso de un edificio antiguo, que había conocido mejores tiempos. La fachada, pintada con un color apagado no muy bien definido, se mimetizaba con las del resto de la calle. La cabeza de Salazar bullía de pensamientos, mientras intentaba dar sentido a todo lo que había descubierto hasta el momento.

El inspector bajó del *Clio* y el viento frío lo azotó. Tomó nota del coche patrulla que se encontraba aparcado al frente del edificio. Tuvo que hacer un esfuerzo para que no lo dominara el enfado. ¿Cómo era posible que alguien hubiera tirado una piedra a la ventana de la chica, frente a las narices de los agentes? Alguien iba a tener que dar muchas explicaciones.

Cuando se acercó al edificio, Néstor encontró a Romero y Argüelles, haciendo guardia en la entrada. Ambos policías estaban cabizbajos, se movían con nerviosismo y evitaron la mirada directa del inspector jefe. Le dieron los buenos días y le abrieron el portal. Salazar decidió que hablaría con ellos, después de que hubiera averiguado en detalle lo ocurrido. No quería ser injusto. Así que gruñó un saludo y les ordenó que lo siguieran.

El inspector jefe y los agentes subieron a la primera planta. Salazar llamó al piso de Echevarría, y Telmo le abrió la puerta con el rostro marcado por la inquietud. A Néstor le pareció que sus ojos se veían más oscuros que de costumbre, como si una sombra hubiera caído sobre ellos.

—Me alegra que ya esté aquí, jefe. Todavía estamos esperando a Científica.

Néstor entró en el pequeño piso de Ander y su hermana.

—¿Aintza está bien?

Telmo cogió aire, antes de responder.

—Está bien, jefe. Aunque muy asustada, por supuesto. Se encuentra en la cocina con Maritza y Ander. Ellos están tratando de tranquilizarla.

Salazar asintió y se volvió hacia los agentes. Respiró profundo antes de hablar, haciendo lo posible para que el enfado que sentía no se reflejara en su voz.

—¿Dónde estabais vosotros cuando la piedra rompió la ventana?

Ambos agentes se apostaron firmes frente a su superior. Romero era un hombre alto y corpulento, con la seriedad pintada en el rostro. Argüelles, de pie a su lado, era una chica, mucho más joven que su compañero. Argüelles apretó los dientes, mientras Romero cogía aire para responder.

—Lo lamentamos mucho, inspector. Le aseguro que no nos hemos movido de nuestro puesto de vigilancia en ningún momento, y no hemos visto nada sospechoso.

—No nos explicamos cómo pudo pasar esto, sin que nos diéramos cuenta —añadió Argüelles.

—¿Desde dónde vigilabais?

—Desde nuestro coche, señor. Teníamos control de la calle y el portal. Le damos nuestra palabra de que nos mantuvimos muy atentos, inspector. Le podemos asegurar que nadie se acercó. La piedra pareció salir de la nada en dirección a la ventana.

—¿Cómo es eso posible?

Ambos agentes volvieron a intercambiar miradas de desconcierto. Néstor frunció el ceño con preocupación, mientras le daba vueltas a la cabeza, en busca de una solución. La habitación estaba en el primer piso, por lo que tendría que haber sido muy difícil para cualquiera acercarse sin ser detectado. A menos que los agentes se hubieran descuidado. Sin embargo, Salazar confiaba en sus subalternos.

—Muy bien, regresad al portal. Permaneced alerta y avisadme si notáis algo extraño. Vuestro relevo debe llegar muy pronto.

Con la preocupación pintada en sus rostros, los agentes obedecieron al inspector jefe. Néstor se quedó pensativo por un momento. Telmo esperaba con paciencia el veredicto de su jefe, pero no dejaba de moverse como si tuviera hormigas debajo de la ropa.

Salazar se acercó a una ventana del salón y se asomó. Su compañero fue detrás de él. Néstor observó la calle. Era estrecha y los edificios del frente estaban bastante cerca. Sin embargo, el que se encontraba más próximo a ese apartamento en particular era un depósito que ocupaba varios pisos, de manera que solo contaba con pequeñas ventanas de ventilación batientes muy cerca del techo. Era imposible que una piedra hubiera salido de allí

Con la mirada baja, Néstor sacudió la cabeza, centrado en sus razonamientos. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Quiero hablar con Aintza.

—Por aquí, jefe.

Telmo acompañó a Salazar hasta la cocina, donde encontraron a Aintza, pálida y temblorosa, frente a una taza de alguna infusión. A un lado de la chica estaba Maritza, la novia de Ander, que pasaba un brazo sobre sus hombros con cariño. Del otro lado, Ander le sostenía la mano a su hermana y le murmuraba palabras tranquilizadoras.

Cuando Néstor y su compañero entraron, la joven levantó la mirada hacia ellos y suspiró.

—Aintza, ¿te encuentras bien? —le preguntó Salazar. Ella asintió—. ¿Puedes contarme qué fue lo que pasó?

La joven se estremeció y su cuñada la acercó a su propio cuerpo con el brazo con el cual le rodeaba los hombros. La chica se tranquilizó lo suficiente para hablar.

—Estaba durmiendo cuando escuché que se rompían los cristales de la ventana de mi habitación. También sentí que algo golpeaba la cama y que un viento frío estaba entrando en mi cuarto. Me desperté asustada y encendí la luz de la mesilla. Entonces, vi una piedra grande a la altura de mis pies. He escuchado suficientes conversaciones entre Ander y Telmo, para saber que no debía tocarla, así que me levanté y salí de allí para llamar a mi hermano.

El inspector asintió.

—Hiciste lo correcto. No te preocupes, no dejaremos que te ocurra nada malo —Salazar se volvió hacia su compañero—. Telmo, vamos a ver la habitación.

El dormitorio de Aintza estaba limpio y ordenado, salvo por los fragmentos de cristales rotos, que provenían de la ventana y que estaban esparcidos por el suelo. La cama estaba deshecha, con sábanas y mantas tiradas a un lado. Solo la ocupaba una piedra del tamaño de una pelota de tenis, que se encontraba al final de los pies del colchón como si alguien la hubiera colocado allí con cuidado. El inspector se acercó despacio a la ventana en medio de un silencio inquietante, solo roto por los trozos de cristal que crujían bajo sus pies.

Los ojos de Salazar recorrieron la habitación en busca de pistas, que le ayudaran a comprender cómo había sucedido aquel ataque y quién podría haberlo llevado a cabo. Sin embargo, más allá de los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo y la cama, y la ventana destrozada, no había ningún indicio que permitiera comprender lo que había ocurrido. Miró a través de la ventana y solo vio una pared sólida al otro lado de la calle.

Néstor rechinó los dientes con frustración.

—¿Cómo pudo alguien acercarse lo suficiente para lanzar la piedra, sin que lo vieran los agentes?

—No quisiera tener que admitirlo, jefe, pero la única explicación que se me ocurre es que Romero y Argüelles se durmieron,

o que abandonaron su puesto durante la vigilancia.

El inspector lo meditó por un momento y luego hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—No. Confío en ellos. Sé que ninguna de las dos opciones es viable. Debe haber otra explicación. Además, ¿cómo consiguió el atacante que la piedra llegara hasta aquí desde la calle, si estamos a un piso de altura? No tiene ningún sentido.

Una ráfaga del aire frío de la mañana alcanzó a Salazar a través de la ventana y lo hizo estremecerse.

—Esto es un acertijo —se quejó Néstor.

—¿Y si la piedra no vino desde la calle? —sugirió Telmo de pronto.

Salazar frunció el ceño y volvió a mirar a través de la ventana.

—Una idea interesante, pero ¿desde dónde más pudo venir? Mira esas paredes, Telmo. Es evidente que nadie pudo arrojarla desde el edificio del frente.

La luz del sol ya comenzaba a invadir la calle e iluminó de pleno la pared que señalaba el inspector, como si quisiera reforzar sus palabras. Salazar entornó los ojos.

—¿Qué es eso?

El subinspector se acercó a su jefe y miró en la dirección que le señalaba.

—Parece una mancha, jefe.

Una idea comenzó a rondar la cabeza de Néstor.

—Tenemos que averiguar de qué se trata, Telmo. Podría estar relacionada con la respuesta que buscamos.

El subinspector frunció el ceño.

—¿Cómo?

Cuando Néstor iba a explicarle su idea a su compañero, el equipo de Científica entró en la habitación, con el jefe Barros a la cabeza. Casimiro gruñó en cuanto vio al inspector.

—Por supuesto. Lo supuse desde que recibí la llamada urgente de Haro. ¿Quién más podía comenzar a incordiar tan temprano? Eres más molesto que un mosquito a medianoche.

—Bienvenido al curro, Casi. Quiero pedirte algo…

Néstor le mostró la mancha en la pared y le explicó lo que necesitaba. El jefe Barros bufó como un toro.

—Tarde o temprano tenía que pasar. Ya se te fue la olla por completo. ¿Tienes idea del esfuerzo que representa hacer lo que me estás pidiendo? Tendríamos que levantar un andamio. Y ni siquiera sabemos si eso tiene algo que ver con lo que estás investigando. Esa mancha podría estar allí desde que inventaron la tos.

—Hay dos chicas bajo amenaza, Casi.

—¡Mierda! Está bien. No te lo mereces, pero si hay alguien en

peligro, lo organizaré.

—No quiero presionarte, Casi, pero no tenemos tiempo.

—¿Es que no me escuchas? Tengo que traer todo el equipo que necesitaremos.

—Para el peritaje, pero podemos averiguar de qué se trata la mancha ahora mismo.

Barros frunció el ceño.

—Te escucho, pero será mejor que no salgas con una de tus bobadas acostumbradas. ¡Qué eres más tonto que un vampiro vegano!

—Vuestro fotógrafo. Es probable que pueda conseguir una imagen clara desde aquí, si su lente es lo bastante potente… Al menos, nos puede orientar acerca de cuál es el origen de la mancha y si merece el esfuerzo de hacerle un peritaje.

—Mmmm. Quizá valga la pena. No dejes de tomarte esas vitaminas. Algo están consiguiendo. Poco, pero es mejor que nada. ¡Azuaje! ¡Azuaje!

El fotógrafo se acercó corriendo, con una cámara profesional colgada a su cuello.

—Diga, jefe Barros.

Entre Casimiro y Salazar le explicaron lo que necesitaban.

—¿Qué le parece, Azuaje? —le preguntó el inspector—. ¿Cree que podría hacerlo?

El fotógrafo respondió con una sonrisa.

—Desde luego. Me acaban de proporcionar un nuevo lente, de los 70 a los 200 mm, efecto bokeh y sensor de fotograma completo. Una pasada.

Salazar y Casimiro intercambiaron una mirada de panolis sin esperanza de recuperación. Entonces, el jefe Barros se volvió hacia su subalterno con el ceño fruncido.

—Toma la fotografía y guárdate los detalles técnicos.

—De acuerdo, jefe.

El fotógrafo comenzó a trabajar, al mismo tiempo que iba soltando expresiones de incredulidad y sorpresa. Néstor, Telmo y Barros esperaban con impaciencia que el perito terminara su trabajo, mientras el aire fresco de la mañana entraba por la ventana destrozada, llevando consigo un ligero olor a humedad y tierra mojada.

Cuando Azuaje terminó por fin su trabajo, su expresión revelaba su incredulidad. Entonces, les mostró las imágenes en la pequeña ventana digital de su cámara.

—¿Qué es eso? —preguntó Casimiro.

—Sin duda alguna, son pisadas —respondió Salazar.

—¡Serás cenutrio! ¿Cómo van a ser pisadas si están en una pared? —protestó el jefe Barros—. Tú ya estás para que te encierren.

—Pues tiene razón, jefe —confirmó Telmo, mirando por encima del hombro de Néstor—. Es el dibujo de la suela de un zapato.

—Nunca me había encontrado con algo así —reconoció el fotógrafo.

Casimiro los miró a todos con las cejas enarcadas.

—A ver si voy a estar rodeado por el club de los descerebrados y no me había enterado. ¡Lo que estáis diciendo no es posible!

El desconcierto era evidente en el rostro de todos y casi de forma instintiva, fueron clavando la mirada en Salazar, que de repente se sintió obligado a dar una respuesta coherente, para algo que no parecía tener explicación. Forzó a su cerebro a encontrarle una lógica a semejante desatino, hasta que una chispa se encendió en alguna neurona irreverente y una idea iluminó el panorama.

—¡Por supuesto! Cómo no se me había ocurrido antes. Estamos buscando un experto en *parkour*.

—¿*Parkour*? —repitió Casimiro con un parpadeo.

—Sería una posibilidad —admitió Telmo—. De hecho, sería la explicación más lógica.

Néstor se animó cuando su compañero respaldó su idea, aunque Casi y el fotógrafo lo miraron como si hubiera hablado en chino mandarín.

—La huella nos confirma el rastro que dejó una persona al pisar la pared. El atacante pudo usar la pared del edificio del frente como punto de apoyo, y lanzar la piedra sin que lo detectaran los agentes en el coche, quienes no esperaban una amenaza desde las alturas.

—¿Nos estás diciendo que un sujeto normal hizo esto?

—Normal sí, pero también entrenado en habilidades especiales. Quienes practican el *parkour* son capaces de realizar acrobacias increíbles.

En el rostro de Telmo era evidente su preocupación.

—Jefe, ¿eso significaría que el sujeto que asesinó a Raga es alguien que practica el *parkour*? Parece… no lo sé… fuera de lugar. Quiero decir, ninguno de los sospechosos que tenemos hasta ahora, encaja en ese perfil.

Casi cruzó los brazos.

—A ver, explica eso.

Salazar sintió que los músculos de sus hombros se tensaban.

—También podría significar que no nos enfrentamos a un solo individuo, sino a una organización criminal, capaz de contratar sujetos con habilidades especiales. Y eso eleva los riesgos a otro nivel.

Capítulo 34

El cielo nublado y el ambiente cargado se filtraban a través de la ventana. Parecían estar en concordancia con las preocupaciones que acosaban a Salazar. Se volvió hacia el jefe de Científica.

—Necesitaremos información precisa sobre esa huella.

—Ya habías tardado mucho en jo… ¡Buf! Está bien. Supongo que tienes razón. Eres más pesado que un saco de cemento mojado. Cada vez que hablas, me siento como si estuviera haciendo levantamiento de pesas... con las orejas. ¡Y sin siquiera haber tenido un desayuno decente!

—Confío en vosotros, Casi. Estoy seguro de que nos proporcionaréis información importante para detener al sujeto que lanzó la piedra y aterrorizó a una chica inocente…

—¡Corta el rollo! Deberían prohibirte hablar. Ahora, deja de molestar, que tengo que comunicarme con el laboratorio, para que traigan un andamio y equipos de seguridad para las alturas. ¡La madre que te parió, qué descansada quedó!

El jefe Barros salió de la habitación refunfuñando y dejó a Salazar con una sonrisa en los labios. El inspector tenía la certeza de que Casi haría su mejor esfuerzo para ayudarlos.

Néstor se volvió hacia Telmo.

—Llama a Romero y Argüelles. Creo que merecen saber que no fue su culpa.

El subinspector obedeció y al cabo de un par de minutos, regresó con los dos agentes. Salazar tranquilizó a los policías, informándoles cómo habían ocurrido los hechos. También les aseguró que no serían sancionados.

—Ahora llama a Ander. Quiero hablar con él también.

Mientras Telmo se marchaba a cumplir el encargo, Salazar salió de la habitación y esperó a sus subalternos en la sala. Aprovechó para comunicarse con la comisaría y solicitar un coche patrulla, con dos agentes descansados que relevaran a Romero y Argüelles. En cuanto Telmo y Ander entraron en la sala, el inspector centró su atención en ellos.

—Todavía no sabemos a qué nos enfrentamos. Nuestra prioridad debe ser poner a Aintza a salvo.

—Estoy de acuerdo, jefe.

—Inspector, quizá podríamos enviarla a San Sebastián —sugirió Ander—. Allí tenemos una tía, que estoy seguro de que la recibirá con gusto en su casa.

Néstor asintió.

—Me parece una excelente idea, Ander. Sin embargo, no será suficiente… Quiero que tú la acompañes y te quedes con ella para protegerla, durante el tiempo que sea necesario.

—Sí, señor.

—En cuanto a ti, Telmo. Quiero que te quedes aquí para organizar la seguridad del viaje, junto con Ander. Cuando termines, regresa a la comisaría. Todavía tenemos mucho trabajo pendiente por hacer, y el tiempo apremia.

—De acuerdo, jefe.

Una vez que Salazar se sintió satisfecho con respecto de la seguridad de la joven, entró en la cocina. La chica parecía mucho más tranquila.

—Todo estará bien, Aintza. Te prometo que resolveremos esta situación.

—Gracias, inspector. Sé que lo harán —murmuró ella—. Confío en usted, en Telmo y en Ander. Estoy segura de que no dejarán que me pase nada malo.

Salazar trató de infundir tranquilidad a la joven, le informó acerca del viaje que habían planificado y se despidió. Con el peso de la responsabilidad reposando sobre sus hombros, el inspector salió en busca del *Clio* y regresó a la comisaría.

Cuando Salazar llegó a San Miguel, encontró a toda la plantilla en la sala común, incluyendo al comisario, quien no disimuló su preocupación frente a la situación, y en cuanto Néstor asomó el flequillo, le ordenó que informara lo que había ocurrido. El inspector les hizo un resumen de los acontecimientos de la madrugada, desde el momento en que había recibido la llamada de Telmo.

—Esto es muy serio, Néstor —opinó Ortiz con un suspiro, cuando el inspector terminó su exposición—. Estoy de acuerdo en que lo más prudente es que Aintza salga de La Rioja y que Echevarría la acompañe para protegerla, hasta que detengamos al responsable de esta amenaza. Cuenta con los recursos que sean necesarios para brindarle protección.

Salazar llenó sus pulmones de aire.

—Gracias, Santiago. También me preocupa Rebeca. No debemos olvidar que su nombre se mencionó en el anónimo.

—Yo no… —comenzó a protestar la inspectora.

—Es uno de los puntos que quiero discutir en la reunión de hoy —sentenció el comisario, interrumpiendo a Rebeca—. No perdamos más el tiempo y comencemos de inmediato. El primer asunto que

quiero que tratemos es el secuestro del niño. Todavía pienso que tendríais que haberme informado lo que estaba ocurriendo, en cuanto se llevaron al chaval.

Miguel y Ángela bajaron la mirada con expresión culpable. Después de tragar saliva, Pedrera cogió aire y se preparó para dar una explicación.

—Los acontecimientos nos cogieron por sorpresa —intervino Salazar, sin darle oportunidad a su colega de pifiarla—. El chiquillo estaba en peligro y el tiempo corría en nuestra contra. Descubrimos dónde retenían a Juan, gracias al excelente trabajo que hicieron Miguel y Ángela. Ellos fueron quienes identificaron a los secuestradores y eso nos permitió deducir dónde escondían al chico. Actuar con rapidez fue crucial para sorprenderlos. Ahora el niño está a salvo y los secuestradores se encuentran en nuestras celdas.

Santiago frunció el ceño y cruzó los brazos.

—Reconozco que habéis hecho un buen trabajo y eso es lo más importante, pero no excusa que yo me haya enterado después de que todo terminó. Sigo siendo el responsable de esta comisaría.

Salazar levantó las manos en un gesto conciliador.

—Lo sabemos, Santiago. Y asumo toda la responsabilidad, pero comprende la situación: Tuve que tomar la decisión de actuar sin demora para asegurar la vida del chaval. No había tiempo y tú estabas ocupado en una reunión muy importante. Lo siento, pero fue necesario. Además, sé que confías en mí lo suficiente para saber que tengo la capacidad de resolver una situación como la que se presentó.

El inspector jefe ladeó la cabeza y enarcó las cejas, como si esperara con expectación la confirmación de sus palabras.

—Si no es que no confíe en ti, sino que… — Ortiz soltó un bufido y sacudió la cabeza—. Ya me estás liando otra vez. Lo dejaré pasar por esta ocasión, pero a partir de ahora, debéis informarme de lo que ocurre en esta comisaría en todo momento. ¡Sin excepción! No puedo permitir que mis hombres vayan por libre.

—Vale —dijo Néstor, acompañando sus palabras con un gesto de juramento con la mano— No ir por libre. Ni lo hice ni lo vuelvo a hacer.

Santiago llenó sus pulmones de aire con el ceño fruncido.

—Néstor…

—El chico está a salvo y los delincuentes en nuestras celdas —se apresuró a recordarle el inspector jefe.

El comisario dejó escapar el aire despacio.

—De acuerdo. Será mejor que sigamos adelante, antes de que me arrepienta. ¿Tenemos alguna evidencia concreta? No me gustaría que presentáramos la acusación solo con la declaración del chiquillo. Os recuerdo que la grabación que hizo Miguel se consiguió sin la

autorización de los sujetos involucrados, así que podría ser desestimada por el juez, si los defensores lo solicitan. Que lo harán.

Miguel asintió.

—No se preocupe, señor. Tenemos más que eso. A Juan lo llevamos al hospital de inmediato. Contamos con el informe médico forense, acerca de las marcas de las ataduras en sus muñecas. Además, durante su encierro, Juan los escuchó hablar sobre unos documentos que escondía su padre, que demostrarían la participación de Rendón y Pousa en la estafa. Ya hemos solicitado una orden para registrar la casa de la abuela de Juan. Es muy probable que el señor Saavedra escondiera los documentos allí.

Salazar asintió con una sonrisa.

—Todo parece indicar que vais bien encaminados con este asunto —les dijo el inspector jefe, antes de que el comisario tuviera oportunidad de hablar—. Continuad con las indagaciones y ocuparos de dejar el caso bien atado.

—Te aseguro que es lo que haremos —le confirmó Miguel.

Néstor se volvió hacia el comisario.

—Con el chaval a salvo, lo prioritario ahora es afrontar las amenazas contra Rebeca y Aintza.

Ortiz suspiró y asintió.

—De acuerdo, pasemos página con respecto de este asunto. El siguiente punto de la agenda será el caso de la muerte de Raga y las amenazas a Rebeca y Aintza. Reconozco que es mi mayor preocupación en este momento.

Rebeca intervino con el ceño fruncido.

—Puede centrar sus esfuerzos en proteger a Aintza, comisario. No se preocupe por mí. Le aseguro que sé cuidarme sola.

Néstor apretó los puños y sacudió la cabeza. Sus orejas enrojecieron y su tono de voz se endureció.

—No seas terca, Rebeca. Nos enfrentamos a sujetos peligrosos y que están bien organizados. La forma en que consiguieron salvar todos los obstáculos, para lanzar una piedra a la ventana de la habitación de Aintza lo demuestra. No debemos correr riesgos innecesarios.

El comisario empleó un tono de voz conciliador, que contradecía su ceño y la tensión de su mandíbula.

—Estoy de acuerdo con Salazar. No dudamos de tus capacidades, Rebeca, pero tendrás que aceptar que adoptemos medidas para protegerte, hasta que consigamos detener al responsable de las amenazas.

—¿Significa que estaré limitada en mi trabajo, comisario?

Ortiz negó con la cabeza.

—No quiero interferir con tu trabajo, pero sí hacerlo más seguro. Mientras exista esta amenaza, de preferencia permanecerás

dentro de la comisaría. En el caso de que necesites salir de San Miguel, irás acompañada por dos agentes.

Rebeca se inclinó hacia adelante con el rostro tirante, pero su mirada se encontró con la de Néstor, quien estaba tenso como la cuerda de una guitarra. Entonces, bajo la vista a la punta de sus zapatos y borró el ceño de su frente.

—De acuerdo. Aceptaré su decisión, comisario.

Salazar dejó escapar un suspiro de alivio y el peso del mundo abandonó sus hombros. La lluvia golpeaba con persistencia los cristales de la sala, rodeando la reunión con un ambiente sombrío.

—Daremos prioridad a esta investigación —decidió el comisario—. También quiero que mantengáis los ojos abiertos. Aunque el anónimo solo mencionaba a Rebeca y Aintza, es evidente que la situación es mucho más compleja de lo que parece, y todos estamos bajo riesgo. Néstor…

—Todavía no sé cómo, pero te prometo que descubriremos lo que está ocurriendo aquí, aunque tengamos que mirar debajo de las piedras.

—Muy bien. Confío en ti para conseguirlo —Ortiz buscó a Remigio con la mirada—. ¿Qué avances hay en el caso de los sellos robados?

El inspector Toro hizo un resumen de los resultados de sus últimas indagaciones.

—… y el cuerpo que apareció ayer en un descampado pertenecía al empleado del hotel que ayudó a preparar la exposición. Su nombre era Hernán Lazlo. Rebeca y yo nos hicimos cargo. No tuvimos que escarbar mucho para descubrir evidencias de que estuvo involucrado en el robo.

—¿Tenía antecedentes? —preguntó Salazar.

—No —respondió Remigio—. Solo era un padre de familia. Se metió en ese feo asunto, porque necesitaba dinero para resolver una situación familiar difícil. Y cómo era de esperarse, no estaba preparado para sobrevivir en el traicionero mundo criminal. Me temo que su mujer y su bebé quedaron más desamparadas que nunca.

Ortiz cambió de postura.

—El homicidio eleva el caso a otro nivel. ¿Tenéis idea de quién lo cometió?

—Es evidente que Lazlo robó los sellos con un cómplice que no estaba dispuesto a compartir el botín —dijo Rebeca con un encogimiento de hombros—. El forense que examinó el cuerpo nos dio indicios interesantes: lo asesinaron con arma blanca y no se defendió.

Néstor entornó los ojos.

—Entonces, Hernán fue cogido por sorpresa o lo mataron después de drogarlo.

—Estamos esperando los resultados de Toxicología para confirmar si fue drogado o no —reconoció Remigio—, pero mientras los recibimos, asumiremos que conocía a su asesino.

Rebeca se inclinó hacia adelante sobre su escritorio.

—Con respecto de su pregunta sobre sospechosos, comisario, ayer hicimos avances interesantes y tenemos una nueva línea de investigación. Se trata de un sujeto llamado Javier Suárez.

Remigio les hizo un resumen acerca de cómo había surgido el nombre de Suárez durante las indagaciones, y cuál era su relación con la colección de sellos robada.

—¿Qué hay sobre el experto en sellos? —preguntó Miguel—. ¿Lo habéis descartado?

—Tiene coartada —respondió Rebeca—. Su mujer corroboró que anoche llegó a casa a las veinte horas y no volvió a salir, hasta las siete del día siguiente.

Ángela levantó el bolígrafo para llamar la atención y el comisario le dio la palabra.

—Parece muy claro quién es el cómplice y asesino de Lazlo —opinó la subinspectora—. Suárez es el sospechoso más evidente. Habría querido recuperar lo que consideraba su patrimonio, así que tuvo el motivo, está relacionado con el mundo de la seguridad, por lo que disponía de los medios, y no tiene coartada, así que contó con la oportunidad.

Miguel negó con la cabeza.

—No lo sé. Si el ladrón y homicida fue Suárez, ¿por qué envió a un aficionado como Lazlo a conseguir el imán? ¿Y cómo conoció al empleado del hotel? ¿Cómo se relacionaban?

Ángela miró a su compañero y pareja con el ceño fruncido.

—Vamos, Miguel. El empleado debió relacionarse con muchas personas todos los días. Para tener la oportunidad de conocerlo, Suárez solo necesitaba haber pasado por el hotel El Alba en cualquier momento. Tal vez lo planificó así, porque le interesaba involucrarlo o quizá fue un encuentro fortuito y conversaron sobre algún tema en común. No creo que ese sea un motivo suficiente para descartarlo.

Salazar escuchó con atención la discusión de sus colegas, cruzó los brazos y se apoyó en la pared.

—¿Cuál fue el papel que jugó el empleado en el robo?

Remigio cogió aire, antes de responder.

—Bien, además de conseguir el imán que se usó para abrir las vitrinas, estamos seguros de que él fue quien desconectó las cámaras de vigilancia y las alarmas, mientras su cómplice se apoderaba de los sellos.

Néstor asintió.

—Tiene lógica, teniendo en cuenta que Lazlo conocía bien el

hotel y lo más probable es que supiera cómo hacerlo.

—No solo eso. Las cámaras de vigilancia y las alarmas dejaron de funcionar por algunos minutos. La hora coincide con el único momento en que Hernán se apartó de la recepción para ir al servicio.

El inspector jefe se quedó pensativo por algunos instantes.

—¿No hay cámaras de vigilancia en esa calle? ¿O no captaron nada?

Remigio y Rebeca parpadearon a la vez con desconcierto. Él se dio una palmada en la frente.

—¡Cómo he podido ser tan torpe! ¡Nos centramos tanto en el hotel y la Sociedad Filatélica, que no hemos comprobado una pista tan básica!

Rebeca bajó la mirada.

—Lamentamos ese error tan evidente. Confieso que me siento avergonzada.

Néstor ladeó la cabeza y empleó un tono amable.

—No debéis culparos. Es comprensible lo que os ocurrió. La colección contaba con medidas de protección tan rigurosas, que lo normal era pensar que el robo lo había perpetrado alguien que ya estaba en el hotel. Una realidad que se confirmó con la aparición del cuerpo de Lazlo. Además, los acontecimientos de las últimas horas son suficientes para desconcentrar a cualquiera.

—Te agradecemos la defensa, Néstor —dijo Remigio—, pero no tenemos excusa. Es de primero de la academia.

—No es el momento de enfocarnos en errores y culpas —intervino el comisario—. Es un indicio que no habíais tenido en cuenta y vale la pena comprobarlo.

—Sí, señor —respondieron ambos policías en coro.

—Espero vuestro informe.

Entonces, Ortiz dio por terminada la reunión y anunció que estaría en su despacho.

Capítulo 35

Cuando Santiago salió de la sala común, los policías se prepararon para incorporarse a sus actividades. Un correo entró en la bandeja de la comisaría. Después de abrirlo, Pedrera anunció que ya tenían la orden de registro para la casa de la abuela de Juan. De inmediato, imprimió el documento y llamó a Científica para acordar los detalles. Miguel y Ángela abandonaron la sala, seguidos por Remigio, que también se despidió para continuar su investigación en las calles. Néstor y Rebeca se quedaron solos. La sala común se sumió en una calma tensa. En silencio, ambos sentían la amenaza latente que pesaba sobre ellos, desde que recibieron el anónimo. Un temor que había crecido como la pleamar con los acontecimientos de las últimas horas.

Rebeca se levantó de su asiento y se acercó a Néstor para buscar consuelo en sus brazos.

—Me preocupa que tú también estés en peligro —le susurró ella, apretando los labios.

Él deslizó la mano por su mejilla, y la acarició con suavidad, hasta llegar a su mentón y levantarlo, para poder mirarla a los ojos.

—No temas, cariño. Todo va a salir bien. Estoy seguro de que estamos cerca de encontrar respuestas.

Entonces, Néstor la rodeó en un fuerte abrazo y le prometió que todo aquello, pronto sería solo un mal recuerdo.

—Espera aquí, Rebe. No tardaré en volver.

—¿Adónde vas?

—Te traeré un café —respondió él, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo.

Rebeca comprendió, asintió con una sonrisa y regresó a su escritorio, para comenzar a investigar a Javier Suárez.

Con paso decidido, Néstor abandonó la comisaría y se adentró en el laberinto de calles que conducían a La Callecita. El viento helado cortaba su rostro, pero la sensación, lejos de incomodarlo, le infundió ánimos. Cuando llegó al pequeño bar, Gyula lo recibió con una sonrisa, le sirvió un café, le preguntó por Rebeca, y esperó a que su amigo se acomodara frente a la barra y comenzara a saborear la infusión.

—¿Qué te trae tan temprano por aquí?

—Necesito tu ayuda, Gyula. El caso del artista se está

complicando y debemos resolverlo lo antes posible. ¿Has podido averiguar algo sobre el encargo que te hice?

—Te refieres a la banda criminal de Luis Salcedo, ¿no es así? —Salazar dio un sorbo a su taza y asintió—. Estuve haciendo algunas preguntas. Por lo que pude averiguar, después de su muerte, su organización se dividió en pequeños grupos, cada uno liderado por uno de sus lugartenientes. Según lo que me informaron, la organización como tal ya no existe. Sin embargo, aún persisten lealtades y alianzas entre los miembros dispersos. Todavía son peligrosos.

—Eso me temía —dijo Salazar con el ceño fruncido y la mirada baja—. Estamos recibiendo presiones de la calle, para que dejemos de investigar la muerte de Raga…

—¿Presiones de la calle?

—Un anónimo que amenaza a nuestros seres queridos y un ataque inesperado con una piedra a la ventana de la chica de Telmo. Todo con la intención de amedrentarnos. Sospechamos que detrás podría haber una organización, pues descubrimos que está involucrado un experto en *parkour*. Necesito que me ayudes a identificarlo, Gyula.

El tabernero entornó los ojos, al mismo tiempo que comenzaba a secar un vaso, como si esto le ayudara a pensar mejor.

—Un experto en *parkour*… —repitió en tono meditativo—. En este momento no puedo decirte nada al respecto, pero puedo hacer algunas preguntas discretas a ciertas personas. Te noto muy preocupado.

—Tienes razón. Tanto Rebeca como la chica de Telmo han sido mencionadas en forma directa en las amenazas. No voy a negarte que eso me quita el sueño.

—Déjalo en mis manos. Estoy seguro de que podré averiguar algo. No es probable que un sujeto con esas habilidades tan peculiares pase desapercibido.

—Gracias, colega. No es mi intención presionarte, pero cuanto más rápido podamos conseguir respuestas, mejor. Aun así, sé cuidadoso. No quiero ponerte en peligro y todavía no sabemos a qué nos estamos enfrentando.

—No te preocupes. Sé a quién preguntar y cómo. Seré muy prudente y te informaré, en cuanto sepa algún dato concreto.

Salazar vació su taza, le pidió a Gyula que le preparara un café y unas magdalenas para llevar, se despidió con una palmada en el hombro y salió del bar, camino a la comisaría.

En el trayecto iba dándole vueltas a la cabeza. Algunas piezas no encajaban del todo en aquel rompecabezas, pero no era capaz de precisar de cuáles se trataba. La ansiedad ganaba terreno en su ánimo,

en la medida en que se sentía incapaz de darle una estructura coherente a las evidencias. Mientras caminaba por la calle empedrada, Néstor sentía en sus hombros el peso de las preocupaciones. Sacó su móvil del bolsillo interno del gabán y marcó una de las teclas de llamada rápida. Le respondieron de inmediato.

—Chaval, me alegra escucharte. Estoy trabajando en tu encargo. He averiguado que la organización de Salcedo se dividió, pero estoy tratando de precisar nombres.

—Gracias, don Braulio. Sé que está haciendo su mejor esfuerzo para ayudarme…

En pocas palabras, Salazar le explicó las novedades sobre el caso y los últimos acontecimientos. El excomisario lo escuchó sin interrumpirle.

—… así que estoy muy preocupado, don Braulio. La vida de dos mujeres inocentes corre peligro.

—Te comprendo, chaval. Me pondré manos a la obra de inmediato y te mantendré informado de todo lo que descubra.

—Gracias. Sabía que podía contar con su ayuda.

Néstor terminó la llamada cuando ya pisaba la comisaría. Subió al segundo piso, y allí encontró a Rebeca trabajando. Suspiró aliviado. Al menos había conseguido que permaneciera en San Miguel, donde estaba más segura. Sin embargo, era consciente de que no podría retenerla allí de forma indefinida. Seguía en servicio activo, así que en algún momento tendría que salir a la calle y al peligro. Ella apartó la mirada del ordenador en cuanto escuchó sus pasos. Néstor sonrió, tratando de borrar cualquier rastro de tensión en su rostro.

—Te traje algo para desayunar —le dijo Salazar, al mismo tiempo que dejaba el café y un par de magdalenas sobre la mesa, junto a ella.

—Gracias, cariño. Después del despertar intempestivo de la madrugada, este café me vendrá de perlas.

Ella quitó la tapa del vaso de polipropileno y comenzó a dar pequeños sorbos. Levantó la mirada hacia Salazar y enarcó las cejas.

—Intuyo que traerme el desayuno no fue el único motivo que te llevó hasta La Callecita.

—Tienes razón. Gyula ha hecho algunas preguntas en la calle para mí.

—¿Qué averiguó?

Néstor le informó acerca de la dispersión de la organización de Salcedo después de su muerte. Rebeca recibió la información con los dientes apretados y el ceño fruncido.

—Me temo que esto complica bastante la situación, Néstor. Si la muerte de Raga y el anónimo se relacionan con Salcedo, podría ser cualquiera de esos grupos. En esas circunstancias será muy difícil

precisar cuál.

—Lo sé, pero no te preocupes, te aseguro que vamos a descubrir a los responsables.

—¿Qué crees que les está empujando a llegar tan lejos? —preguntó ella—. Si lo piensas bien, no tiene mucha lógica.

—¿A qué te refieres?

Ella entornó los ojos, lo que hizo que una arruga se formara en su frente.

—Salcedo está muerto. ¿Por qué vengar el arrollamiento de su hija después de tanto tiempo? Además, se han atrevido a amenazar a policías y sus familias en forma directa. Cualquiera diría que es una locura. Deben tener un motivo muy poderoso. Si lo piensas bien, si alguno de los grupos residuales de la organización de Salcedo está detrás del crimen, lo que han conseguido es poner el foco de atención de las autoridades sobre ellos y sus actividades. El motivo debe ser muy poderoso.

Salazar clavó la mirada en la pizarra de las evidencias y se quedó pensativo, hasta que asintió.

—Tienes toda la razón. Es lo que me molesta de este caso desde el principio. El nivel de riesgo que ha asumido el asesino va más allá de toda lógica y no se explica por el motivo que le atribuimos, a menos que…

—¿En qué estás pensando?

El inspector suspiró.

—Comienzo a sospechar que nos han estado tomando por tontos.

—¿Tienes una teoría?

Néstor asintió.

—Una descabellada, pero vale la pena ponerla a prueba.

Rebeca sonrió.

—Confío en ti, cariño. Sé que resolverás esta incógnita, sin importar lo difícil que resulte.

Rebeca volvió a centrarse en su ordenador y dejó a Néstor con la mirada fija en la pizarra de las evidencias. Casi se podían escuchar los engranajes de su cerebro mientras pensaba, en medio del silencio que se había apoderado de la sala. En ese momento llegó Telmo, interrumpiendo la concentración de Salazar. El rostro del joven subinspector había recuperado la tensión de sus antiguos días de pesimismo crónico.

—Jefe, ya todo está listo con respecto del viaje de Aintza. Ahora mismo está camino de San Sebastián, junto con Ander.

Néstor asintió.

—Eso debe tranquilizarnos. Estoy seguro de que su hermano sabrá mantenerla a salvo. Ahora, lo más importante es resolver este

acertijo y desenmascarar al asesino.

—¿Desenmascarar? —preguntó Telmo.

—Tiene una teoría —le aclaró Rebeca desde su escritorio, sin dejar de hacer su trabajo.

El subinspector sonrió.

—Esas son buenas noticias, señor. ¿Puede compartir esa teoría con nosotros?

—Todavía, no. Primero quiero asegurarme de que tiene sentido. De momento, te pondré al día con las novedades.

Salazar le explicó a su compañero lo que había ocurrido con la organización de Salcedo después de su muerte. Entonces, le dio instrucciones acerca de sus siguientes pasos.

—Telmo, quiero que hagas una lista de los delitos que se cometieron en La Rioja, alrededor de la fecha del accidente en el que murió Salcedo.

Tanto Rebeca como Telmo intercambiaron una mirada de desconcierto con el ceño fruncido. Ella fue quien rompió el silencio.

—¿Qué piensas encontrar?

—Un fantasma.

El subinspector se puso manos a la obra frente a su ordenador, sin hacer más preguntas. Salazar sacó su móvil del bolsillo y presionó una de las teclas de llamado rápido.

—¿Otra vez molestando? Eres más fastidioso que un calcetín mojado en invierno. ¡Qué me dejes trabajar, joder!

—Lamento interrumpirte, Casi, pero te agradecería mucho que le dieras prioridad al peritaje de las evidencias de la casa de Aintza.

—Serás… «peinabombillas», ¿Tú crees que eres el único detective de La Rioja y que estamos a tu servicio exclusivo? Vamos a ver, ¡Qué tengo más trabajo que un dentista en una convención de vampiros!

—Lo sé, Casi. Y te aseguro que agradezco mucho tu esfuerzo y sabré compensarlo, pero recuerda que este caso tiene implícita una amenaza sobre dos mujeres inocentes. Tenemos que encontrar al responsable, antes de que pueda lastimarlas.

—Detesto cuando me dejas sin argumentos. Hablaste de una compensación.

—Te prometo que cuando todo esto termine, te llevaré un desayuno memorable.

—Mmmmm. De acuerdo, pero será mejor que valga la pena. Le daré caña a mis chicos. Y no me vuelvas a llamar. Ya te llamaré yo.

—Entendido.

Cuando Salazar presionó la tecla roja para colgar, la sensación de impotencia que lo había invadido desde la madrugada, comenzó a desaparecer con lentitud. Al menos, se estaba ocupando de tareas

concretas y tenía una teoría en la cual trabajar. Guardó el teléfono en el bolsillo y se encontró con la mirada expectante de Telmo.

—Jefe, ya tengo la lista. Y es bastante extraña.

Capítulo 36

Con el respaldo de la orden en la mano, Miguel y Ángela se encaminaron a la casa de la abuela de Juan, en la calle San Roque. El coche de los detectives recorrió las estrechas callejuelas del antiguo barrio del chaval. Miguel conducía y Ángela, sentada a su lado, hizo una corta llamada al hospital, manteniendo todos los músculos tensos. Miguel esperó con expectación a que ella concluyera la conversación.

—¿Cómo está Juan?

—Está más tranquilo —respondió Ángela, al mismo tiempo que presionaba la tecla de colgar—. El pediatra me informó que le dio un sedante suave y se quedó dormido. El doctor nos recomienda programar algunas sesiones con un psicólogo infantil, para que se recupere de la experiencia con el menor trauma posible.

Pedrera asintió.

—El chaval es fuerte. Estoy seguro de que lo superará.

—¿Crees que el equipo de Científica encuentre algo útil en la casa? —preguntó Ángela, incapaz de ocultar la tensión en su voz.

—Eso espero —dijo Miguel, cerrando sus manos sobre el volante con fuerza—. No solo no podemos permitir que el asesinato de los Saavedra quede sin resolver, sino que Juan no estará del todo a salvo, hasta que encerremos a esos tíos.

Cuando llegaron frente a la vieja construcción, Miguel aparcó el coche y ambos se bajaron en silencio. La furgoneta de Científica ya estaba allí y los esperaban. El inspector les entregó la orden de registro y usó las llaves de Juan para abrir la puerta. Los policías entraron después de los peritos. Miguel sintió un escalofrío que le recorría la espalda, trayéndole recuerdos de su última visita a esa casa, así como las emociones que habían acompañado al evento.

Ortega, el jefe del grupo de peritos, se acercó a los detectives.

—¿Alguna idea de qué es lo que buscamos?

—Documentos —respondió Pedrera—. Necesitamos que revisen cada rincón en busca de evidencias documentales sobre una estafa. Sospechamos que están escondidas en algún lugar de esta casa.

—¿Tienen alguna pregunta? —quiso saber Ángela.

—Yo tengo una —intervino uno de los miembros del equipo—. ¿Hay algún lugar específico donde deberíamos concentrarnos?

—Revisen todo —respondió Miguel—. Y no duden en avisarnos

si encuentran algo que parezca importante.

—De acuerdo, chicos. Ya habéis escuchado a los detectives —intervino Ortega—. ¡A trabajar!

El equipo se dispersó por el edificio, equipado con cámaras, pinceles y bolsas para recoger pruebas. Miguel y Ángela se quedaron en el centro del salón, tratando de no estorbar y observando a sus colegas, que se mantenían centrados en su minucioso trabajo. La tensión iba en aumento, en la medida en que esperaban la aparición de alguna pista crucial.

Miguel abrazó a su mujer con ternura.

—Resolveremos esto, Ángela —le susurró al oído—. Te prometo que Juan estará a salvo. No permitiremos que vuelva a correr peligro.

—Lo sé —respondió ella con determinación, al mismo tiempo que apretaba con suavidad la cintura de su compañero de trabajo y de vida.

Ambos decidieron esperar fuera del edificio, para no interferir con el equipo de Científica en su meticulosa búsqueda. Se apoyaron en el muro de una casa derruida, cruzando la calle. Dejaron que el aire fresco de la mañana calmara sus mentes inquietas y que el sol les acariciara los rostros cansados. De vez en cuando pasaba algún vecino, sin siquiera notar su presencia. Cada uno sumido en sus propias preocupaciones.

—¿Crees que encuentren algo? —preguntó Ángela en voz baja, sin apartar la vista de la calle.

Miguel asintió.

—Si Rendón y Pousa corrieron el riesgo de secuestrar al hijo de una pareja de policías para detener la investigación, es porque deben existir suficientes evidencias contra ellos. Estoy seguro de que el padre de Juan consiguió reunirlas y eso les costó la vida a él y a su mujer.

—Es cierto, pero no sabemos dónde escondió esas pruebas. Alfonso podría no haber querido involucrar a su madre en ese asunto.

Pedrera suspiró.

—Quizá, pero esta es nuestra mejor apuesta.

Ambos guardaron silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, mientras el tiempo pasaba con una lentitud exasperante. Una hora después, Ortega se asomó a la puerta, los buscó con la mirada y asintió. Los policías comprendieron de inmediato que el equipo había encontrado algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Miguel, al mismo tiempo que se apartaba del muro y se acercaba a la casa.

—Necesitamos que vengan a ver esto.

Ambos regresaron al edificio, siguiendo los pasos del jefe del equipo de Científica. El perito los condujo hasta la cocina, que parecía haber sufrido el paso de un tornado. La mesa y las sillas estaban

apiladas en un rincón. En el centro esperaba uno de los hombres de Ortega, cincel y martillo en mano y con la mirada clavada en el suelo.

Una de las baldosas estaba marcada con una pequeña X, hecha con cinta adhesiva.

Miguel centró la mirada en Ortega con el ceño fruncido.

—¿Qué encontraron? ¿Qué tiene esa baldosa de especial? Parece idéntica a todas las demás.

Entonces, el perito que sostenía el cincel se agachó y apuntó las junturas de la baldosa.

—Observe el color de esta lechada.

Miguel se volvió hacia Ángela, quien enarcó las cejas e hizo un ligero gesto de negación. La atención de ambos se centró en la lechada que rodeaba la baldosa.

—¿Qué tiene diferente? —preguntó Ángela, mientras trataba de encontrar la respuesta por sí misma—. Está oscurecida por el polvo y el tiempo, como las demás.

El perito negó con la cabeza.

—Es oscura, pero no como las demás. Tiene un tono diferente. Si la detalla, verá que es de un color negro carbón, que es un tono más profundo y opaco que en el resto de las junturas, que tienen un color negro marfil, más grisáceo.

Ángela parpadeó.

Miguel se agachó para examinarla más de cerca y aunque no era un experto, vio la diferencia. Entonces, entornó los ojos y pasó el dedo por el borde de la baldosa.

—¿Adónde quiere llegar?

Ortega cogió aire y respondió con voz firme.

—Este color no es natural. Se consiguió mezclando la lechada con polvo de carbón…

—Para que no se diferenciara del resto —concluyó Miguel.

—Es correcto.

Ángela miró la baldosa con los ojos entornados.

—¿No pudo tratarse de una reparación de fontanería, electricidad o algo así?

El perito negó con la cabeza.

—No tendría lógica. Por aquí no pasan ni tuberías ni cables que expliquen que tuviera que ser levantada. Nuestra teoría es que hay un compartimento secreto debajo de esta baldosa. Algo importante se esconde aquí.

Miguel asintió.

—Adelante. Veamos qué hay debajo.

Ortega y su equipo se pusieron manos a la obra y en pocos minutos, retiraron la baldosa. Entonces quedó al descubierto un agujero, en cuyo interior encontraron un viejo maletín de cuero que

descansaba en la oquedad.

Una sonrisa apareció al mismo tiempo en los rostros de los policías.

—Lo conseguimos —susurró Miguel, y se volvió hacia Ángela, poniéndose de pie y envolviendo a su compañera en un abrazo—. ¡Ya los tenemos!

—Entonces, es lo que esperaban encontrar —confirmó Ortega.

Miguel asintió, sin borrar la sonrisa.

—Me sorprendería que no lo fuera.

Gesticulando hacia sus subalternos, quienes ya sabían lo que tenían que hacer, Ortega comenzó el procedimiento para preservar las evidencias. En pocos segundos, los policías se vieron rodeados por varios hombres del equipo que llevaban a cabo tareas concretas. El fotógrafo también se hizo presente y comenzó a registrar en imágenes cada detalle del agujero y su contenido.

—Nosotros nos ocuparemos —les confirmó el jefe de los peritos —. Enviaremos el maletín al laboratorio, respetando la cadena de custodia, y les avisaremos nuestros hallazgos lo antes posible. ¿Alguna sugerencia?

—Sospechamos que los documentos son evidencias de un fraude que quedó oculto, porque quienes lo cometieron asesinaron al auditor que lo descubrió, cuya madre vivía en esta casa.

Ortega asintió.

—Lo sé. Antes de asignarme esta tarea, el jefe Barros me entregó una copia del informe que le enviaron para solicitar este registro.

—Estoy seguro de que los peritos financieros encontrarán información muy interesante en ese maletín.

—De acuerdo. Me comunicaré con ustedes en cuanto tengamos los primeros resultados.

Después de agradecerle al equipo de Científica su colaboración y felicitarlos por su excelente trabajo, los detectives salieron del edificio.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Ángela.

—Interrogaremos a los sospechosos. Hasta que los peritos nos revelen las evidencias, nuestra mejor apuesta es presionarlos por el secuestro de Juan.

—Pero el comisario dijo que…

—Lo sé —la interrumpió Miguel—. El comisario dijo que la grabación no sería suficiente evidencia en un juicio por sí sola, pero también tenemos el informe de las marcas de ataduras en las muñecas de Juan. Los presionaremos. Quizá sea suficiente para que alguno de los dos se quiebre. Tenemos que retenerlos en prisión preventiva, hasta que demostremos que estuvieron involucrados en el fraude.

También necesitaremos encontrar elementos suficientes, para convencer al juez de que abra una investigación sobre el «accidente» donde murieron los padres de Juan.

La subinspectora asintió.

—Tenemos un largo camino por delante, pero estoy segura de que lo conseguiremos. Lo haremos por Juan.

Capítulo 37

Salazar y Telmo continuaban en la comisaría, enfocados en el caso Raga. Rebeca los acompañaba, un poco distraída de su propia investigación. El ambiente en la sala común de San Miguel estaba cargado de tensión como la cuerda de un arco a punto de disparo. Lo que había llamado la atención de Telmo había sido una ola de robos cometidos en clínicas dentales en Haro y Logroño, muy cerca de la fecha en que murió Salcedo. Salazar tenía los músculos de los hombros contraídos, y la mirada incisiva clavada en la pizarra que mostraba las evidencias de la investigación. Telmo y Rebeca lo observaban en silencio, preguntándose por qué aquellos desvalijamientos a clínicas dentales que se perpetraron seis años atrás le resultaban interesantes a Salazar, en relación con el caso. El inspector cogió el rotulador, dispuesto a tomar notas que le ayudaran a despejar su mente de incógnitas.

—Es extraño que estos robos ocurrieran tan cerca uno del otro y luego cesaran de golpe —comentó Néstor en voz baja, al mismo tiempo que se acercaba a la pizarra— ¿Qué es lo que estamos pasando por alto?

Telmo y Rebeca intercambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Jefe?

—¿Qué más puedes decirme sobre ese asunto, Telmo? ¿Qué hay en los archivos?

El subinspector enarcó las cejas.

—¿Se refiere a los robos, jefe? —Salazar asintió—. De acuerdo con los registros, todos siguieron un patrón similar. Los ladrones entraron en las clínicas durante la noche, hicieron un trabajo limpio y desaparecieron sin dejar rastro. Los testigos afirmaron no haber visto nada. Era como si fueran fantasmas. Nunca encontraron a los responsables y los delitos terminaron de forma tan abrupta como habían comenzado.

Rebeca frunció el ceño.

—¿Por qué tendrían que interesarnos esos robos? Ocurrieron hace seis años y no veo qué relación pueden tener con el asesinato de Raga o el anónimo amenazante.

—Tal vez no tengan relación —reconoció Salazar pensativo—. O tal vez son la clave de todo este asunto. Telmo, ¿los robos se

cometieron antes o después de la muerte de Salcedo?

El subinspector consultó los informes.

—Los dos primeros fueron en las dos semanas previas al accidente, el tercero ocurrió el día anterior. El último fue tres días después.

—¿Será posible? —murmuró Salazar para sí mismo.

Los rostros de Telmo y Rebeca no escondían su confusión.

—¿Concuerda con tu teoría? —preguntó ella. Salazar asintió, sin apartar la atención de la pizarra en la que había apuntado la última información.

Por un momento, la habitación quedó sumida en un pesado silencio. Néstor podía sentir la presión acumulándose en sus hombros, como si una enorme piedra hubiera sido depositada sobre ellos.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Rebeca con impaciencia.

Salazar sacudió la cabeza. Quizá se estaba dejando llevar por su imaginación.

—Debemos aclarar este asunto —dijo por fin, con una resolución férrea en su voz—. Estoy seguro de que aquí hay algo que no estamos viendo y que es la clave para resolver todo este embrollo.

Esta vez fue Telmo quien intervino.

—No comprendo qué relación podría existir entre esa ola de robos y el caso que investigamos, jefe, pero estoy con usted. Solo dígame qué quiere que haga.

—Gracias, Telmo —respondió Salazar, esbozando una sonrisa sincera. Entonces miró a Rebeca, que asintió para apoyarlo. Néstor se sintió reconfortado por la confianza y el respaldo incondicional de su compañero y su chica.

—De acuerdo, Telmo. Quiero que solicites el informe de la autopsia de Luis Salcedo. Quizá ahí encontremos alguna pista que nos ayude a avanzar en la investigación. También necesito una orden del juez que me permita solicitar colaboración en las clínicas odontológicas, para que me faciliten información sobre los robos.

El subinspector asintió y se puso manos a la obra.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó Rebeca.

—De momento, solo quiero que permanezcas aquí, donde siento que estás segura, y también que continúes ocupándote de investigar tu caso. Te avisaré si necesitamos que nos ayudes.

Rebeca suspiró.

—De acuerdo, pero recuerda que a mí también me preocupa.

La inspectora volvió a centrarse en su ordenador y en la investigación sobre los sellos. Telmo ya estaba ocupado en cumplir las tareas que le había encomendado su jefe. Después de anunciar que visitaría las clínicas que fueron víctimas de los robos, Salazar le echó

un último vistazo a la pizarra de las evidencias y salió de la sala común.

Néstor cogió el Clío, con la sensación de que había mucho más, debajo de la información recopilada sobre el caso. Faltaban piezas y estaba decidido a encontrarlas y hacerlas encajar en el puzle.

La tarde caía sobre la ciudad, mientras el inspector conducía rumbo a la primera clínica dental que había sido asaltada. Decidió visitar en primer lugar las dos que estaban en Haro. Luego continuaría con las de Logroño. Cuando llegó a la dirección que su compañero le había proporcionado, aparcó frente al edificio y lo observó con atención. La fachada no escondía el paso del tiempo, pero las puertas y ventanas estaban reforzadas. Además, el aviso de un sistema de alarma pretendía disuadir a los amigos de lo ajeno, para que no se acercaran. Era evidente que el robo había sido una amarga lección, acerca de la necesidad de fortalecer la seguridad. Su móvil anunció la recepción de un mensaje. Néstor lo revisó de inmediato: La orden judicial. Justo a tiempo. Cuando Salazar bajó del coche, el viento frío le golpeó el rostro.

El inspector entró en la clínica con la esperanza de encontrar una pista que le permitiera entender lo que estaba pasando. La recepción estaba bien iluminada y las brillantes baldosas resplandecían a la luz de las potentes lámparas. Las superficies estaban libres de cualquier vestigio de polvo. Lo rodeó el olor a solvente para acrílico que se mezclaba con el del desinfectante. Un aroma que le erizó la piel, pues era exclusivo de las clínicas odontológicas.

Lo recibió una recepcionista, que no disimuló su sorpresa cuando él se identificó como policía. La chica lo detalló con las cejas enarcadas, clavando su mirada en la corbata de aguacates, que él ya había incorporado a su marca de fábrica. Después de parpadear un par de veces, por fin se atrevió a hablar.

—No lo comprendo, inspector. No hemos llamado a la Policía. ¿En qué podemos ayudarlo?

Néstor puso su cara de monje tibetano haciendo meditación, y dibujó una sonrisa benévola que pareció relajar a la recepcionista.

—Estoy investigando los robos en clínicas dentales que ocurrieron hace seis años. Me gustaría hablar con alguien que haya trabajado aquí en esa época y que pueda recordar los detalles.

Ella entornó los ojos.

—Yo solo llevo dos años aquí, pero quizá el director pueda ayudarle. Aguarde un momento, por favor.

Mientras Salazar esperaba que la joven recepcionista regresara con una respuesta, su teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo. Al ver el nombre de don Braulio en la pantalla, respondió de inmediato.

—Me alegra encontrarte, chaval. Tengo información importante sobre la organización de Luis Salcedo. Creo que puede ser útil para tu investigación.

—Lo escucho.

—De acuerdo, hice un par de preguntas a mis viejos contactos de la calle y esto fue lo que conseguí averiguar: La organización de Salcedo no desapareció después de su muerte. Todo fue un teatrillo. Alguien asumió el control y maneja los hilos de todos los pequeños grupos desde la sombra… El nombre que mencionaron mis contactos es Cornelio Rodríguez, alias El Chato.

Una profunda arruga se formó en el entrecejo del policía.

—Eso es muy interesante, don Braulio.

—Lo mismo pensé yo —respondió el excomisario, exultante—. Aunque no conseguí confirmar por qué siguieron esa estrategia, no me cuesta imaginar que la intención es pasar desapercibidos para las autoridades. ¿Te resulta de utilidad?

—Por supuesto, don Braulio. Como siempre, su habilidad para conseguir información es un recurso invaluable para ayudarme a resolver el caso. Se lo agradezco mucho.

Néstor casi podía escuchar el pecho del viejo expolicía hincharse a través del teléfono.

—Pues tú a mandar, chaval. Ya sabes. Aquí estoy para lo que pueda serte útil. Que estas tareas que me encomiendas me rejuvenecen.

Cuando terminó la llamada, Salazar se quedó pensativo y dejó que las palabras que acababa de escuchar se asentaran en su mente. La información que le había proporcionado don Braulio sumaba aún más incertidumbre al caso, pero también reforzaba su extraña teoría.

Néstor hizo una pausa en sus razonamientos cuando vio aparecer a la recepcionista con una mujer de mediana edad y mirada decidida. Se dispuso a hacerle las preguntas que tenía preparadas desde que salió de la comisaría.

La directora de la clínica odontológica se presentó como la doctora Martínez. Frunció el ceño cuando Salazar le preguntó por el robo que habían sufrido seis años atrás.

—¿Todavía lo investigan, después de tanto tiempo? Fue una experiencia desagradable, que nos obligó a tomar medidas para reforzar la seguridad, pero ya casi lo tenía olvidado.

—Es posible que tenga relación con una investigación más reciente —explicó Salazar.

La expresión de la doctora dejó ver su sorpresa. Aun cuando era evidente que no comprendía el motivo, se encogió de hombros y aceptó colaborar.

—De acuerdo, inspector. Acompáñeme a mi consultorio y

pregúnteme lo que quiera al respecto.

Una vez en privado, Salazar comenzó el interrogatorio a la doctora. Ella proporcionó detalles sobre lo que se habían llevado los ladrones: instrumental, materiales y ordenadores. También le informó cómo consiguieron entrar.

—Entonces éramos más confiados. Hoy les habría resultado más difícil —reconoció ella.

—¿Contaban con un seguro en el momento en que se cometió el robo?

—Sí, por suerte. Tanto el instrumental como los materiales que se usan en nuestro trabajo tienen costos muy altos, así que habíamos tomado la precaución de contratar un seguro.

—¿Pudieron cobrarlo?

Martínez asintió.

—Nunca se identificó a los responsables ni se recuperaron los bienes robados, pero el seguro cubrió las pérdidas.

Mientras escuchaba con atención, Salazar le daba vueltas a la cabeza. Se esforzó en engranar la información que le estaba proporcionando la doctora con su conversación con don Braulio. También entre todo aquello y la posible relación con la organización criminal que dirigía El Chato. Ese era un sujeto que valía la pena investigar, por su conexión con el difunto Salcedo y sus secuaces. ¿Todo aquello tendría que ver también con la muerte de Raga y el anónimo? Tal vez, si su absurda teoría resultaba cierta.

—¿Conoció usted a un hombre llamado Luis Salcedo? —preguntó Salazar.

—¿Se refiere usted como paciente? —Néstor asintió—. No me resulta familiar.

—Doctora Martínez, ¿alguna vez ha escuchado hablar de un hombre llamado Cornelio Rodríguez, también conocido como «El Chato»?

Martínez arrugó el entrecejo y acompañó su respuesta con una sacudida de la cabeza.

—¿El Chato? No, nunca he oído hablar de él.

—¿Podría comprobar estos dos nombres en sus archivos?

Después de asentir, la doctora anotó los nombres en un papel y dejó solo al policía en el despacho. Regresó al cabo de cinco minutos.

—Lo lamento, inspector. No existen registros de ninguna de esas personas en nuestros archivos. Nunca han visitado esta clínica.

Néstor dejó escapar un suspiro, le dio las gracias a la doctora por su colaboración y se marchó.

Mientras recorría la calle en busca del Clío, Salazar llamó a Telmo y le ordenó investigar a Cornelio Rodríguez. El Chato podía ser una pieza clave en la resolución del caso. Ya en el coche volvió sobre

sus razonamientos, pero todavía le faltaban evidencias para confirmar o descartar su teoría, así que encendió el motor y se dispuso a visitar la segunda clínica de la lista.

Capítulo 38

Con ánimo renovado por el hallazgo del maletín, Miguel y Ángela emprendieron el camino de regreso a San Miguel. En el trayecto, la subinspectora llamó a la comisaría y le ordenó a García que, además de avisar a los defensores de los detenidos, hiciera los preparativos necesarios, pues querían interrogarlos lo antes posible. El agente le informó que los abogados estaban reunidos con sus clientes en ese mismo momento, así que estarían disponibles para ellos en cuanto llegaran. Ángela le dio instrucciones precisas y terminó la llamada.

Minutos después, Miguel aparcaba frente a la comisaría y ambos entraban con paso apresurado. García los recibió con un asentimiento.

—Inspector, subinspectora, el señor Rendón espera en la sala de interrogatorios, junto con su defensor. Tal como ordenaron.

Los detectives le dieron las gracias a García y subieron al tercer piso sin detenerse. El inspector rodeó el picaporte con su mano antes de abrir.

—Vamos a por esos cabrones. ¿Lista?

—Por supuesto.

Miguel abrió la puerta de la sala de interrogatorios y se encontró cara a cara con Rendón. El detenido tenía la frente cubierta por un velo de sudor, pero su mirada era desafiante. El abogado que estaba sentado a su lado era un hombre menudo con amplias entradas y gafas redondas metálicas. Más que mirar a los policías, los escaneó. Miguel comprendió que no sería fácil sacarle información al sospechoso o conseguir una confesión, pero estaba dispuesto a intentarlo.

—Volvemos a vernos, señor Rendón. Soy el inspector Miguel Pedrera y ella es mi compañera, la subinspectora Ángela López —anunció con voz firme—. Estamos aquí para hablar sobre el secuestro de Juan Saavedra y los motivos por los cuales usted y su amigo cometieron ese delito.

Rendón lanzó una rápida mirada a su abogado y volvió a centrarse en los policías.

—No sé de qué me está hablando, inspector. No tengo nada que ver con ningún secuestro.

Pedrera sintió que lo invadía la ira. Cogió aire en un esfuerzo

por calmarse.

—¿Cómo puede negarlo? Mis colegas y yo los pillamos *in fraganti* cuando usted y su socio perseguían al chiquillo por el descampado, porque Juan había conseguido fugarse.

—Malinterpretaron la situación —afirmó Rendón—. Se apresuraron y no nos dieron oportunidad de dar explicaciones.

—Actuaron sin una orden —intervino el abogado—. Violaron los derechos de mi cliente y su amigo, y tendrán que responder por ello.

Miguel sintió calor en su cabeza y tensó los músculos de la mandíbula. Ángela le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo. Ya lo conocía. El inspector contó hasta diez ida y vuelta. Entonces, apoyó sus manos en la mesa y se inclinó hacia adelante para acercarse a Rendón.

—Muy bien. Escuchemos su versión. ¿Cómo explica que los detuviéramos cuando perseguían a un niño que acababa de ser secuestrado y que huía de ustedes?

Rendón se encogió de hombros.

—Vine a Haro a visitar a mi amigo Pousa y me quedé en su casa. Salimos a dar un paseo y la lluvia nos pilló por sorpresa. Entonces, vimos al chiquillo corriendo por el descampado. Parecía asustado, así que tratamos de alcanzarlo para preguntarle si necesitaba ayuda. Entonces, ustedes cayeron sobre nosotros como gorilas sobre un racimo de bananas.

—Ahí tiene su explicación —dijo el abogado—. Por querer ayudar, mi cliente fue involucrado en un delito del que no tenía ninguna culpa.

Miguel se enderezó y sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿cómo explica la conversación que sostuvo con el señor Pousa, donde reconocen el secuestro con claridad?

Rendón sonrió, pero fue su abogado quien respondió.

—Una conversación privada que la Policía grabó de forma subrepticia. Le puedo asegurar que el juez nunca la va a escuchar.

Miguel rechinó los dientes.

—Puede estar seguro de que no se saldrá con la suya —intervino Ángela.

El detenido desplegó una sonrisa sardónica.

—Creo, subinspectora, que ya me salí con la mía. Sin la grabación, no tienen ninguna prueba contra nosotros. ¿O me equivoco?

—Juan puede identificarlos —dijo Ángela.

—Un chico de diez años que acababa de pasar por un trauma extremo, como es el secuestro —argumentó el defensor, al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. No creo que la acusación

progrese.

Ángela frunció el ceño y estaba a punto de contradecir al abogado, quizá revelándole la aparición del maletín, pero esta vez fue Miguel quien presionó su hombro.

El inspector ignoró a Rendón y le habló a su abogado.

—Parece que usted y su cliente llevan las de ganar, pero no se lo pondremos tan fácil. Le aseguro que haremos todo lo que esté en nuestras manos para retrasar la liberación de este secuestrador.

El abogado se puso de pie y se abotonó la chaqueta con gesto petulante.

—Retráselo todo lo que quiera o lo que pueda, inspector, pero no podrá impedirlo.

Los detectives salieron de la sala de interrogatorios, conscientes de que Rendón no se dejaría presionar y que el interrogatorio no los estaba conduciendo a ninguna parte. Las cejas de Ángela estaban tan juntas que parecían una sola, y una arruga de preocupación surcaba su frente. La expresión de Pedrera no era más relajada.

—El comisario tiene razón —dijo ella entre dientes—. Con lo que tenemos, no será suficiente para acusarlos.

Miguel llenó sus pulmones de aire.

—Seamos sensatos…

Ángela lo miró con las cejas enarcadas y los músculos de su cara se relajaron. Miguel sonrió.

—De acuerdo, reconozco que quizá no tenga suficiente moral para aconsejar sensatez, pero es lo único que puede funcionar en este momento.

—Te escucho.

—Pousa parece el eslabón débil de esta cadena. Apliquemos «el dilema del prisionero». Es un método bastante viejo, pero siempre funciona bien.

La subinspectora lo pensó por un momento y asintió.

—Estoy contigo.

Miguel le ordenó a Mendoza que regresara al reo a su celda y que llevara a la sala a Pousa y su abogado, pero que no permitiera que conversaran entre ellos.

—Muy bien, mientras tanto, tú y yo iremos a tomarnos un café —le dijo el inspector a su compañera—. Creo que nos lo hemos ganado.

—Es una gran idea. Nos vendrá muy bien.

Los policías salieron de la comisaría y entraron a una cafetería que se encontraba a pocos metros. Mientras Miguel iba a por los cafés, Ángela volvió a llamar al hospital, para preguntar por Juan. Seguía dormido. Estaba bien y no debían preocuparse. Era poco probable que despertara antes del atardecer, debido a la sedación.

Miguel puso los cafés sobre la mesa y se sentó frente a su mujer. La pregunta estaba implícita en la expresión de su rostro. Ángela lo puso al tanto de la respuesta de la enfermera.

—El chaval es un jabato —afirmó él con orgullo—. Estará bien.

—Lo sé, pero no quiero que se despierte y se encuentre solo. Por otro lado…

—Te comprendo. Tampoco quieres que sus secuestradores tengan la oportunidad de irse de rositas.

—Necesito saber que hicimos todo lo posible por detenerlos y asegurarme de que no volverán a hacerle daño.

Miguel apoyó la mano en el antebrazo de su compañera y ejerció una ligera y reconfortante presión.

—Juan tiene mucha suerte de tenerte, cariño. Y yo también.

Los detectives aprovecharon el descanso para trazar una estrategia frente al siguiente interrogatorio. Para cuando se levantaron de la mesa, ya había transcurrido más de una hora.

—Vamos —le dijo Miguel—. Ya Pousa debe estar trepándose por las paredes.

Ángela sonrió y lo siguió de vuelta a la comisaría. Encontraron a Pousa con la cabeza gacha y los ojos húmedos. Movía una pierna de arriba abajo sin descanso y tampoco podía dejar quietas sus manos. Las agitaba de un lugar a otro con un gesto de frustración, cada vez que los grilletes, sujetos a una argolla de la mesa, le limitaban algún movimiento. Su abogado, un hombre joven y atildado, parecía aburrido y miraba en cualquier dirección, menos a su cliente. Debía estar un poco harto de sus lamentos.

Miguel hizo las correspondientes presentaciones en cuanto entraron en la sala. Pousa los miró con ojos suplicantes sin decir palabra. Quien intervino fue el abogado.

—Todo esto es un terrible error, detectives. Mi cliente solo…

—Ya —lo interrumpió Miguel—. Ahórrese la historia que habían preparado entre usted y el abogado del señor Rendón sobre un paseo al campo, bajo la lluvia. Ya sabemos lo que pasó.

Pousa y su abogado intercambiaron una mirada de preocupación. El detenido no pudo contenerse.

—¿Eso quiere decir que Jaime…? —murmuró en voz baja.

Ángela se sentó frente a él y abrió una carpeta que llevaba en la mano, mientras Miguel iniciaba un lento paseo por la sala.

—Se lo plantearé de esta forma —le dijo el inspector—. Los cargos que afrontan usted y el señor Pousa son muy graves. Incluyen el secuestro de un menor y amenazas contra su vida. Unas amenazas que le recuerdo que se hicieron al móvil de un policía.

—Todo se trata de un malentendido, inspector —insistió el abogado—. Mi cliente y el señor Rendón no tienen nada que ver con

el secuestro ni con ninguna amenaza.

Miguel se detuvo y sacudió la cabeza con energía.

—Esto no es un juego, señor Pousa. Quizá usted no lo sepa, pero le explicaré cómo funciona. Usted y el señor Rendón son cómplices en un delito muy grave. Si alguno de los dos facilita las investigaciones, su colaboración será tenida en cuenta por el juez, a la hora de dictar sentencia. El otro… bien, sobre el otro caerá todo el peso de la Ley —Miguel apoyó las manos sobre la mesa, puso su rostro a pocos centímetros del de Pousa, y repitió—: Todo.

Pousa tragó saliva y se volvió hacia su abogado, que hizo un ligero movimiento de negación con la cabeza. En ese momento, el móvil de Miguel anunció la entrada de un mensaje. Él consultó la pantalla y esbozó una sonrisa. En la medida en que leía, su sonrisa se hacía más amplia. Entonces, le dio el móvil a su compañera, para que también pudiera leer el mensaje. El silencio se apoderó de la sala y la tensión aumentó a niveles casi insostenibles. El detenido sudaba a mares y se removía como si estuviera sentado sobre brasas.

—Esto lo cambia todo —sentenció Ángela, cuando terminó de leer el mensaje de Científica.

—Ya lo creo —confirmó Miguel, al mismo tiempo que se volvía hacia Pousa y su abogado—. Lo que acabamos de recibir es la confirmación que nos envía el laboratorio de Científica: Los documentos, que encontramos escondidos en la casa de la madre del difunto Alfonso Saavedra, demuestran que en ValorServ se cometió un fraude hace tres años. Un fraude en el que usted y el señor Rendón estaban involucrados. Eso es suficiente para abrir una investigación sobre el accidente en el que murieron el señor Saavedra y su mujer. De comprobarse nuestras sospechas, estaríamos hablando también de un doble homicidio. Es su última oportunidad, señor Pousa. ¿Está usted dispuesto a cargar con toda la culpa? ¿Cree que su socio y cómplice también lo hará?

Antonio apoyó los codos en la mesa y escondió su rostro entre las manos, agobiado por la desesperación.

—Está bien. Ustedes ganan. Jaime cometió el fraude y yo lo ayudé. Yo solo le proporcioné información sobre los avances de Alfonso en la auditoría. Fue él quien planificó y llevó a cabo el sabotaje a los frenos del coche de los Saavedra. Nunca pensé que iban a terminar muertos. Les juro que creía que solo le íbamos a dar un susto, para que dejara las cosas así…

—¿Eso fue lo que también le dijo sobre el secuestro de Juan? —preguntó Miguel, haciendo un esfuerzo por contenerse—. ¿Le dijo que solo iba a ser un susto?

Pousa asintió.

—Se lo juro. Nunca tuve intención de hacerle daño al chiquillo.

—¿Aun cuando Juan les había visto los rostros, conocía sus nombres y podía identificarlos? —intervino Ángela— ¿Espera que le creamos algo así?

Por toda respuesta, Pousa rompió a llorar.

Capítulo 39

El cielo encapotado amenazaba la proximidad de otro chaparrón, cuando Salazar aparcó su coche frente a la segunda clínica dental de su lista. La fachada del edificio estaba desgastada por el tiempo, aunque mantenía un cierto aire de dignidad, como un anciano marcado por las cicatrices del tiempo, pero con una mirada orgullosa. Néstor se preguntó si allí encontraría alguna relación entre el robo que habían sufrido seis años atrás, y la investigación sobre la muerte de Raga. ¿Estaría buscando respuestas donde no existían? Su teoría era tan descabellada, que él mismo se la cuestionaba.

Bajó del *Clio* y en cuanto cerró la puerta, el móvil vibró en su bolsillo. Después de consultar la pantalla, Salazar respondió.

—Hola, Gyula. ¿Tienes algo para mí?

—Estuve preguntando por expertos en *parkour* que estuvieran dispuestos a cruzar la línea de la legalidad. Descubrí algo interesante: se trata de un chico. Su nombre es Enrique Padrón.

—¿Por qué te pareció interesante? ¿Le comentó a alguien sobre el «trabajito» de tirar la piedra a la habitación de una chica?

—No, pero anda presumiendo de móvil nuevo, aunque todos en la calle saben que nunca ha tenido dinero ni para comprarse un café.

—Vale la pena seguir esa pista. Gracias por la información, Gyula. Yo me ocuparé de indagar más a fondo al chaval.

—Tú a mandar... Te enviaré su dirección de inmediato.

Esbozando una sonrisa, Néstor se despidió y terminó la llamada. Su móvil anunció la entrada de un mensaje: la dirección prometida. Salazar se comunicó con Telmo de inmediato. El subinspector respondió al segundo tono, y Néstor le notificó acerca de lo que Gyula le había informado sobre Enrique Padrón, incluyendo su dirección.

—Quiero que te ocupes de esto de inmediato, Telmo

—Déjelo de mi cuenta, jefe. Yo también tengo ganas de ponerle la mano encima a ese tío.

—Te comprendo, pero sé prudente. No le des la oportunidad de librarse a causa de un procedimiento impulsivo.

—No se preocupe, jefe. Seré muy cuidadoso.

—Mantenme informado de cualquier novedad.

—Por supuesto, jefe.

Néstor colgó el teléfono con la tranquilidad de que su compañero seguiría esa pista. Ahora, él podía seguir centrándose en los robos a las clínicas y su posible relación con la muerte de Raga.

El inspector guardó el teléfono en su bolsillo y se dirigió a la entrada de la clínica con paso decidido. Se encontró en un largo pasillo con un mostrador, donde el visitante quedaba separado del recepcionista por una lámina de plexiglás.

—¿Tiene cita, señor…?

Salazar negó con la cabeza y le entregó su identificación.

—Necesito hablar con el director de la clínica.

El empleado, con las cejas enarcadas y después de clavar la mirada en la corbata de aguacates, le pidió que esperara un momento, se levantó de su asiento y desapareció. Al cabo de algunos minutos, volvió acompañado por un hombre mayor, que usaba una bata blanca. Tenía el cabello canoso y su rostro estaba marcado con arrugas profundas. Su mirada era firme, pero amable.

—Soy el doctor Jorge Torres, el director de esta clínica. Tengo entendido que es inspector de la Policía y desea hablar conmigo —Néstor asintió y le entregó su carné. Torres lo estudió con detalle, antes de levantar la mirada y devolvérselo—. ¿En qué puedo ayudarlo, inspector Salazar?

Néstor le explicó la razón de su presencia y Torres escuchó sus palabras con atención. Cuando el policía terminó de exponer su solicitud, el director se quedó pensativo por algunos instantes.

—No sé si será posible satisfacer sus dudas, pero colaboraré en lo que pueda. Acompáñeme al despacho, por favor.

El director condujo a Salazar hasta una pequeña oficina, en la que apenas cabía un escritorio. Luego, invitó al detective a ocupar una de las sillas de los visitantes y él se acomodó en la suya. Torres apoyó los codos en la superficie de la mesa y abrió las manos.

—Usted dirá, inspector. ¿Cómo podemos ayudarlo?

—Sospecho que el caso que investigamos se relaciona con el robo que ustedes sufrieron en el año 2016.

El director enarcó las cejas.

—Después de tanto tiempo… ¿Cómo?

—Es parte de lo que quiero averiguar —reconoció Néstor, mirando a los ojos al director.

Con la incredulidad pintada en el rostro, Jorge cogió aire y se encogió de hombros. Aun así, asintió y mostró su disposición a colaborar.

—Usted es el investigador... ¿En qué puedo ayudarle con exactitud?

Salazar guardó silencio por un momento, antes de exponer su petición.

—Necesito que compruebe si tuvieron un paciente llamado Luis Salcedo, más o menos hacia el año 2016.

—Alrededor de la fecha del robo —precisó Torres con una mirada de astucia.

Néstor asintió.

—Es justo lo que quiero saber.

—De acuerdo.

Jorge desbloqueó la pantalla del ordenador y comenzó a buscar en el sistema informático de la clínica. Néstor pudo ver cómo los dedos del director volaban con rapidez sobre el teclado, mientras él en su mente repasaba las posibles conexiones entre Luis Salcedo, los robos y el caso de Raga.

Salazar esperó con paciencia, hasta que por fin, Jorge levantó la vista de la pantalla con la decepción pintada en su rostro.

—Lo siento, inspector, habría querido ayudarlo, pero no encuentro registros de ningún paciente llamado Luis Salcedo, que hubiéramos atendido en el año 2016.

Salazar sintió el bajón de su ánimo, como una marioneta cuyos hilos han sido cortados por un titiritero despiadado, pero no estaba dispuesto a rendirse. Algo en su interior le decía que había una conexión entre Raga, el fallecido Luis Salcedo y los robos. Estaba decidido a no dejar piedra sin remover, hasta encontrarla.

Antes de que Néstor pudiera recuperarse del revés, Jorge entornó los ojos, como si hubiera recordado algo. Entonces, frunció el ceño y se puso de pie.

—Espere un momento, inspector. Voy a revisar nuestros archivos físicos. Aunque perdimos mucha información en el robo, tal vez encontremos algo que sea de utilidad en los documentos impresos.

—¿Existen archivos impresos?

—Son viejos y ya no los usamos, pero me he negado a deshacerme de ellos. Nostalgia por otros tiempos.

—¿Por qué tienen los archivos duplicados?

Jorge se encogió de hombros.

—Ahora todos se encuentran en el disco duro y en la nube, pero en esos días, apenas estábamos comenzando a digitalizar las historias registradas en papel. Cuando robaron los ordenadores, solo nos quedaron los documentos originales. Comenzamos a usar la nube a partir de ese momento.

—¿Alguien ajeno a la clínica sabía que estos archivos físicos también existían?

—Los pacientes estaban informados del procedimiento que llevábamos a cabo para digitalizar las historias, y que su información también estaba respaldada en papel.

Néstor asintió con una sonrisa.

—Veamos qué puede encontrar.

Mientras esperaba el regreso del doctor Torres, la cabeza de Salazar seguía dándole vueltas a todas las opciones, tratando de encajar piezas que no parecían tener la forma apropiada. Pasaron algunos minutos, antes del regreso de Jorge. A la carpeta que sostenía en la mano, le acompañaba una sonrisa triunfal.

—¡Lo encontré, inspector! —comentó, al mismo tiempo que le entregaba los documentos a Néstor—. No hay registros digitales de un Luis Salcedo en 2016, porque debieron quedarse en los discos duros de los ordenadores que se robaron, pero sí encontré esto en nuestros archivos físicos.

Con el corazón golpeándole el pecho por la emoción, el inspector abrió la carpeta. Se encontró de frente con la fotografía del hombre que ya había visto en los archivos de antecedentes criminales. Se trataba de Luis Salcedo. Sin borrar la sonrisa de su rostro, Torres le resumió los datos que quería escuchar:

—Luis Salcedo fue paciente del Dr. Morales, y su última cita fue en febrero de 2016. Además, según consta en las notas de esta historia, las radiografías del señor Salcedo se le entregaron a la Policía, obedeciendo una orden judicial, para que las usaran como medio de identificación forense. Fue una suerte que conserváramos estas, pues las digitales se perdieron en el robo.

Néstor sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Por extraña que resultara su teoría, ese descubrimiento lo acercaba a demostrar que estaba en lo cierto.

Capítulo 40

Mientras Salazar seguía el rastro de su teoría, Remigio conducía por Haro, con los músculos del rostro tensos y los puños apretados sobre el volante. ¿Cómo había podido pasar por alto algo tan obvio como revisar las cámaras de vigilancia de los alrededores? Aquel era un error de novato. ¿Se estaría haciendo viejo? Tampoco comprendía cómo era posible que Rebeca no se hubiera dado cuenta. Aunque tenía que reconocer que en el último par de semanas, la había notado un poco distraída. Remigio sonrió para sí mismo. Tampoco podía culparla. Vivir con Salazar tenía que ser desconcertante. La llovizna pertinaz cubría el parabrisas del coche con insistencia, pero él apenas lo notaba. Su mente estaba enfocada en comprender su descuido y encontrar una forma de corregirlo.

Cuando llegó a su destino, el inspector bajó de su coche y se acercó al hotel El Alba con largas zancadas, decidido a resolver su omisión. El aire frío le arañó los pulmones y una fina llovizna empapó su chaqueta.

Remigio se plantó en la puerta del hotel, escaneó la calle y vio las cámaras de seguridad, que se asomaban desde las entradas de la tienda por departamentos, a pocos metros. Su corazón dio un vuelco. Allí estaban, justo al frente, grabando cada movimiento en la calle, burlándose de su torpeza.

—Maldita sea —murmuró para sí mismo. Se fustigó, repitiendo que había sido un descuido imperdonable. Ahora, solo podía intentar remediarlo.

Antes de acercarse a la enorme tienda, Remigio decidió hacer una llamada necesaria. Esta vez, no se iba a permitir ningún fallo. Sacó su móvil del bolsillo y habló con su compañera. Rebeca le prometió que se haría cargo de solicitar la orden judicial, así que el inspector aguardó con paciencia. Un par de minutos después recibió un mensaje. En él se confirmaba que el juez Aristigueta enviaría una orden por vía digital en pocos minutos. Aunque lo apremiaba el impulso de entrar en la tienda y pedir que le entregaran las grabaciones, sabía que no tenía margen para más equivocaciones. Después de meditar sus opciones por un momento, decidió resguardarse de la lluvia en la cafetería del hotel, dando tiempo a que se cumplieran los pasos legales necesarios.

El inspector escogió una mesa en la esquina junto a la ventana, con vistas a la calle. Pidió un café cortado, que le sirvieron casi de inmediato. Remigio relajó los hombros, mientras veía las finas gotas de lluvia caer sobre la acera empedrada. Las manecillas del reloj avanzaban con una lentitud exasperante y su ansiedad crecía, pero era consciente de que debía seguir los procedimientos legales adecuados, para llevar la misión a buen término. Hizo acopio de paciencia, mientras tomaba pequeños sorbos de su amargo y reconfortante café.

Veinte minutos después, el teléfono del policía vibró sobre la mesa, anunciando la entrada del correo electrónico que esperaba. Abrió el mensaje y encontró la orden judicial digital, firmada por el juez.

—¡Por fin! —murmuró, al mismo tiempo que guardaba su teléfono y dejaba algunas monedas sobre la mesa para pagar el café. Se levantó y salió de la cafetería, cruzando la calle hacia la tienda por departamentos, con paso decidido y sin prestarle atención a la lluvia que comenzaba a empaparlo.

Toro entró en la tienda con la cabeza en ebullición y decidido a conseguir esas grabaciones cuanto antes. Preguntando a los dependientes con los que se cruzaba, consiguió llegar hasta la gerencia. Allí se identificó con la secretaria y le pidió hablar con su jefe. La joven asintió con los ojos muy abiertos, marcó un número en el teléfono y habló en voz baja.

Remigio contuvo la respiración, mirando a un lado y otro, mientras esperaba. Por fin, un hombre corpulento con traje negro salió del despacho. Después de revisar la identificación del policía, el ejecutivo se la devolvió con un parpadeo. Una arruga ocupaba su entrecejo.

—¿En qué puedo ayudarle, inspector?

—Necesito una copia de las grabaciones de sus cámaras de seguridad, correspondientes al lunes 17 de octubre, por la noche. Se trata de una investigación policial y la solicitud está respaldada por una orden del juez.

El gerente asintió con seriedad.

—Por supuesto, inspector Toro. Acompáñeme.

Remigio lo siguió por un pasillo, hasta una pequeña sala de control. Varias pantallas mostraban distintos ángulos de la tienda y de la calle exterior. El ejecutivo le explicó al vigilante a cargo lo que el policía estaba solicitando. El empleado asintió y comenzó una búsqueda en el ordenador.

—Aquí están las grabaciones de la noche del 17 de octubre. ¿Qué hora exacta necesita y cuál es la cámara que le interesa?

El policía contuvo un suspiro de alivio y sonrió.

—Entre las once de la noche y las siete de la mañana. Quiero

las imágenes de la calle del hotel.

El vigilante asintió, cogió una memoria USB y la conectó al ordenador. Después de copiar en ella la carpeta con el vídeo correspondiente, se la entregó al inspector. Toro guardó el dispositivo portátil en el bolsillo. Entonces, les advirtió que tendrían que entregar otra copia igual al mensajero de Científica.

Remigio salió de la tienda por departamentos, sintiendo el peso de la memoria en su bolsillo, como si cada mega respondiera a la fuerza de gravedad. Aunque todavía no sabía lo que iban a encontrar en esas imágenes, estaba decidido a examinarlas hasta el último detalle. Su fallo le pesaba y lo avergonzaba como una cadena que lo arrastraba al fondo de sus inseguridades.

Cumplido su cometido, Remigio regresó a la comisaría de inmediato. Allí solo encontró a Rebeca trabajando en su ordenador. Ella retiró sus manos del teclado y centró toda su atención en su compañero.

—¿Dónde está Telmo? —preguntó Toro—. ¿No debería estar aquí, ocupándose de las tareas que le encomendó Salazar?

—Salió a hacer un registro —le informó su compañera—. Dijo que regresaría pronto. Me alegra que ya estés aquí, Remigio. ¿Conseguiste averiguar algo?

El inspector sonrió con satisfacción.

—Eso creo, pero tú primero. ¿Qué encontraste?

Ella dio un resoplido y negó con la cabeza.

—Estuve comprobando las coartadas de todos los relacionados con la Sociedad Filatélica.

—¿Te refieres a…?

—La recepcionista, el conserje, el guardia de seguridad, y el curador de la biblioteca filatélica. Para resumírtelo en pocas palabras: Todos ellos están libres de antecedentes, viven con sus familias y estas les proporcionaron coartadas.

—¿Son firmes?

La inspectora asintió con expresión resignada.

—Y, ¿qué me dices de Suárez?

—Lo investigué a fondo, pero tampoco tiene antecedentes criminales. Ni siquiera una multa sin pagar. Además, goza de buena reputación entre sus conocidos, sus empleados y sus clientes. No encontré ningún indicio de que pudiera estar involucrado en algo tan turbio como un robo.

—Sin embargo, a diferencia de los demás, él no tiene coartada.

—Es cierto —reconoció Rebeca con un encogimiento de hombros.

—Siendo así, yo no lo descartaría por completo —opinó Remigio—. Quizá el deseo de recuperar los sellos de su abuelo

representó para él una motivación suficiente, que lo empujó a quebrantar la Ley.

—¿Hasta llegar al homicidio?

Remigio suspiró.

—No lo descartemos por completo, todavía. Ambos sabemos que un delito leve puede empujar a otro más grave, en una carrera cuesta abajo que no tiene frenos.

Rebeca asintió.

—Tienes razón. ¿Qué encontraste tú? Pareces un niño que ha recibido los regalos que quería en el día de Reyes.

Toro expandió su sonrisa y palmeó el bolsillo de su chaqueta.

—Tengo las grabaciones de la calle del hotel en la noche del robo.

—¿Y qué estamos esperando para verlas?

Remigio le entregó la memoria y ella la conectó a su ordenador. Telmo regresó en ese momento. Por su expresión, se adivinaba que su salida había sido provechosa. Después de saludar, el subinspector se sentó en su escritorio y continuó ocupándose de sus tareas. Remigio y Rebeca centraron su atención en el ordenador, donde pudieron ver las imágenes de la cámara de vigilancia en la pantalla. El inspector se colocó detrás de la silla de su compañera y ambos se sumergieron en la tarea de examinar la grabación, buscando cualquier detalle fuera de lo común. La tensión y el suspenso eran palpables, y solo las interrumpía el ocasional murmullo de Rebeca cuando señalaba algún movimiento sospechoso en las imágenes.

Mientras estaban ocupados en esa tarea, los ordenadores que se encontraban encendidos anunciaron la entrada de un correo, al mismo tiempo que Remigio y Rebeca recibían un mensaje en sus móviles. Remigio se enderezó. Rebeca consultó su teléfono. Telmo, que había permanecido centrado en su tarea, apartó la mirada de su pantalla por un instante.

—Es sobre nuestro caso, Telmo —le anunció Rebeca, y él volvió a lo suyo con un asentimiento.

—¿De qué se trata? —preguntó Remigio.

—Molina nos está enviando el informe que recibió de Toxicología.

La inspectora abrió el correo y le comunicó las conclusiones a Toro.

—Lazlo no estaba bajo el efecto de ninguna sustancia en el momento de su muerte.

—Entonces, ¿por qué no se defendió de su asesino? —preguntó Remigio, más para sí mismo que para su compañera.

Rebeca negó con la cabeza despacio y abrió el segundo archivo, adjunto al correo.

—Es posible que la respuesta esté en las conclusiones de Científica con respecto de la trayectoria de la herida —La inspectora continuó leyendo en silencio, y luego se apoyó en el respaldo y asintió —. De acuerdo con los peritos, la única forma en que el asesino pudo causar la herida fue desde un lado de la víctima, estando casi abrazado a ella... Están seguros de que Lazlo conocía a su asesino y confiaba en él.

Ambos detectives se quedaron en silencio por un momento, pensando en las implicaciones de lo que acababan de leer. Al cabo de algunos segundos, Remigio sacudió la cabeza.

—No vamos a conseguir nada devanándonos los sesos para tratar de comprenderlo. Sigamos adelante con las grabaciones. Son nuestra mejor apuesta.

—Estoy de acuerdo —respondió Rebeca y ambos volvieron a centrarse en el vídeo.

Capítulo 41

Mientras Remigio y Rebeca mantenían la atención en las grabaciones de la cámara de vigilancia, la lluvia golpeaba en las ventanas de la sala común con un ritmo melancólico, al que contribuía el manto de nubes que oscurecía el cielo de Haro. La penumbra de la tarde otoñal se filtraba en la habitación y creaba un ambiente opresivo. La cabeza del inspector no dejaba de dar vueltas a las últimas evidencias. En la pantalla volvió a aparecer la calle en la que se encontraban el hotel y la Sociedad Filatélica. Un pequeño contador digital mostraba la hora en la parte inferior derecha: las 23:45.

A pesar de que las imágenes solo revelaban la monotonía de una calle vacía, los experimentados ojos de ambos policías escrutaban cada detalle en busca de alguna pista, que pudiera permitirles identificar al escurridizo ladrón. El campo de visión de la cámara cubría parte de la calle adyacente a ambos edificios, pero no llegaba a las entradas de ninguno de ellos.

Después de algunos minutos, con la mirada fija en la pantalla del ordenador, Remigio se enderezó, estiró los músculos y suspiró

—Esto va a ser largo. ¿Quieres un café?

Rebeca detuvo el vídeo, enarcó las cejas y miró hacia la ventana.

—Un café caliente me vendría bien, gracias.

Remigio se levantó y se acercó a la nueva cafetera. Entonces, regresó junto a Rebeca con dos pequeños vasos de cartón reciclable humeantes en la mano. Le entregó uno de ellos a su compañera.

—Aquí tienes. Media cucharadita de azúcar, ¿no es así? —Rebeca sonrió, le dio un sorbo al vaso y asintió—. De acuerdo, volvamos al tajo.

Ambos centraron su atención en la pantalla de nuevo, acompañando el tedio con un sorbo ocasional de sus vasos. Durante algunos minutos, la pantalla siguió mostrando una calle vacía bajo la tenue luz de las farolas.

—Espera —dijo Remigio de repente, al mismo tiempo que señalaba el monitor con su dedo—. ¿Ves eso?

—Lo veo —respondió Rebeca en un murmullo, inclinándose hacia adelante para acercarse a la pantalla.

De repente, el extremo delantero de un coche había aparecido

en el campo de visión de la cámara. Aunque solo se veía una pequeña parte del capó, era evidente que estaba aparcado junto a la acera. El reloj digital marcaba las 00:10.

—Tenemos que identificar ese coche —sentenció Rebeca, al mismo tiempo que detenía la grabación, para detallar mejor la imagen.

—Sí, pero me temo que no será fácil. No se aprecia el color y desde ese ángulo, no se ven la matrícula ni el tipo de coche.

—Sigamos. Quizá más adelante surjan nuevas pistas —propuso Rebeca, recuperando el ánimo—. ¿Listo?

La inspectora miró a su compañero y él asintió.

—Adelante.

Rebeca reactivó el vídeo y volvieron a centrar toda su atención en el ordenador. La lluvia seguía golpeando las ventanas, pero el sonido se desvanecía como una música de fondo, en la medida que sus pensamientos se enfocaban en la sombra que emergía del coche aparcado.

—¡Ahí está! —exclamó Rebeca, al mismo tiempo que señalaba la silueta oscura que avanzaba por la acera, hacia los edificios que vigilaban.

Remigio entornó los ojos, tratando de identificar cualquier detalle.

—¿Por qué demonios la tienda por departamentos no invirtió en cámaras de vigilancia con mejor resolución de imágenes?

—Costos —respondió Rebeca, sin inmutarse—. Es lo que hay. ¿Crees que sea nuestro ladrón?

—Es posible, pero no lo sabremos con certeza, hasta que lo hayamos identificado y nos responda qué estaba haciendo allí a esa hora.

Rebeca parpadeó, detuvo el vídeo y se volvió hacia su compañero.

—¿Crees posible que se trate de una coincidencia? ¿Qué otra explicación encontrarías razonable?

—¿Un huésped del hotel que llegó a una hora intempestiva, por ejemplo?

—No lleva equipaje.

—¿Un empleado cuyo turno comenzaba a esa hora o que llegó tarde debido a un contratiempo? ¿Un vecino que no consiguió aparcar cerca de casa?

—Vale, eres un aguafiestas, pero tienes razón. Existen otras opciones, sin embargo…

—Estoy contigo. Lo más probable es que sea nuestro ladrón. Vamos a continuar, que esto se está poniendo interesante.

Rebeca asintió y volvió a activar la grabación.

La figura se alejó del coche aparcado y comenzó a recorrer la calle, pero para sorpresa de los policías, su destino no era el hotel. Sus pasos lo llevaron a la Sociedad Filatélica.

Rebeca enarcó las cejas y sus palabras salieron cargadas de frustración.

—¿Qué diablos fue a hacer a la Sociedad Filatélica a las 00:10? A esa hora, los sellos que robaron estaban en el hotel. ¿Qué se nos está escapando, Remigio?

Toro se acarició la barbilla y suspiró.

—No lo sé. Yo tampoco lo comprendo.

—Quizá fue Lazlo el encargado de entrar en la sala de conferencias y robar la colección —sugirió la inspectora—. Él ya estaba en el hotel y cuando terminó su jornada laboral, se reunió con su cómplice en la sede.

Remigio lo pensó por un momento y luego sacudió la cabeza.

—No lo veo. No tiene sentido. De haber sido así, la sede de la Sociedad habría sido el lugar menos indicado para el encuentro. No, tiene que haber otro motivo.

—Si la persona de la imagen pudo entrar en la Sociedad Filatélica a esa hora, debe tratarse de uno de los empleados.

—Tienes razón, pero si la colección de sellos que iban a robar estaba en el hotel, ¿qué estaba buscando en el edificio de la Sociedad?

Rebeca suspiró.

—No se me ocurre ninguna explicación. ¿Tú tienes alguna idea?

Por toda respuesta, Toro sacó su móvil del bolsillo y presionó una tecla de marcado rápido.

—Jefe Barros, soy Remigio Toro. Es probable que hayan recibido la grabación de la cámara de vigilancia de una tienda por departamentos… Sí, esas… Mi compañera y yo necesitamos su ayuda. Para que podamos avanzar en la investigación, es crucial que identifiquemos a la persona que aparece cerca del hotel y la Sociedad Filatélica… —Una sonrisa iluminó el rostro de Remigio— Gracias, jefe. Sabía que podía contar con usted. Le daré su mensaje a Salazar.

—Y ahora, ¿qué?

—Sigamos revisando el vídeo. Quizá nos revele más detalles interesantes.

Rebeca asintió y volvió a reactivar la reproducción. A la 1:30 el mismo individuo salía de la Sociedad Filatélica, regresaba a su coche y se marchaba. No se acercó al hotel. Los detectives vieron el vídeo completo dos veces más, pero sin ningún resultado.

La inspectora suspiró y se apoyó en el respaldo de la silla. Su rostro revelaba claras evidencias de un profundo cansancio.

—Parece que esto es todo.

—¿Decepcionada?

Ella se encogió de hombros.

—No era que pretendiera que la grabación tuviera subtítulos con el nombre y número de DNI del sospechoso, pero no habría estado mal que las imágenes fueran un poco más claras o que nos hubieran proporcionado alguna pista.

Remigio sonrió.

—Así que subtítulos… Ve con cuidado. La convivencia con Salazar está influyendo sobre tu sentido del humor.

Con la mención de Néstor, el rostro de Rebeca se relajó. Por un momento, Telmo apartó la mirada de su ordenador, lanzó una rápida ojeada a sus colegas y sonrió. De inmediato, volvió a su tarea.

—Te confieso que esperaba mucho más de este vídeo —reconoció Rebeca—. En especial, cuando apareció el coche. Creí que nos iba a dar una pista crucial, pero solo nos ha confundido todavía más.

Toro entornó los ojos, pensativo.

—Sospecho que esa pista existe, pero no hemos sido capaces de identificarla.

—¿Ahora sí estás seguro de que el sujeto de la grabación es el cómplice?

El inspector asintió.

—Sí, bastante seguro. Existían otras opciones para que alguien llegara al hotel a esa hora, pero con respecto de la Sociedad Filatélica, no tiene ningún sentido, salvo que estuviera relacionado con el robo —Remigio se quedó pensando en sus propias palabras—. Uno de los ladrones ya estaba en el hotel, pero permaneció la mayor parte del tiempo a la vista. No tuvo la oportunidad. El robo debió cometerlo el otro, que estaba en el edificio del frente…

Toro abrió los ojos como si fueran las puertas de una catedral.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rebeca, enderezando la espalda.

—¡El edificio del frente! ¡Eso tiene que ser! —Remigio se dio una palmada en la frente—. ¿Cómo no lo había visto antes, si es evidente? Ya sé cómo lo hicieron.

—¿Qué es lo que es evidente? ¿Cómo lo hicieron? ¡Demonios, Remigio! Dilo de una vez.

Antes de responder, el inspector usó su móvil para hacer una llamada. En esta ocasión, necesitó buscar el número en Internet y marcarlo completo. Después de una corta conversación, en la que se identificó y se aseguró de que iba a recibir la colaboración que necesitaba, Toro terminó la llamada y centró su atención en su compañera, que lo miraba con el ceño cada vez más fruncido.

—Debemos irnos —dijo Remigio—. Te lo explicaré por el camino.

La inspectora se levantó y cogió su chaqueta impermeable.

—De acuerdo. Vamos.

Remigio dio un par de toques en el escritorio de Telmo, para llamar su atención.

—Si Néstor regresa antes que nosotros, dile que no debe preocuparse, porque tomaremos todas las precauciones, para que Rebeca no corra peligro.

—Muy bien, inspector. Se lo diré, aunque estoy seguro de que aun así no le va a gustar.

—Lo superará —respondió Toro, guiñando un ojo.

El subinspector se encogió de hombros y siguió a lo suyo. Cumpliendo las órdenes del comisario acerca de la seguridad de Rebeca, un coche patrulla los siguió para protegerla. Eran conscientes de que el peligro se cerniría sobre ella hasta que Néstor detuviera al autor del anónimo, pero eso no podía condicionar su trabajo policial.

—¿Puedes decirme al menos adónde vamos?

Detrás del volante, Remigio dejó escapar un suspiro y respondió.

—Visitaremos el Archivo Histórico de La Rioja.

—¿Qué vamos a buscar allí?

—Lo comprendí tarde, pero la clave está en la cercanía del hotel a la sede de la Sociedad. Verás, aunque Haro no sufrió bombardeos durante la Guerra Civil, algunas organizaciones clandestinas construyeron pequeños túneles en lugares estratégicos, lo cual les permitió esconder armamento, documentos o personas que eran perseguidas por el bando contrario. La mayoría de esos túneles ya están bloqueados y olvidados, pero…

—¿Un túnel entre ambos edificios? —repitió Rebeca, sorprendida, pero intrigada por la posibilidad—. Claro, si existe uno de esos túneles entre el hotel y la sede filatélica, el individuo que vimos en las grabaciones pudo usarlo para acceder a la colección, sin que nadie sospechara siquiera que se había acercado.

—Eso explicaría cómo pudo robar los sellos sin que se le pudiera detectar. Por eso me comuniqué con el director del Archivo Histórico y nos está esperando.

La inspectora asintió, y fijó su atención en la lluvia que caía a través de la ventanilla del coche.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Remigio.

—Para que el ladrón pudiera entrar en la Sociedad a esa hora de la noche, tuvo que estar en posesión de una llave. Y para saber acerca de la existencia del túnel, tiene que conocer muy bien el edificio.

—¿Uno de los empleados?

—Es lo que no me explico. Todos tienen coartada para la noche del robo.

—Es evidente que tendremos que revisar esas coartadas. Alguno de ellos consiguió engañarnos.

Capítulo 42

La lluvia golpeaba con insistencia los cristales de la ventana del despacho del doctor Torres, mientras Salazar asumía el descubrimiento de la relación entre Luis Salcedo y esa clínica odontológica. ¿Salcedo se relacionaba también con los robos o estaban frente a una coincidencia inocente? No lo creía. Cuando se trataba de sujetos como ese, la palabra «inocente» perdía todo su sentido. El aroma a solventes, eucalipto y desinfectante le resultó incómodo al inspector, porque le recordó los tiempos en que era un chaval y su madre lo llevaba al dentista. Sacudió la cabeza. Debía concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

—Quisiera hablar con el doctor Morales. ¿Es posible? ¿Todavía trabaja aquí?

Torres bajó la cabeza en un asentimiento.

—Por supuesto, inspector. Aguarde un momento, por favor.

El director de la clínica volvió a salir de su despacho y regresó al cabo de un par de minutos, acompañado por un hombre de mediana edad con uniforme sanitario. Después de las presentaciones, Morales tomó la palabra.

—Jorge me dice que quiere hablar conmigo acerca de un antiguo paciente, inspector. Espero poder ayudarlo.

Néstor le mostró la fotografía de la ficha que contenía la carpeta.

—Se lo agradezco, doctor. Se trata de Luis Salcedo. Tengo entendido que fue su paciente hace algunos años.

Morales entrecerró los ojos y observó la imagen durante un par de segundos. Entonces, asintió despacio.

—Sí, lo recuerdo. Fue un caso extraño.

Salazar se inclinó hacia adelante con interés.

—¿Extraño? ¿Por qué lo dice?

El odontólogo le devolvió la fotografía, al mismo tiempo que dejaba escapar un suspiro.

—Salcedo exigió que le extrajera un molar que estaba sano. No había ninguna razón para hacerlo, pero él insistió. Reaccionó con mucha agresividad cuando intenté convencerlo de lo contrario.

El inspector frunció el ceño

—¿Qué ocurrió después?

—No tuve otra opción que acceder a su exigencia, pues temí por mi integridad física si no lo hacía. Después, se marchó satisfecho y se llevó el molar.

Salazar se frotó la barbilla, pensativo.

—¿Recuerda algo más sobre esa visita?

—Lo lamento mucho, inspector, pero no recuerdo nada más —respondió el odontólogo, encogiéndose de hombros—. Fue un incidente extraño, pero en aquel momento, no le di mucha importancia. Asumí que solo era una extravagancia.

—Su paciente lo obligó a realizar un procedimiento que iba contra su propia integridad. ¿Usted no lo reportó?

Morales enarcó las cejas.

—¿A quién? Hasta donde tengo entendido, no se trata de un delito.

Centrado en sus pensamientos, Salazar clavó la mirada en el suelo por un momento. ¿Por qué Salcedo habría querido extraerse una muela sana? ¿Tendría esa «extravagancia» algún propósito en su plan de venganza?

Después de agradecerle a Torres y Morales por su colaboración, Salazar se despidió y salió en busca del Clío. Todavía tenía mucho que hacer si quería encontrarle un sentido a todo aquel galimatías. Una vez en la calle, el inspector se detuvo bajo el techo de la entrada, para protegerse de la lluvia. Su cabeza trataba de encajar la extraña pieza del rompecabezas que le había proporcionado el odontólogo: la curiosa extracción del molar de Salcedo.

¿Por qué? ¿Qué sentido tendría hacer algo así? La respuesta a esa pregunta podría ser la clave que le permitiera desentrañar el misterio que rodeaba al fallecido delincuente y su conexión con los robos en las clínicas odontológicas. También de estos con la muerte de Raga. ¿Existía esa conexión o estaba perdiendo el tiempo buscándola? Aunque todavía no estaba seguro de la respuesta, en su cabeza, las piezas del rompecabezas trataban de encajar unas con otras. No siempre con éxito.

Sin esperar a que la lluvia cesara, Salazar cruzó la calle, subió al *Clio* y se dirigió a la siguiente clínica en su lista. Cuando llegó a la recepción se identificó y le mostró la orden judicial a la secretaria. También le informó por qué se encontraba allí.

—Lo siento, inspector, pero no puedo darle información sobre nuestros pacientes. Es confidencial y necesitaría un mandato judicial específico para cada uno. Me temo que esta orden es muy genérica.

Néstor asintió, sacó la fotografía de Salcedo y se la entregó a la joven. No iba a darse por vencido con tanta facilidad.

—Lo entiendo, pero estoy llevando a cabo una investigación importante. No quiero información sobre sus pacientes. Tan solo que

me diga si recuerda haber visto a este hombre. También que me responda a algunas preguntas sobre el robo del que fueron víctima hace algunos años.

La recepcionista observó con cuidado la fotografía, durante algunos segundos. Luego, negó con la cabeza.

—Esta persona no me resulta conocida. ¿Qué quiere saber sobre el robo?

—¿Qué fue lo que se llevaron?

—Material dental valioso y todos los ordenadores.

—¿Qué tipo de material dental?

La chica se encogió de hombros.

—Instrumentos quirúrgicos, como fórceps y elevadores, además de equipos de rayos X. Fue una suerte que la clínica estuviera asegurada, porque de otro modo no habríamos podido recuperarnos.

—Interesante —reconoció Salazar. Era evidente que los robos habían seguido un patrón.

Después de hacerle algunas preguntas concretas, relacionadas con los archivos que databan del año 2016, el inspector se despidió de la secretaria y salió en dirección a su coche. Al parecer, lo que estaba buscando no lo encontraría allí. Mientras recorría las calles lluviosas y frías, Salazar comenzó a ordenar en su mente todo lo que había descubierto hasta el momento. Si bien no tenía pruebas concretas, el patrón entre los robos era innegable. También había que considerar la extraña extracción de la muela de Salcedo. Ese sujeto no daba puntada sin hilo. ¿Qué oscuro plan había urdido el padre de Valeria? ¿Qué ocurrió con ese plan después de su muerte? ¿Alguien de su banda había cogido el relevo?... ¿Por qué? Si todo aquello estaba relacionado con el arrollamiento de la niña, ¿por qué habían dejado pasar tantos años?

Con cada paso que daba, Néstor sentía que se acercaba un poco más a la verdad, pero todavía quedaban piezas del rompecabezas que no terminaban de encajar. ¿Qué se le estaba escapando?

Una hora después, Salazar llegó a la clínica que finalizaba su lista. Estaba ubicada en la Avenida Pérez Galdós, en Logroño. Era su última oportunidad de encontrar una pista, que le diera sentido a lo que había ocurrido. En esta ocasión, se trataba de un edificio más moderno que los anteriores, con grandes ventanales que dejaban ver el inmaculado interior. Cuando entró, se encontró con una recepción bien iluminada y un ambiente acogedor.

El inspector se identificó con el recepcionista y solicitó hablar con alguien del personal que hubiera trabajado en la clínica en el momento de los robos. Después de consultarlo con sus superiores, el chico le anunció que la doctora Ramírez lo iba a recibir. De inmediato, lo condujo hasta un despacho tan impersonal y aséptico como el resto

del edificio.

La doctora era una mujer de mediana edad, con una sonrisa amable y ojos inteligentes, detrás de unas gafas de montura fina. Cuando se enteró del motivo de la visita de Salazar, asintió.

—Recuerdo aquel robo —comentó ella, al mismo tiempo que invitaba al policía a sentarse—. Fue un episodio bastante desagradable. Se llevaron varios ordenadores y algunos instrumentos quirúrgicos. Nos obligó a permanecer cerrados durante dos semanas. Nunca se recuperó el material. ¿Cómo es que lo investigan después de tanto tiempo?

Néstor ignoró la pregunta, sacó la foto de Salcedo del bolsillo del gabán y se la mostró a la doctora. Ella la miró con detenimiento y negó con la cabeza.

—Nunca había visto a este hombre.

—¿Está segura?

—Sí. Me precio de ser una buena fisonomista.

Las palabras de Ramírez encendieron una chispa en el cerebro de Salazar. Se sentó en el borde de la silla y se inclinó hacia adelante para dar énfasis a su siguiente pregunta.

—¿En sus archivos existe algún paciente que haya dejado de asistir a sus consultas, cerca de la fecha del robo?

Ramírez parpadeó.

—No creerá usted que uno de nuestros pacientes…

—¿Podría revisarlo, por favor? Solo para estar seguros.

La doctora desbloqueó la pantalla de su ordenador y tecleó durante algunos segundos. Entonces, separó las manos del teclado y se apoyó en el respaldo de su silla.

—Sí. Pocos días después, perdimos tres pacientes. Sin embargo, no es tan extraño. Teniendo en cuenta que tuvimos que cerrar durante dos semanas, es posible que buscaran ayuda en otro centro odontológico, si no quisieron o no pudieron esperar.

—¿Podría comprobar si conservan las radiografías de esos pacientes?

—¿No necesita una orden para hacer esa solicitud, inspector?

Salazar negó con la cabeza.

—No quiero que me muestre las radiografías ni que me las entregue. Solo que compruebe si las tienen.

La doctora parpadeó sin disimular su desconcierto. Aun así, accedió a la extraña solicitud del policía.

—En el año 2016, nuestros archivos radiológicos todavía eran físicos. Aguarde aquí un momento, por favor.

Después de veinte largos minutos esperando, la doctora Ramírez regresó para informarle a Salazar, que uno de los historiales había desaparecido.

—No me lo explico. Somos muy cuidadosos con cualquier información que se refiera a un paciente. Aunque después de tantos años…

Salazar solo asintió.

—No se preocupe, doctora Ramírez. Estoy seguro de que la desaparición del expediente no se relaciona con usted ni con la clínica. Solo le voy a pedir un favor.

—Si está en mi mano…

—Solo quiero saber el nombre del paciente.

Ramírez asintió.

—Creo que puedo decírselo. El nombre del paciente cuya historia no podemos encontrar, es Armando Ibarra.

Salazar tomó nota mental de la información. Después de despedirse y agradecer a la doctora por su valiosa colaboración, Néstor salió del edificio y subió al Clío. Antes de mover el coche, llamó a Telmo y le dio una orden. Entonces, encendió el motor y puso rumbo de regreso a Haro.

El cielo estaba oscurecido por las nubes grises, y una fina llovizna humedecía la calzada, obligándolo a conducir más despacio. Su teoría comenzaba a tomar una forma concreta en su cabeza y cada vez le parecía menos descabellada. Ya tenía la certeza de que nada en el caso Raga obedecía a coincidencias. Sin embargo, no bastaba con encontrarle sentido al galimatías. Tendría que demostrar su hipótesis con evidencias capaces de convencer al juez.

Cuando llegó a San Miguel, Salazar entró en la comisaría con prisa, saludó a García al paso y subió al segundo piso. Había llegado el momento de resolver aquel farragoso asunto, descubrir al responsable de los crímenes y enviarlo a juicio con evidencias contundentes.

Capítulo 43

En la sala común, Salazar solo encontró a Telmo. La lluvia se deslizaba por las ventanas y las luces de neón pugnaban por vencer la oscuridad de una tarde sin sol. La sala olía a café y había un vaso de cartón reciclable vacío sobre la mesa de su compañero. El resto de la oficina estaba vacía y un nudo comenzó a apretar el estómago de Néstor. A la ansiedad por comprobar la teoría que iba cogiendo forma en su cabeza, se sumó la que le causó la notoria ausencia de Rebeca. Telmo apartó la mirada de su ordenador, en cuanto escuchó sus pasos.

—¡Hola, jefe! Estuvo mucho tiempo indagando en la calle, ¿encontró algo?

—Creo que sí, algunos datos interesantes, pero antes de compartirlos, quiero enlazarlos en forma coherente, para encontrarles sentido. ¿Qué me dices tú? ¿Alguna novedad?

—Sí, jefe. Hice lo que me pidió y he conseguido algunos avances.

Salazar miró a un lado y al otro como si buscara a alguien. No pudo contenerse más.

—¿Dónde está Rebeca?

Telmo cogió aire y se removió en su asiento.

—Ella… salió con el inspector Toro —respondió el subinspector, bajando la voz—. Recibieron información crucial sobre su caso y tuvieron que marcharse. Me pidieron que le dijera que han tomado todas las precauciones necesarias para garantizar la seguridad de la inspectora, pero no tenían otra alternativa que continuar su investigación fuera de la comisaría.

Salazar frunció el ceño y un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Te dijeron adónde iban? —preguntó, con la voz tensa.

—Lo siento, jefe, pero no me dieron más información. Solo me aseguraron que iban a seguir las órdenes del comisario, relativas a la seguridad.

Salazar asintió y respiró profundo para contener la angustia que comenzaba a invadirlo. De inmediato, sacó su teléfono móvil y envió un breve mensaje a Remigio. A los pocos segundos, volvió a recibir el pulgar hacia arriba, con el que su colega le había mantenido informado de que todo estaba bajo control, desde el momento en que habían recibido el anónimo. Salazar suspiró aliviado, aunque no del

todo convencido.

El inspector volvió a centrar su atención en su compañero.

—¿Cuáles fueron esos avances que conseguiste, Telmo?

—Hice las indagaciones que me ordenó. Con respecto de El Chato, es un digno sucesor de Salcedo. Mencione cualquier delito, que le aseguro que el tío lo ha cometido. También investigué a Armando Ibarra como me ordenó por teléfono.

—¿Qué averiguaste sobre él?

—Casi nada. Solo encontré dos personas con ese nombre. Uno de ellos tiene seis meses de edad. Supongo que no es el que buscamos.

Salazar negó con la cabeza.

—¿Qué me dices del otro?

Telmo consultó sus notas.

—Armando Ibarra, nacido en Huesca en 1977, padres fallecidos, hijo único. Estuvo empadronado en Logroño en el año 2016. No hay más registros sobre él. Ni inscripción en la Seguridad Social, ni cuentas bancarias, ni pagos de impuestos. Así que debió marcharse del país ese mismo año. ¿Cuál es nuestro interés en él, jefe?

—Te lo diré en cuanto lo tenga más claro, Telmo.

El subinspector entornó los ojos, como si tratara de adivinar los pensamientos de su superior. Entonces, se encogió de hombros.

—Por otro lado, ya la copia de la autopsia de Salcedo está en el escritorio de su despacho, jefe. Y Enrique Padrón espera en una de las celdas. Ahora mismo está reunido con su defensor.

Salazar enarcó las cejas.

—¿Ya está detenido? —Su compañero asintió—. Excelente trabajo, Telmo.

Álvarez enderezó la espalda, levantó la barbilla y sonrió con satisfacción.

—Gracias, jefe. Lo tenemos en una celda bajo vigilancia reforzada. Teniendo en cuenta sus habilidades en el *parkour*, consideré necesario tomar precauciones adicionales, para evitar cualquier intento de fuga. Se lo consulté al comisario y estuvo de acuerdo. El tío es un pringado, pero es capaz de moverse como un mono.

—Perfecto. Buen trabajo, Telmo. Por lo visto, nos estamos acercando al objetivo. ¿Cómo conseguiste encontrarlo y detenerlo tan pronto?

—Después de que lanzó la piedra a la ventana de Aintza, Padrón estuvo alardeando de sus habilidades en el *parkour* y de lo rentables que eran. Incluso, le proporcionó relatos detallados de sus hazañas a cualquiera que quisiera escucharle. Usé esa información para convencer al juez Aristigueta de que emitiera una orden de registro en su casa.

Salazar sonrió con satisfacción. Tenía que reconocer que Telmo

apuntaba maneras. El chaval no lo estaba defraudando.

—Veo que aprovechaste bien el tiempo que estuve fuera. ¿Qué encontrasteis?

—Ya me había comunicado con Científica y esperábamos la orden, cerca del piso donde vive Padrón. En cuanto recibí la autorización, llevamos a cabo el registro. Encontramos unos zapatos con huellas, que coinciden con las de la pared frente a la casa de Aintza —explicó Telmo—. El departamento de Científica ya se está ocupando de las evidencias.

El inspector jefe asintió, con el pecho henchido de satisfacción.

—¡Excelente! Son noticias muy buenas. Y un gran avance para resolver el asunto de las amenazas. Fue una suerte que contrataran a un sujeto tan imprudente como Padrón para esa tarea.

Telmo se encogió de hombros.

—Supongo que no es muy fácil encontrar a alguien con esas habilidades y que además esté dispuesto a delinquir.

El inspector asintió.

—Tienes razón. Creo que ha llegado la hora de interrogar a Padrón. Quiero saber quién lo contrató y por qué.

Sin haber borrado la sonrisa de su rostro, Telmo consultó su reloj.

—El abogado llegó hace veinte minutos, así que han tenido tiempo suficiente. Prepararé el interrogatorio de inmediato, jefe. Yo también estoy ansioso por saber lo que este tío tiene que decir.

Mientras Telmo salía de la sala, Salazar experimentó una leve esperanza. Al parecer, la investigación por fin comenzaba a avanzar, por lo que ya estaban encontrando hilos de los cuales tirar para deshacer la madeja. Un poco más relajado, se acercó a la nueva cafetera y se sirvió un café, que saboreó con calma, mientras esperaba. La infusión caliente lo reconfortó. Nada como un buen café en una tarde lluviosa.

Pocos minutos después, Telmo se asomó a la puerta.

—Ya todo está listo, jefe. Padrón y su abogado nos esperan en la sala de interrogatorios.

Néstor tiró el vaso vacío a la papelera y siguió a su compañero escaleras arriba. Uno de los agentes estaba apostado, vigilando la puerta. Salazar lo saludó y le preguntó por su mujer y sus dos hijos. Con una sonrisa, González le respondió que todo estaba bien por casa, al mismo tiempo que les permitía pasar. Cuando entró en la sala, el inspector notó el olor a miedo que era habitual en el pequeño cubículo sin ventilación. La habitación estaba sumida en un silencio opresivo, solo roto por el tintineo de los grilletes del detenido y algún que otro carraspeo por parte del abogado. Padrón era un chico delgado, que apenas comenzaba a afeitarse. Se movía más que un saco de ratones, y

sus ojos bailaban por el pequeño espacio, como si buscara una rendija por la cual escurrirse y escapar. «Hoy no será, chaval». Los grilletes del detenido estaban sujetos a una argolla sobre la mesa, mientras dos guardias adicionales se mantenían vigilantes. Eran parte de las medidas de seguridad especiales que Telmo había preparado.

El abogado, un tío menudo y atildado con gafas de montura metálica, explotó en cuanto cruzaron el umbral, sin darles oportunidad ni siquiera de acercarse.

—¡Ustedes han violado los derechos de mi cliente y exijo que lo liberen de inmediato!

Los policías enarcaron las cejas al mismo tiempo. Néstor se sentó frente a Padrón y su abogado, mientras Telmo se plantaba en una esquina con los brazos cruzados, y expresión de quien ha pedido una *pizza* con anchoas y se la han traído con piña.

—Enrique Padrón —comenzó Salazar con voz firme pero calmada, al mismo tiempo que abría la carpeta que le había entregado Telmo—. Estás aquí, porque hemos encontrado pruebas que te vinculan con una piedra que lanzaste a la habitación de una joven que había sido amenazada. Además de que esta piedra rompió una ventana en la casa de un policía.

Padrón lanzó una mirada de reojo a su abogado, quien hizo un ligero gesto negativo con la cabeza. Entonces, el detenido tragó saliva y guardó silencio. Sus ojos se movían con nerviosismo de Salazar a Telmo y a la puerta. Parecía un animalillo asustado, atrapado en una trampa. Tal vez lo era.

—Mi cliente se acoge a su derecho de guardar silencio.

El inspector siguió mirando la carpeta impasible, como si el abogado no hubiera hablado. Después de un par de segundos, cerró la carpeta, cruzó las manos sobre ella y miró a Padrón a los ojos.

—Queremos saber quién te contrató para «el trabajito».

El joven se removió en la silla y bajó la cabeza sin decir nada. Néstor suspiró.

—A ver, Enrique. Si cooperas con nosotros garantizaremos tu seguridad, pero si insistes en guardar silencio… Bien, a pesar de las evidencias en tu contra, es posible que tu abogado consiga sacarte de aquí y regresarte a la calle… —Una ligera sonrisa asomó a los labios de Padrón— Eso te gustaría, ¿verdad? Sin embargo, ya eres un problema para el tío que te contrató, y si sales de aquí… pues, en ese caso no podremos protegerte… Ya me entiendes.

Padrón levantó la vista con los ojos inundados en lágrimas y lanzó una mirada a su defensor, quien no fue capaz de contradecir al policía. El chico comenzó a temblar sin control. Salazar sintió una punzada de compasión por el joven aterrorizado, pero también sabía que era importante presionarlo para conseguir respuestas.

—Fue… fue un hombre llamado Cornelio Rodríguez. Me contrató para que lanzara la piedra. Me pagó bien, pero le juro que yo no sabía que era la casa de un policía. Tampoco que la chica que dormía detrás de la ventana era su hermana y la novia de otro policía. Lo juro.

—¿Crees que eso hace diferencia, Enrique? —preguntó Salazar con voz indignada—. Sabías que estabas aterrorizando a una chica inocente. No te importó hacerlo, porque la paga era buena.

Padrón tragó saliva.

—Lo siento… De verdad, lo siento.

Salazar suspiró.

—Volvamos a lo que importa. ¿Dónde conociste a Cornelio Rodríguez? ¿Por qué te escogió para el encargo?

Padrón se secó las lágrimas con las manos, antes de responder. Esta vez, él también ignoró al abogado.

—Un colega me recomendó… Trabaja para El Chato desde hace tiempo. Necesitaban un experto en *parkour* y mi colega sabía que yo estaba tieso. Me lo propuso y me pareció una forma fácil de ganarme trescientos pavos.

Salazar y Telmo enarcaron las cejas a la vez. El inspector suspiró.

—¿Así que te metiste en este lío por trescientos pavos? —Enrique asintió—. Chaval, más cenutrio y no naces. Aun así, no dejaremos que te pase nada malo, pero puedes tener la certeza de que tendrás que responder por tus actos.

Capítulo 44

Antes de salir del coche, Remigio presionó la tecla de enviar del mensaje a Salazar, para confirmarle que Rebeca estaba bien. Había aparcado a pocos metros del Archivo Histórico de La Rioja, en Logroño. Bajo una llovizna que se negaba a cesar, los inspectores se apearon y los agentes que los escoltaban los siguieron a pocos pasos. Se detuvieron por un momento frente a las grandes puertas de madera de doble hoja. Remigio llenó sus pulmones con el aire húmedo y frío. Había algo en el aroma de la lluvia sobre las calles de adoquines, que siempre conseguía calmarlo.

—Vamos —lo animó Rebeca, dando un paso en dirección al viejo edificio.

Remigio asintió y entraron. Después de identificarse con el empleado de la recepción, este los acompañó hasta la oficina del director.

—El señor Marcano los está esperando.

El director los recibió con amabilidad.

—¿Encontró lo que le solicité por teléfono, señor Marcano? —preguntó Toro, con un toque de ansiedad en la voz.

—Sí, inspector. En cuanto colgué el teléfono, le ordené a nuestro archivista que buscara los planos en los que están interesados. Los encontró y nos espera con ellos en la biblioteca.

—Excelente. Necesitamos verlos.

Marcano se levantó y los acompañó a lo largo de los viejos y oscuros pasillos. El aroma cítrico de los productos de limpieza apenas conseguía disimular el olor a humedad arraigado en las paredes.

En la biblioteca los estaba esperando el archivista, que parecía tan viejo como el edificio. Y frente a él había varios croquis amarillentos desenrollados: los planos subterráneos de la calle donde se había perpetrado el robo. Minutos después, ambos policías los revisaron con cuidado. Casi de inmediato, Remigio señaló algunas de las líneas en el trazado.

—Tiene que ser esto. Estábamos en lo cierto. Existe un viejo y corto túnel que cruza la calle entre ambos edificios. Desemboca en el antiguo jardín del hotel.

Después de observar el mapa que había señalado el inspector, Marcano asintió.

—Esos túneles clandestinos se construyeron por toda La Rioja, durante los años de la Guerra Civil. En su origen, sirvieron a uno de los bandos en conflicto para ocultar armas y documentos. Todos se clausuraron hace muchos años y ya nadie los recuerda.

—Ese lugar lo ocupa ahora la sala de exposiciones —señaló Rebeca, mostrándole una versión más reciente del mismo mapa.

—¡El túnel era la respuesta que estábamos buscando! —exclamó Remigio, al mismo tiempo que una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro—. Esto explica cómo el ladrón pasó desapercibido, mientras se movía entre los edificios.

Rebeca asintió.

—Ahora también sabemos por qué la persona que captaron las cámaras entró en la Sociedad Filatélica y no en el hotel. Ya no hay duda de que la figura que vimos en la grabación fue la del ladrón.

—Y también el asesino de Lazlo —confirmó el inspector.

Mientras Rebeca llamaba al juez Aristigueta para solicitar una orden de registro, Remigio se comunicó con Científica.

—Jefe Barros, necesitamos un equipo para registrar de nuevo la sala de conferencias del hotel El Alba y la Sociedad Filatélica.

Barros gruñó.

—¡Anda, así, a pares! Ya te estás pareciendo al pesado de Salazar. ¿Es que no sabéis que estamos sepultados en trabajo hasta las cejas?

—Lo sé, jefe, pero es necesario.

—No, si ya lo sé, pero eso no me quita el derecho de quejarme y acordarme de vuestros muertos, cada vez que me buscáis más trabajo. Prepararé el equipo. Envíanos la orden en cuanto la tengáis. Reuniros frente a los edificios donde se ejecutará el registro.

El inspector se despidió y terminó la llamada con una sonrisa. Su compañera también acababa de colgar.

—El juez nos enviará la orden con firma digital —le confirmó Rebeca.

—Perfecto. Nos encontraremos con el equipo de Científica frente a la Sociedad Filatélica —Remigio se volvió hacia Marcano—. Necesitaremos los planos.

—No podemos entregarles los originales —se excusó el director —, pero ordenaré que les hagan una copia de inmediato.

Cuarenta y cinco minutos después, Remigio, Rebeca y los dos agentes, esperaban aparcados frente a la Sociedad Filatélica. Ya tenían la orden del juez y habían desplegado la copia del plano sobre el capó del coche patrulla. No tuvieron que esperar mucho. Casi de inmediato, apareció la furgoneta de Científica y de ella bajaron media docena de peritos. El inspector reconoció a Carlos Colmenares en el jefe del grupo. Colmenares se acercó a ellos, mientras sus hombres bajaban los

instrumentos del vehículo.

El agente de Científica saludó a los policías y ellos lo pusieron al tanto de la tarea que tenían por delante. De inmediato, Carlos centró su atención en el plano, lo estudió con ojo experto y cuando se dio por satisfecho, asintió.

—Buscaremos las entradas al túnel desde ambos lados a la vez.

Colmenares gesticuló en dirección a uno de sus compañeros, que también se acercó.

—Organiza dos equipos. Buscad cualquier entrada o salida oculta, como paneles móviles o falsas paredes. Y revisad el túnel que conecta los edificios.

Mientras se preparaban para entrar, el teléfono de Remigio comenzó a sonar. Era el jefe Barros. El inspector le advirtió a su compañera y activó los altavoces del móvil. La voz del jefe de Científica se escuchó con claridad.

—Tengo novedades para vosotros. No ha sido fácil, porque no tiene antecedentes, pero por fin descubrimos quién es el hombre que captaron las cámaras. No tenemos duda de que se trata de él. Conseguimos identificarlo gracias a un programa de reconocimiento facial, que comparó las imágenes de la grabación con las fotografías que él mismo había publicado en sus redes sociales.

Remigio y Rebeca intercambiaron una mirada de expectación.

—¿Quién es, Casimiro?

—Su nombre es Marcos Roncesvalles.

Ambos policías sonrieron. Habían identificado al escurridizo ladrón: el especialista en filatelia que visitaba la Sociedad a diario y permanecía horas en la biblioteca, ocupado en «su investigación». Por fin, las piezas encajaron en su lugar.

El inspector terminó la llamada y guardó el móvil, al mismo tiempo que su compañera daba voz a sus pensamientos.

—¿A qué estamos esperando? Debe estar allí adentro. Vamos a por él.

Remigio y Rebeca abrieron la marcha, seguidos por los dos agentes que los escoltaban. Detrás de ellos iba el equipo de Científica, con todos los instrumentos que necesitaban para llevar a cabo el registro. La recepcionista enarcó las cejas y palideció cuando vio avanzar la comitiva.

—¿Dónde está Marcos Roncesvalles? —le preguntó el inspector, sin darle tiempo a recuperarse de la sorpresa.

—Eh… Está en la biblioteca, señor.

Remigio les ordenó a Colmenares y sus compañeros que aguardaran en la recepción, mientras él y Rebeca, acompañados por los dos agentes, avanzaban hacia la biblioteca. Los policías entraron como una tromba. Roncesvalles se sorprendió cuando los vio, pero de

inmediato comprendió que iban a por él, así que empujó a Rebeca, tirándola al suelo y salió corriendo por la puerta, aprovechando el desconcierto que causó su reacción.

Mientras Remigio se ocupaba de comprobar que su compañera estaba bien, los dos agentes reaccionaron con rapidez para interceptar al fugitivo. Lo detuvieron a pocos metros, antes de que consiguiera alcanzar a la recepción.

Para cuando Remigio y Rebeca llegaron junto a sus colegas y el fugitivo, ya Roncesvalles estaba esposado y protestando su inocencia. Soria, el director de la Sociedad, apareció en ese momento.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es todo este alboroto? ¡Marcos! ¿Por qué estás esposado?

Remigio cogió aire y le explicó al confundido director qué era lo que había ocurrido. Luego se volvió hacia los agentes.

—Llevadlo a comisaría. Es hora de que el señor Roncesvalles nos cuente todo lo que sabe.

El detenido los miró furioso, pero no tuvo más remedio que dejarse conducir por los agentes. Los detectives intercambiaron una sonrisa de satisfacción. Por fin habían atrapado a su ladrón. Orden en mano, el inspector se acercó a Soria y le informó acerca del registro que iban a llevar a cabo. Todavía impactado por los acontecimientos, el director se limitó a asentir. Con un brillo en la mirada, Rebeca se dirigió a Colmenares.

—Ya podéis comenzar vuestro trabajo. Encontremos ese túnel.

El agente de Científica encabezó a su grupo en su recorrido hacia la biblioteca, para cumplir su tarea. Los detectives fueron tras ellos y una vez en la sala, desplegaron los planos que les habían facilitado en los Archivos Históricos. Los peritos de Científica se agruparon a su alrededor.

—Este túnel que cruza la calle entre ambos edificios conduce al antiguo jardín del hotel, hoy sala de exposiciones —les explicó Remigio—. Se utilizó para ocultar armas y documentos, durante los años de la Guerra Civil.

—¿Podemos acceder también a esa sala de exposiciones? —preguntó Colmenares.

—Por supuesto. Tenemos la orden judicial y estoy segura de que el gerente del hotel no pondrá ningún impedimento —respondió Rebeca—. ¿Necesitan que los acompañe?

—No será necesario —dijo el agente de Científica—. Si nos facilita la orden, nos las apañaremos.

Rebeca asintió y les envió un mensaje con la orden del juez, firmada electrónicamente. Colmenares comprobó que la había recibido, dejó a uno de los equipos trabajando en la biblioteca y salió con otro grupo en dirección al hotel.

Media hora más tarde, todos los agentes de la Policía Científica inspeccionaban cada centímetro de la biblioteca, en busca de cualquier indicio que pudiera señalar la entrada secreta al túnel.

De repente, uno de ellos gritó y señaló una de las estanterías que bordeaban la sala. Los inspectores se acercaron con rapidez. Él mueble parecía sólido, pero cuando lo empujaron hacia un lado, se deslizó con suavidad sobre rieles ocultos y reveló una abertura en la pared.

—Esto es —dijo el perito—. Un mecanismo de palanca oculto detrás de los estantes desbloquea la puerta. El riel fue engrasado hace poco tiempo.

Los agentes de Científica entraron primero. Una rústica escalera metálica los llevó a nivel subterráneo. Remigio y Rebeca fueron tras ellos con mucho cuidado de seguir sus pasos, para no arruinar posibles evidencias. El pasadizo estaba limpio y en buen estado. Incluso, contaba con un rústico cableado que le proporcionaba luz eléctrica.

Rebeca señaló el suelo.

—Mira esto, Remigio. Hay huellas de barro y trozos de hojas que todavía no se han secado. Alguien ha pasado por aquí hace muy poco tiempo.

Toro asintió con una sonrisa. Las evidencias sugerían que estaban en el camino correcto.

Remigio, Rebeca y los peritos avanzaron por el túnel, atentos a cualquier detalle. Hacia la mitad del recorrido, el agente que encabezaba el grupo señaló un bulto junto a la pared.

—¿Lo veis? Allí, en el suelo.

En el lugar señalado había un objeto metálico. Se acercaron para examinarlo.

—Es un imán de neodimio —dijo otro de los compañeros de Científica.

—Fue el que se utilizó para abrir las vitrinas que contenían los sellos —confirmó Remigio.

—Aquí hay algo más —advirtió otro de los agentes, que se había agachado junto a una caja de herramientas, próxima al imán—. Alicates aislados y guantes dieléctricos. Debieron usarlos para cortar los cables de las baterías, que alimentaban alarmas y cámaras...

Rebeca respiró profundo.

—Es evidente que Roncesvalles usó este túnel como punto de partida para sus planes.

Remigio señaló una esquina donde había una lona.

—¿Qué es eso?

Los peritos se pusieron manos a la obra. Tomaron fotografías, apartaron la lona y la guardaron en una bolsa de pruebas. Debajo apareció un maletín nuevo de cuero. El jefe del grupo lo abrió con

mucho cuidado. En su interior encontraron la colección de sellos que había sido robada.

Un suspiro de alivio salió de todos los pechos en coro.

—¡Bien! —exclamó Remigio—. Esto está casi resuelto.

Después de ocuparse del maletín, y preservarlo para la obtención de evidencias, uno de los hombres se hizo cargo de él. Lo llevaría de inmediato al laboratorio, escoltado por los dos agentes que acompañaban a los inspectores. Después de extraer todas las pruebas y seguir los procedimientos necesarios, los sellos serían devueltos a su legítimo dueño.

Una vez iniciado el procedimiento correspondiente a la colección robada, la comitiva siguió adelante a lo largo del túnel, hasta encontrar una segunda escalera que terminaba en un tabique, que cerraba el otro extremo. Una palanca en la pared debía ser el mecanismo para abrir la salida, pero no tuvieron tiempo de accionarla. De repente, el tabique se abrió y se dieron de bruces con el segundo equipo.

Del lado del hotel, el pasadizo desembocaba en un armario de artículos de limpieza de la sala de conferencias. Colmenares les explicó que una de las paredes del armario tenía un aspecto extraño. Cuando presionaron la superficie, notaron que vibraba como si no fuera maciza. Comprendieron que se trataba de un falso panel, hecho con una fina capa de madera contrachapada, que estaba pintada como el resto del armario. El sistema de apertura era un mecanismo de palanca oculto, disfrazado como uno de los ganchos para colgar utensilios de limpieza. Al girar el gancho hacia la derecha, el panel se destrababa y era posible deslizarlo hacia un lado, permitiendo la entrada al túnel.

—Ingenioso —reconoció Rebeca.

Remigio asintió.

—Roncesvalles ha sido muy hábil, pero cometió un error cuando permitió que la cámara de vigilancia lo captara, aunque fuera en una grabación de tan mala calidad.

—Confió demasiado en su propia astucia —opinó Rebeca—. Esto lo aclara todo. Roncesvalles accedió a la sala de exposiciones cerrada y vigilada. Solo necesitó que Lazlo desconectara la fuente de poder de las cámaras de vigilancia y la alarma, lo cual le llevó apenas unos minutos…

Remigio cruzó los brazos y asintió.

—Ya Roncesvalles estaba en el túnel. Con las alarmas inhabilitadas, pudo acceder a la sala de exposición, abrir las vitrinas y llevarse los sellos en la maleta. Todo encaja a la perfección. Por fin tenemos todas las piezas del rompecabezas.

—Ahora solo necesitamos reunir las pruebas y elaborar el

informe, para llevar a Roncesvalles frente al juez —afirmó Rebeca, con una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 45

Antes de volver a la comisaría, Remigio y Rebeca visitaron a la mujer de Roncesvalles, quien recibió la noticia del arresto de Marcos con desconcierto y espanto. Después de interrogarla, tuvieron la certeza de que no sabía nada acerca de las andanzas delictivas de su marido, así que le participaron lo que podía esperar a partir de ese momento y emprendieron el camino de regreso a San Miguel. En cuanto llegaron, García les informó que ya Roncesvalles esperaba en su celda y estaba reunido con su abogado. Había solicitado uno de oficio.

—Queremos interrogarlo lo antes posible, Pedro —dijo Remigio —. Antes de que tenga tiempo de recuperarse de la sorpresa.

García cogió aire y se balanceó un poco.

—Comprendo, señor, pero me temo que tendrá que esperar para usar la sala de interrogatorios. En este momento, el inspector Salazar se encuentra allí, con el tío que tiró la piedra a la ventana de Echevarría.

La noticia de que Néstor ya había pillado al sujeto que había tirado la piedra y que estaba relacionado con el anónimo, hizo que Rebeca sonriera con alivio y orgullo a la vez.

—Tal vez podríamos interrogarlo en otro lugar —sugirió la inspectora.

García asintió y usó la centralita para comunicarse con Lali. Minutos después, el comisario les había cedido su despacho a los detectives, para que llevaran a cabo el procedimiento. Los agentes trasladaron a Marcos, con las muñecas sujetas con grilletes. El detenido se acomodó en una de las sillas frente al escritorio y levantó la barbilla con insolencia. Sus ojos recorrieron la oficina del comisario, deteniéndose en las estanterías de madera, cargadas de textos legales y carpetas polvorientas. El abogado de Roncesvalles ocupó el asiento junto a él, con la espalda muy recta y el ceño fruncido. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa.

Remigio y Rebeca permanecieron de pie. El inspector comenzó a pasearse por la habitación y sus pasos resonaron en el suelo embaldosado. Mientras tanto, ella se plantó en un rincón con los brazos cruzados y la mirada fija en el detenido. Sus pupilas se clavaron en Roncesvalles como puñales.

—¿Dónde estuvo la noche del robo? —preguntó Remigio. Su

tono era calmado, casi amistoso. Marcos se encogió de hombros.

—Ya se lo dije: en casa, con mi mujer. Pueden preguntárselo.

—Ya lo hicimos —respondió Rebeca—. Se lo preguntamos, después de nuestra primera entrevista y también hace algunos minutos, cuando fuimos a visitarla.

Roncesvalles parpadeó, pero se recuperó de su desconcierto casi de inmediato.

—Entonces, sabrán que les dije la verdad. La noche del robo de los sellos estuve en casa.

Remigio se acercó y apoyó las manos en la mesa. Clavó la mirada en el sospechoso.

—No trates de jugar con nosotros, Marcos. Sabemos que estuviste en la biblioteca esa noche.

El experto en filatelia tragó saliva, pero mantuvo la mirada desafiante.

—No fui a la biblioteca esa noche. Si hablaron con mi mujer, ella debió confirmarlo.

—Su mujer corroboró su coartada —admitió Rebeca, desde su esquina—, pero cuando volvimos a hablar con ella hoy, descubrimos que sufre de insomnio y toma una medicación muy fuerte para poder dormir…

Marcos abrió los ojos como una caricatura. Remigio continuó la explicación que había comenzado su compañera.

—En otras palabras, Marquitos. Lo que mi colega quiere decir es que esperaste a que las medicinas hicieran efecto, y tu mujer alcanzara un sueño profundo. Luego saliste de casa, cometiste el robo y regresaste, antes del amanecer y de que ella supiera que te habías ausentado. ¿No fue así como ocurrió?

—Ella lo cree posible —sentenció Rebeca.

Roncesvalles miró a uno y otro policía. Parecía un animal en una trampa.

—Todo son especulaciones —intervino el abogado—. No tienen ninguna evidencia concreta de que…

—En eso se equivoca, doctor —lo cortó Remigio, al mismo tiempo que se enderezaba y cruzaba los brazos. Entonces, centró su mirada en el detenido—. Las cámaras de seguridad de la tienda por departamentos de esa calle te grabaron entrando a la biblioteca a las 00:10 y saliendo a las 2:45. No puedes negarlo.

Marcos tragó saliva de nuevo, sabiéndose acorralado. Su rostro iba perdiendo color conforme avanzaba el interrogatorio. Se frotó la cara con las manos y los grilletes tintinearon, para recordarle su difícil situación.

—De acuerdo, estuve allí —admitió con un suspiro—. Pero no tuve nada que ver con el robo. No podía dormir y fui a la biblioteca a

investigar. Nunca me acerqué al hotel ni a los sellos.

—Ya tienen una respuesta lógica a la presencia de mi cliente en el lugar y la hora de los acontecimientos —intervino el defensor, al mismo tiempo que se ponía de pie y se abotonaba la chaqueta del traje—. Fue una coincidencia fatídica, pero solo eso, una coincidencia. Se excedieron en sus atribuciones cuando arrestaron al señor Roncesvalles con evidencias tan frágiles. Mi cliente es un ciudadano respetable, y muy conocido en los círculos filatélicos, que no debería estar pasando por este trance. Tomaremos medidas para que respondan por este ultraje y…

Remigio y Rebeca intercambiaron una mirada de hastío. Fue él quien respondió.

—Deje la perorata y vuelva a sentarse, abogado. Todavía no hemos terminado —Entonces, volvió a centrarse en Roncesvalles—. Así que fuiste a la biblioteca a investigar…

Marcos asintió con los dientes apretados y la mirada desafiante.

—Es lo que dije.

Remigio alzó una ceja.

—¿Fuiste a la biblioteca para investigar a la medianoche? No me hagas reír —El inspector volvió a apoyar las manos en el escritorio y acercó su rostro al de Roncesvalles. El detenido se echó hacia atrás —. Escúchame, Marcos, sabemos que robaste la colección de sellos, también sabemos cómo lo hiciste y los encontramos en el túnel que utilizaste. Si confiesas, es posible que el juez lo tenga en cuenta.

Marcos palideció.

—Yo… No tengo nada que ver con eso. No sé de qué túnel me está hablando —el tintineo de los grilletes delató el temblor de sus manos—. Le juro que sufro de insomnio, al igual que mi mujer, pero yo no tomo ninguna medicina. No era la primera vez que iba a la biblioteca de la Sociedad durante la noche, para aprovechar el tiempo.

Remigio suspiró, sacudió la cabeza y cruzó los brazos. Marcos tragó saliva y una gota de sudor corrió desde su frente, a pesar del frescor de la tarde otoñal.

—Solicito una pausa para hablar con mi cliente —intervino el abogado, cuyo tono había perdido todo vestigio de altanería.

Rebeca no se movió. Sin descruzar los brazos, Remigio separó los pies y aumentó su base de sustentación como si esperara resistir una embestida. Miró a Roncesvalles a los ojos.

—No te creo. Sé que estás mintiendo.

Marcos tragó saliva, pero mantuvo la mirada desafiante.

—No hay razón para que mienta. No tengo que ver con el robo ni sé nada acerca de ningún túnel. Mi presencia allí esa noche se debió a una fatídica coincidencia. Eso es todo.

Remigio negó con la cabeza despacio y chasqueó la lengua.

—La verdad es que utilizaste el túnel para acceder a la sala de exposiciones del hotel, robaste los sellos, y ahora estás mintiendo como un bellaco.

Rebeca se acercó y esta vez fue ella quien apoyó las manos en la mesa, para mirar al detenido a los ojos.

—Sabemos que planeaste el robo durante meses. Sabemos que utilizaste tu investigación para justificar tus visitas a la Sociedad Filatélica. Te dedicaste a limpiar el acceso al túnel, que fue lo que te permitió llegar hasta la colección y robarla.

Marcos se removió en la silla.

—Eso... Eso no es cierto —tartamudeó—. No tengo ni idea de qué túnel están hablando.

—¡Deja de mentir! —gritó Remigio—. Sabemos todo lo que pasó, entramos en el túnel y en este mismo momento, el departamento de Científica está analizando todas las evidencias que recogió en su interior. Eso incluye el imán de neodimio, las herramientas que utilizó tu cómplice para desactivar las alarmas y el maletín con la colección de sellos. ¿Estás seguro de que fuiste lo bastante cuidadoso, para no dejar ninguna huella ni muestra de ADN que podamos relacionar contigo? Ya descubrimos la verdad, Marcos, y cuanto antes la admitas, será mejor para ti.

Vacilante, Roncesvalles se volvió hacia su abogado. La expresión del defensor no dejaba duda acerca de su desaliento. El detenido agachó la cabeza y se la sujetó con ambas manos, al mismo tiempo que murmuraba:

—Está bien, lo admito. Tienen razón. Codiciaba la colección desde que supe de su existencia. Y planeé el robo desde el momento en que me enteré que sería exhibida en el hotel El Alba.

—De acuerdo —dijo Remigio, suavizando el tono de voz—. Te escuchamos. Será mejor que no intentes mentirnos.

Con lágrimas en los ojos, Roncesvalles comenzó su confesión.

—Pasaba muchas horas en la biblioteca y descubrí la existencia del túnel, mientras me ocupaba de mis investigaciones. Me di cuenta de que uno de los estantes era movible y se encontraba sobre un riel. La curiosidad me impulsó a investigar escaleras abajo, y en el propio corredor encontré una vieja caja polvorienta, que contenía una copia de los planos. Allí se mostraba que el pasadizo conectaba la Sociedad Filatélica con el hotel El Alba.

—Y decidiste utilizarlo para robar los sellos —concluyó Rebeca con desdén.

Marcos asintió, y bajó la cabeza.

—Sí. Pasé semanas limpiando y acondicionando el túnel, para asegurarme de que llegado el momento, podría utilizarlo.

—¿Cómo lo hiciste sin que nadie lo notara? —preguntó

Remigio.

—Durante el día me ocupaba de las investigaciones, pero muchas veces visitaba la biblioteca fuera del horario laboral.

—¿Cómo accedías a la Sociedad en esas ocasiones? —preguntó Rebeca con voz severa.

—Mi amigo Soria me proporcionó una copia de la llave, para mi comodidad.

—¿Soria está involucrado?

—No. Él no sabía nada.

—¿El vigilante nunca sospechó? —preguntó Remigio.

Roncesvalles resopló con sarcasmo.

—Ese hacía una ronda a las veintitrés horas y después desaparecía hasta las seis del día siguiente. Se iba a dormir.

Toro asintió y reinició su paseo por el despacho.

—Continúa.

—La noche de la exposición, entré en el túnel desde la biblioteca, esperé a que Lazlo desactivara las cámaras de vigilancia y las alarmas, a la hora que habíamos acordado. Entonces, accedí a la sala de exposiciones del hotel a través de la falsa pared del armario de limpieza. Usé el imán de neodimio para abrir las vitrinas y llevarme los sellos. Luego regresé a la biblioteca, salí por la puerta de la Sociedad Filatélica y me fui a casa a dormir.

Remigio asintió con expresión satisfecha.

—Háblanos de Lazlo —le exigió Rebeca—. ¿Cómo se involucró?

Marcos respiró profundo y continuó con su relato:

—Durante un descanso de mis investigaciones, crucé la calle para sentarme en la cafetería del hotel. Allí conocí a Lazlo. Soria ya me lo había presentado como el empleado que le ayudaba a preparar las exposiciones. Ese día, Lazlo terminaba su turno y yo lo invité a sentarse en mi mesa. Después de charlar un rato, noté que parecía desesperado. Me contó su preocupación con la enfermedad de su bebé. Le dije que estaba planeando un gran negocio, uno que podría resolver todos sus problemas económicos. Le prometí que sería muy fácil y que nadie saldría lastimado. Solo eran unos sellos. No dudó en apuntarse. Le expliqué el plan, y él accedió a ayudarme, a cambio de una parte del botín.

—Así que lo utilizaste —dijo Rebeca con desdén—. Te aprovechaste de su desesperación por la enfermedad de su hija, para empujarlo a convertirse en un delincuente como tú.

Marcos parpadeó, como si hubiera recibido una bofetada.

—Yo no soy un…

—Continúa —lo presionó Remigio.

—Planeamos el robo durante semanas —dijo Roncesvalles en un murmullo, con la mirada baja—, hasta que tuvimos todo listo para

la noche anterior a la inauguración de la exposición. Lazlo cumplió su parte y yo volví al túnel con los sellos. Luego, Lazlo volvió a activar el sistema de seguridad. Todo salió según el plan.

—Pero Hernán quería su parte, ¿no es así? —preguntó Remigio—. Y tú nunca estuviste dispuesto a dársela.

Marcos respiró hondo, y rechinó los dientes.

—Así fue. Lazlo exigió su parte del botín, pero yo no tenía intención de vender los sellos. A diferencia de él, yo no lo hice por dinero, sino para que esa magnífica colección fuera mía. Cuando lo comprendió, me amenazó y me atacó con un cuchillo. En el forcejeo, el puñal lo hirió a él. Lo siento mucho. No quería matarlo, pero tenía que defenderme.

Remigio y Rebeca fruncieron el ceño al mismo tiempo. Él negó con la cabeza y le hizo un gesto a su compañera, para cederle la palabra.

—Estás mintiendo otra vez —le espetó Rebeca—. Tenemos el informe de la autopsia. La herida tenía una trayectoria oblicua muy extraña, así que el forense solicitó un informe de planimetría. Los peritos de Científica determinaron que solo había una explicación posible para esa trayectoria: el asesino no se encontraba frente a Lazlo cuando lo mató, sino a su lado.

Remigio mantuvo los brazos cruzados y se inclinó un poco hacia adelante, para acercar su cara al rostro de Marcos. Habló entre dientes.

—Lo que mi compañera quiere decir es que no hubo ninguna pelea. Lo que ocurrió cuando Hernán te pidió su parte del botín, fue que tú te le acercaste como si fueras un amigo que iba a darle una explicación, le pasaste el brazo sobre los hombros y antes de que él comprendiera lo que estaba ocurriendo, le clavaste un cuchillo en el estómago. Luego te deshiciste del cadáver en un descampado.

Rebeca entornó los ojos y su cabreo era tan evidente, que sus palabras impactaron a Roncesvalles como si fueran puñetazos.

—Convertiste a un padre de familia desesperado en un ladrón. Luego lo asesinaste para quedarte con el botín, porque la verdad es que nunca estuviste dispuesto a compartirlo. Habías decidido matarlo, desde que lo involucraste.

Marcos palideció.

—No. No es cierto. Yo no...

—¡Deja de mentir! —lo interrumpió Rebeca—. Ya no tiene sentido.

Marcos los miró con los ojos desorbitados y su respiración se aceleró, cuando por fin comprendió la magnitud de sus actos y la inutilidad de sus excusas.

Sin decir una palabra más, Rebeca y Remigio salieron del

despacho del comisario y les ordenaron a los agentes que aguardaban en la puerta, que lo regresaran a su celda y tiraran la llave.

Capítulo 46

En cuanto Néstor y Telmo salieron de la sala de interrogatorios, Salazar le ordenó a su compañero que solicitara una orden de busca y captura contra Cornelio Rodríguez.

—No lo comprendo, jefe. Investigué a ese sujeto cuando usted me lo ordenó por teléfono. Estuvo a las órdenes de Salcedo y ahora comanda uno de los grupos en los que se dividió la organización. Reconozco que no tengo ningún inconveniente en arrestarlo, pero ¿por qué ese tío nos amenazó para que detuviéramos las investigaciones del caso Raga? ¿Cree que él está detrás del asesinato?

—De acuerdo con las evidencias, si él no es el responsable, al menos está involucrado.

—¿Cree usted que El Chato asesinó a Raga para completar la venganza que no pudo llevar a cabo su difunto jefe?

El inspector se acarició la barbilla.

—Sí y no —respondió Salazar, dejando al joven subinspector todavía más confundido—. De momento, la declaración de Padrón inculpa a El Chato. Consigue su arresto e investígalo a fondo. Veamos adónde nos lleva.

—Sí, jefe.

Sin más explicaciones, Salazar bajó a su despacho y se encerró allí durante una hora. Antes de volver a aparecer, llamó a Lali por la centralita y le pidió que convocara una reunión urgente.

—¿La convocatoria también incluye al comisario, inspector jefe? Esta noche tiene una reunión importante en la Jefatura Superior y ahora está ocupado en…

—Lo comprendo, Lali. Sin embargo, es indispensable que el comisario también esté presente.

—Sí, inspector jefe. Se lo diré.

Néstor salió de su oficina y subió a la sala común. Las piezas de la investigación bullían en su cabeza y trataban de formar una estructura coherente. No pudo evitar preguntarse si estaría en lo cierto. Su extraña teoría era la única explicación lógica que había encontrado, para encajar todas las evidencias del caso Raga. Sin embargo, él mismo admitía que era rocambolesca. ¿Y si se equivocaba?

Cuando entró en la sala, Salazar vio que ya todos sus colegas

estaban allí. El golpeteo de la lluvia contra las ventanas servía de fondo al leve rumor que mantenían las conversaciones de sus compañeros. La mezcla del olor a café con los aromas a petricor y a tinta del rotulador, le daba un ambiente característico a la habitación, que el inspector habría reconocido con los ojos cerrados. Un peso abandonó el pecho de Salazar cuando comprobó que Rebeca se encontraba en su escritorio, sana y salva. Miguel y Remigio charlaban en un rincón, mientras Ángela hojeaba un expediente. Después de que Néstor y Rebeca se saludaron con una sonrisa, el inspector jefe buscó a Remigio con la mirada. El veterano policía le guiñó un ojo y continuó su conversación con Pedrera.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que comunicarnos, Néstor? —dijo una voz atronadora a sus espaldas.

Salazar se volvió y vio a Santiago en el umbral, con el ceño fruncido. ¡Aterrador! El inspector jefe se aclaró la garganta. Todos callaron al instante y centraron su atención en él.

—Tengo algunas novedades que reportar, acerca del caso Raga.

El comisario entornó los ojos.

—De acuerdo, pero ya que estamos aquí, quiero que me pongáis al día sobre vuestras correspondientes investigaciones. Miguel, Remigio, vosotros primero. Tengo entendido que habéis hecho grandes avances.

Los aludidos confirmaron el cierre de sus correspondientes casos e informaron a sus colegas de los detalles. El comisario asintió con un suspiro de satisfacción.

—¡Excelente! Buen trabajo. Enviadme los informes finales en cuanto los hayáis terminado —Ortiz se volvió hacia Salazar—. Muy bien, Néstor. ¿cuál es el motivo por el que nos convocaste? ¿Ya descubriste quién asesinó al artista plástico? No estaría mal que llevara esa buena noticia a la reunión, en la Jefatura Superior.

Con un gesto de la mano, Néstor le pidió paciencia a su hermano. Entonces, se volvió hacia su compañero, que parecía distraído y tamborileaba la superficie de la mesa sin pausa.

—¡Telmo! —El chico dio un respingo y parpadeó.

—Diga, jefe.

—¿Cumpliste mi orden?

—Sí, jefe. El juez Aristigueta ya emitió la orden de busca y captura. En este mismo momento, dos coches patrulla van en camino para arrestar a Rodríguez.

—Excelente, Telmo. Con ese arresto, retiraremos de las calles al brazo ejecutor que envió el anónimo y ordenó la agresión a Aintza.

Todos los policías de la sala se miraron entre sí, desconcertados. El comisario rompió el silencio con el ceño fruncido.

—¿Rodríguez? ¿Quién es Rodríguez? Ese nombre no lo

habíamos escuchado en reuniones anteriores.

Entonces, Salazar se acercó a la pizarra y señaló las evidencias del caso Raga.

—Es parte de lo que quería explicaros. El nombre de Rodríguez surgió durante las indagaciones de la organización criminal de Salcedo, y también del interrogatorio a Enrique Padrón, el chico experto en *parkour*, que contrataron para lanzar la piedra a la ventana de Aintza, esta madrugada.

—Pero ese tío, ese tal Rodríguez, no está entre los sospechosos —dijo Remigio.

—No estaba —corrigió Néstor.

—¿De quién se trata, inspector? —preguntó Ángela.

Salazar hizo una pausa y cogió aire antes de responder.

—Es un delincuente muy conocido en la comisaría. Lo apodan El Chato y dirige una pequeña banda de matones, dedicados a la extorsión.

—¿Ese es el autor del anónimo? —preguntó Rebeca. Salazar asintió—. ¿Y qué tiene que ver con el asesinato de Raga?

—Quizá lo contrataron para ese trabajo —se apresuró a concluir Miguel.

—Es posible que tengas razón —dijo Néstor con un encogimiento de hombros—, pero creo que su relación con este asunto es un poco más complicada.

Ortiz miró su reloj y cambió de postura.

—Creo que lo mejor será que nos expliques tu teoría, Néstor.

—De acuerdo. No creo que El Chato haya intervenido en este asunto porque lo hayan contratado…

—¿Por qué no? —lo interrumpió Pedrera.

—Porque no es tan estúpido como para echarse encima a toda la Policía de Haro con amenazas directas, solo por dinero. Por desgracia, tiene formas de lucrarse que implican muchos menos riesgos.

—Entonces, ¿qué es lo que crees? —preguntó Remigio.

—En el pasado, El Chato trabajó para la organización criminal que dirigía Luis Salcedo. Telmo, ¿pudiste confirmarlo?

Cuando escuchó su nombre, el subinspector apartó la mirada de la pantalla de su ordenador y asintió.

—Así es, jefe. Antes de la muerte de Salcedo, Rodríguez era uno de sus lugartenientes de mayor confianza.

—Creo que sigue siéndolo.

—A ti ya se te fue la olla —le dijo Pedrera—. Salcedo está muerto. Tú mismo lo dijiste en una reunión anterior.

—Espera, Miguel —intervino Remigio—. Veamos qué conejo se saca de la chistera nuestro inspector jefe.

Salazar sonrió y golpeó la pizarra con el rotulador.

—Trataré de comenzar por el principio. En el año 2015, Héctor Raga conducía su coche deportivo a exceso de velocidad. Es posible que estuviera bajo el efecto del alcohol y otras sustancias. Como consecuencia arrolló a Valeria, de doce años y la única hija de Salcedo. No hubo testigos y Raga se deshizo del coche, por lo que resultó impune y regresó a su vida. En el año 2016 existía una orden de busca y captura contra Salcedo, además de que querría vengar la muerte de su hija, sin sufrir ninguna consecuencia.

Ángela frunció el ceño y expuso sus dudas.

—Si nosotros no descubrimos que Raga fue el responsable del arrollamiento, ¿cómo lo supo Salcedo?

—Muy buena pregunta. Y es uno de los cabos que tenemos que atar. Sin embargo, no me costaría creer que él sí consiguió averiguarlo. Salcedo debe contar con recursos de información, a los que nosotros no tenemos acceso. Además de que él no necesitaría evidencias concretas. Le bastaría con una simple sospecha…

—Espera —lo interrumpió Miguel—. Estás hablando de ese tío como si estuviera vivo. ¡Qué está muerto, joder!

—Es ahí adónde quería llegar. Salcedo es un sujeto muy astuto, así que estoy seguro de que simuló su propia muerte en el accidente de coche. De ese modo, se quitó de encima la orden de busca y captura. Por si fuera poco, le quedaron las manos libres para ejecutar su venganza contra Raga, sin sufrir ninguna consecuencia.

Capítulo 47

Las palabras de Salazar cayeron en la sala con el impacto de una bomba. Los detectives se miraron entre sí, sin disimular su desconcierto. Después de algunos segundos, en los que se hubiera podido escuchar el vuelo de una mosca, fue Pedrera quien rompió el silencio.

—Tú estás de coña, ¿no?

Salazar suspiró.

—De eso se trata. Todo fue un engaño. Estoy seguro de que Salcedo no iba en ese coche y que su cuerpo no fue el que encontraron calcinado.

Telmo frunció el ceño.

—Jefe. No quiero contradecirlo, pero le recuerdo que según el informe de la autopsia, la identidad de Salcedo quedó demostrada sin ninguna duda.

—Ahí está el nudo de este caso —reconoció Salazar—. Nos enfrentamos a un sujeto muy astuto. El estado en el que quedó el cadáver no fue producto del azar. Salcedo se aseguró de que la verdadera víctima terminara carbonizada, lo que obligó a llevar a cabo la identificación, mediante odontología forense. Justo lo que él quería.

—¿Estás sugiriendo que engañó a los forenses? —preguntó Remigio. Néstor asintió—. Anticipo que este caso te va a ganar muchos enemigos.

—No fue culpa de nuestros colegas. Ellos siguieron el procedimiento habitual. De eso se aprovecharon Salcedo y sus secuaces. No lo tuvieron tan difícil —argumentó el inspector jefe—. Sus hombres robaron su expediente dental y el de la verdadera víctima, para intercambiarlos. Suficiente para engañar a los forenses, aunque hicieran un buen trabajo.

—¿Eso significa que existe otra víctima de la que no teníamos noticia? —preguntó Santiago, con el ceño fruncido.

—Eso me temo.

El comisario bufó, y más de uno de los presentes dio un respingo.

—¿Sabemos quién es?

—Uno de los expedientes desapareció en los robos y nunca se

volvieron a tener noticias de ese paciente, después del accidente.

—¿Lo habéis investigado?

Salazar asintió.

—Siguiendo mis órdenes, Telmo trató de localizarlo sin éxito. En vista de la situación, yo también lo intenté, antes de salir de mi despacho. Me temo que todos los rastros de esta persona desaparecen en el año 2016. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Su nombre era Armando Ibarra.

—¿Quién era Ibarra y por qué lo escogió Salcedo como víctima? —preguntó Ángela.

—Ibarra era un solitario, recién llegado a la ciudad —explicó Salazar—. Estoy seguro de que lo escogieron porque tenía la contextura apropiada, todavía no conocía a nadie en La Rioja y no tenía familia. Nadie lo iba a echar de menos. Salcedo necesitaba un cadáver para fingir su propia muerte, y vio la oportunidad perfecta en Ibarra.

—Entonces, Salcedo está vivo —repitió Miguel, tratando de convencerse a sí mismo—. Su muerte solo fue un montaje.

—Así es —le confirmó Salazar—. De ese modo, se libró de pagar por sus crímenes, y sus manos quedaron libres para vengarse de Raga, sin que nadie sospechara de él. El crimen perfecto.

Un silencio sepulcral se apoderó de la sala. Salazar percibió la incredulidad en las miradas de sus compañeros, pero estaba seguro de que tenía razón. Salcedo estaba vivo y seguía siendo muy peligroso, pues era el verdadero titiritero detrás de los hilos de su organización criminal.

—Es una teoría muy audaz. ¿Tienes evidencias que la respalden? —preguntó el comisario.

—La ola de robos a las clínicas ocurrió alrededor de los días del accidente, en el que se supone que murió Salcedo. Ibarra desapareció por esas mismas fechas y los robos cesaron de forma tan abrupta como comenzaron. Nunca se resolvieron —El comisario iba a interrumpirlo, pero Salazar levantó la mano—. Sé que son evidencias circunstanciales, pero vale la pena tenerlas en consideración y al menos, investigarlas.

El comisario asintió.

—De acuerdo, continúa.

—El cadáver encontrado en el coche estaba tan carbonizado que fue imposible identificarlo por huellas dactilares —prosiguió Salazar—. La única forma posible fue mediante la odontología forense, comparando las radiografías dentales del fallecido con las de Salcedo en su historial médico. Mi teoría es que los hombres de Salcedo sustituyeron las radiografías de nuestro sospechoso por las del historial de Ibarra y este fue quien murió. De este modo, consiguieron

engañar a los forenses y hacerles creer que el cadáver del accidente era el de Salcedo, cuando en realidad se trataba de Ibarra.

—Por eso cometieron los robos en las clínicas odontológicas —afirmó Rebeca—. Lo único que les interesaba era intercambiar los expedientes. Lo demás, habría sido para encubrir su verdadero objetivo.

—¡Exacto! —respondió Salazar—. Fue un plan muy meticuloso y a largo plazo, pero valía la pena el esfuerzo, pues les permitía conseguir lo que querían y burlar la Ley.

Miguel frunció el ceño.

—Si Salcedo sigue vivo...

Salazar asintió.

—Es muy probable que en realidad, su organización criminal nunca haya desaparecido, sino que la controla a través de lugartenientes que actúan bajo sus órdenes.

—Entonces, él habría sido el responsable del anónimo y el ataque a Aintza —intervino Telmo.

—A través de Cornelio Rodríguez —confirmó Salazar—. El sujeto que contrató al chico experto en *parkour*, cuyo arresto está en proceso.

—Debemos revisar de nuevo todos los detalles del accidente de Salcedo —intervino el comisario—. Seguro que hay pistas que en su momento pasaron desapercibidas y que ahora cobrarán sentido.

Salazar asintió con gesto grave.

—Pero ¿cómo consiguieron sortear la prueba de ADN, jefe? —preguntó Telmo—. De acuerdo con el informe de la autopsia, los forenses también compararon muestras de ADN del cadáver con las de Salcedo. La coincidencia fue del 99,9 %.

—Tienes razón, Telmo, pero nos enfrentamos a un sujeto muy astuto. En las visitas que hice a las clínicas odontológicas, averigüé que Salcedo obligó a su odontólogo a extraerle un molar sano, antes de fingir su muerte. No lo comprendí hasta que leí el informe de la autopsia que dejaste en el escritorio de mi despacho. El cuerpo encontrado en el coche quedó calcinado, lo cual impidió la toma de huellas dactilares o de tejidos en los que pudiera conseguirse ADN identificable. Sin embargo, antes de morir, la víctima sufrió múltiples traumatismos. Uno de ellos fue una fractura conminuta del maxilar inferior. Eso causó la pérdida de varias piezas dentales. Hubo un molar que apareció junto al coche y que los forenses se felicitaron por encontrar intacto. La pulpa de ese molar fue el tejido que se empleó en la identificación del cuerpo. ¿Os suena de algo?

—Los hombres de Salcedo colocaron ese molar junto al cadáver de Ibarra y fracturaron su mandíbula, para hacerles creer a los investigadores que había saltado con el impacto del coche —concluyó

el comisario.

—¡La madre que los parió! —exclamó Remigio — Ese fue el molar que Salcedo hizo que le extrajeran, pese a que estaba sano. Fue así como consiguieron burlar la prueba de ADN.

Salazar señaló a Toro con el rotulador para respaldar sus palabras.

—¡Exacto! Así que, cuando Científica comparó el ADN de la pulpa del molar con el ADN de Salcedo, resultó que le pertenecía. Y no podía ser de otra manera: era su molar.

—No sé si considerarlo brillante o absurdo —se quejó Santiago —. Ese sujeto es maquiavélico.

—Y por eso debemos detenerlo lo antes posible —confirmó el inspector jefe.

Remigio sacudió la cabeza.

—Pero si todo lo que dijiste es cierto, ¿dónde está Salcedo ahora y cómo podremos encontrarlo?

Salazar suspiró, y su mirada se perdió en las gotas de lluvia que rodaban por la ventana. Todos lo observaron en silencio, esperando una respuesta.

—Todavía no lo sé, Remigio. Ese será nuestro mayor desafío.

Capítulo 48

Salazar permanecía de pie junto a la pizarra, con el rotulador en la mano y los ojos fijos en las fotos esparcidas sobre su superficie. El ambiente cargado de expectativa colmaba la sala de reuniones. La lluvia había dado una tregua y la escasa luz de la tarde otoñal comenzaba a menguar, pese a que todavía faltaban algunas horas para terminar la jornada. El olor a petricor se mezclaba con el aroma amargo del café recién hecho, y la calefacción luchaba por mantener una temperatura agradable en la amplia oficina.

—Continúa, Néstor —lo animó el comisario.

El inspector suspiró.

—No tengo ninguna duda de que Salcedo se infiltró en la *vernissage*. Tenemos que averiguar cómo consiguió hacerlo.

—Supongo que eso pasa por ser capaces de descubrir su nueva identidad —sentenció Ortiz.

—¿Y cómo es posible que no lo hayáis reconocido todavía? —preguntó Miguel, al mismo tiempo que se apoyaba en el respaldo de su silla y negaba con la cabeza—. Hablasteis en persona con los asistentes al evento, averiguasteis sus coartadas y los investigasteis. Las fotografías de Salcedo están en los archivos. ¿Cómo es que no lo habéis identificado? Lo siento, Salazar, pero creo que tu teoría tiene un agujero.

Néstor respiró profundo y se recordó a sí mismo que Miguel era Miguel. Sin embargo, no le faltaba razón. La fotografía de Salcedo no se parecía a ninguno de los asistentes a la *vernissage* ni a nadie de su círculo cercano. ¿Cómo lo hizo? ¿Utilizó un cómplice y se mantuvo oculto? Era una posibilidad, pero no terminaba de convencer al inspector. Los ojos de Néstor volvieron a recorrer cada centímetro de las fotografías, buscando algo que le diera la respuesta que tanto necesitaba. Se estaban enfrentando a un tío muy listo, que fue capaz de burlar identificación forense de última generación.

Salazar recordó que cuando vio la ficha de los antecedentes de Salcedo, el sujeto le había parecido familiar, pero no era capaz de precisar por qué.

—Algo se me está escapando —murmuró el inspector jefe entre dientes.

El profundo silencio de la sala, solo roto por alguna tos o un

carraspeo ocasional, estaba cargado de una tensión que aumentaba a medida que pasaban los minutos, sin que él pudiera encontrar la respuesta que buscaba.

Santiago se había acercado a la pizarra y ahora estaba junto a Néstor, observando las evidencias con atención.

—Este individuo ya se ha burlado bastante de nosotros. No podemos permitir que se salga con la suya. Si alguien tiene una idea, que la diga, por absurda que parezca.

Néstor permaneció en silencio. Bajo la creciente tensión, las palabras del comisario hicieron el efecto contrario al que Ortiz quería conseguir. Las ideas en su cerebro estaban atascadas como un engranaje oxidado, incapaz de moverse. Salazar tragó saliva.

Fue entonces cuando Rebeca, que había permanecido en silencio durante la conversación, decidió intervenir. A su voz le faltaba firmeza y su mirada huidiza daba fe de su inseguridad, pero tuvo el valor de expresar su idea.

—¿Y si Salcedo se sometió a cirugía facial reconstructiva, para evitar ser reconocido? —sugirió con cautela.

Todos en la sala se quedaron en silencio, sopesando sus palabras. Salazar abrió los ojos como si hubiera visto abrirse las puertas del cielo.

—Rebeca, eres genial. ¡Eso lo explicaría todo! Salcedo ha cambiado y no es el mismo hombre que conocimos hace seis años. Debió someterse a algún tipo de cirugía reconstructiva del rostro, para que nadie pudiera reconocerlo.

—¿Es en serio? —preguntó Miguel—. ¿De verdad creéis que pudo cambiar su aspecto al punto de no ser reconocible?

Rebeca fue quien respondió.

—Hago la sugerencia, porque tuve la experiencia con un antiguo caso. En esa oportunidad aprendí que un buen cirujano plástico es capaz de cambiar la forma y el tamaño de la nariz, de los párpados, quitar las arrugas, colocar implantes faciales para alterar la estructura del rostro y del mentón. Incluso, hoy día es posible modificar las orejas. Se habrían necesitado múltiples cirugías, mucho tiempo y una enorme inversión, pero es posible.

El inspector jefe asintió

—No debemos olvidar de quién estamos hablando ni que han pasado seis años desde que se le hizo la fotografía que tenemos en los archivos. A Salcedo no le han faltado ni tiempo ni motivación ni recursos, para conseguir que al final no lo reconociera ni su madre.

Santiago rechinó los dientes.

—¡Maldita sea mi estampa, tienes razón! Necesitamos identificarlo sin lugar a duda, antes de poder conseguir sus huellas o su ADN. ¿Cómo lo hacemos?

Néstor negó con la cabeza despacio.

—No lo sé. No solo tenemos que encontrar la forma de identificarlo sin tener en cuenta su aspecto, sino que también necesitamos averiguar cómo se las arregló para contaminar la comida de Raga con nueces, frente a docenas de asistentes a la *vernissage*, sin levantar la menor sospecha.

El comisario asintió.

—Me temo que tienes razón. Averiguar la forma en que cometió el crimen será necesario, si queremos tener una oportunidad frente al juez.

—También me preocupa la astucia que ha demostrado este sujeto a la hora de cumplir sus objetivos.

Al decir esto, Salazar no pudo evitar que su mirada buscara a Rebeca, y que lo asaltaran ideas catastróficas del peligro al que estaba expuesta. No soportaría perderla, pero tampoco podía permitir que sus temores lo paralizaran. Tenía que superarlos y pensar con la cabeza fría, si quería tener una oportunidad de protegerla. «Enfócate, cazurro». La voz de Remigio lo sacó de sus reflexiones.

—Científica no encontró rastros de las nueces en ninguno de los alimentos que se sirvió durante la exposición. ¿Cómo demonios lo hizo?

Salazar negó despacio con la cabeza y siguió estudiando las fotos en silencio con una intensidad feroz, y haciendo todo lo posible por evitar que sus emociones nublaran sus razonamientos. Sabía que la clave para resolver este caso estaba en algún lugar de aquella superficie repleta de evidencias. Debía encontrarla y poner fin al peligro que representaba Salcedo. ¿Qué se les estaba escapando? Las miradas de sus compañeros también se clavaron en la pizarra y sus rostros reflejaron su concentración. Cada uno de ellos se esforzaba en resolver el enigma, cuya solución se les escapaba entre los dedos.

«¿Cómo lo hizo?» Esa era la pregunta crucial que hasta ahora no habían sido capaces de responder. Salazar estudió las fotos del evento, centrando su atención en los detalles. Sus ojos recorrieron cada imagen y analizaron cada gesto y expresión, cada objeto y decoración.

De repente, algo atrajo su atención. Un objeto normal e insignificante, que encajaba en la escena sin ningún atisbo de discordancia. Sin embargo, en ese momento se convirtió en un rayo de luz en medio de la oscuridad. No podía creer lo que estaba viendo, pero allí estaba, justo frente a sus ojos.

—¡Eso es! —exclamó Salazar, señalando una de las fotos con entusiasmo—. Aquí está la respuesta que buscábamos. Ya sé cómo Salcedo consiguió contaminar los alimentos de Raga, sin levantar ninguna sospecha. ¡Por supuesto! Cómo no se me había ocurrido

antes, si lo he tenido frente a las narices todo el tiempo.

Todas las miradas pasaron de la fotografía que Néstor señalaba al inspector jefe, con la curiosidad pintada en los rostros. Salazar sonrió y echó los hombros hacia atrás, como si un peso los hubiera abandonado.

—Muy bien, colegas, creo que estamos un paso más cerca de atrapar a este malnacido.

Capítulo 49

La euforia del inspector jefe no se transmitió de inmediato a sus compañeros, cuyos rostros reflejaban su desconcierto. Los últimos rayos de sol del atardecer se filtraban por la ventana, proyectando sombras alargadas sobre los rostros fatigados de los presentes. Con el respaldo de las fotografías, Salazar les explicó cómo el asesino había conseguido su objetivo.

—¡Mierda, es tan simple y evidente que asusta! —exclamó Remigio, ganándose una mirada de reproche del comisario, que él pretendió no haber visto.

—Explicaría por qué Científica no encontró trazas de nueces en ninguno de los alimentos —afirmó Néstor—. Necesitaremos que el laboratorio lo compruebe, pero…

—No quisiera admitirlo, Salazar, pero es muy probable que estés en lo cierto —reconoció Miguel.

—Este sujeto es demasiado astuto para mi gusto —sentenció el comisario.

Ángela suspiró con desaliento.

—¿Qué ocurre? ¿Ves alguna falla en mi conclusión? —le preguntó el inspector jefe con amabilidad.

La subinspectora desvió su mirada y se removió en la silla.

—Yo, eh… No, inspector, es solo que estaba pensando… Si usted está en lo cierto y si fue así como contaminaron los alimentos de la víctima… Es un medio que habría estado a mano de cualquiera que hubiera asistido a la *vernissage*.

Néstor meditó las palabras de Ángela.

—Tienes razón. Me temo que el «arma homicida» no nos ayuda a identificar al culpable en este caso. Al menos, por el momento. Podríamos encontrar alguna evidencia a partir de este descubrimiento.

—Jefe, no quiero ser aguafiestas —intervino Telmo—, pero la chiquilla fue arrollada hace siete años. Si su teoría es acertada y el asesino es Salcedo, ¿por qué esperó tanto tiempo para ejecutar su venganza? Una vez declarado muerto, tuvo la posibilidad de cometer el crimen sin que sospecháramos de él. ¿Por qué dejó que Raga viviera durante años y buscó una forma tan complicada para asesinarlo?

Néstor se quedó pensativo por unos instantes.

—Buen punto, Telmo… Solo puedo elucubrar, pero creo que

Salcedo saboreó cada detalle de su plan de venganza. No solo la ejecución, sino también la preparación. Supongo que para un sujeto controlador, megalómano y egocéntrico como él, saber que la vida de Raga estaba en sus manos y que podía terminarla cuando quisiera, le proporcionó una sensación de poder. En especial, porque al escoger este *modus operandi*, demostraba que era más listo que nosotros.

—Eso en el caso de que hubiera conseguido engañarnos —dijo Remigio—, pero le salió mal.

—¿No nos estamos apresurando al asumir que Salcedo está vivo? —preguntó Miguel, arrugando el ceño—. Todas las evidencias en las que nos estamos basando para afirmarlo, son circunstanciales.

—Es posible —admitió Néstor, dando un par de golpecitos a la pizarra con el rotulador—, pero es la única teoría que explica todos los detalles de este caso.

Antes de que Miguel pudiera responder, Salazar sacó su móvil y presionó una de las teclas de marcado rápido. El jefe Barros respondió al tercer tono.

—Ya estás molestando otra vez. ¡Que te olvides de mí!

—Hola, Casi. A mí también me alegra oírte.

—Eres más tonto que el que decidió barrer el desierto, porque tenía mucho polvo. ¿Qué quieres ahora?

—Necesitamos tu invaluable ayuda.

—Ya me parecía que no llamabas solo para saludar y preguntarme si he desayunado hoy.

Por un movimiento reflejo, Salazar miró su reloj: las dieciocho horas.

—Eh… Te llamo desde la comisaría, Casi. Estamos reunidos y…

—Y no te atreves a mencionar mi desayuno frente a todos, ¿no es así?

—Eh… Aquí está el comisario y…

—Pues te lo digo yo. Con lo que molestas, más te vale que recuperes méritos la próxima vez que vea tu fea carátula.

—Vale.

—Ahora, dime de una vez, ¿qué mosca te picó en esta ocasión?

El inspector le explicó su teoría, acerca de la forma en que el asesino contaminó los alimentos de Raga. Del otro lado de la línea hubo un corto silencio.

—Mmmmm. Parece que la única neurona que vive en tu cerebro, por fin ha dado un palo al agua. Nos habíamos centrado en los alimentos, pero tienes razón. Es muy probable que lo hicieran de esa forma. Será muy fácil averiguarlo. En un par de horas te lo digo.

Néstor sonrió.

—Gracias, Casi. Hay algo más.

—¿Más? Pero tú quién crees que soy yo. ¿El genio de la

lámpara, a quien puedes pedirle tres deseos?

—Necesitaremos vuestra ayuda para identificar al asesino.

—¡Ese es tu trabajo, no el mío!

—No te lo pediría si no fuera imprescindible, Casi. No podríamos resolverlo sin vosotros. Sois nuestro mejor apoyo en las situaciones difíciles y…

—¡Corta el rollo y deja de hacerme la pelota! Siempre dando la tabarra. En fin, cuéntame los detalles y pondré a mi equipo a trabajar en ello.

—Necesitaremos un grupo de expertos en dactiloscopia.

Salazar le explicó al jefe Barros cuál era el procedimiento que debían llevar a cabo.

—Vale, mis chicos se encontrarán con vosotros allí. Y espero no volver a saber de ti en el resto del día.

Casimiro colgó, antes de que Salazar pudiera responder. El inspector terminó la llamada y miró a sus compañeros con una sonrisa.

—Listo.

—No sé cómo te las arreglas para que el jefe Barros acepte todas tus solicitudes de inmediato —dijo Remigio con sarcasmo—. Eres el único que lo consigue.

—Eh… labia que tiene uno.

Miguel intervino.

—¿Te has dado cuenta de que si tienes razón, no habría sido necesario que Salcedo estuviera presente en la *vernissage?* Pudo dejar todo preparado y marcharse a otra ciudad, para tener una coartada.

—Eso es posible —lo respaldó Remigio, pensativo—. También existe la posibilidad de que el asesino cometiera el crimen a través de un cómplice. Tiene toda una organización criminal a su disposición.

Salazar miró a sus colegas y se encogió de hombros.

—Ambos tenéis razón. Las dos opciones son posibles, pero no termino de verlo. Esa conducta no encajaría con la personalidad de Salcedo y sus motivaciones. Se trataba de vengar a su hija. Habría querido estar presente. Comprobar la muerte de Raga con sus propios ojos.

—Lo cual implicaría que asistió a esa *vernissage* —afirmó Rebeca.

—Ese es el motivo de tu solicitud a Científica, ¿no es así? —dijo Santiago.

Néstor asintió.

—¡Exacto! En este momento, las huellas dactilares son nuestra mejor opción.

El comisario respaldó el plan de su hermano con un asentimiento.

—De acuerdo, sigue adelante, tienes mi apoyo total, pero recuerda que nos enfrentamos a un sujeto astuto y brillante, con el respaldo de una organización criminal, como Remigio acaba de recordarnos. No podemos dar ningún paso en falso ni ponerlo sobre aviso de que estamos sobre su pista. Debemos actuar con eficiencia y rapidez.

—Descuida, Santiago. Seré más precavido que un fantasma con sábana ignífuga.

El comisario frunció el ceño y Néstor se apresuró a centrarse en su compañero.

—Telmo, necesito que redactes un informe para el juez, con todo lo que hemos descubierto hasta ahora. Quiero que le solicites una orden para tomar las huellas dactilares a todos los que estuvieron presentes en la galería, durante la *vernissage*.

Telmo parpadeó.

—¿A todos, sin excepción? —Salazar confirmó su orden con un asentimiento—. Entendido, jefe. Me pondré en ello de inmediato.

Entonces, Néstor se volvió hacia el comisario.

—Telmo y yo encabezaremos el operativo, pero necesitaremos apoyo de al menos una pareja de agentes que nos cubran.

—Cuenta con ellos —le confirmó Ortiz.

—¿No nos necesitarás a nosotros? —preguntó Miguel.

—Os lo agradezco, Miguel, pero creo que vosotros ya tenéis suficiente trabajo con cerrar vuestros correspondientes casos. Los agentes de respaldo serán suficientes.

Mientras Salazar planificaba los detalles, Telmo se puso manos a la obra con el informe. Esperaban que las horas de libertad del asesino de Raga estuvieran contadas.

Capítulo 50

Ya había anochecido cuando los policías terminaron los preparativos del plan de Salazar. Después de organizar la operación, conseguir la orden del juez y convocar a todos los sospechosos, Néstor y Telmo salieron de San Miguel, seguidos por un coche patrulla, y se encaminaron hacia Horizontes Creativos.

Las sombras se proyectaban sobre las calles de Haro, solo rotas a intervalos regulares por las luces de las farolas. La furgoneta de Científica ya estaba aparcada frente a la galería. Cuando bajaron de los coches, la luna creciente iluminó los rostros de los policías, marcados por la ansiedad que les ocasionaban sus expectativas. Salazar y su compañero traspasaron el umbral de la galería con un solo objetivo: identificar y detener a Luis Salcedo.

A pesar de la calefacción, la sala de exposiciones rebosaba frialdad. Telmo lanzó una mirada ansiosa a su superior, antes de romper el silencio.

—¿Cree que Salcedo estará entre los sospechosos que hemos citado, jefe?

—Eso espero, Telmo. Esta será nuestra mejor oportunidad. Al menos, debemos intentarlo.

El subinspector asintió y esbozó una sonrisa forzada, mientras se sumía en sus pensamientos. Varios de los convocados ya estaban en la galería y disimulaban su desconcierto, fingiendo que ocupaban su atención en la observación de las obras de arte expuestas. Andrés Ríos se acercó a los detectives.

—Inspector Salazar, he seguido todas sus instrucciones, pero no comprendo el motivo de todo esto. ¿Qué está ocurriendo?

Néstor le entregó una copia de la orden del juez y compuso su cara de mandado sin autonomía.

—No tiene de qué preocuparse, señor Ríos. Terminaremos nuestro trabajo y nos marcharemos sin causar molestias. Mañana, ni siquiera recordará que estuvimos aquí.

Ríos parpadeó y echó una ojeada al documento, sin llegar a leerlo.

—Uno de sus compañeros ya está en mi despacho —le informó el dueño de la galería—. Está ocupado con algunos equipos que ha traído él mismo. Me pidió que les avisara de que los está esperando.

Néstor sonrió. Así que el grupo de Científica ya había puesto manos a la obra. Eran buenas noticias. Los policías cruzaron la sala, para alcanzar el despacho del director. Allí encontraron a uno de los peritos del jefe Barros, quien se presentó como Abelardo Alarcón.

Alarcón estaba sentado detrás del escritorio de Ríos y había preparado un escáner de huellas dactilares. Un joven sentado a su lado mantenía la atención centrada en un portátil conectado al escáner. Abelardo lo presentó como el subinspector Díaz.

—Los estábamos esperando, inspector —El perito le entregó un pinganillo casi indetectable a Salazar—. Use esto. Le transmitiré los resultados conforme los vaya recibiendo.

Néstor obedeció y puso el dispositivo dentro de su oído. Alarcón hizo una prueba, que resultó satisfactoria.

—Se escucha fuerte y claro —afirmó Salazar.

—De acuerdo, en ese caso, estamos listos —le confirmó el agente de Científica—. El escáner está calibrado y conectado a nuestra base de datos. Podemos comenzar cuando lo desee. Por favor, organicen a los sospechosos para que entren de uno en uno. Tendremos los resultados de inmediato, y se los comunicaré conforme los reciba.

—¡Excelente! —exclamó Salazar—. Bravo por la tecnología.

Néstor y Telmo salieron a la amplia sala de exposiciones, donde esperaban todos los sospechosos. Con una lista en la mano, comprobaron que ninguno de los convocados había faltado a la citación. Después de informarles en qué consistía el procedimiento y advertirles que se llevaba a cabo con la orden de un juez, les pidieron a los asistentes a la *vernissage* que hicieran una fila frente al despacho del director de la galería, mientras ellos y dos agentes los vigilaban. La adrenalina comenzó a fluir por las venas de los policías, alimentando expectativas y temores.

—Por favor, uno a uno, acérquense al escáner para que podamos tomar sus huellas dactilares —les instruyó Telmo con firmeza.

Ante la peculiar petición, los sospechosos miraron a un lado y otro con rostros llenos de desconcierto, temor y cierta indignación. Un par de ellos exigieron leer la orden del juez. Sin embargo, pese a la renuencia de algunos, comenzaron a colaborar y siguieron las instrucciones de los detectives, avanzando con lentitud en dirección a la oficina donde los esperaba el equipo de Científica.

Siguiendo el procedimiento acordado, Alarcón iba informando a Salazar de los resultados al instante, gracias al pinganillo. El reloj se movió con lentitud hasta que veinte minutos después, ya la fila se había reducido a la mitad sin ningún resultado. Salazar comenzó a experimentar una punzada de ansiedad y a dudar de sí mismo.

Intercambió una mirada de preocupación con Telmo. Si no conseguían identificar a Salcedo esa noche, el asesino de Raga tendría muchas posibilidades de salir bien librado, y la amenaza del anónimo seguiría pesando sobre sus correspondientes parejas.

El inspector volvió a centrar su atención en cada una de las personas que permanecía en la fila. Entonces, Néstor se dio cuenta de que uno de los hombres cambiaba de postura sin parar, como si algo le molestara. Salazar consultó su lista. Se trataba de Eduardo Sánchez, el maestro de ceremonias. La inquietud de Muñoz iba en aumento, en la medida en que se acercaba su turno. Se secaba el sudor de las manos con la ropa, sus ojos inquietos iban de un lado a otro, y una capa de sudor le perlaba la frente. Salazar entornó los ojos, se acercó a Telmo y le dio un ligero codazo. En cuanto tuvo la atención de su compañero, el inspector hizo un ligero gesto con la cabeza en dirección al maestro de ceremonias. Telmo asintió.

Con su habitual cara de póker, el subinspector se acercó a Muñoz despacio y sin llamar su atención. Se colocó a pocos pasos y mantuvo la mirada sobre él. Néstor tampoco lo perdía de vista. Salazar tenía la mandíbula tan tensa, que sus dientes rechinaron.

La espera se hacía interminable. Solo había tres personas entre Muñoz y el perito. El sospechoso tragaba saliva y avanzaba despacio, sin apartar la mirada del suelo. Su rostro pálido contrastaba con el color intenso de sus orejas. Salazar alertó a los agentes con un gesto y se acercó al sospechoso por el otro lado.

Muñoz levantó la mirada del suelo y la paseó por los detectives, dándose cuenta de su cercanía. La presión lo sobrepasó y perdió los nervios. De repente, el maestro de ceremonias empujó a la persona que tenía delante en la fila. Era un hombre corpulento, que tropezó y se fue de bruces contra una escultura, haciéndola caer al suelo con estrépito. El caos se desató en la sala. Gritos, exclamaciones y el sonido de pisadas resonaron en la galería. Aprovechando la confusión, Eduardo comenzó a correr hacia la salida, sin escatimar golpes y puntapiés a quien se interpuso en su camino.

Asustados, el resto de los convocados comenzaron a apartarse cuando vieron a los policías corriendo entre ellos y esquivándolos, para tratar de capturar al hombre que había causado todo aquel caos.

—¡Cuidado con esa pintura! —le gritó Telmo a uno de los agentes, que estuvo a punto de derribar un cuadro de gran tamaño con el que había tropezado. Salazar no apartó la vista de Sánchez, quien esquivó los obstáculos hasta que alcanzó la salida. Néstor y Telmo se lanzaron de inmediato detrás de él, iniciando una frenética persecución. Los demás agentes los siguieron de cerca.

—¡Alto! —gritó Salazar, pero Muñoz ya había conseguido salir de la galería.

Los policías corrieron detrás del fugitivo. En cuanto llegó a la calle, el maestro de ceremonias demostró una agilidad que era propia de un sujeto bien entrenado, pero Néstor y Telmo no estaban dispuestos a dejarlo escapar. Muñoz se internó en el laberinto de calles empedradas de Haro. Néstor comprendió que si lo perdían de vista, conseguiría escapar. Las sombras que se fundían en la oscuridad de la noche no facilitaban la tarea de los policías.

Salazar sintió el viento en su rostro y su corazón parecía querer romper los límites de su tórax, alimentado por el chute de adrenalina.

—¡Vamos, jefe, no podemos dejarlo escapar! —gritó Telmo, impulsando a Néstor a seguir adelante.

—¡Lo sé, voy detrás de ti!

Telmo encabezaba el grupo.

—¡Por aquí! —les advirtió el subinspector, al mismo tiempo que señalaba un callejón estrecho, en el que Muñoz había girado. Salazar se esforzó en seguir el ritmo de su compañero, mientras los agentes lo alcanzaban.

El inspector fue consciente de su falta de entrenamiento, cuando un dolor punzante atacó su costado izquierdo. Se vio obligado a detenerse. Los agentes dudaron por un instante.

—Inspector, ¿se encuentra bien? —preguntó Mendoza, reduciendo la velocidad, para acercarse a él.

Tomándose un leve descanso con las manos apoyadas en las rodillas, Néstor trató de recuperar el aliento con un par de respiraciones profundas.

—Estaré bien en unos segundos, a menos que Muñoz consiga escapar. ¡Seguid sin mí! ¡Atrapadlo! —respondió Salazar entre jadeos y agitando la mano.

Mendoza obedeció de inmediato y continuó corriendo detrás del sospechoso. A los pocos segundos, Salazar se había recuperado lo suficiente para reanudar su carrera, aunque ya no podía ver a Sánchez, sino las espaldas de sus colegas. Esperaba que ellos no lo hubieran perdido.

Néstor vio que Telmo y los agentes trepaban con agilidad un muro que se interponía en su camino. Cuando él llegó hasta el obstáculo y lo superó, vio que Muñoz estaba bocabajo en el suelo, protestando con un leve forcejeo, mientras Mendoza le ponía los grilletes.

El maestro de ceremonias, con el rostro lleno de sudor, clavó una mirada desafiante en Salazar, mientras los agentes lo mantenían inmovilizado en el suelo. El inspector suspiró y a un gesto suyo, Mendoza y Pérez ayudaron al detenido a levantarse, bajo la mirada vigilante de Telmo, quien sostenía su pistola reglamentaria en la mano. Néstor se permitió recuperar el aliento, antes de hablar.

—¡Buen trabajo, chicos! —los felicitó, exhausto, pero satisfecho —. Llevadlo a la comisaría y que tomen sus huellas dactilares. Tengo la certeza de que ya hemos encontrado a Luis Salcedo.

Telmo dibujó una sonrisa que se extendió hasta sus ojos.

—De inmediato, jefe.

Capítulo 51

Una vez en la comisaría, después de comparar las huellas del detenido y tener la certeza de que Eduardo Muñoz era en realidad Luis Salcedo, Salazar y Telmo le ordenaron a García que preparara el interrogatorio. Aunque ya la noche estaba avanzada, el inspector no quería darle tiempo a Salcedo para que pudiera maquinar ninguna maniobra. La mejor baza de los policías era el desconcierto por haber sido atrapado. Mientras el sospechoso se entrevistaba con su abogado, los detectives reunieron y organizaron las evidencias que tenían contra él y trazaron una estrategia, con la intención de conseguir una confesión.

Apenas habían terminado y disfrutaban un merecido café, cuando García se asomó al despacho del inspector jefe y le avisó de que todo estaba listo. Néstor y Telmo subieron al tercer piso, armados con la carpeta que contenía las evidencias del caso. La sala de interrogatorios, ventilada tan solo por una rendija y sin ventanas, estaba bañada por una iluminación lúgubre que proporcionaba un bombillo que colgaba del techo, y que emitía una luz opaca y amarillenta. El aire, viciado y cargado de tensión, parecía hacerse más denso en la medida en que Salazar y Telmo se acercaban a Salcedo y su abogado. Néstor respiró profundo, tratando de mantener la compostura, ante la inminente confrontación con el hombre cuya identidad acababan de descubrir.

El detenido mantenía una postura rígida y una mirada desafiante, que hizo que Salazar se preguntara si tendría algún as bajo la manga. Nunca era buena idea confiarse con un sujeto como ese.

—Hemos confirmado su verdadera identidad sin lugar a duda, señor Salcedo —dijo Telmo, dejando caer una hoja de papel sobre la mesa, con las huellas dactilares comparadas—. Ya no tiene escapatoria, así que será mejor que comience a hablar.

El defensor cogió el papel y lo revisó con cuidado. Luego, sacudió la cabeza.

—Creo que tendrá que decirles la verdad y colaborar con la Policía, don Luis. Tal como se lo aconsejé hace unos minutos.

Salazar entornó los ojos. Demasiado fácil. Se preguntó dónde estaría la trampa y se preparó para prestar atención a los detalles. Salcedo enarcó las cejas y se apoyó en el respaldo.

—Está bien —respondió el detenido, esbozando una sonrisa torcida—. Parece que me atraparon. No puedo negar quién soy. Mis huellas me delatan, ¿verdad?

Salazar buscó a Telmo con la mirada y vio la preocupación en sus ojos. Algo no iba bien. El inspector se inclinó hacia adelante y centró su atención en el rostro del detenido.

—¿Cuándo decidió asesinar a Raga? ¿Quiénes le ayudaron en su plan?

Salcedo apoyó los codos en la mesa, acercó su rostro al de Salazar y ladeó la cabeza.

—¿Asesinar a Raga? No, inspector, yo no maté a ese cabrón. El desgraciado murió por accidente o alguien se me adelantó —Salcedo se encogió de hombros—. Eso tendrán que averiguarlo ustedes.

—No estamos para juegos, Salcedo —le advirtió Néstor con el ceño fruncido y todos los músculos en tensión—. Sabemos que simuló su propio deceso, y que después de cambiar su aspecto y su identidad, se acercó a Raga sin que sospechara su verdadera intención: vengar la muerte de Valeria.

El sospechoso suspiró.

—Reconozco que simulé mi fallecimiento y que incurrí en falsedad documental…

—Delito que ya prescribió —lo interrumpió el abogado.

—Lo hice con la intención de evadir la orden de busca y captura y también para acercarme a Raga sin que sospechara, y hacerle pagar por la muerte de Valeria.

—¿Por qué decidió esperar tanto tiempo? —preguntó Telmo.

Salcedo fijó su mirada en el subinspector.

—La venganza es un plato que se come frío, y yo soy un hombre muy paciente.

—Entonces, reconoce que asesinó a Raga —lo presionó Néstor.

El sospechoso negó despacio con la cabeza.

—Confieso que esa era mi intención. Ya lo tenía todo planificado en detalle, pero antes de que pudiera ejecutar mi venganza, Raga cayó muerto y me arrebató ese placer. No tuve nada que ver con lo que le ocurrió.

El abogado intervino con la barbilla levantada y clavando los ojos en Salazar.

—Así que esto se termina aquí —sentenció con voz firme—. Sus evidencias se limitan a demostrar que el señor Salcedo cambió su identidad y cometió falsedad documental. Un delito que ya prescribió. Eso significa que no tienen nada. ¡Quítenle los grilletes, que nos vamos!

El defensor se puso de pie y Salcedo lo imitó, extendiendo las manos para que los policías las liberaran. Ni Salazar ni Telmo

movieron un músculo.

—No tan deprisa, abogado. Acaba de confesar que simuló su muerte en un accidente. ¿Quiere hacernos creer que no tiene nada que ver con el cuerpo que apareció carbonizado en su lugar? La muerte de Armando Ibarra fue un homicidio. Y ese no ha prescrito.

El abogado volvió a sentarse y Salcedo lo imitó con un encogimiento de hombros.

—Ibarra murió en otro accidente y usamos su cadáver. Tampoco tuve nada que ver con su muerte.

—No le creo —sentenció Néstor.

—Lo que usted crea no importa, inspector —le informó el abogado—. A menos que tenga evidencias concretas de que mi cliente asesinó al señor Ibarra, no tienen nada contra él.

Los rostros de Salazar y Telmo mostraron su decepción. El abogado estaba en lo cierto: La implicación de Salcedo en la muerte de Ibarra era circunstancial. Néstor se removió en su asiento, ya mucho menos seguro de sí mismo.

—Todavía tenemos algunos detalles que aclarar, acerca de la confesión que acaba de hacer, señor Salcedo.

—Muy bien, inspector, pregunte.

—¿Cómo se enteró de que Raga fue el responsable del accidente donde murió su hija? No hubo testigos.

—Sí los hubo —lo contradijo Salcedo, cuya voz tembló por el enfado—. La niñera de Valeria lo vio todo. Ella presenció cómo el coche de ese malnacido arrolló a mi hija y se dio a la fuga.

—¿Dónde estaba la niñera?

Salcedo rechinó los dientes y perdió el color del rostro, al mismo tiempo que sus orejas enrojecían. Respondió con voz pausada, pero golpeando cada palabra, que pronunció cargada de ira y resentimiento

—Ella estaba en el balcón del piso y observaba a la niña, mientras Valeria bajaba a la papelería del frente, para comprar los materiales que necesitaba para hacer los deberes. La chica lo vio todo, pero no pudo hacer nada para evitarlo.

Néstor frunció el ceño.

—Dígame el nombre de la niñera.

—Diona Albu.

Telmo tomó nota en su móvil.

—¿Cómo es que la declaración de la señorita Albu no aparece en los informes? —preguntó Salazar.

—Siguiendo mis órdenes, uno de mis hombres se ocupó de sacarla de allí, antes de que la Policía pudiera hablar con ella. Yo no quería a nadie metiendo las narices en mis asuntos.

Néstor parpadeó, temiendo lo peor.

—¿Dónde está la niñera ahora?

—En su país —respondió Salcedo—. Muy lejos de su alcance, inspector.

Salazar hizo un gesto a Telmo y su compañero asintió. Lo comprobaría después del interrogatorio.

—¿Cómo descubrió la identidad del conductor del coche? —preguntó Telmo.

Salcedo se acomodó en el asiento, y sus músculos se tensaron como las amarras de un barco.

—Diona anotó la matrícula del *Maserati*, antes de que el coche se diera a la fuga. Una vez que tuve ese dato, un buen detective privado consiguió identificar al propietario en pocas horas. Desde entonces, solo tuve un objetivo: hacer que Raga Costa pagara por la muerte de mi hija. No podía permitir que ese desgraciado siguiera con su vida como si nada hubiera pasado, mientras la de Valeria y la mía, habían quedado destrozadas para siempre.

Néstor se mantuvo atento a los movimientos y las palabras del detenido.

—Continúe.

—Tenía a la Policía pisándome los talones. Lo único que me mantenía sujeto a mi identidad era Valeria. Y ella estaba muerta, así que decidí «abandonar» este mundo, lo cual también me facilitaba ejecutar mi venganza. Después de mi «muerte» hice algunos cambios en mi organización. Así pude seguir liderándola a través de lugartenientes. Funcionó. Ustedes se convencieron de que mis negocios habían desaparecido conmigo. Entonces, salí de España y me puse en manos de los mejores cirujanos plásticos que encontré. Cuando estuve seguro de que nadie podría reconocerme, regresé como Eduardo Muñoz y abrí una empresa de cáterin. No fue difícil conseguir el contrato de la galería, donde Raga exponía sus obras. Entonces, esperé la oportunidad perfecta para ejecutar mi venganza sin levantar sospechas. Por desgracia, la fatalidad se me adelantó y me arrebató ese placer.

Salazar entornó los ojos, preguntándose cuánto habría de verdad en esa declaración.

—¿Cómo consiguió convencer a la niñera para que guardara silencio sobre el accidente? —preguntó Telmo.

—No fue difícil —reconoció Salcedo—. Usé la vieja táctica del palo y la zanahoria. Por un lado, la amenacé con graves consecuencias si hablaba del arrollamiento con alguien más. Por el otro, le prometí que la recompensaría si no decía nada. Tengo que reconocer que Diona me tenía mucho miedo, así que cedió con facilidad.

Las palabras de Salcedo flotaron en el aire como una niebla espesa, y un espeluznante silencio se cernió sobre ellos como una

gruesa manta. El olor rancio y mohoso de la sala se hizo más penetrante. A pesar de su experiencia, Salazar sintió un nudo en el estómago, cuando escuchó la sangre fría con la que el hombre frente a él había planificado cada detalle de su plan de venganza, durante años. El inspector llenó sus pulmones de aire, antes de plantear su siguiente pregunta.

—¿Por qué no denunció a Raga cuando descubrió que él había sido el responsable de la muerte de su hija?

Salcedo torció la boca en un gesto de desprecio.

—¿En serio cree que esperaba recibir justicia?

—Habría sido mejor que tomarla por su propia mano —intervino Telmo.

Salcedo se volvió para mirar al subinspector de arriba abajo.

—¿Eso es lo que crees, chaval? ¿Sabes cuál era la sentencia que le habría caído si lo encontraban culpable de homicidio por imprudencia?... Yo te lo diré: de uno a cuatro años, en el mejor de los casos —Salcedo sacudió la cabeza—. No era suficiente para pagar por la vida de Valeria. Por eso decidí ocuparme yo mismo de ese cabrón, sin importar el tiempo que necesitara para hacerlo.

El inspector frunció el ceño y bajó la mirada.

—Entendemos su dolor, pero no es suficiente para justificar un asesinato a sangre fría—dijo Salazar con firmeza.

Salcedo miró a Néstor con desdén.

—¿Tiene hijos, inspector?

A la mente de Salazar acudió el recuerdo de Salvador, junto con todos los sentimientos que el chiquillo despertó en él, durante el corto tiempo en que había desempeñado el papel de padre. El inspector asintió.

—Siendo así, podrá ponerse en mis zapatos.

Antes de que Salazar respondiera, su móvil vibró en el bolsillo. El inspector leyó el mensaje que acababa de recibir, sin cambiar su expresión, y volvió a guardar el teléfono. Sin mediar palabra, salió de la sala y se ausentó por algunos minutos. Cuando regresó, volvió a sentarse frente al detenido y clavó una mirada inquisitiva en él.

—Todavía no nos ha explicado cómo consiguió contaminar los alimentos de Raga.

Salcedo se encogió de hombros.

—Ya se lo dije. No lo hice. Yo no maté a Raga. Tenía la intención, lo planifiqué durante años, pero esperé demasiado y la vida se me adelantó.

Néstor enarcó las cejas.

—¡La vida! ¿Y usted pretende que le creamos algo así?

El detenido desplegó una sonrisa burlona y desafiante.

—Créanlo o no. Da igual. No tienen ninguna prueba de que yo

tuviera algo que ver con la muerte de Raga. Fue un fatídico accidente.

—Acaba de confesar que quería matarlo, que planificó hacerlo —lo presionó Telmo.

—Tener la intención o la idea sin llevarla a cabo, no es un delito —intervino el abogado—. No pueden juzgar a mi cliente por desear la muerte del hombre que arrolló a su hija.

Salazar llenó sus pulmones de aire y dio una palmada en la mesa.

—Deje de jugar con nosotros al gato y el ratón, Salcedo. Ya basta de tratar de manipularnos. Usted hizo algo más que desear la muerte de Raga. Preparó cada detalle durante años y llegado el momento, ejecutó su plan de venganza.

—Yo no…

—Acabo de recibir la confirmación del laboratorio de Científica —lo interrumpió Néstor—. Encontraron trazas de nueces en el cuchillo jamonero que se usó durante la *vernissage*.

—Así fue como lo hizo —intervino Telmo—. No contaminó los alimentos que se sirvieron, sino uno de los utensilios que se usó durante el evento.

Salazar se inclinó hacia adelante y asintió.

—Ingenioso y simple. Raga Costa era consciente de su vulnerabilidad con respecto de las nueces, y para conseguir su objetivo, usted tenía que superar sus precauciones. Así que se ganó la confianza del dueño de la galería y del propio Raga. Durante años, fue muy cuidadoso con los alimentos que se sirvieron a través de su empresa de cáterin. Hasta que decidió que había llegado el momento en que su víctima tenía que morir. El poder que ejercía sobre su vida y su muerte era parte del placer de su venganza, ¿no es así? — Salcedo cambió de postura y desvió la mirada. El inspector continuó—. Acabo de sostener una corta, pero interesante conversación con el maestro jamonero que estuvo en la *vernissage*. Me contó que el primer cuchillo que tuvo que usar no tenía suficiente filo, así que le pidió a usted que resolviera ese inconveniente, para poder hacer bien su trabajo. Y así lo hizo usted, pero esperó a que Raga solicitara que le sirvieran el jamón, para hacer el cambio. Fue cuando le entregó al maestro cortador el cuchillo contaminado con nueces.

—Está adivinando —se quejó el detenido, con el sudor cubriéndole la frente—. Cómo podría yo saber qué era lo que iba a comer el señor Raga durante la *vernissage*.

Salazar dibujó una sonrisa torcida.

—Como le dije, la conversación con el maestro jamonero fue muy instructiva. Por fortuna, tiene buena memoria. Me contó que el jamón serrano era uno de los manjares favoritos de Raga. Y después de tantos años, usted ya lo sabía. También sabía que Raga siempre

llevaba un autoinyector de epinefrina en el bolsillo. Usted fue carterista, así que no debió resultarle difícil robárselo, antes de que se sirviera el bufé. El maestro jamonero también me comentó que para Héctor, ya era un hábito probar el primer trozo de jamón, mientras esperaba que le sirvieran el plato. Y ese fue el trozo mortal. Contaminado como estaba, apenas lo comió, le causó la muerte. Limpio, sin dejar rastro. Reconozco su astucia, señor Salcedo. Usted esperaba que el asesinato de Raga pasara como un terrible accidente. Eso le salió mal. Fue el motivo por el cual quiso intimidarnos a Telmo y a mí cuando comenzamos a investigar. Para ello le dio la orden a uno de sus lugartenientes de mayor confianza: Cornelio Rodríguez, alias El Chato.

Salcedo clavó una mirada asesina en el policía. Néstor sonrió.

—No tiene ninguna prueba —protestó el detenido.

—En eso se equivoca. No es tan listo como cree, don Luis. Adivine de quién son las huellas que los peritos encontraron en el cuchillo contaminado.

Salcedo apretó los puños sobre la mesa y rechinó los dientes, al mismo tiempo que Salazar cogía la carpeta y abandonaba la sala de interrogatorios, junto a Telmo.

Epílogo

Un par de semanas después, la puerta de la buhardilla se abrió despacio y dio paso a Néstor y Rebeca, que habían regresado juntos de la comisaría. La luz crepuscular se colaba por las ventanas del techo, tiñendo de naranja los objetos que encontraba en su camino. La presencia de Rebeca en la vida del solitario inspector comenzaba a manifestarse en su ambiente, con detalles como flores o fotografías, que transformaron su vivienda en un hogar, pese a las protestas de su inconforme gata.

—Maaauuuu.

Paca saltó desde el sofá donde había estado dormitando y corrió a recibirlos con entusiasmo felino. Sus ojos amarillos brillaban con curiosidad, mientras se paseaba entre las piernas de Rebeca, ignorando por completo a su humano.

—Vaya, parece que alguien ha decidido portarse bien hoy —comentó Néstor con una sonrisa, al mismo tiempo que se agachaba para acariciar la cabecita y el lomo de su voluble felina—. Es increíble cómo ha cambiado tu actitud hacia Rebeca, ¿eh? Me alegra que las dos «chicas» de mi vida, por fin hayan congeniado.

—Mreewww.

Paca reafirmó su respuesta, saltando sobre el respaldo del sofá, para alcanzar a Rebeca y frotar su cabeza contra ella, en busca de más caricias.

—Esto sí es un cambio de actitud —reconoció el inspector, dirigiéndose a la gata y haciendo cosquillas en el peludo cuello felino —. Parece que las conversaciones que hemos tenido tú y yo, por fin dieron resultado, aunque tengo que reconocer que me siento un poco celoso.

Rebeca sonrió ante el comentario de Néstor y le dio un suave toque en los labios.

—Tonto.

Salazar se encogió de hombros y centró su mirada en Paca.

—¿Tú qué opinas?

—Maaauuuuu.

Rebeca parpadeó y negó despacio con la cabeza.

—Es increíble cómo reacciona cuando le hablas. A veces tengo la impresión de que te entiende.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Néstor, al mismo tiempo que acariciaba a Paca, pasando su mano desde la cabeza hasta la cola.

—Yo no lo dudo. O al menos, es lo que me gusta creer.

—Mieeuuu.

Después de hacerle una última caricia a Paca, Néstor se quedó pensativo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Rebeca, al mismo tiempo que lo rodeaba con sus brazos.

Salazar suspiró.

—Solo pensaba en todos los cambios de las últimas semanas. Hasta que tú entraste en mi vida, no tenía otra compañía que Paca, y ella era mi único motivo para regresar a casa.

Rebeca lo besó, al mismo tiempo que extendía la mano para acariciar a la gata.

—Cuídalo por mí un momento —le dijo a la pequeña felina, con una sonrisa pícara—. No dejes que se meta en problemas en mi ausencia. Voy a ducharme y cambiarme. Regreso enseguida.

Rebeca dejó a Néstor y Paca solos en la pequeña sala.

—Meeeuuuu.

—Después de que me has ignorado por completo, ¿tienes la cara dura de reclamarme tu galleta?

—Meu. Meu.

—Vale.

Como un humano bien entrenado, Néstor buscó una galleta para gatos con sabor a sardinas y se la entregó a su tiránica felina, que la devoró con entusiasmo. Mientras esperaba a Rebeca, Salazar se quitó el gabán y lo metió dentro de su cesta. Entonces, se sentó en el sofá para relajarse. Paca saltó a su lado y le concedió el privilegio de acariciarla, mientras él se perdía en sus pensamientos.

—Debo confesarte algo, Paca —dijo, por fin—. Por primera vez en mucho tiempo, soy feliz. Aunque tengo que reconocer que también estoy un poco asustado.

—¿Mrew?

Salazar se encogió de hombros.

—Es que… después de todo lo que me ha pasado, tengo miedo de perder esta felicidad. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Maaaaaauuuuuu.

—Sabía que tú sí lo ibas a entender, pero guárdame el secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó Rebeca, saliendo del cuarto de baño.

Salazar se puso de pie como si hubiera un resorte en el asiento.

—Yo… Eh… Solo hablaba con Paca —Néstor parpadeó y su mandíbula se descolgó—. ¡Estás preciosa!

Rebeca dio una vuelta sobre sí misma con coquetería. El vestido era nuevo, la tela azul marino acentuaba las curvas de su cuerpo y el escote en V realzaba su belleza natural. Su cabello caía en ondas suaves sobre sus hombros y sus ojos brillaban con una chispa pícara.

—¿Te gusta?

—¿Qué si me gusta? ¡Me encanta! Pero… ¿vamos a salir? No me digas que olvidé un aniversario, un cumpleaños o algo así.

Ella desplegó una sonrisa radiante y negó con la cabeza.

—Nada de eso. Me alegra que te guste. Quise sorprenderte.

—Pues lo has conseguido.

Rebeca tocó los labios de Néstor con los suyos y se apartó de él en dirección a la cocina, se acercó a la nevera y sacó una botella de sidra, que él estaba seguro de que no estaba allí esa mañana. Gyula.

—¿Me ayudas a poner la mesa, cariño?

—Eh… sí, claro.

El inspector se ocupó de la tarea encomendada, mientras Rebeca recuperaba un par de túper de la nevera. Paca apareció de repente de la nada cuando el olor a langosta surgió de los envases.

—No, Paca, estos no son para ti —le advirtió Rebeca, al mismo tiempo que abrió un tercer túper con sardinas, lo vació en el plato de la gata y lo puso en el suelo—. Este es el tuyo.

La pequeña felina se olvidó de la langosta y fue a por sus sardinas. ¡Su manjar favorito!

Rebeca la observó con una sonrisa.

—No puedo creer que yo también haya terminado hablando con una gata.

—No es una gata cualquiera. Es Paca —argumentó Néstor, y luego señaló los platos que Rebeca terminaba de servir—. ¿Qué es todo esto? ¿Estamos celebrando algo?

Ella se le acercó, le arregló la corbata de aguacates, lo peinó con los dedos, lo abrazó y luego le dio un largo beso.

—Entre otras cosas, celebramos que estamos juntos. Tú, sígueme la corriente, cariño.

—No me quejo, pero…

Rebeca sonrió.

—Espérame un instante, ¿de acuerdo?

Antes de que Néstor pudiera responder, ella desapareció detrás de la puerta de la habitación, dejándolo todavía más desconcertado.

—¿Tú sabes de qué va todo esto, Paca?

Ni puñetero caso. ¡Qué eran sardinas!

—Chaquetera.

A los pocos segundos, Rebeca regresó con un papel y se lo entregó con una risita juguetona. Con el folio en la mano, Néstor sintió un cosquilleo de emoción e intriga.

—¿Qué es esto? —preguntó Salazar, al mismo tiempo que sus ojos recorrieron las palabras escritas en el documento. Cuando las leyó, su corazón se aceleró, sus pupilas se dilataron y sus manos experimentaron un ligero temblor.

Salazar miró de reojo a Paca, que se relamía frente a su tazón vacío.

—Tú ya lo sabías, ¿verdad?

Paca maulló su inocencia y Salazar se volvió hacia Rebeca.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Ella lo rodeó con sus brazos y le dio un largo y apasionado beso, que dejó al detective descentrado. Por un instante, todo el mundo exterior pareció desvanecerse, y solo quedaron ellos dos, abrazados en medio de su pequeña buhardilla. Cuando se separaron, ella le murmuró la respuesta al oído.

—El médico me lo confirmó hace pocas horas. Estoy de ocho semanas.

Sin más palabras, Néstor atrajo a Rebeca hacia sí y la besó con pasión. Sus labios se sellaron en una promesa silenciosa por un futuro juntos.

Nota de autor: Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta o comentario, así como recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, e intercambiar impresiones con otros lectores de la serie y conmigo, puedes unirte a mi canal en **Telegram**. También puedes seguirme en mis redes sociales: **Facebook** e **Instagram**. Si lo prefieres, tienes la opción de contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com. Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme. Gracias.

M.J. Fernández

Serie del inspector Salazar

Los extensos viñedos de la imponente Rioja Alta son el escenario de misterios sin resolver y enigmas desconcertantes. El ingenioso inspector Salazar, respaldado por su equipo de la comisaría de San Miguel, se enfrenta a estos desafíos, decidido a proteger su querida ciudad.

Esta serie de novelas policiales sigue a Salazar en su viaje a través de casos intrincados y una vida personal igual de compleja. Su refugio en medio del caos: una astuta felina que lo eligió como su humano inseparable, convirtiéndose en una confidente inesperada.

En el laberinto de misterios de Haro, cada emocionante descubrimiento, cada abrupto giro de la trama, cada muestra de ternura entre Salazar y su felina, se convierte en una invitación a sumergirse con mayor profundidad en la historia.

Adentrarse en esta serie de novelas es experimentar la tensión, la alegría y la intriga que habitan en el mundo de Salazar.

Bienvenidos a la Rioja Alta, al vibrante universo del inspector Salazar, donde cada caso es una travesía en la búsqueda de la verdad, cada pista una prueba de ingenio y cada victoria un brindis por la justicia.

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar (Salazar 01)

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02)

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03)

UNA NOCHE DE GATOS Y OTROS CUENTOS. RECOPILACIÓN DE CUENTOS. (Inspector Salazar 3,5)

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04)

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05)

LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06)

SIETE VIDAS Y UN GATO (Inspector Salazar 07)

NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS (Salazar 08)

LAS CINCO PATAS DEL GATO (Inspector Salazar 09)

LA CULPA NO ES DEL GATO (Inspector Salazar 10)

EL PRIMER CASO DE SALAZAR (PRECUELA. CUENTO)

Trilogía Argus del Bosque

¿Quién acude cuando los crímenes desconciertan a los más investigadores más experimentados? La respuesta es el comisario Argus del Bosque, un hombre misterioso con habilidades sorprendentes. Conocido por su seriedad y su actitud reservada, Argus es un enigma en sí mismo. Su entrenamiento poco convencional y su habilidad para resolver los casos más complejos le hacen indispensable en las situaciones más críticas.

Pero Argus no es solo su trabajo. Su pasado le persigue, enfrentándolo a desafíos que amenazan con cambiar su vida para siempre. Y en cada nuevo caso, se revela una pieza más del rompecabezas de su vida.

En esta emocionante trilogía de novelas policiales, cada caso que Argus enfrenta es un nuevo enigma por resolver, y cada revelación de su pasado, un giro inesperado. La trilogía de Argus del Bosque es un viaje lleno de suspense que mantendrá al lector en vilo desde la primera hasta la última página.

Bienvenidos al mundo de Argus del Bosque, donde cada misterio es un peldaño hacia la verdad y cada caso, un paso más hacia la revelación de un pasado sorprendente.

MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus del Bosque 01)

ENIGMA. (Argus del Bosque 02)

EL BAILE DE LOS ESCORPIONES (Argus del Bosque 03)

Bilogía Ryan y Bradbury

El intrépido detective Josh Bradbury cambia las apacibles costas de Florida por el frenético ritmo de Nueva York, sumergiéndose en un torrente de misterio. En la búsqueda de las piezas olvidadas de su pasado, se encuentra al borde de un laberinto que amenaza con engullirlos a él y a su leal compañero, Cody Ryan.

Juntos se enfrentan a los laberintos de engaños, traiciones y los casos más desconcertantes y fascinantes de sus carreras. No obstante, las sombras del pasado no tardan en entrelazarse con los desafíos del presente, amenazando con desdibujar las líneas del futuro de formas insospechadas.

En esta serie de novelas policiales, la vida de Josh Bradbury y Cody Ryan se convierte en un intrincado juego de suspense e intriga, donde el pasado y el presente danzan en un compás impredecible. Cada giro de la trama promete un viaje lleno de sorpresas, donde cada pista puede resultar ser un espejismo y cada revelación, una inesperada realidad.

Bienvenidos al mundo de Josh y Cody, donde cada caso es un enigma y cada verdad, tan esquiva como la ciudad que nunca duerme.

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01)

El ALIENTO DEL CUERVO (Ryan y Bradbury 02)

Books By This Author

LOS PECADOS DEL PADRE

Un asesino en serie consigue engañar a policías de toda Europa.
El comisario Sterling lo sabe y le obsesiona.
El criminal es inclemente y astuto. Los pecados del pasado exigen una expiación, y no se detendrá ante nada para conseguir su objetivo.
Sterling no está dispuesto a permitir que salga impune, y lo perseguirá hasta su último aliento.
El conflicto es inevitable y desatará un duelo entre dos adversarios de voluntad férrea, donde solo uno podrá sobrevivir…

TRAMPA PARA UN INOCENTE

Porque nadie está seguro…
Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el cadáver de una joven desconocida a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue apuñalada en el suelo lo señalan como culpable, al mismo tiempo que la Policía llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su libertad por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. ¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué? De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el misterio antes de que lo encuentre la Policía, o los hombres que lo buscan para matarlo…

LOS HIJOS DEL TIEMPO

¿Qué sucede cuando el tiempo se convierte en tu mayor desafío y aliado?
De las profundidades de la Edad Media surge una figura: un hombre obligado a vagar por el mundo, con la urgencia de un misterio cuya solución es la clave para su supervivencia. Un viaje que le lleva desde las sombras de iglesias y castillos en la Europa medieval, hasta los destinos más exóticos de la ruta de la seda en el Lejano Oriente. En una época donde la superstición moldea la sociedad, se teje una historia que trasciende los siglos.
Avanzamos hasta el año 2010: la desaparición de un empresario y la muerte de un librero detonan un enfrentamiento titánico que se ha gestado a lo largo de la historia. El origen y la clave de esta lucha

épica reside en la resolución de aquel mismo misterio.
Este libro es una invitación a sumergirse en un viaje a través del tiempo, una batalla de poderes y un misterio que se resiste a ser desvelado. Desde los oscuros rincones de la historia hasta las agitadas calles del siglo XXI, la trama teje una red de suspense y sorpresas que mantendrán a los lectores cautivos hasta la última página.
¿Te atreves a enfrentar los secretos que el tiempo ha guardado celosamente? Prepárate para una aventura que te llevará al límite de la realidad y el pasado, donde cada página es un paso más en el viaje de un hombre, y cada descubrimiento, un paso más cerca de la verdad.

LOS CRÍMENES DE CASTAÑAL (José Expósito 01)

Año 1885. La tranquilidad ha llegado a su fin en el pueblo de Avernesa, provincia de Salamanca. La ocupación de Castañal por sus propietarios ya es un motivo suficiente de agitación, pero cuando comienzan los asesinatos, nadie vuelve a dormir tranquilo. Para colmo de males, la Guardia Civil detiene a uno de los jóvenes habitantes de la villa como presunto asesino, con el riesgo de que sea condenado al garrote vil. Aun así, la ola de crímenes continúa, por lo que la dueña de Castañal interviene, y le pide ayuda a su amigo, el comisario Holguín.
Desde Salamanca capital, el comisario mueve los hilos para que le permitan ocuparse del caso, pese a que no le corresponde a su jurisdicción. Cuando consigue la autorización del Ministerio de la Gobernación, envía a Avernesa a su investigador más prometedor: el subinspector José Expósito. Para descubrir al responsable de los crímenes, antes de que vuelva a matar, José deberá desentrañar una red de intrigas que lo conducirá por derroteros insospechados. Tendrá que continuar hasta las últimas consecuencias, aunque hacerlo puede costarle su propia vida.